

Una app para estar juntos



Helena Moran-Hayes

Contents

[Una app para estar juntos](#)

[-1-](#)

[-2-](#)

[-3-](#)

[-4-](#)

[-5-](#)

[-6-](#)

[-7-](#)

[-8-](#)

[-9-](#)

[-11-](#)

[-10-](#)

[-12-](#)

[-13-](#)

[Dublín](#)

[-15-](#)

[-16-](#)

[-17-](#)

[-18-](#)

[-19-](#)

[-20-](#)

[-21-](#)

[-22-](#)

[-23-](#)

[-24-](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos](#)

[Playlist](#)

[La Autora](#)

[Otros títulos que puedes conseguir en amazon:](#)

Una app para estar juntos
Helena Moran-Hayes

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2020 Helena Moran-Hayes

All rights reserved.

ISBN-

ISBN-10::

Diseño de Portada: MacchiatoDesign

... Los sueños no se dudan

Ese día decidí tomármelo para mí. Tomé mi silla de playa y metí en mi bolso una botella de agua, unas frutas, mi libro, un suéter y salí.

El verano en North Berwick era particular como todo verano en el Reino Unido.

El cielo estaba nublado, aunque de vez en vez se podían ver algunos rayos de sol que escapaban rebeldes reclamando que era verano y ellos tenían derecho a salir, a pesar de eso la temperatura estaba agradable.

Me quedaban cuatro días para ir a cumplir mi sueño.

Empezaba mi máster en restauración de obras de arte en la Universidad de Dublín. Mi máster que tanto me había costado para que me aceptaran. Pero cuando entré lo hicieron, me ofrecieron una beca para la matrícula y no había nada en el mundo que me detuviera.

Sentía que mi vida al fin tenía sentido. No solo cumplía mi sueño, sino que lo hacía con mis propias manos.

Había ahorrado por casi cuatro años hasta el último centavo y sobrevivido gracias a la caridad de Day-day.

Mi amiga de la infancia, Daisy había heredado un piso y me había ofrecido mudarme con ella sin tener que pagarle, con la única condición de que por lo menos una vez a la semana le hiciera la deliciosa lasaña de mi abuela, lo que me pareció un precio más que justo.

Cuatro años después, cada domingo las dos nos sentábamos en la mesa –a veces con acompañantes, a veces solas–, a disfrutar de la lasaña.

Busqué un punto tranquilo de la playa, ese día quería que fuese mío, el menos en el día, en la noche saldría con mi mamá y la tía Sage a comer y al otro día me quedaban las despedidas. Una cena que me había ofrecido mi mamá con sus amigas de su club de lectura, lo que yo sabía se convertiría en la discusión monumental del año con mi mamá aún pidiéndome que le explicara cómo era más importante un máster en restauración, que casarme y tener familia, y con la tía Sage defendiéndome y diciéndole a mi mamá que se buscara su vida y dejara de vivir a través de la mía.

A esas alturas, ya las discusiones me divertían, a diferencia de unos años atrás cuando acababa de recibir mi grado en Artes donde mi mamá empezó su campaña de “voy a morir sin ser abuela”.

Cabía acotar que mi mamá solo tenía 55 años.

Pero luego de unos años me había reconciliado con su manera de pensar y hasta la entendía. Ella, hija única de una hija única, y con una hija única, a mi mamá le atormentaba la idea de quedarse sin familia y aún más con su única hija sin las más mínimas intenciones de formar una, es más, de tener pareja... estable al menos.

Desde hacía unos años atrás había adoptado la estrategia de algunos hombres, mejor tener aventuras divertidas que una relación estable con preocupaciones.

Infidelidad, rutina, aburrimiento, tristezas... no, no, no. Eso no era para mí, lo mío era la libertad y mi única preocupación era ser contratada como restauradora en algún museo importante,

en Edimburgo preferiblemente para no estar tan lejos de mí mamá y dentro de todo, de la playa, así fuese helada y gris. El olor a mar y la brisa me sabían a libertad sin contar con que a mí me gustaba mi pequeña ciudad, ella me había dado mi pequeña familia, a mis amigos y muchas, pero muchas alegrías.

Sentí los rayos de sol rebelarse otra vez en contra de las nubes. Tomé un sorbo de agua, saqué una manzana y mi libro.

Nada como una novela romántica para relajarse frente al mar.

El sonido de mi teléfono me sacó de concentración después de no sé cuantas páginas.

Miré la pantalla. Sonreí.

Mi madre. La pobre quería compartir conmigo cada segundo de mis últimos días en el pueblo, conmigo.

*¿Eli, dónde estás?

*Estoy en la playa má, y antes de que me lo preguntes, sí, tengo puesto un suéter, –no tenía por qué explicarle que era un suéter ligero–, y también traje una manta.

Escribiendo...

Escribiendo...

Escribiendo...

Con mi mamá era siempre igual, el móvil podía señalarme por media hora que estaba escribiendo para luego contestarme con un monosílabo. Podía tomar una siesta, despertarme, ver la pantalla y me mostraría el mismo mensaje.

*¿Exactamente?

Voilà. No era un monosílabo, pero...

*Al frente del restaurante de *fish and ships* del Sr. McKinean.

Escribiendo...

Escribiendo...

Escribiendo...

*Ok.

Monosílabo. Reí.

No iba a decir que iba a extrañar los mensajes porque conociéndola, los primeros días me iba a escribir varias veces por día.

Miré a mi derecha. Un grupo de chicas y chicos jugaban voleibol a unos metros de distancia, tenían mantas en la arena con comidas y bebidas.

Sus gritos y risas se escuchaban a los lejos como un susurro.

De repente a mi izquierda vi un movimiento por el rabillo del ojo, alguien se acercaba. Bajé mi mirada y me di cuenta de que un balón de fútbol venía a toda velocidad en mi dirección. No me iba a pegar, pero estaba bastante cerca. Estiré mi pierna y atraje el balón hacia mí, la figura de un hombre se hizo nítida.

—Elina ¿quién iba a creerlo? —su rostro era de sorpresa, incredulidad y picardía. Miró a sus espaldas como buscando a alguien, pero en dos segundos me miraba de nuevo y sonreía.

La voz pertenecía a Tim Kerr, mi viejo amigo de la infancia, habíamos sido los mejores amigos toda la vida, pero por circunstancias que prefería olvidar, nos habíamos alejado, nos veíamos en las reuniones de amigos pero ya no éramos los amigos que fuimos hasta unos años atrás. A veces lo extrañaba y lamentaba haberme alejado de él, Tim siempre andaba de buen humor y siempre fue un amigo leal.

Su cabello rubio alborotado no había cambiado en nada y su sonrisa divertida tampoco.

—¡Tim, que gustó verte! ¿Aprovechando los pocos rayos de Sol? —hice el ademán de

levantarme, pero él se acercó y me dio un beso en cada mejilla y un corto pero cálido abrazo.

Tuve la suerte de contar con unos amigos increíbles, estudiamos juntos desde el preescolar hasta finalizar el bachillerato. En el último año en nuestro curso había más chicos que chicas y ellos nos cuidaban mejor que a sus hermanas, nunca nos faltaron el respeto y fuimos de los afortunados que no conocíamos el acoso escolar, de hecho, éramos como una hermandad.

Yo me alejé un poco cuando me fui a Edimburgo a estudiar, pero cuando visitaba a mi mamá, aprovechábamos todo el tiempo posible para reunirnos y recordar viejos tiempos.

—Cruzando los dedos para que este verano tenga más días como este —sonrió— ¿Y qué haces aquí sola? Ven con nosotros, estamos celebrando el aniversario de mis padres y tenemos una barbacoa en la vieja posada Berwick y presiento que la vas a disfrutar. No es como las que hacíamos en casa de Oliver pero créeme que te vas a divertir. ¿Te acuerdas de las barbacoas en su casa?

—Por supuesto que las recuerdo y su casa también —ambos reímos, la casa de Oliver era el centro de operaciones de nuestro curso cuando queríamos armar buenas fiestas porque sus padres siempre estaban viajando y porque la casa de 500m² con la terraza gigante y la piscina, eran inolvidables—, pero me temo que tengo que rechazar tu oferta, hoy estoy tratando que sea un día “Zen”, dentro de cuatro días me voy a Dublín y tendré pocos días como este para disfrutar en paz.

—Ya sabía lo de tu viaje, felicitaciones por ese máster, por cierto —me respondió sincero y rio cuando vio mi ceño fruncido—, ¡Ah, querida Eli! Esto es un pueblo y tiene chismes de pueblo, aunque por todas las cosas que pasaron, nos hayamos alejado, no significa que no me interesa tu vida y no me alegre de tus triunfos.

Suspiré derrotada. No solo porque en North Berwick era imposible mantener un secreto, sino porque extrañaba poder compartir mis logros con Tim y que no se tuviera que enterar por chismes de pueblo de mis cosas.

—Te voy a dejar un rato sola pero no creas que voy a desistir, en poco tiempo te envío a la caballería a buscarte.

Solté una carcajada y miré detrás de él, estaba segura de que con él estaban como mínimo con Bob, además que donde hubiera alcohol y carne, Bob estaba presente.

Reí. Recordé la última vez que Tim dijo que enviaría la caballería y estuve una semana durmiendo sólo dos horas, y bueno, a veces ni dormía. Su última “caballería” me había marcado de por vida.

—No, no, no. Yo conozco sus planes y la última vez fue un desastre.

—Eli, la última vez fue hace unos años cuando regresaste de Edimburgo después de graduarte y no digas que no fue la semana más divertida de tu vida.

Solté una carcajada.

—Lo fue, por eso me da pánico tu propuesta. Me quedo con los recuerdos de esos cuatro años atrás y con mi tarde tranquila de hoy.

Unas voces se escucharon al fondo llamándolo. —Vete que tienes el juego detenido por estar tentándome.

Tim empezó a correr hacia su grupo, se giró sin detenerse.

—Disfruta el poco momento de paz que en un rato te llega la caballería.

—¡Aléjate mensajero del diablo! —le dije sonriendo.

Hacía falta un milagro para que me sacaran de la comodidad de mi silla de playa y mi libro.

Miré al mar.

Luego miré como Tim se alejaba, mas para asegurarme de que se fuera y no volviera con sus ideas locas.

Recordé la última vez que me había amenazado con enviarme la caballería.

Cerré los ojos por unos segundos.

Recordé ese verano.

No lo iba a admitir, pero en realidad si fue una de las mejores semanas de vida.

Ese verano la artillería pesada de Tim llegó con unos cabellos rojos alborotados, una sonrisa encantadora, los ojos azules más hermosos del mundo, los brazos más firmes de toda Escocia ¡Ah! Y los besos más dulces de la isla.

Evan Scott era el primo de Tim, par de años mayor que nosotros que había llegado ese verano a visitar a Tim porque siempre era él el que viajaba a Edimburgo.

La situación no fue muy diferente a esa tarde, solo que en ese momento, cuatro años atrás, yo estaba con Daisy y Megan poniéndome al día con los últimos chismes del pueblo.

Ese año no había podido verlas en Navidad porque estaba en finales, mi madre tuvo que ir a Edimburgo y ahí pasamos las dos juntas las fiestas.

Así que era mucho lo que tenían que contarme.

Entre otras cosas que Megan estaba saliendo con Luca.

—Imagínate —dijo Daisy en una carcajada—, después de estudiar toda la vida con el tonto de Moretti, espero cuatro años más en darse cuenta de que le gustaba y empezar a salir con él.

La dos nos volvimos a reír.

—No tarde todos estos años en darme cuenta, qué iba a saber yo que Luca practicaría rugby y su trasero se iba desarrollar como la obra de arte que es ahora.

Más carcajadas.

—Estás más enamorada de su trasero que de él.

—Pues sí —se encogió de hombros y sacó su móvil—, por cierto, me dijo que le avisara donde íbamos a estar para acercarse, te quiere dar un abrazo Eli, no te ha podido ver desde que llegaste.

—Y yo a él, en especial a su trasero.

Daisy escupió la cerveza que se estaba tomando. —Su trasero es mío ¿Ok? Tú abrázalo de la cintura para arriba.

Megan le escribió mientras seguían las bromas sobre el trasero de Luca.

En media hora, Luca, Oliver, Tim, Bob y Dylan estaban llegando con un par de chicas y un monumento de pelo rojo y ojos azules.

En el momento que la escultura se paró frente a mí, todo se apagó.

Solo podía escuchar el sonido del mar y ver los ojos de ese hombre que me miraba como si no hubiese más nada a su alrededor.

Ese día entendí lo que era el amor a primera vista.

—¡Eli, Eli! —la voz de Daisy me sacó de la burbuja que me había hecho donde solo estábamos la escultura pelirroja y yo.

—Oliver nos está invitando a su casa. Compramos unas salchichas, carne, más cerveza e improvisamos una barbacoa

Negué con mi cabeza repetidas veces —No puedo —susurré—, quedé en comer con mamá y la tía Sage.

Por mi boca salían palabras de forma automática pero mi cerebro estaba embobado con la visión frente a mí.

Mis ojos no podían apartarse de los ojos de la escultura. Recordando ese momento debí parecer tonta o una loca porque no podía ni pestañear.

Tim cortó el intercambio de miradas entre la escultura y yo, y lo agradecí porque cuando mi conciencia salió del embrujo, me di cuenta de que ese hombre tenía inscrito “problemas y malas decisiones para Eli”.

—Eli —Tim me abrazó—, no sabía que estarías aquí en la playa. Felicidades por tu grado. Me dijo papá que ya estás trabajando.

—Tengo algo más de una semana, llegué directo a trabajar prácticamente, quería ponerme primero al día con las chicas para llamarte y saber de ti, pero sabes que estas dos son unas acaparadoras. Estoy trabajando en el Ayuntamiento, en la casa de la cultura, aunque no es fácil para una recién graduada en artes conseguir trabajo fuera de las grandes ciudades, tuve suerte que buscaban algo parecido a mi perfil.

Hablaba con Tim, pero otra parte de mí, no dejaba de mirar a la escultura.

Tim ladeó su cabeza y miró hacia atrás, mi mirada a la escultura no era nada discreta.

—¡Oh! Eli, él es mi primo Evan, el primo que iba a visitar los veranos, al fin se dignó a visitarme después de mil años.

Levanté las cejas mas por hacer alguna expresión con mi rostro que por cualquier otra cosa.

La escultura. Evan se acercó a mí, me extendió la mano. Por fortuna mi cerebro no estaba tan estupidizado y pudo reaccionar devolviendo el saludo.

Mi cerebro se estupidizó por completo cuando en el mismo movimiento, se acercó para darme un beso en cada mejilla y pude sentir su piel en la mía y oler su cuerpo.

Mis feromonas dijeron “¡A la carga!”

Cuando digo “sentir su piel” solo era su mejilla rozando la mía, pero cada poro de mi piel se activó para reconocer la piel de Evan, como si gritara reclamando en propiedad la suya.

Su aroma cítrico como si acabase de salir de una tina con esas esencias que usaban los griegos para darle olor a su cuerpo, era como una invitación para frotarme contra su piel como un gato en busca de mimos.

Quizá solo se había lavado el pelo con un champú de frutas artificiales o se había enjabonado con un jabón de lavanda, pero para mí era el más delicioso de los aromas.

Ese día también entendí lo que era literalmente que un hombre te hiciera “mojar las bragas”

—La famosa y terrible Elina

La voooooooooooooooooz.

¿Quién demonios era ese hombre frente a mí?

¿Cómo un espermatozoide y un óvulo podían crear algo tan perfecto?

Luego de digerir todo el completo de lo que ese hombre significaba caí en cuenta de sus palabras.

—¿Terrible? —lo miré confusa.

—Bueno —respondió Tim rascándose la cabeza avergonzado—, le he contado a Evan de todos ustedes y a todos le tiene una especie de apodo, tú eres “Elina la terrible”.

¿Quéééééé?

Podía entender que no era una santa. Que en el colegio competía con los chicos en todo lo que ellos hacían y de adulta, con todo lo que ellos bebían.

Pero de ahí a terrible había diferencia.

Tim sonrió avergonzado y se encogió de hombros. Daisy me tomó de los hombros y me sacudió.

—Vamos Eli ámate, son los chicos y tenemos tiempo que no nos reunimos.

Yo negaba con la cabeza, pero mis ojos no podían despegarse de Evan.

¿Qué demonios me sucedía?

—A ver ¿Por qué no puedes venirte con nosotros? —Esta vez fue Megan la que se interpuso entre Evan y yo. Por suerte, porque si ese hombre me invitaba bañarnos desnudos en un río de lava, le decía que sí.

Miré a Tim —Contigo y tus motes hablo después.

—¿No fui yo quien lo inventó fue él! —Tim respondió divertido señalando a su primo, la escultura.

Evité mirarlo. Tenía que estar cuerda para explicarle a mis amigas porque no “podía” ir.

—Tengo una comida con mamá y la tía Sage. Mi mamá pasa por mí en —miré el reloj y casi gritó —, cinco minutos.

—¿Oh por Dios Eli! Usa otra excusa, a tía Sage no le importa que le canceles una comida y menos si es por nosotros —esta vez fue Dylane el que habló. Él era sobrino real de Sage. Mientras yo la llamaba tía porque era la mejor amiga de mi mamá, su mamá y la tía Sage eran hermanas.

¿Qué les decía para evitar ir? ¿Qué la escultura me intimidaba o que era peligroso para mí si me tomaba un sorbo más de alcohol?

Ir a la barbacoa no estaba en mis planes y era cierto lo de la comida, pero también era cierto, como decía Dylane, que podía cancelarles sin problemas y ni mi madre ni mi tía se molestarían.

Pero si ese hombre iba a estar en la fiesta, yo mejor lo evitaba.

—Vamos Eli ¿o tengo que usar la artillería pesada?

Tim miró a su primo que no dejaba de mirarme. Tim no era tonto, nos conocíamos desde el jardín de infancia, siempre habíamos sido mejores amigos, nos habíamos distanciado en los cinco años que estuve en Edimburgo pero él me conocía y bueno, tampoco era que nuestras miradas eran muy discretas.

Di la espalda a todos para hablar con Daisy.

—No quiero ir Day-day —le dije entre dientes moviendo mi cabeza y mis ojos de la manera más discreta que pude hacia la escultura.

Pero mi amiga nunca había sido... como diríamos... rápida de pensamientos.

—¿Pero por qué?

Resoplé derrotada.

Sentí mi teléfono vibrar en el bolsillo de mi pantalón. Mi mamá.

*Llego en un minuto. Está preparada.

Reí porque debió tardar en escribir ese mensaje como media hora.

*Ok, espérame donde siempre. Voy para allá.

—Ya mi madre está aquí. Lo siento chicos, será en otra oportunidad —les hablaba recogiendo mis cosas como la excusa perfecta para no tener que ver a la escultura.

—Está bien Elina —me dijo Megan molesta—, no te vamos a rogar para que quieras pasar un rato con nosotros —tomó a Luca de la mano y se alejó claramente molesta.

Luca se encogía de hombros disculpándose en silencio.

Los chicos también se despidieron de mejor manera y Daisy me dio un abrazo.

—Sabes donde estaremos después que termines tu comida.

Miré a mi alrededor y la escultura también se había empezado a alejar. Hablaba con Tim.

Lo vi de espalda y sentí una especie de decepción.

No sabía que esperaba de él, pero no esperaba que se fuera así, sin despedirse.

Sentí como un huequito en el corazón, por alguna razón que no sabía explicar sentía que lo iba a extrañar, que algo había quedado inconcluso entre nosotros y no lo íbamos a poder concluir si él se iba.

Quise suspirar, pero en cambio me di una bofetada mental.

Elina, no eres más tonta porque no eres más alta, y ya bastante alta eres. ¿Cómo vas a extrañar a un tipo con el que cruzaste cuatro palabras? Quizá sí fue un flechazo, pero la flechada eres tú, no él, tampoco es que se iba a quedar contigo ni mucho menos, además fuiste tú la que rechazaste la propuesta de los chicos para evitarlo.

Terminé de recoger mi toalla, revisé que no se quedara nada en la arena y me di media vuelta para irme.

Lancé mi última mirada a los chicos y me quedé de piedra.

La escena pasó como unos fotogramas.

Evan hablaba con Tim.

Tim reía. Le respondió algo.

Evan le dio una palmada en el hombro. Se giró y me vio.

Sonrió.

Su sonrisa iluminó toda la maldita playa y me dejó paralizada.

Evan caminó hacia mí.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca me tomó de la mano.

—Ven conmigo. Solo por un rato, si no te sientes cómod...

—Sí —lo interrumpí.

¿A quién trataba de engañar? Ya estaba bastante grandecita para andar con rodeos y bueno, estaba enamorada.

Evan asomó una media sonrisa y mordió su labio inferior.

Yo casi tuve que meterme en el agua para enfriarme.

—Perfecto. Vamos a la barbacoa y no nos vamos a separar en todo el día.

Asentí.

Era el plan perfecto.

Mi teléfono volvió a vibrar.

*Ya aquí.

El plan no era tan perfecto como quería, pero ese plan lo perfeccionaba yo como que me llamaba Elina “la terrible” Ferguson.

—Espérame dos minutos —le dije—, tengo que resolver el inconveniente de la comida.

—Te espero todo el día si quieres.

Me reí como una tonta.

Estaba enamorada de la escultura pelirroja.

Mi parte lógica me decía que no estaba enamorada un demonio, lo que tenía era un subidón de adrenalina, estrógeno, oxitocina y alcohol, una mezcla para matar a un elefante, pero mi parte ilógica me decía que estaba enamorada y con ese pensamiento me quedé.

Corrí hasta el auto de mi mamá que esperaba aparcada.

Llegué jadeando, le hice señas que bajara el vidrio de la ventanilla.

Mi mamá lo hizo alarmada.

—Cancelado el plan —jadeé—, acabó de conocer al amor de mi vida —jadeé otra vez—, no preguntes.

—¿Qué demonios Elina? — mi mamá me miró con cara de “qué clase de drogas estás consumiendo”.

—No preguntes, confórmate con saber que tendrás unos nietos pelirrojos hermosos.

Con la misma me acerqué a ella y le di un gran beso en la mejilla.

Mi mamá me miraba estupefacta, con la cara entre confusa, divertida y asustada. Pero logré mi cometido.

—¿Nietos? —dijo en su estupefacción.

No importaba que yo le dijera a mi mamá que me había drogado y había tenido sexo con un desconocido y que estaba embarazada con 17 enfermedades venéreas, ella lo único que rescataría de mi confesión era que tendría nietos.

Y a pesar de que odiaba que ese era el futuro que ella quería para mí, ser una ama de casa con muchos hijos, debía confesar que esa vez había hecho que jugara a mi favor y funcionó.

Me alejé como me acerqué, corriendo. Porque, aunque la escultura me hubiese dicho que me esperaba todo el día, yo no lo iba a dejar esperando ni cinco minutos.

—Pídele perdón a la tía Sage de mi parte —le grité alejándome.

Llegué a donde Evan otra vez jadeando, me *autoprometí* hacer más ejercicios, no podía estar haciendo el ridículo jadeando frente a la gente por una pequeña carrera de unos cuantos metros.

Evan ya había recogido mi bolso para cuando llegué a él.

—¿Lista para pasar lo que queda del día juntos?

Subí la mirada y ahí estaban esos ojos azules encendidos mirándome enfocados como que si yo fuera la joya más valiosa del mundo.

Sonreí.

El amor a primera vista era delicioso.

—Lista —asentí con una sonrisa estúpida.

—Perfecto porque yo estoy listo para pasarlo contigo.

Mis amigos celebraron que con dos palabras Evan había logrado convencerme, solo que no lo había hecho con palabras, desde que me miró, él ya me había convencido.

Megan me miró con cara de “qué demonios” pero no fue más allá, en cambio Daisy...

Al siempre vivir con la cabeza en la estratosfera, las cosas que le costaba entender las analizaba una y otra vez y en general atinaba.

—¿Tú te estás dando cuenta de lo que estás haciendo? —me susurró mi amiga justo antes de subir al coche.

Yo asentí sonriendo.

Nos sentamos en el asiento de atrás del coche de Tim, Daisy de copiloto. Evan, yo en el centro y Bob en la otra puerta.

Realmente era poco lo que me importaba, Evan rozaba su brazo con el mío y ese simple toque me tenía tensa como un cable de alta tensión.

Nunca había sido de esas que “necesitan” sexo, de hecho, creía que era algo que si sucedía estaba bien y si no también. Para mí el sexo estaba sobrevalorado.

Lo mismo pasaba con el amor, yo decía que era una agnóstica del amor. Como no lo había visto no creía en él, cuando lo viera o en tal caso lo sintiera, pues ahí creería.

Siempre bromeaba con mi condición de agnóstica, casi atea del amor, pero solo para escandalizar a Daisy que era una creyente casi fanática del romance y el amor y Megan... bueno, a ella solo le gustaba el sexo y si se enamoraba en el camino, era ganancia.

Me incliné hacia adelante y le susurré a mi amiga en el oído.

—Ahora creo.

Ella volteó confundida, pero en segundos su rostro cambió, como la escena de la *Zootopia* donde el perezoso empieza a entender el chiste, bueno, así fue cambiando el rostro de mi amiga. Sus grandes ojos azul cielo se fueron abriendo hasta parecer dos platos.

Abrió la boca, pero no le salieron palabras.

Yo asentí sonriendo y como si Evan supiera de lo que estamos hablando, su dedo meñique enganchó el mío.

Mi amiga me miró y luego a la unión de nuestros dedos. Asintió sonriendo.

Un toque tonto, hasta ingenuo pero que para mí significaba más que todos los encuentros íntimos que había tenido.

Que tampoco eran muchos porque bueno, era solo sexo.

Daisy miró al frente y se quedó catatónica hasta que llegamos a la casa de Oliver.

Los muchachos sacaron de inmediato la barbacoa, algunas mesas y sillas. De los coches sacaron las cavas con el alcohol que habían comprado y del coche de Oliver, toda la comida como para alimentar a un batallón. Aunque ellos comían como uno.

—Que bueno que pudiste venir Eli —me dijo Bob parado a mi lado, organizando las sillas conmigo—, quizá podemos revivir viejos tiempos con una buena partida de chupito Uno.

Yo lancé una carcajada.

—Oh no, no Bob, esos tiempos no los quiero revivir, ya estoy vieja para eso, podría morir aquí mismo de un coma etílico.

Esta vez fue Bob quien rio —¿Tú? ¿Coma etílico? Si tienes como tres hígados. Voy a buscarte una cerveza ¿Quieres algo Evan?

—Una cerveza esta bien, gracias, Bob.

Evan me miró confundido, pero con una leve sonrisa en sus ojos —¿Chupito Uno?

—Cuando nos graduamos del colegio o algunos veranos que venía a pasarlos con mi mamá, salía con estos locos y jugábamos Uno mientras tomábamos cualquier cosa como gente normal hasta que a mí se me ocurrió subir la apuesta y propuse que por cada vez que hubiese una carga 2 o 4, teníamos que tomar la cantidad de chupitos que cartas teníamos que cargar. Empezamos con whisky, pero terminábamos con tequila y bueno, el resultado era bastante desastroso.

Evan lanzó una carcajada deliciosa.

—¿Saben que en Uno las cargas no son acumulables no?

—Yo lo sabía, ellos no mucho, sino no hubiese sido tan divertido.

Bob nos dio una cerveza a cada uno y me pidió que lo acompañara a la cocina.

Yo le hice un gesto con los ojos mirando a Evan. Mi amigo lo miró, asintió y se dio media vuelta. Supongo que no le interesó mucho lo que seguía.

Evan me tomó de la mano y nos fuimos a un extremo de la piscina, ahí nos sentamos con los pies dentro del agua mientras ya los chicos y las chicas se tiraban de chapuzón.

—Después preguntas porque te bauticé Elina “la terrible”.

Reí.

—Ahí no puedo llevarte la contraria —choqué mi botella con la de él—, salud.

Tomé de mi trago y sentía su mirada clavada en mí.

Era como que no podíamos dejar de vernos, como si estudiábamos las facciones y las acciones uno del otro.

Yo en lo personal debía decir que no podía dejar de mirarlo porque era hermoso. Era armónico, sus facciones eran angulosas y hasta fuertes, pero cuando sonreía o simplemente me veía, sus facciones se suavizaban. Para mí parecía un ángel caído del cielo, era obvio que, era mi parecer porque estaba enamorada.

Su teléfono nos interrumpió. Él lo miró. Soltó el aire con violencia. Era obvio que el mensaje no era bien recibido.

—Disculpa, tengo que contestar este mensaje.

Asentí.

Noté que luego de contestar, apagó el teléfono y volvió a mí sonriendo, pero no feliz.

Esa tarde hablamos de todo. Me contó de su vida en Edimburgo y de su trabajo “aburrido” en el departamento de computación y redes de una famosa empresa de telecomunicaciones que me aclaró Tim luego, que era el jefe del departamento.

Me habló de su infancia y de sus hermanas, unas gemelas que nacieron cuando él tenía 12 años y ahora eran unas adolescentes que lo llevaban por el camino de la amargura, en especial Ivy que era la rebelde sin causa de las dos.

Yo le conté de mi adolescencia y de mi amistad con Tim y los chicos. Que, al no tener hermanos ni hermanas, ellos eran como mi familia. Porque nos conocíamos casi todos desde el jardín de infancia, excepto Luca que llegó el primer año de bachillerato desde Glasgow.

Él me habló de sus viajes, una de sus pasiones, pero los veranos siempre los pasaba en

Edimburgo porque su primo favorito lo visitaba y ya era una tradición pasarlo juntos, decía que Tim era el hermano que no tuvo y él sabía que Tim sentía lo mismo.

Yo estaba segura de que sí, Tim siempre nos hablaba de su primo de Edimburgo y lo bien que se lo pasaban cuando iban.

Claro yo imaginaba al primo como un tipo delgado de gafas y acné que se lanzaba encerronas de videojuegos por días —casi como Tim—, y que hacían todo lo que hacían en verano para hacer algo diferente o porque sus madres los obligaban.

Resulta que Evan amaba hacer senderismo y se llevaba a Tim a subir montañas cerca o lejos de la ciudad, pero nunca se quedaba en casa.

—¿Hay alguna montaña cerca donde podamos ir a caminar mañana?

—Hmmm... alta, no creo que cerca consigas alguna.

—¿Alguna protuberancia tectónica parecida a una montaña o colina?

Arrugué mi nariz —Lo único que tenemos es *North Berwick Law* una pequeña montaña que se usa para hacer algo de ejercicio, pero nada del otro mundo.

—¿Entiendes que estoy tratando de buscar una excusa para pasar el día de mañana contigo?

Evan se acercó a mí más de lo mentalmente saludable para mi pobre psiquis.

Sentí mi corazón acelerarse por cuarta o quinta vez en la última hora. Si no moría de un infarto con la escultura hablándome, mirándome, rozando su piel con la mía o sonriendo, pues, era inmortal.

Traté de sonreír como una adulta a la que un hombre le flirtea. Pero fallé porque me salió una sonrisita estúpida de adolescente enamorada que ni cuando fui adolescente me salió.

—No tenías que buscar ninguna excusa, solo me lo hubieses dicho e invento un plan —me encogí de hombros haciéndome la interesante, pero pegaba saltitos de alegría como la adolescente que tampoco pegó saltitos de alegría porque un chico la invitó a salir—, te puedo llevar a conocer la ciudad, podemos subir a nuestra protuberancia tectónica también. El paseo marítimo es hermoso en la tarde y quizá podemos ir al faro. Dame unas horas y armo un plan turístico para conocer North Berwick en un día.

—Estoy seguro de que donde me lleves, la voy a pasar bien.

Otra vez el cruce de miradas cómplices. Al principio duraban unos pocos segundos, pero al pasar la tarde las miradas se iban alargando, así como nosotros nos íbamos acercando más.

—¡Eli! —Oliver me gritó desde el otro extremo de la piscina. Servía unas salchichas y unas papas en un plato—, ¿qué te parece si mañana o pasado repetimos este plan?

—Te diría que cuenten conmigo —sonreí.

—¿Y si hacemos una fiesta en la playa? Ya está permitido hacer fiestas y si nos vamos hasta el final del paseo la luz es perfecta —dijo Megan.

—Me gusta ese plan —Oliver la señaló con la pinza con la que agarraba las salchichas.

—¿Te gustaría ir conmigo? —Le pregunté a Evan.

—Me encantaría ir contigo Eli.

Daisy le quitó el plato a Oliver de las manos y se acercó a nosotros.

—Tomen, coman algo que con las cervezas que han tomado, van a perder el sentido.

Yo solté una carcajada.

Porque la adrenalina que corría por mi cuerpo se consumía todo el alcohol que entraba en él, como quemaba el combustible un coche de fórmula uno.

Me sentía como si no hubiese tomado ni un trago y no sentía ni el más mínimo atisbo de hambre, pero le acepté el plato a mi amiga que siempre me cuidaba.

Day-day se sentó al lado de Evan.

—Evan ¿sabías que Eli es graduada en artes y se graduó con honores en la universidad de Edimburgo?

Evan me miró asombrado.

—¿Qué? No me digas que parezco de esas tontas que no han cogido un lápiz y un cuaderno en sus vidas.

—¡Oh no, no! Para nada solo que pareces más del tipo científica, más pragmática y directa. Los humanistas son más soñadores y emotivos.

—Yo tengo sentimientos.

—Se tienen que conjugar tres planetas, dos cometas y 17 lunas para que los demuestre, pero mi Eli, tiene los sentimientos más nobles del mundo.

—No lo dudo —otra vez Evan me miró con esos ojos derrite icebergs.

Sentí que toda la sangre se me fue al rostro. Idiota. No tenía 15 años, ni 18, ni 20. Tenía 25 años y me sentía como la niña de 15 enamorada del chico popular del colegio. Porque de algo que estaba segura era que Evan era el chico popular del colegio.

Alguien llamó a Daisy para que cambiara la música, se levantó de mala gana y nos volvió a dejar solos a Evan a mí.

—Así que estudiaste en Edimburgo.

—Cinco años.

—¿Cómo es que nunca nos conocimos?

—En realidad nunca se me ocurrió decir “Hey, voy a visitar al primo de Tim del que nos cuenta que vive aquí en Edimburgo” —lo hice reír de nuevo y decidí que esa podía ser mi profesión *ad honorem*, hacer reír a Evan—, y bueno los veranos que Tim iba, yo venía a pasarla con mi mamá y mis viejos amigos.

—Si te hubiese conocido en Edimburgo no te regresabas. Hubiese hecho lo posible para que te quedaras.

Quise reír para darle poca importancia, pero al parecer mi cerebro no tenía voz ni voto cuando se trataba de Evan.

Mi mano fue a su rostro, acaricié su mejilla.

—Estoy segura de que no me regresaba.

Era el primer contacto real que tenía con Evan en toda la tarde y fue tan pero tan íntimo que supe que no había vuelta atrás. Ahí supe que ese sería la primera de muchas caricias y estaba ansiosa porque viniera la segunda y la tercera y los millones más que faltaban.

Él cerró los ojos y recibió mi toque llenando sus pulmones de aire.

—¡Búsquense una habitación! —gritó Dylane burlón.

Y rompió la burbuja en la que nos habíamos metido Evan y yo.

—Tú estás celoso porque no es a ti a quien Eli está tocando —le respondió Tim en el mismo tono de burla.

Ahí empezaron las burlas infinitas a Dylane.

Siempre todos decían que Dylane estaba enamorado de mí en secreto, pero yo sabía que ese amor era porque Dylane se podía enamorar de una escoba con falda y más si la escoba no le hacía caso, pues más le gustaba.

Todas las chicas de nuestro curso habían pasado por las manos de él, menos yo, porque yo era como un chico más durante el bachillerato y no solo por mi comportamiento, sino porque la naturaleza no me había premiado con los pechos Day-day o las caderas de Megan.

Yo era “un chico más” hasta el último año de bachillerato que la naturaleza se condolió de

mí y de mi vida amorosa y me hizo crecer algo de pecho y algo de caderas entonces era como la niña bonita de rostro y cuerpo dulce que no levantaba ni un mal pensamiento.

Ya la noche había caído y mis amigos estaban entre la delgada línea de estar muy ebrios divirtiéndose y estar inconscientes.

Evan y yo habíamos dejado de tomar alcohol varias horas antes.

¿Cuál era la idea de tomar alcohol si no te afectaba? Yo tomaba agua y él coca-cola.

—¿Cuándo regresas a Edimburgo? —le pregunté a Evan para saber cuanto tiempo tenía.

—En una semana.

—Oh —no pude esconder la decepción en ese *oh*—, entonces tenemos poco tiempo... para que conozcas los alrededores.

—Tengo par de días aquí y algo he conocido con Tim.

—Tampoco es que haya mucho que conocer, al fin y al cabo, esto es un pueblo, uno grande, pero pueblo al fin.

—Después de hoy Eli, hay poco que me interesa conocer fuera de un metro a mi alrededor.

Es vez la mirada vino acompañada de un muy ligero movimiento, casi imperceptible. Era como que la misma fuerza que no podía evitar que nos dejáramos de ver y luego no dejáramos de tocar así fuese con un simple roce, esta vez no podía evitar que nos besáramos.

Pero él se detuvo.

Algo en su mirada cambió de tal manera que hizo que me detuviera, aunque el brillo seguía ahí.

Esta vez fue él el que acarició mi rostro.

—No te voy a besar por primera vez en frente de tus amigos borrachos Eli.

Noooooooooooo. Estoy segura de que escuché el grito que salió de alguna parte de mi cerebro... o mi cuerpo.

Ok, tenía razón. Sería el beso más indiscreto y *antiromántico* del mundo a pesar de que estábamos sentados al borde de una piscina en una deliciosa y muy extraña cálida noche de verano, pero ¡A mí no me importaba! Estaba deseando ese beso desde que vi a la escultura en la playa. Sentía que tenía años deseando ese beso, siglos esperando por él y resulta que el encargado del departamento de informática era un romántico.

Sonreí.

—Tienes razón.

Mi teléfono vibró y agradecí al cielo, porque sentía que estaba haciendo el ridículo esperando un beso que no llegaría.

—Déjame contestar, es mi mamá.

Presioné el botón verde de mi teléfono.

—Hola má.

—¿Está todo bien Eli?

—Si mamá, estamos en casa de Oliver.

—¿Cómo en los viejos tiempos?

—Así es —sonreí.

—¿Quieres que pase por ti? Estoy llevando a Sage a su casa y estoy cerca.

—No má, creo que no, tengo con quien irme sino llamo un taxi, de igual manera Day-day está conmigo, nos vamos juntas.

—Elina, yo conozco en qué terminan los planes en casa de Oliver y ahí nadie debe estar apto para conducir.

Evan me hizo una señal de que él me llevaba.

Asentí.

—De hecho, solo hay una persona apta para conducir.

—¿Quién, el padre de tus hijos?

Solté una carcajada que se escuchó en la Isla Skye

—Sí.

—Por lo menos el padre de mis nietos es algo responsable.

Volví a reír —Tengo el presentimiento que demasiado.

Esta vez fue mi mamá quien rio —Está bien, no tomes tanto.

—No, solo agua y ya nos vamos en unos minutos, Daisy está a punto de colapsar.

—Esa muchacha no sé como puede ser tan responsable en el trabajo y tan loca en la vida.

Reí. Mi amiga era enfermera y era amada por la mitad del pueblo. Era dedicada, paciente y comprensiva, pero a mi mamá no le faltaba razón, fuera del trabajo era un desastre.

—Hablamos pronto má.

—¡Eli! —mi mamá me llamó antes de terminar la llamada—, mañana voy a ir a comer con un amigo, quiero decírtelo para que no te enteres por los chismosos de este pueblo.

Me quedé con la boca abierta.

Mi mamá y mi papá tuvieron un matrimonio difícil, se divorciaron cuanto yo era pequeña y él murió en un accidente pocos años después, no tenía casi memoria de él y después de él, mi mamá no tuvo otra pareja o por lo menos ninguna que valiera la pena decirme.

Así que el hecho de que saliera con un “amigo” me dejó sin palabras.

—Un momento ¿Qué?

Creo que mi rostro fue un poema porque Evan llamó mi atención para preguntarme en un gesto qué sucedía.

Le hice una señal de ok y se relajó.

—No hagas de esto algo más grande de lo que es Eli, es solo un viejo amigo que me invitó a comer y ya.

—¿Y ya? ¡Má, tienes una cita!

—Ok, ya se enteró medio pueblo con tu grito.

Reí como una niña.

—Está bien, está bien. Perdón, pero me parece que es importante. ¿Aunque sea te puedo llamar mañana en la noche para preguntarte cómo te fue? Porque si te escribo no me vas a responder nunca.

—¡Ay Eli! Ya sé que no soy un as en tecnología, pero trato de adaptarme a estos aparatos.

—Mamá no tienes 80 años, pero bueno, te llamo mañana a ver como te fue con tu cita.

—No es una cita.

—Sí lo es.

—Ay Elina adiós, hablamos mañana.

—Ponte hermosa, bueno más, porque ya tú eres bellísima.

Mi madre rio y terminó la llamada.

Si el día había sido bueno, acababa de ser el mejor día en muchos años. Al fin mi mamá iba a salir con alguien así negara que era una cita.

Mi madre era hermosa. Su cabello rojo y ojos verdes la hacían parecer la reina de las hadas de las tierras altas o algo así. En cambio yo, aunque tenía los ojos verdes, no eran tan claros como los de ella y mi pelo oscuro, como el de mi padre.

—¿Está todo bien?

—Todo está perfecto —acaricié su rostro sonriendo.

—¿Quieres que te lleve a casa? Le quité las llaves a Tim, igualmente él no puede conducir.

Miré a Daisy dormida en el sofá y a Tim en el mismo estado y sabía que me arrepentiría para siempre de lo que iba a decir, pero era lo correcto.

—Creo que lo mejor es que nos lleves a Daisy y a mí, y te lleves a Tim para que no tengas que hacer dos viajes —dije derrotada.

—Creo que es lo mejor —me respondió Evan en el mismo tono.

Como pudimos, metimos a los dos cadáveres en el coche.

Llegamos a la casa donde vivíamos mi amiga y yo. Evan me ayudó a sacarla del auto y por fortuna Daisy se espabiló lo suficiente para poder caminar el trecho hasta la puerta, aunque con mi ayuda.

—Paso por ti a las 10am ¿Te parece bien?

—Para mí es igual a las 10 que a las 7, igual no voy a pegar un ojo en lo que queda de noche.

Evan se acercó más a mí y otra vez olí esa esencia que parecía tenía feromonas porque iba directo a mi vientre.

Puso una mano en mi cuello y acarició mi mejilla con su dedo pulgar.

Se acercó tanto que podía sentir su respiración, casi podía tocar sus labios con los míos.

Al fin iba a pasar lo que estaba esperando que pasara desde que miré esos ojos azules en la playa, finalmente Evan me iba a besar y yo no lo iba a dejar ir.

—Me siento mal, creo que voy a vomitar —la voz de Day-day rompió el hechizo con esas románticas palabras.

Evan y yo exhalamos al mismo tiempo.

Él se separó de mí y yo maldije en silencio.

—¿No me vas a besar verdad?

—No con tu amiga queriendo vomitar a un metro de nosotros.

—La voy a asesinar y regreso para que me beses.

Lo dije en broma porque ya el momento había pasado y solo me quedó el humor negro.

Él me tomó de la mano y la besó.

—Yo tampoco voy a pegar un ojo esta noche, pero mañana te tendré solo para mí, si todo sale bien.

—Pues va a salir bien. Esta noche mientras no pueda dormir armo el plan para mostrarte el pueblo y sus alrededores.

—Me parece perfecto —Evan me dio un beso en cada mejilla—, mañana a las 10 de la mañana aquí.

Asentí y me fui a asesinar a mi querida amiga.

Como si no hubiesen existido los aparatos electrónicos de comunicación, Evan y yo estábamos en el sitio acordado, a la hora acordada. Sin necesidad de un “te llamo para confirmar” o “baja que estoy afuera”.

Ese día comprendí que ese tipo de avisos eran por mera comodidad, nada como la adrenalina de sentir si te habían dejado plantada como en los viejos tiempos.

Patética.

También que por esa razón me di cuenta de que no tenía el número de teléfono de Evan ni él el mío, pero quizá era mejor así. Él se iría en una semana y yo en tres días. Eso no sería más que una aventura de verano que no había ni empezado y ni sabríamos como terminaría.

Lo que sí estaba clara es que, recordando esa semana, nunca pensé que una persona me marcaría de esa manera como lo hizo Evan Scott.

De vuelta al presente, tomé otro largo trago de agua y miré mi reloj, todavía faltaban para de horas para que mi mamá pasara por mí así que podía seguir recordando los buenos momentos que me traía esa playa y haberme encontrado con Tim.

Las nubes iban y venían, pero la temperatura empezó a bajar. Saqué mi manta y me arropé con ella, no quería irme tan pronto, estaba cómoda ahí sentada recordando.

Cerré los ojos y otra vez Evan llegó a mi cabeza. Justo esa mañana. Podía ver como si hubiese sido el día anterior como vestía, como lo soleado o nublado del cielo afectaban el color de sus ojos. Como palpité mi corazón apenas lo vi en un coche diferente al de Tim, aparcando para recogerme.

Corrí hacia él como en las películas cuando la protagonista está locamente enamorada del galán y cada vez que lo ve corre hacia él, bueno, así de tonta me sentía y parecía, pero no me importaba en lo más mínimo

—¿Qué zapatos traes puestos hoy?

Evan me miró confundido y levantó un pie.

—¿Deportivos? ¿Tenía que traer algún zapato especial hoy?

—En realidad sí, pero esos están bien, vamos a North Berwick Law, me pediste ir a una montaña y te voy a llevar a nuestra mini montaña. Aunque el trecho es de casi dos horas, vale la pena cada minuto.

—Voy con Eli “la terrible”, por supuesto que es trecho valdrá la pena. Nunca dudaría que la voy a pasar bien en tu compañía, Eli.

Evan tenía el súperpoder de ruborizarme con cualquier comentario. Era como si no tuviera filtro en cuanto a cumplidos hacía mí se tratara, y si esa era su estrategia de conquista con las mujeres, pues yo lo aprobaba.

—Tenemos que detenernos en una tienda a comprar cualquier cosa que quieras, yo traje para los dos unos sándwiches, agua y frutas.

—Por mí eso está perfecto, pero sólo te pediría me recomiendes un sitio decente para

desayunar, tengo 3 días comiendo el cereal que come Tim y te juro que puedo vomitar si vuelvo a desayunar cereal.

Solté una carcajada.

Tim no había dejado la costumbre de desayunar cereales, desde el colegio. Él decía que era rápido y eficiente, lo necesario para funcionar.

—Te voy a llevar al café de Tina, una señora italiana que llegó aquí hace mil años y prepara los mejores desayunos continentales del mundo.

—Me parece perfecto.

Evan pidió uno de los desayunos de Tina y yo un café. Hablamos de mi trabajo en el Ayuntamiento y de mis planes a futuro con el máster que algún día soñaba hacer.

Él me contó de sus planes de crear una empresa de diseño y programación de aplicaciones para móviles para no tener que depender más de un sueldo sino de su trabajo y de lo que le gustaba hacer. Solo le faltaban unos toques para arrancar su aventura.

Deseé con todo mi corazón que lo lograra. No conocía a ese extraño que había irrumpido en mi vida 24 horas atrás pero sentía que él sería importante para mí y quería que fuera feliz.

—¿Tienes planes para esta noche? —le pregunté camino a la montaña.

—Lo que tú quieras hacer Eli, te dije que hoy quería pasar el día contigo.

Solté una risita tonta en mi cabeza que por suerte no se hizo sonora.

—Muy bien, quizá podamos dejar el tour para otro día, hoy es noche de lasaña en casa y si quieres puedes comer con Day-day y conmigo.

Le expliqué el acuerdo que teníamos mi amiga y yo que ese era mi pago por vivir en casa con ella.

—Comida casera, hecha por ti. Este día cada minuto se pone mejor.

Aparcamos al pie de la montaña y empezamos a subir. Había varias rutas de diferentes niveles de dificultad, elegimos la más suave porque no estábamos en una competencia, queríamos hablar y disfrutar del paisaje.

—¿Qué te hizo regresarte de Edimburgo? No te vez del tipo nostálgica por tu pueblo.

—Aunque no lo creas, me gusta mi pueblo pero no, no fue por eso. Quiero hacer el máster en restauración de pinturas y esculturas y uno de los mejores está en la Universidad de Dublín, y si me quedaba en Edimburgo hubiese sido imposible ahorrar para hacerlo. Aunque el sueldo es mejor ahí, aquí reduzco los gastos a más de la mitad y si mis cálculos no me fallan en poco menos de cuatro años tendré el dinero de la manutención con una especie de “automesada” al mes.

—Todavía no puedo entender como estudiaste arte si eres tan calculadora y pragmática. Eres una contradicción Elina Ferguson.

Reí. Yo no veía la diferencia entre los números y las artes.

—Todo tiene una regla, una fórmula, tanto en los números como en las artes. Solo que no se rige con los mismos cánones —me encogí de hombros haciéndole notar que era algo lógico, por lo menos para mí.

Llegamos a lo alto de la montaña. Señalé un pequeño espacio dispuesto para descansar. Había un banco que miraba hacia la bahía, aunque el día estaba más nublado que el anterior, podíamos apreciar todo el pueblo, el puerto marino y los pequeños islotes más adentro.

—Siempre me sentí atraída por la armonía —continué, miré los veleros atados en el puerto—, la belleza o lo que consideramos “bello”, tiene que ver con nuestro concepto de armonía. Empecé a estudiar arte por la curiosidad de saber qué hacía que en cada época, la

belleza y la armonía cambiaran más allá de los conceptos sociales de cada época, luego fui descubriendo que tenía mucho que ver con eso, con fórmulas, con patrones que dispuestos de una manera u otra dan resultados diferentes, como los números. Creo que el arte es sentimiento, pero en el fondo, el arte son fórmulas que cada uno interpreta de manera diferente.

Cuando caí en cuenta de que quizá tenía mil horas hablando y que Evan estaría dormido en el banco volteé a mirarlo avergonzada.

Me encontré con unos ojos azules clavados en mí, tan enfocados en mí que me hicieron sonrojar.

Me escuchaba como que si lo que yo estaba diciendo fuera lo más interesante del mundo.

—Eres increíble —su mano tomó un mechón de mi cabello y lo llevó detrás de mi oreja—, estaba preparado para escuchar que estudiaste artes porque no te gustan las matemáticas o algo así, y resulta que estudiaste arte por las matemáticas.

—Como diría mi mamá, los números son perfectos y yo le añadiría que el arte también.

Intercambiamos miradas por unos segundos. De esas miradas que ya nos pertenecían. Esas en las que nos decíamos cosas que sólo él y yo entenderíamos aun sin conocernos.

—No te hubiese dejado regresar de Edimburgo —dijo después del corto silencio.

—Quizá te hubieses aburrido de mis disertaciones artísticas.

—Te hubiese pedido que me expusieras tus puntos de vista de cada cuadro y cada escultura solo para escucharte.

Solté una carcajada.

Refleje su posición y apoyé mi cabeza en mi brazo totalmente de frente a él.

—Quizá el momento perfecto para conocernos fue ayer y no antes ni después.

Él levantó la mano y acarició mi rostro. Sus dedos bajaron por mi cuello, mi clavícula y volvieron a ascender.

—Anoche maldije mil veces no haberte podido besar, quise hacerlo desde que nos subimos al coche.

—Yo quise que me besaras desde que te vi pero al parecer ese “momento perfecto” no exis...

Al parecer en una pequeña montaña, de un pueblo en Escocia, cerca del mediodía, Evan creyó que ese era el momento perfecto para besarme, y yo di gracias al cielo.

Su mano en mi cuello me atrajo hacia él y su boca me dio la bienvenida.

No fue un beso tímido ni “exploratorio” como suelen ser los primeros besos. Fue un beso seguro de que sería uno de los mejores besos que le diera a una mujer. Un beso confiado como si nos hubiésemos besado 73 veces y todavía faltaban dos millones de besos más.

Caí en la realidad cuando dejé de sentir la tibies de sus labios en los míos.

—Wow —sólo pude decir. La mujer independiente y madura que me consideraba se puso el uniforme escolar y suspiró como una chica que solo pudo decir “wow” después de su primer beso.

—Puedo considerar esa expresión un triunfo en la elección del momento adecuado para besarte.

—No. Así me besaras ayer frente a mis amigos borrachos o frente a Day-day medio inconsciente iba a decir wow, porque sabía que el primer beso contigo iba a ser increíble.

Evan soltó una carcajada.

—Que responsabilidad, ahora siento que tengo la presión de mejorar ese beso —dijo con la sonrisa más hermosa en sus labios.

—Te puedo dar varias oportunidades para practicar y ya te iré diciendo si mejoras.

Me levanté del banco y caminé hacia la gran mandíbula de ballena puesta como un arco mirando al otro lado del mar, bueno, la réplica de la mandíbula porque la original había colapsado en 2005 o algo así.

Subí la cremallera de mi chaqueta deportiva las nubes ya cubrían por completo el cielo y el viento a esa altura era más violento.

Le hice una seña a Evan para que me acompañara, le quería mostrar mi pequeño pueblo desde las alturas.

Vi como algunos barcos llegaban al pequeño muelle del lado izquierdo y las gaviotas se reunían alrededor de ellos buscando algo que pescar.

Sentí el pecho de Evan pegar de mi espalda y sus fuertes brazos rodearme.

Suspiré.

Sus gestos eran tan familiares y yo me sentía tan cómoda con él a mi alrededor que no parecía que éramos prácticamente extraños.

Su rostro acariciaba mi pelo y yo rogaba porque algo de su olor se pegara, aunque fuese en dos hebras de mi cabello.

—Como el plan cambió, te voy a hacer un mini tour desde aquí —señalé al edificio cerca de las rocas—, si ves cerca del muelle donde están los barcos y las gaviotas un poco a la derecha vas a ver el museo de aves y criaturas marinas. Es una especie de centro de estudios más que un museo, aunque puedes entrar y ver las criaturas marinas como en un zoológico —lo miré de reojo para ver su reacción.

Yo estaba tan a gusto, me daba miedo pensar que él no se sintiera igual así me demostrara lo contrario.

—Ya te dije antes que yo iba donde tú me llevarás.

Asentí.

—Más hacia la derecha aún está la zona donde los muchachos quieren hacer la fogata, son unos metros de playa donde está permitido hacerlas bajo control.

—Pero ya será mañana porque hoy es noche de lasaña.

Volví a asentir esta vez sonriendo.

—Es noche de lasaña.

Cuando llegamos al auto ya pasaban las 6, el cielo todavía estaba claro. Podía recordar esa tarde a la perfección.

La brisa tocando mi rostro al bajar. La mano tibia de Evan entrelazándola con la mía. Su risa cuando le contaba las locuras que hacía para ser como los chicos de mi clase. Su voz aterciopelada cuando me contaba de su vida.

Podía recordar cada uno de los besos que me dio en el trayecto de bajada.

Se detenía me atraía hacía él y me daba los besos más deliciosos del planeta. Algunos dulces otros traviosos, pero los mejores eran esos que cortaban nuestra respiración hasta dejarnos jadeando.

—Por está razón temía besarte —me dijo después de uno de esos besos “quita aliento” antes de subirnos en el coche—. Sabía que no iba a poder dejar de hacerlo.

—Si tú no me besabas hoy, lo juré anoche por los dioses celtas que te besaba yo, y al diablo con los cuentos de hadas de esperar el beso del príncipe.

Evan rio de nuevo.

—Eli “la terrible”.

Apenas encendió el coche miró su móvil. Lo había dejado porque no quería que lo molestaran, decía que en el trabajo poco le importaban sus vacaciones si había algo que no podían

resolver, lo llamaban. Y él lo entendía, por eso le pagaban una pasta pero ese día no quería que nada lo interrumpiera, quería prestarme toda su atención.

A mí me salían corazoncitos por los ojos.

Evan era lo que toda mujer deseaba. Un hombre independiente con sentido del humor, inteligente, guapo no, lo siguiente. Con los ojos más hermosos del mundo y una sonrisa que brillaba más que el sol.

¿Defectos?

Que todo eso que yo veía en él no era real, así como todo lo que él veía en mí. Solo teníamos cuatro días en para estar juntos y esa era la ilusión que nos hacía ver todo perfecto en el otro.

Yo en lo particular no quería caer en la realidad. Era feliz con la escultura a mi lado, riendo y solo mostrando lo mejor de nosotros. Al final así quería recordar esa aventura de verano.

Como siempre la lasaña me quedó perfecta. Esa noche Day-day se preparaba para la noche siguiente tener una guardia de 48 horas. Los pocos años de práctica le habían enseñado que esos trasnochos nunca se recuperaban pero que, si dormía lo más posible el día anterior, rendía más, se tomaba un té relajante y dormía hasta poco antes de su guardia.

Conversamos un poco de todo, tomamos algo de vino y servimos un poco de pie de manzana que teníamos en la nevera, hasta que vi a Evan ahogar un bostezo y recordé que quizá él tampoco había dormido.

A mí todavía me movía la adrenalina, pero también sabía que si me relajaba un poco, pegaría la frente de la mesa.

—Ha llegado mi momento —Day-day vio su reloj y se levantó de la silla—, me tocan dos días duros. ¿Todavía te quedan más días aquí, cierto? —se dirigió a Evan.

—Cuatro días y medio más.

—No es que estés contando —mi amiga le guiñó un ojo.

—Me gustaría no tener que hacerlo.

—Bueno —interrumpí—, creo que tú también deberías ir a descansar.

En realidad no quería que se fuera pero por primera vez en el poquísimo tiempo que estábamos juntos, creía que no era el momento para estar juntos y bueno, era la excusa perfecta para no escuchar cuánto tiempo le faltaba para irse.

Day-day nos dio un beso y un abrazo a cada uno y se marchó.

Yo me levanté a recoger la mesa y Evan me ayudó.

—¿En realidad quieres que me vaya?

Puse los platos en el lavavajillas y me di vuelta para quedar frente a él.

Lo miré. No podía dejar de mirarlo. Para mí era como esas esculturas de Bernini que eran tan perfecta por cada detalle. Sus ojos, su boca delineada, su cabello alborotado, sus brazos.

Sí, sí, sabía que era la ilusión de lo efímero, pero me hacía feliz y eso era lo que importaba.

—En realidad no, pero necesitas descansar, te vi varias veces ahogando bostezos mientras comíamos y después de dos platos de lasaña... ¿De verdad no pegaste un ojo anoche?

Evan hizo una especie de gruñido de frustración —Ni medio segundo. Me quedé como un idiota viendo por la ventana esperando que amaneciera.

Acaricie su cara —Pareces de mentira, eres tierno y a la vez súper guapo y provoca matarte a besos o comerte a mordiscos.

Evan iba a soltar una de sus deliciosas carcajadas, pero lo tomé por el rostro y decidí

hacer una mezcla de las dos cosas y me lo empecé a comer a besos.

Comenzó como un beso divertido, pero se fue transformando a uno de los besos “quita aliento”, la diferencia era que esta vez no estábamos en un sitio público y esa libertad dio paso para que nuestras manos hicieran de las suyas.

Yo no iba a perder medio segundo en tocarlo, levanté su camisa y me regodeé acariciándolo.

¡Oh, Dios! Era tan suave.

Y su espalda era gigante. Me sentía como una hormiga rodeada con sus brazos enormes.

Sus manos subieron por mi dorso y sus pulgares acariciaron mis senos con tal deseo que se me escapó un gemido.

El sonido de mi teléfono nos hizo pegar un salto.

Fui a la mesa todavía jadeando. Toqué mis labios hinchados de ser besados pero todavía queriendo más.

Volteé a mirar a Evan, estaba con las dos manos en el mesón de la cocina, con la cabeza gacha, respirando por la boca. El pobre estaría tomando fuerzas o quizá autocalmándose, para ellos la frustración sexual era físicamente dolorosa, agradecí por que a nosotras no se nos notara ni nos doliera nada más que el orgullo.

Tomé el teléfono. Mis manos todavía temblaban.

Mi mamá.

Mierda.

Había quedado en llamarla para ver qué tal le había ido en la cena y siempre que prometía escribirle lo hacía, si no lo hacía se preocupa como pasaba en ese momento.

*Ya te llamo má —le escribí.

—Lo lamento, tengo que llamar a mi mamá.

—Está bien —me sonrió—, lo mejor es que me vaya.

Maldición.

Lo acompañé hasta la puerta.

—Hoy te voy a hacer una promesa —entrelacé mis manos alrededor de su cuello, luego acaricié su hermoso rostro—, mañana tengo que ir a trabajar, pero gracias a los dioses de las estaciones, tengo horario de verano así que a las 4pm estoy libre. Mañana, no importa lo que suceda la pasaremos juntos.

Hubo un corto silencio. Evan me miraba a los ojos con tal intensidad que me hacía erizar.

—Me vas a decir que es parte de mi estrategia de conquista o lo que quieras Eli, pero quiero pasar cada minuto de mi tiempo aquí contigo. Tengo la estúpida sensación de que se nos acaba el tiempo y es gracioso porque si una mujer me hubiese dicho eso, hubiese dicho que es una intensa, y mírame aquí frente a ti suplicando tiempo.

Lo besé ¿qué más iba a hacer?

Tenía razón era un amor de verano y esos amores son intensos y hasta locos. Yo me había hecho la promesa que eso sería Evan para mí.

No estaba preparada para una relación estable, ni siquiera con él.

Tenía planes a mediano y largo plazo que no pensaba ni postergar y mucho menos cancelar y como en ninguno de mis cálculos estaba enamorarme como una idiota de un hombre encantador, pues no lo haría.

No quería ponerle freno a lo que sucedía porque al fin de cuentas era pasajero y lo más importante, nunca en mi vida me había sentido así.

Nunca había sentido ese flechazo que te deja estúpido, nunca me había paralizado al ver a

un chico, nunca mi corazón se había acelerado de esa manera ni había sentido las famosas mariposas en el estómago, ni la inapetencia, ni el insomnio. Y todo eso me estaba pasando en 24 horas.

No lo iba a dejar escapar porque se sentía genial.

—Evan Scott, eres increíble —le di otro beso. No me cansaba de besarlo y al parecer era mutuo—, mañana no importa lo que pase la vamos a pasar juntos y vamos a aprovechar cada minuto del tiempo que te queda aquí. Nos vamos a divertir un montón y será el mejor verano de tu vida y de la mía.

—Es un trato —acarició mi cabello—. Mañana paso por ti a tu trabajo.

—No sabes cómo llegar a mi trabajo.

—Para algo está el GPS y si no, Tim —se encogió de hombros—, igual no puede ser difícil llegar al ayuntamiento.

Reí —Es cierto. Mañana almuerzo ligero y cuando salga te invito a comer las mejores hamburguesas del mundo.

—Eli, creo que me toca invitarte a ti. Ya me has invitado lo suficiente.

—Pues no pienso discutir contigo por eso. Mañana te veo a la salida de mi trabajo.

—Nos vemos mañana mi bella Eli.

Volví a sonreír como una tonta.

Evan me dio otro de sus besos mágicos que me hacían flotar y se fue. Yo cerré la puerta para llamar a mi mamá y me di cuenta de que otra vez se me había olvidado pedirle a Evan su número de teléfono y él el mío, así que al otro día sería otro salto de fe, aunque a esas alturas ya yo había saltado con los brazos abiertos y sin paracaídas esperando que Evan me atajara.

Decidí llamar a mi mamá porque si conversaba por mensajes estaría hasta el amanecer y mi mamá solo hubiese escrito dos oraciones.

—Hola má, perdona que no te llamé antes, es día de lasaña, estaba comiendo con Day-day y Evan.

—Hola Eli lo imaginé, pero como habías prometido llamarme... ¿Quién es Evan?
Se me salió una risita antes de responder.

—¿El padre de mis nietos?

La risa se convirtió en carcajadas.

—Sí mamá, el padre de tus nietos.

—Va en serio la cosa.

—¡Mamá! ¡Lo conocí ayer!

—Pero ya lo invitaste a comer de tu lasaña y Day-day lo dejó entrar a su casa.

En eso tenía razón, más por la segunda razón que por la primera. Day-day era súpercelosa con quien dejaba entrar en casa. Siempre decía que éramos dos mujeres solas que se tenían que cuidar.

—Es el primo de Tim Kerr mamá y es un buen chico.

—No lo dudo, tú no eres tonta para salir con cualquier cabeza loca.

—Es increíblemente guapo má —sonreí, solo pensar en el rostro de Evan, me daban ganas de sonreír.

—Eso puede volver a una mujer tonta.

Esta vez las dos reímos.

—Ok, suficiente de hablar de mí ¿Cómo te fue en tu cita? ¿Habrá una segunda? ¿Se besaron? ¿Ya lo puedo empezar a llamar papá?

—¡Elina Margherite!

Solté una carcajada gigante.

Mi mamá y yo habíamos llegado a ese punto en nuestra relación en el que éramos más amigas que otra cosa, ella me contaba así todo de su vida y yo *casi* todo de la mía. Así pelearíamos porque nunca la haría abuela.

—No fue una cita, fue una comida con un amigo del pasado.

—Hmmm... ¿Qué tan amigo? ¿Qué tan pasado?

—Un buen amigo y bastante pasado, estaba de paso por aquí y quedamos para cenar y ponernos al día, teníamos muchos años sin saber uno del otro.

—¿Cuántos?

—Un poco más de 30 años

—¿Qué? Wow ¿Y como te encontró?

—Bueno, tampoco es que me he movido mucho. Contactó con tu tía Sage y le pidió mi teléfono.

—¿Y revivieron la vieja llama? Porque no me engañas mamá, fue un antiguo novio.

Mi mamá suspiró derrotada —No fuimos novios, era un admirador. Yo estaba ciega de

amor por tu padre así que no le presté mucha atención. Al final, él se fue a Glasgow donde creó una pequeña empresa de artículos de limpieza y ahora su empresa es la principal proveedora de artículos de limpieza de la ciudad.

—HmMMM, un empresario, no es un vago que vive del gobierno. ¿Es guapo?

—¡Elina por Dios!

—¿Es guapo o no?

—Era guapo de joven, todavía le queda mucho.

—Mamáááá. Primera vez que te escucho diciendo que un hombre es guapoooooooo.

—Elina basta. Es solo un viejo amigo y ya, vete a dormir. Sola, espero. Quiero ser abuela, pero no por una irresponsabilidad.

Reí.

—Sola por ahora pero mañana no te garantizo nada.

—No tengo por qué saber eso Elina, todavía soy tu madre y es información que no quiero saber.

—Está bien, está bien má. Estoy feliz que la hayas pasado bien con...

—George.

—Con George, mami. Ya me contarás de sus cartas de amor porque de algo puedo estar segura... las habrá. Por cierto ¿Podemos correr el almuerzo con las chicas para pasado mañana? Tengo una cita con Evan y...

Pude escuchar un asomo de risa del otro lado del teléfono.

—Ay mi Eli, tú riéndote de mí y la enamorada eres tú.

—Mamá, no estoy enamorada, Evan me gusta mucho, pero de ahí a amor...

—Está bien Elina, si eso es lo que quieres creer... Buenas noches hija.

—Vamos a dejarlo hasta ahí —volví a escuchar la risa de mi mamá—. Buenas noches, má. Te quiero.

—Y yo a ti.

Ese día me vestí como para una cita, porque básicamente después del trabajo tendría una.

Salí como una bala de la oficina para encontrarme con Evan que me esperaba sentado en un banco, hablaba por teléfono y no era nada agradable por su cara, pero apenas me vio saltó como un resorte, terminó la llamada y su rostro se iluminó con una de sus sonrisas.

Yo no necesitaba un día soleado, solo necesitaba a Evan que me sonriera para iluminar mi día.

Y sí. Así de cursi me comportaba y sentía.

Caminé rápido, me detuve a pocos centímetros de él. Me acarició el pelo y la mejilla. Me observaba en cada trazo que su mano recorría.

Me dio un beso justo en la comisura de cada lado de mi boca.

Ya sentía las hormiguitas de excitación recorriendo mi cuerpo.

Amaba esa sensación.

—Hola tú —lo saludé tratando de disimular mi expresión de tonta.

—Hola.

—¿Listo para comerte las mejores hamburguesas del mundo o por lo menos de North Berwick? Me muero de hambre.

—Listo para invitarte a comer las mejores hamburguesas del mundo o por lo menos de North Berwick —me respondió sonriendo.

—Bueno, bueno, lo de quien paga es un tecnicismo.

—Elina, no voy a permitir que pagues un solo penique de esa comida.

—Está bieeeeen —bufé—, dije que no iba a discutir contigo por esa tontería. Vamos.

—Dejé el coche aparcado en aquella esquina.

—Creo que lo mejor es que lo dejemos ahí, Jam-Burguess queda solo a par de calles de aquí.

—¿Jam-Burgess? ¿En serio, así se llama?

—¿Elegante, no? —Moví mis cejas hacia arriba y hacia abajo.

Evan rio.

Se nos hicieron las 8 de la noche entre comer y el postre. Luego fuimos a un café, nos tomamos un té y continuamos hablando y riendo.

Pasábamos de temas serios como el medio ambiente o la política hasta tonterías como el *meme* del gato.

Me sentí en Edimburgo otra vez. No era por menospreciar a mi pueblo pero los intereses eran muy diferentes, aunque algunos fueran profesionales, conversar con mis amigos era hablar solo de las cosas que pasaban en el pueblo o del último juego de fútbol o rugby.

No me molestaba, pero era agradable conversar con alguien interesado en tecnología, arte o un simple *meme*.

Llegamos al coche y fuimos hasta la playa.

Evan aparcó, caminamos hacia donde se podían ver —y escuchar— a mis amigos encendiendo la fogata. De un lado se veía una nevera abierta con botellas de cerveza rebosando.

Bob y Dylan armaban una especie de toldo.

Miré el vidrio del coche. Empezaban a caer pequeñas gotas de lluvia.

Miré a mis amigos de nuevo y supe que el toldo era para cubrir la fogata.

Unos genios.

Ya podía escuchar la sirena de los bomberos por el incendio de un toldo de lona sobre una fogata.

Miré a Evan que hacía algo en su teléfono antes de bajarnos.

Vi otra vez a mis amigos.

—Le voy a escribir a Tim que ya estamos aquí —me dijo.

—No —lo tomé por la muñeca para que se detuviera, me miró confuso—, ¿recuerdas que ayer dijiste que haríamos lo que yo quisiera?

Evan frunció el ceño y asintió confuso —Todavía lo mantengo, yo voy a donde tú me lleves.

—Pues, no quiero ir a la fogata con mis amigos, quiero ir a casa y estar contigo.

Lo miré a los ojos. Su mirada pasó de confundida a asumir lo que yo acababa de decir.

La intensidad de su mirada me abrumaba. No sonreía de hecho su seriedad me asustó.

Se giró hacia mí y posó una de sus manos en mi mejilla.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—¿En serio Evan? ¿En serio me estás preguntando eso?

—Perdona... —tomó mis manos y las besó.

—Anoche solo pude pensar en lo que me dijiste, te vas en pocos días y no pienso malgastar el tiempo con estos locos que los seguiré viendo hasta quien sabe cuando. Quiero estar contigo, no quiero que supliques por tiempo, quiero aprovechar hasta el último segundo contigo.

Evan me atrajo hacia él y me besó.

Su lengua invadió mi boca sin miramientos y yo lo recibí ansiosa. Esos eran los besos que

quería esa noche.

Evan le envió un mensaje a Tim y nos fuimos a casa.

Entramos a la casa en silencio, la soledad de la casa nos arropó. Daisy estaba de guardia.

Había poco de que hablar.

Mi cabeza daba vueltas con una sobredosis de adrenalina. Pensaba en mil cosas.

Apenas tenía dos días que conocía al hombre a mi lado. Nunca había hecho esa locura. Las pocas relaciones que había tenido habían sido prudentes, hasta estudiadas y con Evan todo había sido como un huracán desde que lo vi.

Lo tomé de la mano y lo llevé a mi habitación.

Ya la noche empezaba a caer y el cuarto había quedado en penumbras.

Evan me tomó por la cintura. Acarició mi rostro y mi cuello con sus manos, pude sentir un ligero temblor en sus dedos. Quizá estaba tan nervioso como yo, pero él lo disimulaba mucho mejor.

Su mirada había pasado de intensa a una calma absoluta. Sus ojos eran más claros a pesar de la media luz que nos arropaba. Su respiración calma justo como sus caricias.

Yo imité sus movimientos, acaricé su rostro, descendí hasta su pecho y ascendí otra vez hasta que mis dedos se enredaron en las ondas de su cabello rojizo.

A diferencia de él yo no quise disimular mi deseo. Mi respiración se aceleraba solo con pensar que estaba ahí con la escultura que me había flechado días atrás.

—Quería estar así contigo desde que te vi en la playa —me decía mientras sus labios recorrían mi rostro y mi cuello.

—Y yo deseaba estar así contigo desde que me viste en la playa.

Sentí su sonrisa en mi piel.

Como si no pudiesen evitarlo nuestros labios se encontraron.

El beso empezó dulce, sereno, al fin buscando conocernos, pero al parecer los dos estábamos más allá de ese paso. La fase exploratoria no nos interesaba porque sentíamos que ya nos conocíamos.

Cada roce, cada caricia era en el sitio justo, como si nuestros cuerpos tuviesen alguna memoria de una vida anterior.

Poco a poco, dentro del beso, lo llevé al borde de la cama.

Evan se sentó. Yo di un paso hacia atrás.

Su rostro otra vez era de confusión.

Tomé aire profundo. Estaba a punto de hacer algo que en mi vida había hecho, algo que me hacía sentir vulnerable y sin defensas, pero con Evan no las necesitaba.

Me llevé las manos atrás y bajé la cremallera de mi vestido que cayó al suelo como una capa de piel que no necesitaba.

Ahí estaba yo, solo en bragas —unas hermosas de encaje azul oscuro que me había puesto con toda la intención de que Evan las viera esta noche—, frente a un hombre que me hacía sentir segura, hermosa y confiada.

Aunque después que di el temerario paso, me arrepentí.

Evan me miraba casi congelado.

Sus ojos iban de mi rostro, bajaban a mi pecho y seguían descendiendo para luego volver a subir.

—Hago esto porque no necesito ropa para estar frente a ti. Yo estoy desnuda desde que me miraste la primera vez —susurré. Me encogí de hombros—, la ropa era solo un requisito social.

Silencio.

Silencio.

Mirada intensa de Evan.

Silencio.

—Si no dices nada, creo que voy a recoger mi vestido para volvérmelo a poner. La dignidad ya no la puedo recoger —hice el ademán de coger mi vestido.

—No —dijo con la voz ronca—, no lo hagas Eli —se levantó de la cama y caminó hacia mí. Acarició mi rostro, cuello, bajó por mis brazos y pasó a mi torso. Ahí sus dedos se hundieron en mi piel mientras ascendían por mi costado—. Eres tan hermosa, tan luminosa, tan dulce que me dejas sin palabras.

—Evan...

No terminé la frase, Evan tomó mis labios como si se acabara el mundo al otro día, pero esta vez yo estaba preparada para ese beso. Nuestras lenguas danzaban sincronizadas justo como lo hacían nuestras manos.

En tres segundos le quité su camiseta. Si había algo que deseaba hacer desde el minuto uno era pasar mis manos por su pecho fuerte y su abdomen definido.

Sus manos acunaron mis senos.

Gemí de placer y él me recompensó masajeándolos con delicadeza mientras sus pulgares acariciaban mis pezones.

Sentía que iba a llegar al cielo del placer que me daba solo sus toques.

Imaginar cómo me sentiría cuando Evan estuviera dentro de mí me llevaba a otro nivel de placer que no podía describir.

Quise reír por pensar en algún momento que no era una persona muy sexual y que el sexo era cualquier cosa para mí, cuando en ese momento sólo quería que Evan me llevara a la cama y me devorara.

No es que era asexual, es que no había llegado un Evan a mi vida.

Con torpeza le quité sus pantalones y sus calzoncillos, con su erección me demostró cuánto me deseaba. Yo solo quería tocarlo, quería sentir su piel tibia en mis manos, en mi piel. Otra vez me sentí como un gato al querer frotarme toda contra él.

Mi cabeza lógica estaba en cortocircuito ante tantas emociones nuevas para mí. Era como si Evan hubiese abierto una puerta de un mundo totalmente desconocido y en el que me quería quedar viviendo para siempre.

—Necesito alcanzar mi billetera Eli —me dijo Evan casi suplicante.

—¿Por qué? ¿Para qué? —yo no paraba de tocarlo y besarlo.

Él acunó mi rostro y me miró con esa mirada doma leones.

Logré enfocarme por un segundo, me sentía como una drogadicta que lo único que quiere es su droga, nada más.

—Ahí están mis preservativos —me susurró

Mi cabeza reaccionó por una fracción de segundo, el mismo segundo que él duró en buscar la protección y ponérsela mientras lo miraba atónita y miles de pensamientos cruzaban por mi cabeza.

Idiota ¿Pensabas tener sexo sin protección? Tuvo que él recordártelo.

Toma el control de tu cuerpo y emociones Elina, estás fuera de control.

Tienes un plan que seguir Elina, tu máster es más importante, no te puedes enamorar.

¡Dios! Es hermoso.

Sí te lo preguntara en este segundo, te irías con él a Edimburgo y dejarás todo.

¡Contrólate!

—Eli, hermosa.

La voz suave y la piel tibia pegada a mi cuerpo me sacaron de mis pensamientos.

Me enfoqué otra vez en él, en esos ojos azules como el cielo despejado, en su boca delineada. Acaricié su rostro. Evan no solo era hermoso, era dulce, delicado.

Me tomó de las manos e hizo que las entrelazara detrás de su cuello, con sus dedos recorrió mis brazos, mi torso, mi cintura y subió por mi espalda.

Me besó. Tierno y dulce como era él.

Bajó por mi espalda hasta mis glúteos, continuó hasta el comienzo de mis muslos. Me tomó por ahí e hizo que rodeara mis piernas en su cintura.

Sentía su erección en mi entrada y creía que iba a morir de combustión espontánea.

¿Cuánto se puede desear a una persona? Al parecer mi pregunta no tenía respuesta porque por el momento no le veía fin a mi deseo por Evan.

Él retrocedió hasta que estuvo al borde de la cama.

Se sentó y yo me levanté un poco solo para ubicar su miembro en la posición correcta para que entrara en mí.

Todavía estábamos fundidos en el beso que había escalado a proporciones monumentales de deseo.

Sus manos tomaban en puños mi cabello y las mías el de él.

Amaba enredar mis dedos en su cabello rojo.

—Esto es demasiado Eli —me dijo en un jadeo.

—No, no lo es —y no lo era para mí porque yo aún quería más, sentía que nunca sería demasiado de Evan.

Descendí poco a poco. No quería perderme un segundo de la sensación de sentirlo en mí.

Evan ahogó un gruñido.

Una de sus manos bajó a mi cadera y marcó el paso.

Yo me sentía poderosa, como una amazona. Sentía sus dedos hundirse en mi piel y su respiración tan acelerada que creía que iba colapsar.

Su boca abandonó la mía para deleitarse con mi pecho.

—Eli, Eli —repetía una y otra vez.

Nunca en mi vida había tenido esa sensación, era como esos sueños donde caes y caes y nunca tocas el suelo, con la diferencia que en los sueños quería hacerlo, pero en ese momento, con Evan dentro de mí, no quería aterrizar nunca.

Aceleré mi ritmo porque básicamente no podía detenerme, quería más y más de él y yo quería darle más y más de mí.

Hasta que sentí que llegaba al suelo solo para tomar un impulso que me disparó a las nubes.

Evan ahogó mi grito con un beso donde escondía el gruñido de también haber alcanzado el éxtasis.

No quedamos unos minutos ahí como las esculturas de “El Beso” de Rodin, pero versión +18. Los dos sentados. Yo sobre él con mis piernas rodeando su cintura y mis manos enredadas en su pelo.

Evan me dio otro beso y me miró a los ojos.

—Si me hubiesen dicho hace tres días que hoy estaría así con la mujer más divertida, inteligente y hermosa de toda Escocia...

—Hubieses dicho que no había forma que conocieras a Rose Leslie en North Berwick —lo interrumpí riendo de mi chiste.

—¿Quién demonios es Rose Leslie? —frunció el ceño confuso.

—¿No sabes quién es Rose Leslie? La actriz que interpreta a la salvaje de la que se enamora Jon Snow.

—¿Eli, en serio crees que este es el momento para hablar de Juego de Tronos?

—Uno, hablaste de una mujer hermosa, inteligente y divertida y ella fue la primera escocesa que se me ocurrió y dos, cualquier momento es oportuno para hablar de Juego de Tronos.

—Eres increíble —quiso parecer serio, pero no lo logró. Sonreía y se veía aún mas hermoso de lo que era.

Creo que mi mirada delató lo derretida que estaba por ese hombre porque me volvió a mirar entre confuso y divertido.

—¿Estás bien?

—Muy bien, tan bien que solo quiero estar así toda la noche.

—En eso te puedo complacer —sonrió—, solo que deberíamos que tener pausas para hidratarnos, asearnos y dormir un poco.

—En eso te puedo complacer.

El día siguiente pasó tan rápido como el anterior.

El almuerzo con el club de lectura de mí fue tan divertido como todos los almuerzos con “las chicas”. Bromeamos, reímos y me desearon los mejor del mundo. Regresé a la oficina feliz de verlas, pero ansiosa de ver a Evan al final de la tarde.

Tan pronto como salí del trabajo, Evan pasó por mí y nos fuimos a la casa.

No paramos de tener sexo en todo el día.

Descansábamos, dormíamos, comíamos, veíamos TV, él revisaba su teléfono, contestaba algunos correos mientras yo leía, reíamos y volvíamos a comernos a besos hasta terminar desnudos y jadeantes en mi cama.

—Déjame llevarte a la oficina —me dijo cuando terminábamos de vestirnos.

Asentí.

Esa mañana la energía era diferente y ambos sabíamos por qué.

Era la última noche de Evan en North Berwick y sentía mi corazón romperse en pedacitos.

El camino a la oficina fue en silencio, de fondo sonaba una canción de *The Strokes* que recordaría por el resto de mi vida.

—Te veo a la salida mi dulce Eli.

Evan acarició mi pelo y me dio uno de sus dulces besos.

—Tengo entendido que Tim quiere hacerte una despedida con los muchachos, te he tenido acaparado estos días y es poco lo que has compartido con tu primo.

—Tengo compartiendo con mi primo toda mi vida Eli, si no quieres ir, no iremos.

Volví a acercarme a él antes de salir del auto —Creo que deberíamos ir.

—Si es lo que quieres, eso haremos —paso por ti a la hora de siempre.

—Ok, a la hora de siempre aquí.

Salí del coche pero escuché que Evan volvió a llamarme.

—Eli, todavía no tengo tu número de teléfono.

—Ni lo tendrás —le respondí sonriendo pero sin ninguna alegría, me di media vuelta y continué hasta mi trabajo sin ver atrás.

Ese día me dediqué a buscarlo por todas las redes sociales y bloquearlo.

Sabía que, si él quería contactarme, lo haría de una u otra forma, pero no la tendría fácil.

Era una decisión absurda y arbitraria pero esa era una aventura de verano y así se

quedaría, no tenía intenciones de desviar mi atención a nada que no fuera ahorrar hasta el más mínimo penique y lograr entrar a la universidad de Dublín para hacer mi máster.

Y sabía que si le dejaba una mínima grieta a Evan a que entrara a mi vida, la iba inundar de él y yo no me iba a oponer, de hecho, lo permitiría.

Así que cuando pasó por mí en la tarde fue lo primero que le dije.

—¿Qué demonios Eli? ¿Por qué haces eso? —me preguntó indignado.

Estábamos apoyados en el coche a punto de entrar a la casa de su primo.

—Evan, estos días han sido los más felices de mi vida y así los quiero dejar. Me niego a tener una relación a distancia si eso es lo que deseas.

—¿Por qué no? Eli, sabes que esto entre tú y yo es especial. Yo... yo nunca me había sentido así.

Acaricié su hermosa melena rojiza.

—Más que especial Evan, ¿Y qué crees que lo hace especial? Todo es especial porque sabemos que va a acabar pronto y será el recuerdo más hermoso. No te voy a permitir que estés amarrado a una relación a distancia, que te sientas coartado de hacer lo que quieras en Edimburgo por una sensación de deber conmigo, que quizá conozcas a alguien especial o simplemente quieras una noche de diversión con alguna chica y esté mi fantasma ahí. No quiero que estés y no estés conmigo. Lo nuestro es todo o nada y yo elijo nada.

—Eli... —exhaló frustrado, pero vi en sus ojos que asimilaba todo lo que le decía. Asintió, pero creo que más para él que para mí—. Lo nuestro desde el primer minuto fue todo o nada.

—Y no me arrepiento ni un segundo Evan, ni un maldito segundo de esta locura.

—Esta noche la vamos a pasar juntos, alquilé una habitación en una posada a la salida de la ciudad y quizá todavía pueda convencerte.

—No me tienes que convencer de nada, no quiero amarrarte a una relación absurda porque al fin y al cabo solo hemos tenido una aventura de verano, no tenemos bases sólidas para sostener una relación a distancia Evan, vamos a terminas diluyéndonos y no quiero eso.

—A veces odio tu pragmatismo.

—Mentira. Tu científico interno me ama.

—Sí. Mi científico interno —susurró.

Lo abracé. Lo abracé lo más fuerte que se puede abrazar a alguien, quería de alguna manera, quedar impregnada de él.

—Ven, vamos a celebrar.

—No tengo nada que celebrar.

—Yo sí, yo quiero celebrar que te conocí y que me has hecho feliz por tres cortos días — lo tomé de la mano y lo halé hacia la puerta de entrada.

—Es increíble como puedes desarmarme solo con palabras.

Esa noche fue una de las más tristes de mi vida. El sabor a despedida en cada beso me dejaba un sabor amargo en el alma.

Evan se dedicó toda la noche a mí. Cada uno de sus besos, sus caricias, la manera como me tocaba, como me hacía gemir y gritar de placer me hacía sentir la mala del cuento, pero no había manera que una relación así perdurara, lo sabía, además él tenía que concentrarse en crear su empresa, en diseñar muchas apps, en vez de estar pendiente de un drama del corazón, y yo me tenía que enfocar en mis proyectos, los dos teníamos metas personales que cumplir y hubiese sido cruel entrometernos en la vida del otro y deshacer esos sueños.

Dejé a Evan durmiendo y me fui al salón.

La claridad en el salón me pareció extraña. Me acerqué a la ventana y descubrí de donde venía la luz. Habíamos dejado la cortina abierta y la luz de la luna se metía en el pequeño salón de la cabaña.

Evan había reservado la pequeña cabaña durante el día, me dijo que deseaba pasar esa noche solo él y yo, después de estar un rato con los chicos y aunque nos estábamos divirtiendo era obvio que ninguno de los dos quería estar ahí.

Pasamos por mi casa para buscar un cambio, para ese entonces Day-day ya había llegado de su turno y había dormido lo suficiente para estar algo consciente para despedirse de mi escultura.

Mi amiga usualmente quedaba muerta por lo menos 24 horas después de esas guardias, pero sabía que Evan se marchaba al día siguiente y quería despedirse.

Esa noche no podía dormir. Me asaltaban mil pensamientos y todos contrarios al anterior.

¿Estaría haciendo lo correcto?

¿Estaría cometiendo la estupidez más grande de mi vida?

¿Me estaba comportando como una perra sin sentimientos?

¿Cómo estaba segura de que nuestros sentimientos eran reales y no la ilusión de un romance?

De lo que sí estaba segura era de que sería horriblemente egoísta de mi parte querer que Evan mantuviese una relación a distancia conmigo cuando tenía tantos planes, cuando podía conocer a una mujer grandiosa en Edimburgo y tenerlo todo. Aunque me doliera, así era como debía ser.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no sentí que Evan se acercaba. Pegué un salto cuando sentí su brazo rodear mi cintura.

—Tus pensamientos se escuchan en la habitación —me susurró al oído.

Apoyé mi cabeza en su pecho. Se sentía tan bien, se sentía perfecto.

Levanté mi brazo y enredé mis dedos en sus rizos.

Estaba segura de que Evan tenía razón, mis pensamientos se podían escuchar. Y era de las cosas que odiaba en mi vida, haber tomado una decisión y luego tener el presentimiento que sería un absoluto desastre. Quería olvidar y recordar todo a la vez, sabía que Evan me ayudaría en una de las dos cosas.

Tomé una de sus manos y la guié hacia uno de mis pechos. De ahí no tuve que hacer nada más.

Sus labios fueron a mi cuello y su lengua saboreó mi piel mientras su mano jugueteaba con mi pecho.

Su otra mano bajó por mi vientre, subió la camiseta que tenía por pijama e introdujo dos dedos en mí.

Gemí.

No entendía como ese hombre podría despertar esas sensaciones en mí. Como en lo único que podía pensar era en que Evan me tocara, me besara y que estuviese dentro de mí y más en esos momentos en los que sabía que la despedida era inminente.

Acomodé mi cabeza para lograr que sus labios alcanzaran los míos. Siempre haría lo posible para que sus labios alcanzaran mis labios.

Mis gemidos se ahogaban entre la desesperación de sus besos y en un santiamén yo estaba con la espalda pegada contra la pared del salón con mis piernas ordenando su cintura y desesperada por que Evan entrara en mí. Pero gracias al cielo él era el adulto responsable de los dos.

—Me vas a asesinar Eli —me dijo casi desesperado—, pero tengo que buscar protección. Por más que esté loco por estar en ti, no voy a dejar que corras ningún riesgo por mucho que te cuides.

Puse mis pies en el suelo.

—Gracias —lo volví a besar, esta vez más lento, pero sin menos pasión que un minuto atrás—, corre.

El asintió como un niño de cuatro años y salió casi corriendo —No te muevas de ahí.

El microsegundo que duró en regresar lo invertí en disfrutar ese momento. En apreciar cada una de las emociones que Evan me provocaba. Cada latido de mi corazón acelerado, cada exhalación de mi respiración descontrolada, cada vello erizado de mi cuerpo. Estaba segura de que eso no lo volvería a sentir, así que disfruté cada sensación como si no hubieses un mañana, porque técnicamente para nosotros, no lo habría.

En pocos segundos ya Evan y yo nos comíamos a besos y mis piernas estaban de nuevo rodeándolo.

En un solo movimiento entró en mí. Grité su nombre. Mis caderas empezaron a moverse descontroladas tratando de buscar el ritmo que pudiera satisfacernos, pero ese ritmo no existía porque con Evan yo siempre quería más de él.

Sus manos en mi trasero detonaban más mi deseo por él. Sentía sus dedos en mi piel con un deseo que sin duda era recíproco.

Nos hundimos en besos y caricias hasta que juntos nos elevamos hasta las estrellas.

Evan me llevó hasta mi trabajo. Estaba en absoluto silencio y yo no sabía cómo romperlo.

Se iría esa tarde. Ahí se terminaba nuestro romance de verano. Algo menos de una semana que no olvidaría en mi vida.

Ya habíamos dejado claro que eso quedaría ahí, como el más maravilloso recuerdo pero aunque Evan aceptó, continuaba en ese estado, una mezcla de molesto, frustrado y resignado.

Yo estaba segura de lo que quería. Yo quería ser su recuerdo feliz, no su fantasma.

¿Cuántas veces habíamos discutido eso? Unas cuantas, y no me iba a convencer.

Cuando le expuse mis argumentos —otra vez—, no me insistió más, pero su silencio me demostraba cuán frustrado estaba.

Nos detuvimos a pocos metros de mi trabajo, en un espacio donde pudo aparcar. Faltaban unos 20 minutos para mi hora de entrada pero si tenía que llegar dos horas tardes para que Evan y yo nos despediéramos desde la felicidad y no la tristeza, pues lo haría.

—Bueno, supongo que esto es todo —dijo Evan sin mirarme. Sus manos apretando tanto el volante que sus nudillos se veían blancos.

Tomé aire. Aspiré lento y profundo.

Me acerqué a él como pude y acuné su hermoso rostro entre mis manos.

—“Eso” no es todo Evan y lo sabes. Sabes que esto es especial y que está más allá de cualquier romance de verano.

—Si es así por qué insistes en cortar todo contacto, ni siquiera estoy pidiendo tener una relación, solo te estoy pidiendo tu maldito número de teléfono para saludarte de vez en cuando.

—¿Tú crees que después de lo que hemos vivido vamos a enviarnos textos “como amigos”? Eso es prolongar la agonía. Tendremos los recuerdos más hermosos de estos días y tú serás feliz y empezará tu empresa de diseño de aplicaciones y cumplirás tu sueño

—Los sueños cambian Eli.

—Quizá —me encogí de hombros—, pero el tuyo no, porque cuando me hablas de lo que quieres hacer, de todo lo que quieres crear tus ojos brillan y sé que ese es tu sueño y sientes que ahora ya no es prioridad, pero me odiaría si dejarás de hacer lo que quieres hacer por estar pendiente de viajar a un pueblo remoto de Escocia.

—¿Sabes que me puedo dedicar a las dos cosas, no? No soy tan idiota para no poder emprender mi empresa y tener una relación, Edimburgo queda a una hora de aquí en coche, puedo ir y venir los fines de semana o tú puedes ir.

Reí sin ningún humor.

—No eres para nada idiota, de hecho, eres uno de los hombres más inteligentes que he conocido pero lo que quieres hacer necesita tiempo y dedicación.

—Estás proyectando.

—Evan, nunca he negado que tengo mis planes y mis sueños y tengo que trabajar en ellos tan o más fuerte que tú. Me conozco, sé lo que siento por ti y la frustración me va a matar por saber que estoy contigo pero estoy sin ti.

Evan soltó un bufido de frustración. Luego tomó mi rostro entre sus manos igual que yo lo hacía con el de él

—¿Sabes que es lo peor? Que te entiendo. Sé lo que quieres decir Eli, lo sé pero me parece absurdo y hasta injusto que esto suceda. Yo quiero seguir viéndote, quiero seguir sabiendo de ti y celebrando cuando empieces y termines tu maestría y cuando te contraten en algún museo de Londres o Edimburgo.

Esta vez si sonreí sincera.

—Eres increíble.

Lo besé. Suave y despacio, con un beso dulce para que se llevara toda la amargura de nuestra inminente despedida.

—Te prometo algo, la próxima vez que nos veamos pasaremos la noche hablando de tu nueva empresa y de mi maestría.

—La próxima vez que nos veamos te voy a hacer el amor una y mil veces.

Reí.

—Es un trato.

Bajamos del coche. Él tomó mi mano y la besó.

—No te voy a desear nada porque sé que eres capaz de hacer todo lo que quieras hacer,

solo quiero que sepas que estoy en Edimburgo y que cuando quieras saber de mí solo tienes que pedirle mi teléfono a Tim.

—Yo si te voy a desear que tengas todo el éxito del mundo. Quiero que des ese paso, quiero que te independices y empieces de una vez por todas a diseñar y a programar porque esas aplicaciones no se van a crear solas.

—Eres increíble Eli.

Me tomó por la cintura y me rodeó con sus brazos fuertes y seguros. Yo hice lo propio y así nos quedamos hasta que entendimos que no había nada que hacer.

—Adiós Eli.

—Adiós Evan.

Evan se subió al coche. Se despidió con una seña y la sonrisa más triste del mundo y yo le correspondí intentando disimular más mi tristeza.

Fue la última vez que vi a Evan Scott.

Abrí los ojos con un salto. Despedirme de Evan ha sido una pesadilla recurrente que repetía por lo menos par de veces a la semana.

La tristeza, la frustración, el vacío, la sensación de haber cometido el peor error de mi vida, mi corazón roto en pedazos.

Habían pasado cuatro años y siempre me despertaba de ese sueño como si acabara de revivir esa escena.

Me llevé la mano al pecho y lo masajeeé. Todavía dolía.

Tomé aire por la boca varias veces.

Logré calmarme.

Los recuerdos todavía me abrumaban, pero cuando lograba calmarme y mi yo consciente volvía, sonreía. No solo había sido la mejor decisión para los dos, sino que también el recuerdo de lo vivido me alegraba el día.

¿Cuántas personas pueden decir que pudieron estar con el amor de su vida?

Pues yo era feliz por eso.

Mi vida cambiaría en tres días, mi sueño se cumpliría y esa era la razón por la que haber hecho lo que hicimos había sido la decisión correcta.

Foco.

No perdí el foco y sé que Evan tampoco porque así lo quisiera evitar Tim me hablaba un poco sobre él cuando nos veíamos, sabía que había creado su empresa y era exitoso.

También en un cumpleaños de Dylane, par de años después, pasado de tragos, me confesó que Evan se había tomado esos días en North Berwick para alejarse de una relación que terminó muy mal.

Cuando le dije que no quería saber más, no quería pensar que había sido la toallita caliente para mitigar la separación. Tim me dijo que nunca pensara que lo había sido.

—Nunca pienses eso, Eli. Evan no quería regresar a esa relación y no sentía absolutamente nada por Lynn. Solo quería tomarse un descanso de todo el proceso que significó la ruptura de una relación de tres años.

—¿Por qué me cuentas esto Tim? —yo debía confesar que también estaba pasada de tragos y solo escuchar el nombre de Evan, en especial de boca de Tim, me afectaba.

—Porque quiero agradecerte, siempre fuiste la “feliz” del grupo, la divertida, la terrible —sonrió y yo con él recordando el apodo que me había puesto Evan—, y de una u otra forma has tocado nuestras vidas pero a Evan se la cambiaste. Él es otra persona, una mejor que ya es

bastante decir.

—Me alegra Tim. Me alegra que esté mejor, que sea mejor. Yo también lo soy.

En cada conversación con Tim me enteraba un poco más de ese Evan que no había dejado de estar presente en mi vida.

Y eso no quería decir que mi vida se paralizó cuando Evan se fue. De hecho, traté de buscar distracciones. Los pocos días que Day-day estaba libre salíamos de fiesta o nos íbamos de viaje.

Mi mamá volvió a reunirse con George, unas cuantas veces. Solo salían a comer lo que me hacía sospechar muchas cosas. Trataba de sacarle información, pero era muy críptica al respecto, siempre desviaba la conversación o esquivaba la pregunta lo que me ponía más curiosa porque si algo no tenía mi mamá era discreción y me parecía más que extraño que no me quisiera contar más sobre su relación con George. Que ni siquiera quisiera que yo lo conociera o al menos pedirme alguna opinión cuando nuestra relación era abierta y más de amigas que de madre e hija. Pero se lo respetaba.

Aunque me pareciera extraño que George apareciera como un cometa, no traté de forzar la confianza. Estaba segura de que si mi mamá no me contaba nada o no era tan importante o quería que le respetara su vida personal, cosa que era justa porque también yo le pedía lo mismo, así ella no me hiciera caso muchas veces.

En ese tiempo, que fue una especie de transición en mi vida, un “después de Evan”, conocí a Arthur.

Day-day y yo habíamos ido a cenar a un restaurante tailandés que recién había abierto y que era la novedad en el pueblo porque no era muy frecuente que abrieran restaurantes en North Berwick.

Este era bastante sencillo. No había muchos cambios de lo que había sido el restaurante del señor McLean. Que se había jubilado y vendido el local. Cuando cerró hubo cualquier cantidad de rumores de lo que se haría con el local, pero al final resultó un muy buen restaurante.

Esa noche habíamos decidido no salir a bailar con los chicos. Solo nos engulliríamos una cantidad morbosa de comida y vino y nos iríamos a dormir.

—¿Te has dado cuenta de que el moreno sexi de la barra no deja de verte, no?

Miré con disimulo y en efecto, nos miraba.

Era una cara nueva en el pueblo. Dedujimos que quizá era el dueño o el hijo del dueño.

Al parecer mi mirada no fue tan discreta porque le dio pie a que se parara y se acercara a nosotras.

Su nombre era Arthur Shelley, era biólogo marino y había sido contratado por el Centro de estudios de Aves y Peces.

Arthur se sentó con nosotras y hablamos largo rato, era obvio su interés por mí y debía decir que era un tipo agradable, hablaba mucho de los animales algo que a Daisy y a mí nos encantaba. También hablaba de sus viajes que también nos pareció interesante.

Ese noche me invitó a cenar el fin de semana y acepté porque la patada que me pegó Daisy casi me lesiona la tibia.

Arthur era alto y delgado. Su cabello negro, ojos y piel oscura lo hacían exótico para el pueblo o para cualquier pueblo de Escocia en realidad. Su padre era escocés y su madre de las Bahamas, él obviamente había sacado el fenotipo de su madre.

Salimos unas cuantas veces hasta que, como si nada, empezamos a salir en serio. De vez en cuando él se quedaba en casa o yo me quedaba en la de él. Me decía a mí misma que debía llevar una relación sana y normal con un hombre, porque era lo más sano para mí. ¿Qué ese

hombre no era Evan? Pues lógico que no lo era, pero eso no iba a evitar que me relacionara con otras personas.

Lo que sí no podía evitar era que volviera la vieja Eli, esa a la que el sexo no le importaba mucho. Sin duda disfrutaba con Arthur y él lo hacía conmigo, pero no era algo espectacular e inolvidable. Estaba bien.

A mamá le agradaba Arthur, pero sabía que no me hacía lo feliz que me hizo Evan en tan poco tiempo pero ella respetaba mi decisión y yo lo agradecía.

Mi único problema con Arthur era que tenía planes a largo plazo y en ninguno de esos planes yo hacía mi máster de restauración en Dublín.

Su plan era algún día casarnos y tener hijos.

Si yo quería podía seguir trabajando en el ayuntamiento o podía quedarme en casa porque su sueldo alcanzaba para “mantenerme”.

Básicamente tenía un plan de vida para los dos. Ahí supe que Arthur y yo no duraríamos mucho más y que la relación acabaría tan pronto yo empezara a hacerle entender que yo iba a hacer mi máster y que eso no era discutible.

—No entiendo por qué esa obsesión tuya con el bendito máster.

Esa tarde estábamos comiendo en su casa. Él estaba a mi lado, me tomaba de la mano. Me miraba con esa mirada intensa y oscura que tenía.

Arthur tenía unos ojos negros hermosos sin duda y sus largas pestañas los hacían ver aún más bellos, eran como los marcos de unas obras de arte.

—¿Tú has viajado para entender tu carrera y para ampliar tus conocimientos de ella ¿verdad? ¿Tú te has especializado en lo que has querido estudiar y desarrollarte? ¿Entonces por qué tengo yo que conformarme con menos?

—¿Yo soy menos? —Me soltó la mano.

Suspiré.

—Esto no es acerca de ti, por supuesto que no eres menos y me gusta estar contigo, pero yo no voy a ser feliz si cancelo mis planes por otra persona y no por decisión propia y hasta ahora nada ha hecho que cambie mi decisión —ni siquiera un pelirrojo con una sonrisa mágica y una mirada encantadora—. Yo quiero estudiar lo que me apasiona y quiero trabajar en ello Arthur, tú haces lo que amas, yo también quiero hacerlo.

—Pero el hacer lo que amas implica que no estarás aquí conmigo, todos nuestros planes...

—¿Nuestros planes...? Mi único plan en estos últimos dos años ha sido ahorrar para pagarme el máster en Dublín —me acerqué a él y cubrí su mano con la mía—, cariño, vamos a disfrutar esto y si las cosas siguen el buen camino, pues perfecto, pero no me quites lo único que amo de verdad, que es el arte.

Arthur asintió, pero ese fue el principio del fin.

Su carácter cambió y en un momento de nuestra relación ya nada le importaba. Cuando le preguntaba por qué no quería salir a comer o hacer cualquier actividad conmigo me respondía que para qué lo haríamos si yo me iría eventualmente y que no teníamos futuro.

La relación duró par de meses más. Cuando me dijo que había solicitado el traslado a otro centro porque ya no tenía “nada que le interesara” en North Berwick, fue todo. Y así como Arthur vino, se fue. Estuvimos juntos un año y pocos meses que para mí fueron tan olvidables como el tiempo que pasé con cualquier chico en mi paso por la universidad.

Pero la vida cuando quiere ponerte a prueba lo hace y con exámenes para los que no estudiaste. Una tarde regresando de casa, recibo una llamada de mi mamá. Casi no le podía entender lo que decía del llanto incontrolable.

Algo había pasado, y no podía entenderle, mientras tanto pensé que me daría un infarto porque era obvio que algo malo había pasado ¿pero qué?

Tuve que gritarle a mi mamá para que se tranquilizara y fue que cayó en cuenta cuan histérica estaba.

Tomó aire y habló.

Se había producido un incendio en librería de la tía Sage. Cuando mi mamá pudo calmarse, me contó lo que había pasado. El incendio que al parecer había sido un corto circuito, había consumido casi toda la librería de la tía Sage.

Me di media vuelta y empecé a caminar en dirección a la tienda, a caminar no, a correr. La tienda no estaba lejos porque en North Berwick nada estaba lejos, además el ayuntamiento estaba en el centro y la librería a unas pocas calles. Mi oficina cerrada me había impedido percibir el olor y escuchar a los bomberos.

A medida que me acercaba podía ver el humo ya reducido y el olor a quemado que invadía mis fosas nasales.

Llegué casi sin aliento. La librería estaba casi consumida por el fuego y lo que no, mojado por los bomberos. Por fortuna la tía Sage y sus dos empleadas estaban a salvo y solo fue pérdida material.

Días después del terrible susto, la tía Sage nos dio la noticia, con lágrimas en los ojos, que el seguro no le cubriría completamente la pérdida así que tendría que cerrar la librería porque ni poniendo todos sus ahorros, sumando lo del seguro, no le alcanzaría a reformarla, así que mi mamá y yo decidimos ayudarla, así como ella nos ayudó tantas veces.

Mi mamá le dio el dinero de un fondo de pensiones que estaba ahorrando y yo, un año de mis ahorros. Sage se negó rotundamente, pero al poco tiempo aceptó cuando le propusimos que mi mamá fuese su socia. No sería un préstamo sino una inversión.

Aunque mi corazón estaba roto porque darle ese dinero a Sage significaba quedarme un año más en North Berwick, no tenía otra opción. Le hubiese dado todo mi dinero sin el más mínimo arrepentimiento.

Esa librería nos vio crecer a mí y a todos mis amigos.

No me arrepentía de nada.

Mi teléfono sonó y me hizo volver al presente.

Me espabilé.

—Si má. Perfecto, recojo y me voy hasta el paseo.

Ese día tocaba merienda con la tía Sage que había sido un apoyo inmenso para mí y para mi mamá, y nosotras su apoyo después de lo ocurrido. La tía Sage era la tía de todo el pueblo. Y la librería era antes, después y ahora mas un consultorio psicológico que una librería.

Todos íbamos a pedirle consejos por una u otra cosa y ella era feliz entre sus libros y sus muchachos locos —nosotros—.

Me tomé otro largo trago de agua y guardé todo en mi bolso.

Recogí mi silla y me fui hasta el paseo.

Decidí irme por la playa y así me despedía de Tim.

Revisaba mi teléfono mientras caminaba hacia el grupo de los muchachos.

Una lista de memes y chistes de Day-day que obviamente disfrutaba de un día de ocio me distrajeron mientras acortaba la distancia hacia mis amigos.

—¿Eli? —escuché una voz como un susurro.

Pero no podía ser la voz que me imaginaba porque simplemente... no podía ser.

Mi vista seguía pegada a la pantalla del teléfono, aunque no veía nada, pero quería asegurarme que mi cabeza no me hacía una jugarreta por todo lo que había soñado minutos antes y me había quedado en una especie de mundo onírico al mejor estilo de *Inception*.

—Elina —esta vez fue una pregunta. Fue una afirmación. No fue un grito ni un susurro, fue mi nombre pronunciado con una dulzura infinita que solo una persona podía lograr.

Mi cuerpo se congeló.

Esa voz la podía reconocer a miles de kilómetros, incluso si me quedara sorda solo podría escuchar esa voz que a pesar de haber pasado cuatro largos años.

Pero mi cerebro y mis ojos tenían que comprobar que no estaba soñando o me había vuelto loca.

Cerré los ojos y levanté la cabeza despacio. Los abrí y ahí estaba él.

Su figura a contraluz parecía una aparición celestial, pero no lo era, era Evan Scott en carne y hueso.

Él se veía tan sorprendido como yo.

Cuando mis ojos reaccionaron y enfocaron pude detallarlo.

Tenía una camiseta blanca y unos bermudas cargo. La pelota de fútbol bajo su brazo se deslizó de sus manos hasta que cayó en la arena.

Su rostro había cambiado, su pelo también.

Se lo había cortado, ya no estaban sus hermosos rizos rojos, ahora el cabello estaba corto peinado de un lado.

Sus ojos seguían brillando como siempre pero su rostro era más duro, ya no era un joven, era un hombre.

Me miraba como si me analizara, como comprobando si de verdad era yo.

Yo estaba segura de que de verdad estaba frente a mí, porque nunca me lo hubiese imaginado sin sus rizos rojos alborotados.

Miles de preguntas inundaron mi cabeza, pero las que sobresalían del mar de preguntas eran, ¿Qué hacía él ahí? ¿Qué hacía él ahí... en ese momento?

Su rostro pasó de la confusión, a la sorpresa, pero la transición de la sorpresa a la alegría fue la que me afectó tanto que quise llorar. Vi como su ceño fruncido se fue levantando, su sonrisa fue iluminando la playa y el brillo de sus ojos haciéndose más intenso.

—¿De verdad eres tú?

Podía haber cambiado, podía verse más maduro pero esa sonrisa y esos ojos eran los mismos. Esos mismos que veía cada día de mi vida antes de cerrar los ojos.

—Evan —su nombre me salió como una exhalación. En todos estos años había evitado lo más posible pronunciar su nombre porque su nombre me traía dudas, me hacía pensar si había hecho lo correcto y no pronunciarlo me daba ese alivio. Un alivio iluso, pero alivio al fin.

Dimos un paso adelante al mismo tiempo y después de ese, otro y otro hasta que estuvimos tan cerca que casi mi pecho tocaba el suyo.

Acarició mi rostro con el dorso de su mano.

—Eres tú.

Su otra mano rodeó mi cintura y yo no tuve más remedio que rodear su cuello con mis brazos porque con Evan cerca de mí, mi única opción siempre había sido atraerlo más hasta sentir que me fundía en él.

Estuvimos así hasta que mi teléfono sonó.

Mi madre.

*Llegando...

¿Llegando? ¿Llegando? No, no, no.

Mi mamá no podía llegar a recogerme cuando frente a mí tenía al amor de mi vida y padre de sus nietos. Así fuese solo en mis sueños porque a estas alturas Evan era un desconocido para mí y yo para él. Habían pasado cuatro años y quizá se había casado o tendría novia o quizá simplemente no sentía lo mismo.

Idiota Eli ¿Cómo va a sentir lo mismo que tú después de todo ese tiempo?

Sacudí mi cabeza.

—Te cortaste el pelo — fue lo primero que salió de mi boca *¿En serio Elina? ¿En serio? ¿Eso es lo primero que sale de tu boca cuando ves al amor de tu vida después de cuatro años ¿Te cortaste el pelo? ¿Como si lo hubieses visto la noche anterior?* Sí, eso fue lo primero que se me ocurrió porque era una idiota frente a él, eso no había cambiado con el tiempo y porque sus rizos eran importantes para mí.

Él sonrió.

—Tú también —tomó un mechón de mi pelo que ahora había cortado sobre mis hombros.

Había olvidado que hace un poco más de un año corté mi pelo en el clásico cliché de “empezar de nuevo”, de comenzar como una nueva mujer y retomar mi rumbo.

Cerré mis ojos para asimilar el hecho de que Evan estaba frente a mí tocando mi cabello y yo podía sentir la calidez que irradiaba su piel.

Foco Eli, foco.

Tomé aire y traté de formar una pregunta coherente.

—¿Qué... qué haces aquí?

Él soltó una carcajada que yo no sabía cuánto extrañaba hasta que la escuché.

Quise llorar de nostalgia. Quise echarme en sus brazos a decirle que lo extrañé a mares,

pero había sido yo la que había tomado la decisión y lo merecía.

—Siempre tan directa. Eso no lo has cambiado.

—Perdón —bajé la cabeza avergonzada. Pero tenía que preguntarle ¿Por qué ahí? ¿Por qué ahora?

—No te tienes que disculpar conmigo Eli, siempre me encantó que fueses así.

Dios, su voz era tan dulce. Si la miel tuviese sonido, sería la voz de Evan Scott. Sonaba cursi, pero era la verdad.

—Es el aniversario de boda de los papás de Tim y llegamos para celebrarlo el fin de semana y pasar varios días con la familia.

¡Mierda! ¡El aniversario de los Kerr! Tim había escrito al grupo para invitarnos, pero para esa fecha yo estaría ya en Dublín. Vagamente recuerdo el mensaje que le escribí enviándole mis felicitaciones y excusándome porque no estaría aquí.

—¡Oh! El aniversario.

El timbre de mi teléfono sonó otra vez.

¡Maldición mamá!

Miré la pantalla de mi móvil

*¿Dónde estas?

Levanté mi mirada para verlo y su rostro era indescifrable.

—¡Ev! ¿Te quedaste a vivir con la pelota? —una joven de unos 20 años se acercó a él — me miró y sonrió—. Hola —su cabello era rojizo, algo más rubio y sus ojos verdes felinos la hacían parecer a un personaje de fantasía.

Es decir, yo me podía considerar bonita pero esa chica era tan hermosa que yo me vi como la bruja de Blanca Nieves —cuando le ofrece la manzana—.

En ese momento, la arena se convirtió en movediza y sentí que poco a poco me iba hundiendo al ver a la chica al lado de Evan.

Evan le dio el balón a la chica.

Ella le clavó un beso en la mejilla que yo sentí como una puñalada en mi estómago.

—Iv, ella es Eli

La chica me miró y abrió los ojos como platos.

—¿La terrible Eli?

Evan asintió.

La chica se abalanzó contra mí y me abrazó.

Mi confusión no cabía en mi cuerpo.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Evan le había hablado a esa chica de mí? ¿Cómo es que ella me saludaba con ese aprecio?

Yo hubiese sido ella, ni me hubiese saludado y me llevaba a Evan a rastras... a menos que...

A menos que Evan le hubiese dado una versión diferente de mí, una menos importante de quien fui yo de lo que él fue para mí.

—Yo... yo me tengo que ir —di un paso hacia atrás—, mi mamá me está esperando y... y...

No tenía más nada que decir a menos que dijera «y en realidad quiero terminar con esta humillación y no quiero seguir viéndote con otra mujer».

La situación ya era bastante surreal para soportarla así que preferí retirarme con la poca dignidad que podía tener frente a Evan.

Di otro paso hacia atrás.

Como si me conociera de siempre y no me hubiese dejado de ver ni un segundo Evan abrió los ojos como platos. En realidad, Evan me conocía.

—¡Eli! —su tono de voz salió más desesperado de lo que pensó, lo yo sabía porque yo también sentía que no lo había dejado de ver ni un segundo en estos cuatro años. Así como sentí que lo conocía de toda la vida cuando lo conocí, todavía lo seguía haciendo.

Me detuve. No huí.

—¿Recuerdas las adolescentes que me volvían loco hace cuatro años? Bueno ya no son tan adolescentes y este monstruo es una de ellas, Ivy —señaló al grupo que ahora esperaba por el balón—, allá está la otra, Iris.

Ok. Ahora no sabía si sonreír aliviada después de que el cielo se abrió y cayó un rayo de sol sobre mí con la aclaratoria de Evan o desear que la arena se abriera con violencia y me tragara de la vergüenza, porque conociendo a Evan, hizo la aclaratoria porque me veía huir llena de tristeza y celos.

—Hola otra vez, famosa Eli la terrible.

—Hola, Ivy la terrible —logré decir tratando de esconder mi vergüenza y con una sonrisa que salió más como una mueca de una caricatura porque los labios me temblaban. Bueno, toda yo temblaba.

—Bueno, bueno yo los dejo porque es bastante incómodo estar en el medio de las miradas que se lanzan uno al otro —Ivy recogió la pelota sonriendo y se alejó—, espero volver a verte pronto Eli, tengo mucho que preguntarte —me dijo antes de alejarse por completo.

Mi rostro se encendió. Sentía como la sangre me hacía cosquillas en las mejillas mientras inundaba todo mi rostro.

Evan suspiró y negó con la cabeza.

—Esta me sigue dando dolores de cabeza.

Esta vez sí sonreí sincera.

—Me da miedo saber cuales son las preguntas que tiene que hacerme.

—Pues una larga lista. Tim te hizo una leyenda, cuando hablaba que eras la única chica que jugaba fútbol con ellos o que organizabas y ganabas las competencias de chupitos de tequila.

Me tapé la cara de vergüenza.

—Voy a matar a Tim.

—¿Por qué? Mis hermanas creen que eres la chica más *cool* de este pueblo. Además, todavía se preguntan cómo es posible que en solo una semana pudiste transformar al amargado de su hermano mayor en una persona que, de hecho, sonreía.

Sus palabras me mataron. Me llenaron tanto el corazón que explotó y yo morí de amor.

No sé qué cara puse, pero cualquiera que hubiese sido le dieron la confianza para acercarse a mí otra vez.

—Evan...

Estaba tan cerca de mí que pude sentir su aliento cálido y todas esas sensaciones que una vez me invadieron, volvieron.

Lo quise besar como lo besaba cuatro años atrás. Quise tocarlo, acariciarlo justo como antes, pero ya no éramos los mismos de antes, éramos otra vez extraños, o peor, nos habíamos convertido en unos.

Al parecer Evan no pensaba igual y si lo pensaba, poco le importó. Su mano acarició mi mejilla y sentí que toqué el cielo. Nada había cambiado. ¡Nada!

—Ven conmigo, vamos a una barbacoa en la posada en la entrada del pueblo. Tenemos varias cabañas alquilada.

Sacudí mi cabeza.

—No puedo, mi madre me está esperando para ir a comer.

Evan me miró extrañado —¿Es en serio?

—¿Por qué ha de ser mentira?

Evan lanzó una carcajada —Porque es la misma razón que tenías el día que nos conocimos hace cuatro años Eli.

Mierda, cierto.

—Pues es verdad.

Evan se acercó tanto a mí que pensé que me iba a besar. Podía jurar que sentí sus labios sobre los míos, pero no lo hizo.

—Entonces llévame donde tú madre y le ofrezco mis disculpas por cancelarle la comida por segunda vez en cuatro años y prometerle que mañana la invito yo a comer ¿Qué te parece?

—Me parece que estás loco —reí.

—Eli, ven conmigo. Quédate conmigo.

¡Maldito seas pelirrojo con tu voz y tu olor y todo tú! Por supuesto que iba a decir que sí, por supuesto que iba a decir que sí desde que te vi.

—¿No has pensado que quizá no estoy sola y no me iré contigo?

—Terrible Eli, conociéndote, si estuvieras con alguien ya me hubieses dado una patada en el trasero.

—Maldición. Sabes que te voy a decir que sí, ¿verdad?

Él se mordió un labio y asintió, yo tuve que cruzar mis piernas para disimular el corrientazo en mi vientre.

—Justo como hace cuatro años —acunó mi rostro y me dio un beso en la mejilla—, vamos a hablar con tu mamá, tú y yo tenemos mucho que contarnos.

Me tomó de la mano y me llevó hacia la calle.

—Ni siquiera sabes donde mi mamá me está esperando.

—Si mal no te conozco debe ser en el mismo sitio de hace cuatro años.

—¿Y cómo sabes dónde me recogió hace cuatro años?

Me miró y sonrió con esa sonrisa pícara que me derretía.

—Porque desde que te vi no pude apartar mi vista de ti y te seguí con la mirada mientras corrías hasta el coche de tu mamá.

¿Cómo no enamorarme? ¿Cómo no derretirme por Evan Scott?

En efecto mi madre me esperaba en el mismo sitio de hace cuatro años, en el que me esperaba cada vez que pasaba por mí.

La cara de mi mamá fue un poema cuando me vio de la mano con Evan. Sus hermosos ojos verdes gigantes parecían que se iban a salir de sus órbitas. No pude evitar las ganas de reír.

—Hola Rose, mi nombre es Evan y quiero ofrecerte mis disculpas porque les he arruinado la comida con este cambio de planes sorpresa, pero me temo que si Eli no se viene conmigo perderemos la oportunidad de ponernos al tanto por estos cuatro años.

Mi mamá abrió más los ojos, si era posible, y me miró con lo que ella juraba era discreción.

Puso su mano de un lado de su boca como tapándosela

—¿Evan, cómo Evan el padre de mis nietos? —me dijo en lo que ella también creía era un susurro.

—¡Mamá! —gruñí entre dientes.

Tapé mi rostro. No había forma que pudiera ver a Evan a los ojos después de eso.

Claro lo tuve que hacer después que no escuché ni una carcajada ni una risa de burla de su parte

Sentí que su mano tomó la mía haciendo que me destapara la cara. Sentía que estaba ardiendo en llamas de la vergüenza.

Tenía casi 30 años. Era independiente. Estaba a punto de irme a otro país a vivir y todavía mi mamá tenía la habilidad de avergonzarme como a una adolescente.

—¿El papá de sus nietos? —Evan me preguntó entre curioso y divertido.

Tomé aire y respiré profundo.

—El día que nos conocimos, le dije que saldría con él papá de sus nietos, fue una broma para que no se molestara por cancelarle.

—Y tenía razón, voy a tener unos hermosos nietos pelirrojos.

—¡¡¡Mamá!!!

Esta vez la carcajada de Evan no se hizo esperar.

Se acuclilló frente a la ventanilla del coche.

—Rose, te prometo que si me dejas salir con ella hoy, te invito a ti, a Sage y a Eli mañana a cenar y ahí podemos hablar de esos nietos.

—Estoy aquí Evan Scott, puedo escuchar que estás negociándome con mi madre.

—Jamás te negociaría Eli, tú siempre has hecho y harás lo que quieras y es lo que me encanta de ti —me dijo todavía de cuclillas sonriendo, luego miró a mi mamá quien parecía una quinceañera enamorada de brazos cruzados en la ventanilla del coche—, ahora los nietos, los negocio con Rose.

Bufé.

—Eli, todo lo que me hablaste de Evan se quedó pequeño, este joven me encanta. Vayan, vayan, nos vemos mañana —mi mamá encendió el coche—, disfrútala que le queda poco tiempo aquí, nos vemos mañana.

Arrancó el coche y yo me quise matar porque no era la forma en que pensaba decirle a Evan que me iría en tres días.

Su ceño fruncido y sus ojos azules esta vez turbios me miraron confundidos una vez más.

—¿Te queda poco tiempo aquí?

Suspiré derrotada.

—En tres días me iré a Dublín a hacer el máster en restauración que siempre quise.

Sonrió, pero sus ojos no reflejaban la sonrisa.

—¡Eli, felicitaciones! —me tomó de la mano—, ven que entonces tenemos poco tiempo para ponernos al día y mucho que celebrar.

Una vez con el grupo, conocí a Iris que era mucho más tranquila que Ivy, se le sentía incluso en la mirada. A pesar de ser idénticas, Ivy tenía esa chispa que compartía con su hermano. Iris transmitía más paz que se reflejaba hasta en su voz.

Nos sentamos a conversar. Estudiaba para veterinaria y estaba encantada con su carrera. Sonreía cada vez que me contaba una historia de sus estudios o alguna anécdota de la clase. Se notaba que amaba lo que hacía y estaba más que preparada para lo que viviría en el futuro.

Casi como yo. Hasta hacía par de horas me sentía igual, preparada para lo que viniera, pero Evan otra vez había irrumpido en mi vida y me había puesto a dudar si mis decisiones eran las correctas.

Iris y yo miramos a la arena en un cómodo silencio.

Ahí estaba Ivy jugando fútbol, hacía equipo con Tim y su hermano menor Harry, mientras que Evan hacía equipo con Bob —que era tan amigo de Tim que era parte de la familia—, y un chico que no conocía.

Ivy jugaba de par a par con lo chicos, me recordaba tanto a mí. Sonreí al verme reflejada en ella.

—Tú eres como su héroe —dijo Iris en su dulce voz como en un susurro.

—¿Quién? ¿Yo? —respondí extrañada. Me divertía escucharlo de Evan, pero Iris lo decía con un halo de nostalgia.

Ella asintió.

—Ivy pasó de ser el principal dolor de cabeza de Evan a ser casi su mejor amiga, apenas escuchaba tu nombre por alguna razón, se instalaba al lado de Ev como una niña de dos años a pedirle que le contara más de ti —me miró—. A mi hermano se le iluminaban los ojos con solo recordarte y ella le insistía que te buscara. Siendo el dolor de cabeza que siempre era, Ev trataba de explicarle que el acuerdo había sido no tener más contacto pero Ivy siendo Ivy, te buscaba en las redes sociales de vez en cuando y le hablaba de ti a Ev, como para que no te olvidara porque vamos, no podía olvidar a su héroe.

Mi corazón estaba hinchado de emoción, nunca pensé que alguien podía ser parte tan importante de mi vida como Evan, pero lo que jamás se me pasó por la cabeza es que yo fuera importante para alguien de la manera que lo era para Evan, a pesar del poco tiempo que estuvimos juntos y mucho menos para su pequeña hermana.

—En mi vida se me cruzó por la cabeza ser el modelo a seguir de alguien y menos por malportada.

Iris y yo reímos.

—Yo nunca fui del tipo aventurero y mucho menos atrevido —se encogió de hombros—, aunque también le di unos cuantos dolores de cabezas a mis papás y a Ev, pero me daba pánico ser como tú, imaginaba que era como estar montada en una montaña rusa eternamente y no, no, no. Es demasiado para mí.

Esta vez reí yo sola. No se alejaba de la realidad, siempre me gustó vivir con pasión y disfrutar de las cosas que amaba, dándolo todo.

Vi otra vez a los chicos jugando y a esa chica pelirroja enfrentándose con ellos y recordé lo que me divertía con los chicos.

Yo era la amiga de todos. La que era capaz de tomarse una botella de vodka con ellos o de saltar desde lo alto de una roca en la playa.

No era un machito, me gustaba ser chica, solo que me parecía que las chicas de mi grupo hacían cosas muy aburridas a pesar de que las acompañaba de compras o a la peluquería, si me ponía a escoger entre hacer eso o ir a jugar videojuegos a casa de Oliver, pues no lo dudaba y me iba con los chicos.

Hubo un tiempo en que a alguien del pueblo se le ocurrió decir que yo andaba con los hombres porque era una libertina y promiscua, pero mi mamá salió como una fiera a defenderme y fue tanto el espectáculo que le hizo a Mary Westly —la creadora del rumor de que yo tenía sexo con todos mis amigos—, que la mujer se autoanuló del pueblo y trataba de pasar desapercibida hasta en el supermercado.

Mi mamá siempre fue una fiera en cuando a mí se trataba, así luego se derritiera con un hombre que hablaba de sus posibles nietos.

—Iris, te toca a ti —mi amigo Tim interrumpió nuestro agradable silencio.

Iris gruñó —Sabes que no me gusta jugar con ustedes, son unos salvajes.

—Vamos, un poco de acción no te hará mal.

—Si me parto un tobillo es culpa de ustedes.

Se paró de mala gana de la toalla y fue a jugar con los chicos.

—Te dije que te iba a enviar a la caballería —me dijo Tim sacando un refresco de la pequeña cava, luego miró a Evan.

—¿Tú me enviaste la caballería? ¡Ja! No fue la casualidad de que pasara detrás de ustedes y cayera la pelota cerca de mi cuando iba pasando.

—¿Quién crees tú que lanzó el balonazo hasta allá justo en el momento que pasabas?

Miré a Tim con ojos desorbitados. Él me miró y soltó una carcajada, luego guiñó un ojo y volvió a reír. Ahí caí en cuenta del parecido de Tim con Evan. Esa expresión, ese guiño, el brillo en los ojos, la sonrisa. Todo era justo como el pelirrojo que jugaba fútbol frente a mí, pero en versión rubia.

—¿Por qué lo hiciste? Quiero decir, qué hizo que quisieras que Evan y yo nos encontráramos otra vez. Si la vez que nos conocimos estuvimos juntos tan poco tiempo.

—Eli, te conozco desde preescolar, prácticamente nos criamos juntos y mi infancia y mi adolescencia compartí más contigo que con Evan, eres como una hermana para mí a pesar de que ya ni nos veamos, y nunca, nunca en mi vida te vi tan feliz como te vi con Evan y debo decir lo mismo de él. Cuando llegó aquí era como una sombra que se trataba de escapar de una pesadilla como fue la separación con la bruja de su ex y tú lo cambiaste, y lo cambiaste para mejor y para siempre. Después de ti Ev no fue el mismo, sin contar que tú y él son la pareja más *cool* que he conocido en mi vida.

Era absurdo lo que Tim decía y a la vez lo sentía tan verdadero.

En el poco tiempo que estuve con Evan, fui feliz, solo reímos. Hablamos tanto de nosotros que sentí que nos conocíamos de siempre y teníamos tanto en común que parecía demasiado perfecto para ser real.

Pero quizá todo fue maravilloso por eso. Porque sabíamos que no duraríamos y sacamos lo mejor de nosotros para disfrutar de lo mejor de nosotros.

Suspiré.

—Me muero de hambre —Ivy nos interrumpió sacudiéndose la arena de sus pantalones

cortos de playa—, ya le dije a los chicos para irnos. Ya los tíos deben estar preparando la barbacoa.

Evan se acercó a mí y me tomó de la mano para ayudarme a levantarme, no me la soltó. De hecho, entrelazó sus dedos con los míos.

Mi corazón no había parado de acelerarse, pero esos gestos eran los que lo hacían saltar.

—Vamos —le dijo a su hermana—, que nadie te va a soportar cuando de verdad tengas hambre.

Ivy me tomó de la otra mano y me arrastró hasta el coche.

—Tú la vas a tener todo el tiempo y yo solo un rato —le dijo mientras me subía casi a empujones en el asiento de atrás.

Miré a Evan que me devolvía la mirada con una sonrisa pero sin brillo en sus ojos.

Sabía muy bien por qué. «Tú la vas a tener todo el tiempo». Esa frase lapidaria que lo resumía con exactitud todo lo contrario a nuestra relación.

Ni la primera vez, ni la segunda tuvimos “todo el tiempo”, de hecho, si había algo que nos faltaba cada vez más, era tiempo.

Ivy me habló todo el camino de sus planes. Estudiaba turismo porque su meta era crear una agencia de turismo extremo, desde submarinismo hasta lanzamiento en paracaídas, pasando por el bunji, ícaro y kitesurfing.

Me decía que las historias de Tim y luego de Evan sobre mí la inspiraron, Iris tenía razón, yo era una especie de heroína para ella, lo que era muy absurdo porque nunca fui gran fan de deportes tan extremos, lo mío era pasar horas restaurando una pieza en un taller. Aunque que sí debía aceptar es que me encantaba irme de aventura con los chicos y si eso incluía lanzarnos desde una piedra gigante al agua, lo hacía, mas por el reto de hacer lo que ellos hacían que por gustarme lo “extremo”, lo que sí era cierto era que prefería mil veces ir a acampar con ellos que irme de compras con las chicas.

Los 10 minutos que duró el camino hasta la posada, Ivy me contó su vida y sus sueños. De vez en cuando podía sentir la mirada divertida de Evan por el retrovisor y los gruñidos de Iris pidiéndole que se callara, que me iba a volver loca.

Pero yo disfruté cada una de sus historias, su emoción, su pasión. Era idéntica al hombre que conducía el coche y del que me enamoré como una adolescente desde el primer día y del que él estúpido destino y mis malas decisiones se empeñaban en separarlo de mí.

Llegamos a la posada que estaba a la salida del pueblo, un poco más lejos que la cabaña donde nos quedamos Evan y yo cuatro años antes. Eran unas 7 u 8 pequeñas cabañas familiares transformadas y unas 6 más pequeñas con áreas comunes.

Recuerdo que el proyecto se había empezado hace años, pero por la recesión del 2008 se había abandonado, ahora al parecer North Berwick estaba entrando en auge como destino turístico y una empresa había rescatado el proyecto y lo había terminado.

Entramos por unos caminos hechos artificialmente como si fuese una pequeña jungla, con grandes árboles y césped, de lado y lado las primeras cabañas. Al adentrarnos se abría un gran círculo con diferentes áreas de recreación.

Debajo de lo que parecía una choza sin paredes había mesas y sillas, alguna de ellas ocupadas por la familia de Tim —y por ende de Evan—, antes, había algunas personas reunidas entre ellas los papás de Bob, que eran muy amigos de los padres de Tim y a mí me conocían de toda la vida.

—¡Querida Eli! —me dieron un abrazo cada uno —Estás desaparecida, ya casi no te vemos con los chicos.

Era cierto. Estando con Arthur me separé de mis amigos, ya fuese porque nunca coincidíamos o teníamos diferentes planes, también había tenido que ver un poco el hecho que Tim lo odiaba.

—Cierto, los chicos me lo reclaman siempre, casi me sacan del grupo de *Whatsapp*.

Ambos rieron.

—Nos contó tu madre de tu beca para el máster. Felicitaciones.

—Gracias —miré a Evan a mi lado que sonreía, pero solo por diplomacia. Podía sentirlo.

—Debes estar muy emocionada. Recuerdo desde siempre escucharte decir que te encantaría estudiar en Dublín restauración —me dijo la madre de Bob con una gran sonrisa.

—Uhum —Está vez fui yo la que asentí con la sonrisa diplomática porque la traducción de ese “uhum” era “¿Cómo se atreven a preguntarme si estoy feliz de irme cuando estoy al lado del amor de mi vida?! Pero decidí asentir.

Por suerte Ivy me rescató.

—Eli ven, quiero que conozcas a mi papá y mi mamá.

—Ivy, deja que Eli al menos salude a los tíos que son los anfitriones.

—Oooookeeeeyyy —dijo la chica cruzándose de brazos.

Evan me volvió a tomar de la mano y fuimos a la mesa de su familia.

Apenas el papá de Tim me vio saltó de la silla. El señor Kerr era el vivo retrato de Tim, o debía decir que Tim era el de él. Era como ver a mi viejo amigo dentro de 30 años.

—¡Eli! —me dio un gran abrazo de oso y su esposa le siguió.

Los papás de Tim, así como los de Bob me conocían desde siempre, realmente todos en el pueblo nos conocíamos de toda la vida. Ellos eran de la generación de mi mamá y yo la de su hijo.

Sin contar con que ellos eran los dueños del taller de coches del pueblo así que conocían a todo el mundo por sus coches y a mí en especial porque cuando éramos adolescentes yo me la pasaba metida en su casa para no quedarme sola mientras mamá trabajaba.

Era increíble como me había alejado de Tim, pero mi cariño por él era el mismo así casi ni nos viéramos.

Después de felicitarme por mi beca y mi viaje, la madre de Tim me hizo prometer que algún día de regreso teníamos que repetir los días de tarta y té como en los viejos tiempos. Se lo prometí sin saber si algún día regresaba al pueblo.

Se veían tan felices, celebraban el sábado su aniversario número 30 pero al parecer lo estaban celebrando como un festival, toda la semana.

Yo estaba feliz de verlos así, los Kerr siempre fueron una pareja feliz, de esos que siempre se daban un beso casual o se hacían bromas mutuamente, y eso se reflejaba en su familia, Tim era una de las mejores personas que había conocido en mi vida.

—La famosa “Eli la terrible” —una voz masculina interrumpió la conversación.

Yo volteé con el ceño fruncido extrañada de que mi apodo lo supiera más personas de las que necesitaba.

Mi ceño ascendió hasta que casi sobrepasa mi frente y más allá.

Si Tim era la estampa de su papá, el hombre que hablaba era el vivo retrato de Evan.

Todo. Sus ojos, su pelo rojizo, su nariz perfilada. To-do.

Era surreal ver la estampa de Evan con 30 años más también, y si me ponía un poco retorcida, me seguía gustando.

—Disculpa la confianza, Evan, papá por supuesto —se presentó. Por supuesto que era el papá de la criatura, pero también pudo haber sido el original del clon—, mi hijo nos había hablado tanto de ti que siento que te conozco y puedo llamarte igual que ellos.

¿Nerviosa yo? ¡Nooooo qué va!

Estaba en pánico. Dentro de toda la gente, el evento, la situación ¿Cómo no se me había ocurrido que estarían los papás de Evan si básicamente su mamá era la hermana de la señora Kerr?

Me dio un cálido abrazo.

—Un gusto señor Scott.

—Por favor, llámame Evan, Evan Primero, como a la realeza —bromeó.

—Ufff papá la broma de siempre —bufó Evan.

—¿Qué? Los clásicos nunca pasan de moda —se dio media vuelta—, cariño ven, a qué no sabes a quien tenemos aquí.

Yo abrí los ojos como platos y miré a Evan.

—¿Qué está pasando? —modulé.

Él se encogió de hombros y me hizo una seña como que no sabía nada, pero en su sonrisa se podía ver que lo sabía todo y más.

La mujer alta y delgada, se acercó a nosotros, miró a Evan por unos segundos e intercambió una mirada con él que no supe descifrar. En su pelo oscuro corto, sobresalía un mechón blanco que me pareció lo más elegante del mundo. Sus ojos también eran azules, pero más oscuros de los de Evan y su padre pero cuando sonrió, su rostro cambió, aunque la sonrisa fue más por educación que por otra cosa, era obvio.

Evan podía ser la fotocopia de su papá, pero la sonrisa era de su madre.

Él miró a su madre y ella asintió. Volvió a posar su atención en mí.

—Mira querida quien está aquí —volvió a hablar Evan papá que quizá estaba más alegre de lo normal y el causante era el vaso de whisky que tenía en la mano—, Eli. Eli la terrible.

—¡Evan! ¿Con qué confianza le hablas así a la chica —me miró y sonrió, su mirada era firme. Se acercó y me dio un beso en cada mejilla—, mucho gusto.

—Mucho gusto señora Scott, un placer conocerla.

—El placer es mío Elina, y dime Jazmine.

Asentí con una especie de sonrisa-mueca en mi rostro.

Si me hubiese visto mi mamá, me hubiese dicho que tenía un calambre en la mejilla.

El calambre lo tenía en el corazón. No estaba preparada para conocer a los padres de Evan.

—Discúlpalo, tenía tiempo que no se reunía la familia y está bastante emocionado —bromeó Evan.

—Eso es verdad —contestó su papá—, pero no te voy a decir que no me alegra conocerte. Evan nos habló tanto de ti que parecía que te conocíamos.

—Me alegra que se hayan reencontrado. Espero logren ponerse al día, es mucho lo que pasa en cuatro años —sonrió diplomática Jazmine.

Sonreí nerviosa y asentí.

—Bueno, bueno, me llevo a Eli porque la están agobiando, mírenla ni habla y para que le suceda eso, debe estar estresada o en pánico.

—Pues tú papá es experto en agobiar a la gente, así que huyan lo más rápido que puedan —el señor Kerr intervino aligerando el momento.

Todos reímos y Evan me tomó de la mano y casi me arrastró a donde estaban nuestros amigos.

Faltando unos pasos me llevó a un lado donde se abría otro pequeño camino.

Me acercó a él. Acarició mi rostro con el dorso de su mano.

—No sé qué hacer para quedarme a solas contigo, creo que invitarte aquí fue la peor idea del mundo, pero fue la primera que se me ocurrió.

Mi corazón se iba a salir con el simple hecho de que Evan me acariciara. Mi cuerpo se acercó a él como si tuviera un imán.

Casi podía escuchar mi sangre acelerada recorrer mi cuerpo.

Su rostro estaba a milímetros del mío. Todavía no podía creer que estaba en sus brazos, que podía sentir su aliento tan cálido como su piel. Tenía miedo de abrir los ojos y despertarme en mi silla de playa, como estaba unas horas atrás.

—Eli tenemos poco tiempo, pero lo vamos a aprovechar —volvió a acariciar mi mejilla. Me miraba como si tampoco creyera que yo estaba ahí —No cometeré el mismo error, no te voy a volver a dejar escapar.

Sonreí.

En eso, Evan no había cambiado, siempre con tanta pasión, me recordaba a una Eli que solo existió por unos pocos días cuatro años atrás y otra vez él la despertaba.

—Tengo el presentimiento que hablas en serio —dije en broma.

—No sabes cuanto —él respondió con una media sonrisa que encerraba toda la seriedad del mundo. Acercó su rostro al mío, sus ojos enfocados en mi boca. Yo salivaba. Estaba en los brazos de Evan después de cuatro años y me iba a besar. Sus ojos se desviaron por un segundo de mi rostro para mirar atrás de mí. Lo supe porque era imposible perder de vista esos ojos azules—. Ahora no tenemos tiempo, pero te prometo que tendremos todo el tiempo del mundo.

—¿No me vas a besar, verdad? —Di un paso hacia atrás y puse mis puños en mis caderas.

Él soltó una carcajada.

—No aquí, cuando todos tienen los ojos puestos en nosotros.

Casi le respondo que importaba muy poco que nos vieran, pero cuando volteé y vi a las hermanas de Evan, a Tim, a Bob y el resto de los que estaban alrededor en la barbacoa en silencio y con sus ojos clavados en nosotros, lo entendí. Los muy descarado casi salivaban igual que yo.

Hasta yo me corté.

—Esta te la paso porque aquellos parecen buitres.

Su teléfono sonó en un mensaje. Él lo miró, pero no le hizo caso, aunque vi como su mandíbula se tensó.

Quise decirle que no había problema, que podía contestar, pero me pareció tan indiscreto como las miradas que nos seguían, después de todo teníamos cuatro años sin vernos y prácticamente no nos conocíamos.

—Ven vamos a comer algo y luego quizá podemos dar un paseo —me tomó de la mano y fuimos a reunirnos con los jóvenes de la reunión.

Reímos, comimos y hablamos como si no hubiese un mañana.

Ivy tenía mil millones de historias de sus audacias que hacía que a Iris casi le dieran un infarto. Las dos eran gemelas idénticas pero tan diferentes en personalidad, mientras Ivy era avasallante y extrovertida, Iris era dulce e introvertida.

Tim también habló de nuestras aventuras mientras los más chicos se desternillaban de risa con las cosas que hacíamos en el colegio.

Los primos hablaban de las reuniones familiares y como nunca faltaba el tío borracho del que todos hablaban y se reían.

Yo estaba encantada con la reunión. Siempre me llamaron la atención las familias grandes, tal vez porque mi familia éramos mi mamá y yo y bueno la tía Sage y Day-day que también estaba sola desde que sus padres habían muerto.

Pero esa alegría que se respiraba en las familias grandes, las burlas, las risas, las conversaciones interrumpida y las carcajadas de primos siempre me emocionaron.

La mayoría de mis amigos eran de familias pequeñas. Vivíamos en un pueblo que aunque cerca de Edimburgo, era pequeño, aislado a la orilla del mar donde, aunque las familias eran las de siempre, no se caracterizaban por ser familias grandes.

Tomamos cualquier cantidad de cerveza, ahí también me di cuenta que mi capacidad ética se había reducido. Aunque todavía podía llevarle el ritmo a Tim y a Bob.

Evan reía de todas las historias pero había algo que lo incomodaba. Podía sentirlo. Tenía años que no lo veía sin embargo había algo que me hacía conocerlo, me hacía sentir sus emociones como si fueran mías.

En un momento se excusó para hablar por teléfono. Solo asentí, supuse que el trabajo, ahora que era director de su pequeña empresa, no paraba.

Me dio un beso en la coronilla y se desapareció por largo rato.

¿Noté su ausencia? Por supuesto que sí, ahora que estaba a su lado, y sabiendo el poco tiempo que tendríamos para nosotros, cada segundo sin él se me hacía una pérdida de tiempo que no recuperaríamos, pero al mismo tiempo me la estaba pasando bien con la manga de locos, que con unos tragos de más ya confesaban las más absurdas aventuras.

Tim fue con Ivy a comprar más cervezas y yo me quedé conversando con el resto.

Aproveché a llamar a Day-day, no sabía nada de ella en todo el día, ahora era jefa de enfermeras y así como tenía más responsabilidades, tenía menos tiempo. Casi no la veía y ya nuestra tradicional cena de lasaña se había convertido en comida diferida. Ella comía antes y yo después o al revés.

Lo importante es que era feliz.

Su vida amorosa había mejorado considerablemente, salía con un médico bastante buena persona que había llegado un año atrás de Glasgow como residente, no era nada formal, al menos se le veía ilusionada.

—¿Eli dónde estás? ¿Todavía comiendo con Rose?

—Day-day, si te cuento lo que me pasó, no me lo creerías.

—¿Qué te sucedió? ¿Vente al hospital de inmediato?

—¿Por qué asumes que es algo malo?

—No lo sé Elina, quizá porque soy enfermera de emergencias y la frase “si te cuento lo que me pasó, no me lo creerías”, usualmente conlleva un cuchillo atravesando el cráneo de alguien o una moneda metida en la nariz de algún tonto. ¿Qué ruido es ese al fondo? ¿Estás en una fiesta?

Solté una carcajada.

—Daisy, estoy en la vieja posada Berwick con la familia de Tim y con Evan.

—¿Evan? —preguntó confundida— ¡Evan! ¿Evan Scott? ¿Ese Evan? —gritó, escuché que caminaba de prisa, era obvio que se fue a esconder para escuchar mejor el chisme—, ¿Qué hace Evan ahí? ¿Qué haces tú ahí? ¿Qué hacen juntos? ¡Eli, respóndeme!

Reí.

—¿Cómo diablos quieres que te conteste si no dejas de hablar? —le conté del encuentro surreal, que estaba con él y no nos pensábamos separar mientras yo estuviese en North Berwick.

—Mañana estoy libre Eli, y no me pienso perder un segundo de la cena con tu mamá y la tía Sage.

Las dos reímos.

—Pues entonces mañana nos vemos en el restaurante italiano.

—Por supuesto —suspiró—, no puedo creer que estés con Evan, Eli. Soy tan feliz por ti, es como una segunda oportunidad. No la destruyas con tu estupidez por favor.

—Gracias Day-day, yo también te quiero.

Ella rió.

Me despedí de ella al tiempo que Tim se acercaba a mí con una cerveza en la mano.

—¿Evan no ha vuelto? —me preguntó Tim cuando regresó.

Negué con la cabeza —Quizá está resolviendo un problema del trabajo.

—O de otra cosa —masculló mi amigo siguiendo el mismo camino que había caminado Evan tiempo antes.

Sus palabras hicieron ruido en mi cabeza, no quise prestarle más atención de la que debía porque me sentía bien y en ese momento si tenía que recurrir a la negación con tal de sentirme así, pues lo haría.

Tim llegó primero con el ceño fruncido. Pidió una cerveza que Ivy le pasó de inmediato.

Evan llegó pocos minutos después. Su rostro no muy diferente al de Tim aunque cuando me vio, sonrió. Su rostro era sombrío, aunque trataba de sonreír.

—¿Estás bien? —Pregunté preocupada.

Esta vez sonrió sincero —Ya estoy bien —tomó de mi mano —, ven vamos a caminar un poco, tenemos mucho de qué hablar.

Tomamos otros de los caminos para llegar a las cabañas unas más grandes que las otras y decoradas con diferentes motivos. Cada una con decoraciones típicas europeas.

Estaba la cabaña “Atenas”, decorada como el Partenón, con columnas incluidas. Era una de las cabañas más grandes. Estaba la cabaña “Paris”, con una especie de Torre Eiffel en su entrada, y la “Londres” con unos leones como la Plaza Trafalgar. Era bastante particular la decoración, pero había que darle puntos por dedicación.

Seguimos caminando y llegamos a un muro de piedras de un poco más de un metro de alto que separaba el terreno de las cabañas con la playa.

Al estar en la parte externa de la costa no tenía arena sino piedras. Más de una vez fui con mis amigos a esa zona a “pescar” que traducido en idioma adolescente era llevarnos unas botellas de ginebra y tomar mientras lanzábamos unos sedales con unos anzuelos al agua.

En ese tiempo no existía el muro de piedras y el terreno de las cabañas estaba cerrado con una tela metálica.

Caminamos unos metros más. Evan tomó mi mano, me ayudó a sentarme en el muro, él se quedó parado frente a mí.

—Tenemos mucho de qué hablar Eli.

Asentí.

—Y cualquier cosa que me digas no va a cambiar lo que siento por ti, porque básicamente lo siento desde el primer día que te vi y, hasta hoy me doy cuenta de que nada ha podido cambiarlo. Espero que pase lo mismo con lo que yo te diga.

—No entiendo lo que que quieres decir Evan, ¿qué puede ser tan grave que creas que va a cambiar nuestros sentimientos?

Él sonrió —Me alivia que uses el plural.

Su comentario tuvo la intención de ser divertido pero sus palabras anteriores me dieron un pequeño ataque de pánico.

—¿Estás casado? —traté de parecer calmada pero después que hablé empecé a temblar por dentro por miedo a que la respuesta fuera afirmativa.

Al fin y al cabo, él tenía todo el derecho de haber hecho su vida, había sido yo la que lo dejó ir, había sido yo la que lo había arruinado todo y debía cargar con las consecuencias.

Evan sacudió la cabeza —No Eli, no estoy casado, pero quiero comenzar desde el principio.

Ahhhh desde el principio. Desde que vino huyendo de su relación acabada y me encontró.

Asentí de nuevo.

—¿Podemos comenzar con por qué nunca me dijiste que estabas todavía en el proceso tormentoso del fin de una relación?

Volvió a sacudir su cabeza con una ligera sonrisa en sus labios.

Hace cuatro años ese movimiento hubiese hecho sus crespos bailar, extrañaba sus rizos, pero se veía tan guapo con el pelo corto que podía perdonarle habérselos cortado.

—Quise matar a Tim cuando me confesó que te lo dijo. En el fondo siempre tuve la esperanza de que nos volveríamos a encontrar y yo te explicaría todo y que tendríamos todo el tiempo de hablar de nuestras vidas antes de conocernos.

—Bueno, tiempo, tiempo, no es que tengamos mucho, aunque sí tenemos que hablar y aclararnos cosas, esa es una de las cosas que quiero saber.

—¿Para qué te lo iba a decir? ¿Para que pensaras justamente lo que piensas ahora? “Hey Eli, sabes que estoy saliendo de una relación tormentosa y tú me gustaste desde que te vi, pero no, no eres el clavo que saca otro clavo”. ¿Me hubieses creído?

—No lo sé.

—¿Me creerías si te lo digo ahora?

—Ese no es el punto. El punto es, que de todas esas horas que pasamos hablando de nuestras vidas, me obviaste una parte muy importante de la tuya.

Evan se dio media vuelta y aspiró. No sabía si estaba perdiendo la paciencia o estaba tomando fuerzas para decir algo muy duro. Cruzaba los dedos porque fuera la primera.

—Eli, sí, escapé aquí porque no soportaba más la toxicidad de lo que se convirtió una relación que no fue mala. Había terminado con Lynn dos meses atrás y todavía estaba en la etapa enfermiza de responder llamadas y textos.

—¿Era ella la que te llamaba cada vez que estábamos juntos?

—A ella fue a quien le pedí que no me llamara más y a quien dejé de contestarle el

teléfono porque cuando estaba contigo Eli, no había nadie más importante y ya no lo hubo más después de ti.

Suspiré derrotada.

Sus palabras siempre fueron las adecuadas, siempre me hicieron sentir única pero la realidad era que no lo conocía, no nos conocíamos y quizá para la Eli de 25 años era una aventura, pero la Eli de casi 30 era más cautelosa.

Hubo un corto silencio que se sintió de horas.

—Tim me dijo que saliste por largo tiempo con alguien.

Enderecé mi espalda como si me hubiesen dado con una regla.

Se me aceleró el corazón del susto.

¿Por qué sentía como que le había sido infiel?

Yo no había querido saber nada de él después que conocí a Arthur, antes, de vez en cuando revisaba las redes sociales de Tim y me encontraba una que otra foto con él o en mis momentos más bajos, hasta espiaba en las de él pero cuando conocí a Arthur pensé que era una especie de señal para dejar ir a Evan y realmente concentrarme en lo que deseaba.

—Sí, un poco más de un año, creo —me encogí de hombros. Teniendo a Evan justo frente a mí, Arthur importaba poco, si alguna vez importó.

—Quería regresar y partirle la cara —me dijo con una sonrisa amarga—, quería gritarle que tú eras mía y gritarte a ti que yo era tuyo, no entendía como no lo sabías. Como osabas salir con otra persona y olvidarme.

—Nunca te olvidé Evan, ¿Cómo iba a hacerlo? Si tú eras el padre de los nietos pelirrojos de mi mamá —dije en broma. Estiré mi mano y acaricié su hermoso rostro. Su mandíbula tensa se fue relajando con mi caricia—. Pero tenía que seguir mi vida, aunque sabía que Arthur no era la persona que me haría olvidarte ni olvidar mis planes.

—¿Fue el clavo que sacó al otro clavo? —preguntó en un susurro. Su voz estaba apagada. Casi podía sentir su tristeza, su rabia.

Sacudí mi cabeza —Nunca. Tú no eres un clavo, eres una especie de tornillo industrial clavado con un taladro gigante. Él fue simplemente una persona que me acompañó en un momento de mi vida y ya, pero yo no quise olvidarte, nunca querré olvidarte.

Esta vez lo tomé de la mano.

Dio dos pasos hacia mí, se instaló entre mis piernas y posó sus manos en mis caderas.

Yo sentada en el muro todavía era unos centímetros más alta que él y me encantaba la sensación.

—Te extrañé tanto Eli —su mano se posó en mi nuca. Me atrajo hacia él, nuestros rostros quedaron a milímetros de distancia—, te extrañé tanto que dolía, pero sabía que tenía que dejarte ir ¿por qué? Todavía no lo entiendo, pero era nuestro proceso y era lo que me respondía cada vez que quería tomar el coche y venir a buscarte, era nuestro proceso. El tuyo y el mío.

Sus ojos brillaban a pesar de que su pupila se dilataba. Su lengua mojó sus labios y su mano empuñó mi pelo.

Y sin más me besó. Me dio ese beso que estaba esperando desde hacía cuatro años. Desde hacía cuatro horas, desde hacía cuatro minutos. Fue como si no hubiesen pasado cuatro años, cuatro horas ni cuatro minutos desde nuestro último beso.

Estaba tocando el cielo, sus labios desesperados devoraron los míos. Su lengua invadió mi boca y yo lo recibí como lo había estado deseando durante estos cuatro años.

Rodeé su cintura con mis piernas y lo atraje más hacia mí. Una de sus manos rodeaba mi cintura y la otra sostenía firme mi cuello. Si pensaba que me iba a separar de él, estaba loco.

Nuestras respiraciones se convirtieron en jadeos que se escuchaban más deliciosos que las olas del mar al fondo.

No quería que se acabara ese beso, quería que fuera eterno. Quería quedarme a vivir ahí en ese pequeño muro de piedras con Evan entre mis piernas y su boca devorándome, pero como todo lo bueno, se acabó.

Se separó de mí unos centímetros con sus ojos todavía cerrados, tratando de controlar su respiración. Yo tenía mis ojos abiertos porque, desde que lo vi por primera vez, me había prometido en silencio nunca dejar de ver a Evan Scott mientras lo tuviera enfrente y tenerlo frente a mí cuatro años después de esa promesa, era un regalo que no pensaba desperdiciar.

Abrió los ojos lentamente y a pesar de sus pupilas dilatadas y la oscuridad de la noche pude ver cómo se iluminaban seguidos por la sonrisa más hermosa que había visto jamás.

La imagen era tan hermosa que pude llorar de felicidad y creo que él lo intuyó porque de inmediato acunó mi rostro con sus manos.

—Has cambiado Eli, te cortaste el pelo y estás más calmada, pero eres la misma Eli que me robó el corazón hace cuatro años y no pienso dejarte ir otra vez.

—Vas a tener que hacerlo porque me voy en pocos días a Dublín —sonreí sin las más mínimas ganas de hacerlo.

Él dio un paso atrás pero no para alejarse, más bien para concentrarse en lo que iba a decir o algo así.

—Vas a ir a Dublín porque es tu sueño y eso no te lo pienso quitar porque, aunque quisiera, nadie te puede detener —asomó una sonrisa sincera—, nadie ha podido hacerlo nunca. Pero no te voy a dejar ir porque reencontrarnos no fue coincidencia y no pienso cometer el mismo error dos veces.

—Yo no quiero que lo hagas. No me dejes ir porque la idiota que cometió el error fui yo.

Acaricié su rostro.

—Pues el primer paso para la recuperación es reconocer el error y yo no te voy a llevar la contraria —rió.

—Eres un tonto.

—Y tú eres increíble.

Lo tomé de su camiseta y lo atraje otra vez hacia mí. Esta vez fui yo la que lo besó lento y delicado y él lo permitió. Se deleitó dejando mi lengua entrar en su boca mientras él me respondía con la suya.

Sus manos recorrieron mi espalda y mi cintura y de ahí subieron hasta la base de mis senos.

Volvió a bajar su mano y esta vez apartó mi camiseta, el contacto de su mano con mi piel me deshizo. Ascendió otra vez hasta tocar con su pulgar mi seno y luego mi pezón.

Gemí.

Evan siempre tuvo el poder de casi hacerme correr con solo tocar alguna parte de mi cuerpo.

—Vámonos de aquí —susurré entre un jadeo y otro.

Él asintió. Pero no dejaba de besarme.

—En otro momento te haría el amor aquí mismo Eli —me dijo con la voz como si le doliera físicamente separarse de mí. Lo entendía.

—Pero no lo harás porque no me vas a hacer el amor por primera vez después de cuatro años en el muro de piedras de una posada.

Él soltó una carcajada deliciosa que relajó el ambiente. Lo necesitábamos.

Me bajé del muro y lo tomé de la mano.

—No has cambiado nada Evan Scott, vamos llévame a tu cabaña de una buena vez.

Dio un paso solo para darme un beso rápido en la boca.

—No has cambiado nada Elina Ferguson.

Su cabaña no quedaba muy lejos de donde estábamos. Igual tampoco era que el terreno era muy grande, pero era lo suficientemente grande para poder evitar la fiesta de su familia.

Mientras caminábamos Evan sacó su móvil y escribió un texto, obviamente recibió una respuesta, luego escribió otro y lo guardó en su bolsillo.

Tuve otra vez ese *deja vu* de años atrás cuando recibía mensajes a la que supe después era su ex.

Decidí no prestarle atención. Era imposible que me volviera a suceder lo mismo cuatro años después.

Hice silencio. Muy a mí pesar.

Caminamos unos metros más y llegamos a una pequeña cabaña de fachada blanca con vigas de madera y techo a dos aguas, como una casa tradicional alemana.

—Se supone que es la cabaña germana o algo por el estilo —se encogió de hombros.

Sonreí cauta.

Quítate los malos pensamientos de la cabeza Eli. Estás con Evan. ¡Después de cuatro largos años estás con él otra vez! Mi cabeza me dio una bofetada y decidí hacerle caso. Estaba con el amor de mi vida porque a esas alturas no tenía duda que el hermoso pelirrojo a mi lado con rostro de ángel y ojos de cielo, era el amor de mi vida. Así no lo conociera.

Pasamos y adentro se abrió un pequeño espacio no más grande que una suite modesta de un hotel.

De un lado un armario, seguido de un mesón con una tetera y abajo un refrigerador pequeño. Del otro lado, dos camas matrimoniales.

Y una puerta a la derecha que era obviamente, el baño.

Toda la decoración era en madera oscura rústica que sobresalían de las paredes y techo. La pintura era oscura, los adornos de las paredes eran cuadros de montañas y bosques. La luz amarilla tenue hacia el ambiente cálido y acogedor. Casi me sentí en una cabaña en los Alpes Alemanes o algo así.

Evan puso la llave en el mesón y me tomó de la mano.

—¿Por qué no te quedaste en casa de Tim?

—Porque nos estamos quedando todos aquí. Toda la familia alquiló la posada para celebrar el aniversario de los tíos aquí.

Miré las dos camas confundida.

—¿Y con quién te estás quedando aquí? ¿Por qué no te estás quedando con tu familia?

Evan soltó una carcajada.

—No has cambiado nada Eli —me acercó a él, me tomó la otra mano e hizo que rodeara con mis brazos su cuello, él hizo lo propio con mi cintura—, no me quedó con mi familia porque la cabaña más grande que hay es para cuatro personas y la tomaron mis padres y las gemelas y esta cabaña la estoy compartiendo con Tim.

Retrocedí de un salto pero Evan no dejó que me separara de él.

—¿Te estás quedando aquí con Tim y me trajiste para acá?

—Tranquila, que él no nos va a molestar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le escribí que no nos molestara cuando veníamos para acá.

Sus palabras me quitaron tres toneladas de peso.

Le escribía a Tim.

—¿Y no dijo nada?

—¿Qué iba a decir Eli? Si Tim arregló esto desde que lanzó el balón a donde tú estabas y estoy seguro de que si eso no funcionaba, él iba a hacer lo posible para que nos reencontráramos de una manera u otra.

Reí. Le debía no una sino mil a mi amigo. Prometí en silencio que si me llegaba a ...

—Le tuve que prometer que sería el padrino de nuestra boda cuando nos casemos.

Mi mandíbula pegó del suelo y no sabía si la razón era que Evan había adivinado mi pensamiento o si era porque había pensado lo mismo que yo y lo había dicho en voz alta.

Él me miró y soltó una carcajada, no de burla, más bien de felicidad. Si yo no hubiese estado estupefacta también hubiese reído de alegría.

Me volvió a atraer hacia él. Acarició mi rostro, mi cuello, mis hombros, mis brazos.

Entrelazó mis manos con las suyas.

—¿Qué te ha pasado Eli, te comieron la lengua los ratones? —preguntó divertido pero su voz era un susurro. Su nariz paseaba por mi rostro provocándome.

—¿Cómo puedes decirme todas esas cosas? Desde las más cursis hasta las más tontas.

—No tengo porque tener tabúes contigo. Desde que te conocí siento que te puedo decir como me siento cuando estoy contigo, lo que siento por ti y también te hubiese dicho como me sentía cuando estaba sin ti si me hubieses dado la oportunidad. Y te lo digo porque sé que quieres saberlo.

Sonreí y él conmigo.

—¿Me vas a desnudar o no es el momento adecuado para hacerlo?

Evan me dio un beso de esos *quita-aliento* que me dejó mareada, luego se mordió el labio sonriendo.

—Es el momento perfecto para desnudarte Eli.

Evan se tomó el tiempo de quitarme la ropa con toda la parsimonia del mundo, pero no me molestó porque yo disfruté haciendo lo mismo.

Nos estábamos reconociendo, ya no éramos las personas de cuatro años atrás. En ese momento ya lo hubiese desnudado y me lo hubiese comido a besos en cinco minutos, pero ya no era tan impaciente y había aprendido a disfrutar las cosas a su tiempo y si podía ser paciente con cualquier otra cosa, podía serlo con a Evan repartiendo besos húmedos por mi cuerpo esa noche.

Sus manos apretaban mi carne reafirmandome su deseo. Y yo me dedicaba a ser deseada.

Con Evan no había prisas. Tampoco había vergüenza ni tabúes. Si quería gemir lo hacía y como no olvidaba cuánto le gustaba, procuraba gemir fuerte para dejarle saber cuánto me excitaba que mordiera mis pezones o hundiera sus dedos en mi centro.

También me aseguré de tocarlo, no olvidaba cuánto disfrutaba que lo tocara. Que tomara su miembro en mi puño y subiera y bajara suavemente.

Él también se aseguraba de hacerme saber cuánto le gustaba todo lo que yo le hacía.

Estar con Evan después de todo este tiempo era una experiencia alucinante, era sentir que nos estábamos volviendo a conocer, pero a la vez que nos conocíamos de siempre y estábamos tan conectados, tan seguros de lo que nos gustaba que ninguno titubeó ni un segundo en hacer lo que quería hacerle al otro.

Evan me desnudó y me llevó a la cama donde se dedicó a besar cada centímetro de mi cuerpo.

Sacó de su pantalón una caja de preservativos.

—¿Siempre cargas una caja de preservativos encima?

Evan lanzó una carcajada.

Era hermoso. Desnudo. Riendo. A punto de entrar en mí. Era perfecto.

No había dejado de ser la escultura de cuatro años atrás.

—Me la compró Tim cuando fue por más cervezas.

—Debo decir que es un poco terrorífico que Tim piense en nuestra protección más que nosotros mismos.

—Sí lo es, pero después se lo agradeceré a mi primo el raro.

Esta vez fui yo la que reí.

Evan cambió su expresión, volvió a ser el Evan enfocado en mí, volvió a mirarme como si fuese la joya más preciada, como me miraba desde que nos conocimos.

Se posó sobre mí y me besó lento, muy lento.

Su lengua se paseaba perezosa dentro de mi boca. Una de sus manos fue a mi pecho, sus dedos de inmediato acariciaron mi pezón.

Volví a sentir ese corrientazo que solo lo podía sentir con él.

Su erección en mi abdomen me hacía saber que yo no era la única que estaba loca porque entrara en mí.

—Eli, te deseo tanto. No puedo creer que te voy a tener otra vez, que estoy a punto de entrar en ti. Creo que me voy a correr como un adolescente.

Con esas palabras, tomó su miembro, lo colocó en mi entrada y de un solo movimiento, entró en mí.

Mi grito se debió haber escuchado en Islandia.

Mi cuerpo se estremeció y lágrimas de puro placer escaparon de mis ojos.

—No te muevas —susurré.

—¡Eli, estás bien? —me preguntó asustado.

Se quiso mover a un lado, pero yo lo detuve.

Asentí.

—Solo quiero adaptarme a la idea que eres tú el que está aquí conmigo, besándome, dentro de mí.

Él negó con la cabeza y sonrió —Después me culpas de decir cosas empalagosas.

Me volvió a besar con delicadeza hasta que poco a poco los dos tomamos el ritmo.

No fue nada frenético ni desesperado. Fue lento, constante y tan intenso que cuando mi cuerpo sintió los primeros espasmos de mi orgasmo, las lágrimas brotaron otra vez.

Nunca había sentido ese placer. Era la unión de mis ojos viéndolo sobre mí, acelerando el ritmo para también correrse en un último intento por retrasar el momento. Mi cuerpo sintiendo como Evan me llenaba, como me sentía completa con él dentro de mí. Mi cabeza asumiendo el hecho de que no lo iba a dejar ir, ni esta vez ni nunca más y mi piel sintiendo sus caricias que no eran las primeras y no serían las últimas que me daría mi escultura.

Se separó de mí y fue al cuarto de baño, yo caí en un letargo en el que no sabía si me iba a dormir o a despertar del sueño tan intenso que había tenido.

Sentí a Evan regresar. Apoyé mi cabeza en su pecho.

Su corazón latía lento, era una canción de cuna.

—Te extrañé tanto Eli.

—Y yo a ti Evan.

—Dime que vamos a resolver nuestra situación, que no vas a volver a huir. Yo te iré a visitar a Dublín, después de todo es un poco más de un año.

Levanté mi cabeza y lo miré a los ojos.

—No voy a hacer lo mismo Evan. La vida me está dando una segunda oportunidad y no la voy a desperdiciar. Ya veremos cómo lo resolvemos —me acerqué más y lo besé.

—Ahora dime ¿Cómo te va en tu compañía?

Él sonrió —¿En serio quieres que este sea nuestra conversación post sexo?

—Ya nos prometimos amor eterno, ahora quiero saber de tu vida. Tim en algún momento me comentó que no solo diseñabas, sino que te lanzaste a hacer tu propia aplicación.

—Sí —me respondió seco. Lo que me llevó a pensar que había algo más porque si había algo en lo que Evan era elocuente era en hablar de su trabajo.

Hizo el ademán de sentarse. Se lo permití y yo me senté de frente a él.

Ahora fuera lo que fuera, me lo tenía que contar.

—¿No me vas a contar de qué se trata?

—¿Prometes que no te vas a burlar de mí?

Traté de ocultar mi risa. Asentí.

—No sabes lo que es y ya te estás riendo, terrible Eli.

Solté la carcajada.

—No me río de lo que me vas a decir. Me río de tu cara de miedo —le di un beso rápido —, como si te fuera a juzgar ¿qué es, un sitio porno?

—No tonta. Es una app para mantener relaciones a distancia.

—¿Relaciones a distancia? Para eso están los chats y las video conferencias.

—No, con esta app puedes hacer una cita con esa persona, intercambiar lo que van a comer esa noche o si quieren salir a cenar cada quien en su ciudad. La app les indica los sitios que más se parecen para que sienta que están en el mismo sitio. También una especie de horario compartido si desean intercambiar planes o sitios equidistantes en el caso de que se quieran encontrar y no puedan visitarse, entre otras cosas... Te estás riendo. Sabía que te ibas a reír

Acuné su hermoso rostro entre mis manos.

—Creo que es la cosa más romántica del mundo y no me río de eso, me río de que eres el tipo más romántico del universo y eres mío.

Lo besé otra vez y esta vez tomé mi tiempo.

—¿Cómo se llama la app? Quiero tenerla para cuando esté en Dublín y compartir contigo todo.

No me respondió en largos segundos. Me miró fijamente, su rostro serio y sus ojos enfocados en mí.

Conocía esa mirada de Evan. Cuando iba a decir algo sin un ápice de chiste, ponía esa expresión.

—ELI, Mi app se llama ELI.

Si hubiese tenido agua en la boca, se la escupía en la cara como en las películas.

Me erguí y pasaron los segundos más extraños de mi vida.

Quería reírme, quería abrazarlo, quería decirle que era el hombre más romántico y el más tonto que había conocido en mi vida.

No podía creer que ese hombre frente a mí desnudo, espléndido, inteligente, hermoso, se hubiese siquiera fijado en mí.

No sabía que decía mi cara, pero la suya se fue transformando de vergüenza a miedo.

—Déjame aclararte, antes de que pienses que soy un loco obsesivo que no pudo superarte, que ahora que lo pienso, es lo que soy. Estaba hablando con mi socia sobre el proyecto.

—¿Socia? —fruncí el ceño.

—Sí, mi socia. La persona que diseñó, la aplicación, yo solo sé programar, pero tenía que tener un diseño amigable y sobre todo atractivo para que la gente pagara por ella.

—Ok.

—Estábamos conversando y ella dijo algo así como “tenemos que hacer que los usuarios se sientan en la intimidad de una relación”. Y yo solo pude pensar “en la intimidad”, era lo que yo deseaba que los usuarios sintieran y esas tres palabras eran tú maldito nombre Eli.

Hubo otro silencio.

Él cerró los ojos y tomó aire. Yo solo podía escucharlo. Era una de las pocas veces que no abría mi bocota.

—Era tu nombre. Sentí que era la señal que necesitaba porque si no hubiésemos terminado como lo hicimos, hubiésemos sido los primeros usuarios de esas apps —río—, pero por ti tuve la valentía de dejar el trabajo que me retenía y de comenzar mi proyecto. Tú me dejaste ir para cumplir tu sueño y yo el mío y eso siempre te lo agradeceré. Si eso no era una señal, no sé qué lo era. Y mira, fue todo tan perfecto que mira donde estamos, los dos hablando de la app de citas más famosa del Reino Unido.

Mis cejas llegaron al techo.

—¿La app más famosa del Reino Unido?

—Y tercera en Europa —me guiñó un ojo y sonrió—, hay mucha gente que necesita tener ese tipo de conexión Eli, yo hubiese sido uno.

Una tormenta de emociones me invadió. Estaba tan orgullosa de él, no solo cumplía su sueño, sino que era exitoso, pero me partía en dos que hubiese alcanzado ese éxito solo porque yo le rompí el corazón.

Amaba que su app se llamara Eli, ¿Que si era una señal? Eso no lo sabía. ¿El destino? Menos. Lo que sí sabía era que amaba la historia, pero odiaba lo que la había provocado.

—Lo lamento tanto Evan —susurré, no era capaz ni de mirarlo a los ojos porque lo había hecho sufrir cuando ya venía de una decepción amorosa, así yo no lo supiera—, estoy tan orgullosa de todo lo que has logrado, nada fue una señal. Tú lo hiciste solo, porque siempre quisiste hacerlo.

Se acercó a mí e hizo el ademán de poner mi mechón de pelo detrás de mi hombro como en los viejos tiempos, solo que ese mechón no existía porque se había convertido en mi flequillo.

—Casi puedo ver los subtítulos de lo que estás pensando Eli, esto que nos está pasando, este encuentro es para estar felices —acarició mi rostro. Me atrajo hacía él hasta que mi cara quedó a milímetros de la suya—, todo lo que pasó fue por nuestro bien, es lo que quiero pensar. No quiero que me pidas disculpas, porque por ti estoy donde estoy ahora y tengo lo que tengo. Y voy a cumplir la promesa que te hice cuando nos despedimos. Te voy a hacer el amor mil veces.

Yo tomé su rostro entre mis manos. No tenía nada que decir, no quería decir nada. Solo quería besarlo hasta que no pudiéramos respirar.

Y así lo hice.

No dejé que reaccionara, me senté a horcajadas sobre él y lo besé hasta que nos perdimos en el beso. Hasta que torpemente buscamos el preservativo. Sus dedos se hundieron en mi trasero para posarme sobre él y sentirlo otra vez entrar en mí.

Los dos ahogamos el grito en nuestro beso. Sus manos desesperadas recorrían mi cuerpo hasta que una rodeó mi cintura para sincronizar nuestros movimientos y la segunda empuñando mi cabello.

Era tan intenso todo lo que vivíamos que sentí mi alma salirse de mi cuerpo con el orgasmo que invadió cada poro de mi piel.

—No importa lo que pase Eli, no importa lo que suceda siempre serás tú, siempre tú.

Con esas palabras Evan hundió su rostro en mi cuello y sentí como su cuerpo se tensó para luego acompañarme en el delicioso letargo después del orgasmo.

Salí de la ducha y me vestí con lo único que tenía disponible, mi bañador, mi short y el suéter que había llevado a la playa.

—¿A dónde crees que vas? —Evan me tomó de la mano perezoso.

—A mi casa a cambiarme, y a arreglar con mi mamá y la tía Sage la comida de esta noche.

No quise decirle que tenía que terminar de empacar lo que me quedaba. No quería empezar con mal pie el día y no por él, por mí.

Gruñó.

Al parecer mis argumentos era tan sólidos que no me podía refutar.

—Ivy va a estar decepcionada cuando sepa que no vas a desayunar con nosotros.

Solté una carcajada.

Me acerqué a él y le di un beso.

—Eres un manipulador. Y ni yo ni tú vamos a desayunar con tu familia porque es casi la una de la tarde.

—¿Que? —se levantó de un salto de la cama— Maldición. Me van a matar. Ya se debieron ir a la playa.

Puse mis puños en mis caderas —Evan Scott ¿tenías planes para esta mañana con tu familia y no me dijiste nada?

Se paró frente a mí en todo su esplendor.

Me felicité por mi autocontrol porque ganas no me faltaron de devolverlo a la cama de un empujón y olvidar cualquier tipo de contacto social o ingesta alimenticia.

Pero era la cena con mi mamá y la tía Sage.

—Escúchame bien Elina Ferguson —rodeó mi cintura con sus brazos—, si tengo que elegir entre cualquier plan del día con cualquier persona en el mundo y tú, no dudes ni un segundo que te voy a elegir a ti, yo tengo mis prioridades claras.

—Eres un pico de plata —muy a mi pesar di dos pasos atrás, me calcé mis sandalias—, pero ahora mi prioridad es llegar a casa y calmar a Rose Fergusson, a la tía Sage y ahora a Day-day que quiere ir a comer con nosotros.

—¿Voy a comer con cuatro mujeres? —sus cejas llegaban hasta el cielo.

Solté una carcajada.

—Tú te lo buscaste.

Después de lograr convencer a Evan de que me dejara irme a casa en taxi para encontrarnos en el restaurante con la promesa de quedarme con él esa noche —no fue que le costó mucho convencerme—, llegué a casa donde me esperaba Daisy agazapada como un francotirador.

Me hizo contarle cada detalle de mi encuentro con Evan.

Tampoco es que era una tortura, apenas empecé a hablar, no paré. Verlo frente a mí como una aparición divina, escuchar su voz, admirar su sonrisa, sentir sus brazos fuertes cuando me abrazaron. Cada sensación la podía vivir y revivir cada día de mi vida y no quedar satisfecha.

Le conté lo que había logrado, su app que se llamaba como yo, nuestros planes.

—No tengo que decirte que dejar a Evan ir hace cuatro años fue el peor error de tu vida y justo después está haberte hecho novia del cretino de Arthur.

Reí y puse los ojos en blanco.

Day-day nunca me perdonaría ninguna de las dos cosas. Siempre decía que yo reclamaba que Evan me uso como un clavo que saca a otro clavo y yo había hecho lo mismo, pero eligiendo a la peor persona.

A ella le agradó Arthur hasta que empezó a darse cuenta de que a él no le agradaban ninguno de mis amigos, ella incluida, y que ni siquiera lo disimulaba. Cuando se enteró que Arthur tenía planes que no incluían mi máster, fue la gota que derramó el vaso, tanto, que celebró cuando terminamos. Y cuando digo celebró, quiero decir que abrió una botella de champaña y brindó porque ese cretino nunca regresara.

Nunca dejaba de causarme gracia.

Mi mamá llegó casi una hora antes de lo que habíamos acordado.

Me encontró empacando lo que quedaba de mi segunda maleta.

Me dio un beso y se sentó en mi cama.

—¿Y la tía Sage?

—Viene por nosotras más tarde, me dijo que no quería ser testigo del drama que te haría.

Me giré para verla —¿Me vas a hacer un drama?

—Ay Eli ¿Quién soy yo si no hago un drama, aunque sea pequeño?

—En eso tienes razón —reí.

Silencio.

Sabía que cuando mi mamá hacía ese tipo de silencio era porque estaba escogiendo muy

bien sus palabras.

—Me agradó Evan.

—Que bueno má, porque no va a ser la última vez que lo veas, espero.

—Solo tengo un miedo, bueno no uno, dos, bueno algunos.

—¿Aquí es donde viene el drama? A ver —me senté en la cama a su lado.

Ella tomó mi mano y la cubrió con las suyas.

—Es más que obvio que estás enamorada de él Eli, y no te la des de dura porque en dos minutos que te vi con él te brillaban más los ojos que él años que estuviste con Arthur.

—No te voy a negar que Evan me gusta mucho.

—No, no es que te gusta mucho, es que estás enamorada y uno de mis miedos es que no te des cuenta cuán enamorada estás, lo subestimes y te rompa el corazón.

—¿A qué te refieres?

—A que cuando subestimamos lo que sentimos, el dolor es más intenso cuando llega, lo que me lleva a mi otro miedo.

—¡Mamá! ¿En serio? ¿En eso piensas?

—Pienso en todo Elina, es una de mis tareas de ser madre, preocuparme. Por fortuna tú has sido una niña buena, rebelde y traviesa, pero buena. De adolescente mi mayor preocupación era qué darte para las resacas o curarte un raspón en la rodilla cuando te ibas con los chicos a acampar o en los patinetes. Pero a medida que crecemos las decisiones son más difíciles y las consecuencias más graves.

—Mamá, me estás asustando.

—Te asustas porque nunca tuve este tipo de conversación contigo, porque solo una vez te he visto con ese brillo en los ojos y fue hace cuatro años cuando conociste a Evan. No me preocupé porque tomaste una decisión muy dura y ya tú misma pagabas con tu tristeza las consecuencias. Pero ahora, tienes casi 30 años, estás a punto de tomar decisiones que pueden cambiar tu vida.

—Si te refieres a dejar mi máster por irme con Evan o algo por el estilo, no lo haré mamá, he soñado con estudiar lo que voy a estudiar toda mi vida, quizá cuando termine quiera otra cosa totalmente diferente, pero en dos días nada va a evitar que me suba a ese avión para ir a Dublín.

Ella asintió —Solo quiero que tengas cuidado hija. En el amor tienes que tomar las decisiones correctas no solo para no salir herida tú, sino para no herir a la persona que amas. ¿Ya le contaste tus planes a Evan?

—Desde el primer día que lo conocí, y él más que nadie sabe cuánto anhelo hacer esto. En ningún momento ha tratado de convencerme que no lo haga porque él sabe la respuesta.

—Ok, yo sé que sabes lo que quieres Eli, siempre lo has sabido, pero por experiencia sé que una relación a distancia no es fácil y contigo viviendo nuevos momentos, nueva vida, nuevo todo puede parecerle menos importante la relación con ese joven y ser tú la que le rompa el corazón o peor, él al verse afectado por la distancia buscarse otra chica y romperte el corazón a ti.

El solo pensarlo me estremeció. No sabía cuán vulnerable te hacía el amor, en especial cuando no solo está en tu corazón, también en tu cabeza porque yo sin decirlo había hecho el compromiso de estar con él, de esperar por él y de estar para él. Quizá ahora no era el momento de estar juntos pero estábamos seguros que así lo había asumido yo, que mi futuro estaba con Evan Scott.

—No puedo hablar por él má', pero es imposible que yo pueda pensar en algo o alguien más emocionante que estar con Evan. Ya lo conocerás, no hay manera que no lo ames.

—Ok —dijo en un tono más bajo—, hay ora cosa que quiero decirte...

—Por supuesto que hay otra cosa que tienes que decirme ¿Qué quisiste decir con que por experiencia sabes que las relaciones a distancia son difíciles?

Mi mamá me miró con sus ya grandes ojos verde agua, mas grandes aún.

Se reacomodó en la cama y se aclaró la garganta.

¿Qué demonios me ocultaba?

—Recuerdas al viejo amigo que apreció justo hace cuatro años y que lo vi par de veces más luego?

—George, por supuesto. En algún momento tuve la ilusión de llamarlo papá.

—¡Elina! —mi mamá me dio una palmada en la pierna y rio.

—Ay má' que pudorosa a ver, cuéntame.

—Sabes que George y yo nos vimos unas pocas veces más en estos años, y como era obvio él me estaba cortejando, pero dejé de verlo porque me enteré de que era casado.

—¡Qué! Maldito George, tan buena gente que parecía —traté de parecer seria, fallé porque presentía que lo que venía era una buena noticia.

—Bueno, con el cuento “estamos casados, pero tenemos tiempo separados” y “ya yo no la amo”, sabes la típica excusa de los hombres casados. Yo soy ingenua Eli, pero no soy estúpida.

Solté una carcajada.

—Mamá, si hay algo que tú no eres es estúpida.

—Dejé de verlo y hace unos días me contactó para decirme que se había divorciado y quería tener una oportunidad conmigo.

—¿Y cómo sabes que ahora si dice la verdad?

—Porque lo investigué Eli, repito, no soy estúpida y así tú te burles de mi lentitud para escribir los textos, sé buscar en los juzgados públicos ciertas cosas. Total, he decidido darle una oportunidad...

—¡Quééééé? —la interrumpí.

—Nada serio por ahora Elina, solo vamos a salir como amigos y ver qué pasa, de igual manera él ahora está en a Edimburgo y yo seguiré aquí.

—Bueno Edimburgo está más cerca que Glasgow, quizá él puede pasar un fin de semana aquí y tú allá.

—Bueno, bueno, no apresuremos las cosas yo no soy tú.

Esta vez reímos las dos.

—Bueno mami, lo que sea que te haga feliz —la abracé —, estaré más tranquila si no estás sola este año.

—Eli, estuve sola los cuatro años que te fuiste a la universidad y estos cuatro que tienes viviendo con Daisy así que por mi soledad no te preocupes.

—Yo sé que eres una mujer independiente mamá, eres la mamá más ruda que conozco, pero siempre me hizo ilusión que no estuvieses sola. Y más vale que ese George te trate como una reina porque se las va a tener que ver conmigo.

La risa de mi mamá hizo eco en mi habitación a tiempo que la tía Sage entraba para apurarnos a salir.

¿Cómo una noche puede ser la más feliz y la más triste?

Apenas entramos en la habitación —de la que Tim había sido expulsado otra noche más, pero para eso estaban los amigos (y los primos)—, nuestra ropa voló por los aires. Lo único que deseábamos era sentirnos, tocarnos.

Eran los besos más desesperado que nos habíamos dado, mis brazos de enredaron en el cuello de Evan y mis piernas en su cintura. Sus manos sostenían mis muslos y lo apretaban como si de eso dependieran nuestras vidas.

Podía sentir su miembro punzante en mi entrada.

Como en otros momentos nos perdimos el uno en el otro.

Sentirlo dentro de mí era una experiencia religiosa. Sentía que tocaba el cielo cuando me hacía llegar al éxtasis.

Evan era delicado pero pasional, el punto exacto darme el beso más dulce, pero empuñar mi cabello para mantenerme lo más cerca de él posible mientras me movía sobre él, y eso me volvía loca.

Por supuesto que sabía que la mitad de mi “enamoramiento”, venía de el deseo que sentía solo con verlo, pero al fin y al cabo de eso se trataba la atracción. Ver a esa persona y sentir que tú eres especial para ella y ella es el centro del universo para ti.

Sentir su cuerpo desplomarse sobre el mío era mi nuevo placer. Evan era tibio, no caliente como algunas personas que con solo acercarte a ti te dan calor, no, él provocaba abrazarlo. Estar en sus brazos era mi lugar feliz, lo había sido desde el primer momento que estuvimos juntos, lo era cuatro años después, si algo había cambiado, era que esa sensación era más intensa aún.

Acariciar mi rostro con el dorso de su mano, después del sexo, se había convertido en un ritual delicioso. Podíamos pasar largos minutos en silencio, él sobre mí, amortiguando su peso en sus codos mientras me acariciaba con una de sus manos. Yo acariciaba su espalda mientras nos mirábamos como dos tontos perdidos el uno por el otro.

—¿Qué vas a hacer en tu cumpleaños? Es pronto.

—No lo sé —sonreí como una tonta. Un momento—. ¡Hey! ¿Cómo sabes tú que mi cumpleaños es pronto?

Me reacomodé. Él quedó de medio lado apoyado de uno de sus brazos con una sonrisa traviesa en su boca.

—Tú eras la que no quería saber nada de mí, Eli —acarició mi rostro otra vez y yo me sentí un poquito miserable—, yo en cambio, quise saber todo de ti y sé que cumples años en par de meses.

—Para tu información yo también sé que cumples años en par de meses.

—Tres días de diferencia. Como si la vida insistiera en darnos más cosas en común.

—No hace falta tener muchas. Con que tengamos un tiempo y un espacio en común, yo me conformo.

Él rio.

—Vamos a hacer un trato.

Asentí.

—No importa lo que suceda —continuó—, no importa donde yo esté, voy a ir donde tú estés y pasaré tu cumpleaños contigo.

—Yo estaré en Dublín, de hecho, si todo sale bien estaré estudiando para mis primeros parciales.

Él asintió. Entrelazó su mano con la mía —Entonces, dentro de tres meses, no importa lo que suceda entre nosotros, yo estaré en Dublín celebrando tu cumpleaños contigo.

—¿Por qué dices eso? Es como si fuese a pasar algo, ya yo daba por sentado que estarías conmigo en mi cumpleaños.

—Porque nunca sabemos lo que puede pasar de aquí a dos meses Eli, ni siquiera sabemos lo que puede pasar de aquí a una semana. Quizá te vas Dublín y conoces a un irlandés y te olvidas de mí.

Solté una carcajada.

—Evan, no te olvidé en cuatro años, dudo que lo haga en una semana —le respondí divertida.

Pero algo en él cambió. Su mirada se tornó intensa y los músculos de su mandíbula se apretaron.

Evan me tomó por la cintura y en un solo movimiento estaba a horcajadas sobre él. Me acercó a él hasta que su boca estuvo a milímetros de la mía.

—Yo tampoco pude olvidarte ni un segundo de estos cuatro años Eli, y no importa lo que haya hecho con quien hubiese estado, no eras tú y era el hombre más miserable porque nadie, ninguna otra, eras tú. Por eso no importa lo que suceda, no me voy a perder un momento importante de tu vida.

No entendía lo que pasaba. Sus palabras eran tan intensas, que me daba miedo lo que quería decir y me daba más miedo que yo no entendiera el significado de ellas.

Nos miramos por unos segundos. Él con tantas ansias en sus ojos como queriendo decir algo y yo tratando de descifrarlo.

Esa mañana Evan me invitó a desayunar con su familia en el área que par de días atrás sirvió como salón para la reunión.

Las gemelas me recibieron con sendos abrazos, el papá de Evan fue más prudente, solo un par de besos en las mejillas, pero me tomó de la mano y me guió hasta la silla. Pero Jazmine solo asintió y asomó otra de sus sonrisas diplomáticas.

Era obvio que no le agradaba, no había que ser psíquico para saberlo. No le agradé desde que me conoció.

En cierto punto la entendía. Evan era un hombre exitoso, del que cualquier madre se sentiría orgullosa, tiene una aventura de verano cuatro años atrás y se vuelve a encontrar a la “aventura” que ahora está desayunando con ella en la misma mesa.

Mi madre estaría escandalizada si no supiera lo que significaba Evan para mí y la tortura que fueron esos cuatro años de tomar la peor decisión de mi vida al dejarlo ir.

Ivy no paraba de hablar preguntándome todos mis planes en Dublín e Iris no dejaba de torcer los ojos ante la indiscreción de su hermana.

—¿Puedes dejar a Eli comer en paz? —le dijo a mitad del desayuno.

Mis panqueques estaban ya fríos al igual que mi café. No había probado casi bocado tratando de responder a todas las preguntas de Ivy.

Me preguntaba de mi juventud como si yo fuera una anciana, pero recordé que a los veinte

años yo también pensaba que los treintañeros eran ancianos.

—Tengo entendido que mañana te vas a Dublín —Jazmine interrumpió a su hija.

Todos volteamos la cabeza al mismo tiempo para mirarla, al estilo de una película de humor negro. Solo faltó un acercamiento en primer plano de la cara de cada uno de nosotros y las notas graves de un piano al fondo.

Sentí el tono de su pregunta como un “al fin te largas lejos y dejas a mi hijo en paz”.

—Sí. Empiezo mi máster en un poco más de una semana. Mañana parto para instalarme y conocer un poco la ciudad antes de empezar las clases.

Apenas dije lo de mi máster, Jazmine cambió la expresión. No dejaba de ser desconfiada pero sus ojos, justo como los de Evan, la delataban. Ahora era curiosidad.

—¿Ah? Un máster. No sabía que ni siquiera fueras universitaria.

Hay muchas cosas que no sabes de mí y sin embargo aquí estás juzgándome. Por supuesto, esas palabras las dije en mi cabeza. Las que salieron por mi boca fueron mucho más educadas.

—Soy licenciada en Artes —me metí un bocado del panqueque frío que tenía en el plato, solo para hacer una pausa dramática.

—Eli, se graduó en la Universidad de Edimburgo —saltó Ivy arruinando mi momento de novela.

Jazmine miró a su hija por un segundo, asintió y otra vez volvió su mirada a mí.

Para entonces ya había tragado mi bocado.

—¿En Edimburgo? ¿Y por qué estás en este pueblo si tienes una licenciatura en Artes pudiéndote quedar en la capital?

—Podría decir que aquí está mi familia, mis amigos, la gente que conozco de toda la vida —me encogí de hombros—, pero en realidad me devolví porque quería ahorrar para hacer este máster y sabía que viviendo en Edimburgo por mucho que ganara, no iba a poder ahorrar.

—¿Y es muy costoso el máster? Perdona mi indiscreción —esta vez fue el papá de Evan el que habló.

—Realmente gané una beca de talento y me exoneran el 70% de la matrícula. Sin embargo sigue siendo costoso para mí. Pero en realidad ahorra para mi manutención, ya que la beca solo paga mi matrícula, lo demás lo tengo que pagar yo.

—Es admirable de tu parte todo lo que has hecho por ti misma —Jazmine suavizó el tono.

—Gracias —asentí.

El resto del desayuno pasó con una vibra extraña. No sabía como describirla. No era hostil pero tampoco era relajada.

Me extrañaba el hecho de que esa familia estuviese ahí de vacaciones y estuviese tan tensa. Lo que me hacía pensar que sin duda era yo, la manzana de la discordia.

Ivy e Iris me contaban de un viaje que hicieron un verano a Dublín, me decían los bares a los que tenía que ir, pero también los museos y los parques. Me dijeron que no pasara la oportunidad de viajar al interior. Que sus paisajes era los más hermosos después de los de Escocia.

Evan me tenía tomada la mano, nunca me la soltó después que terminamos de comer. A pesar de que reíamos había algo. En lo poco que habíamos compartido, había aprendido a leer a Evan y a estar alerta a sus reacciones y cuando su mamá lo llamó para hablar con él en privado, supe que algo sucedía y era más que el desagrado que Jazmine podía sentir por mí.

Algo pasaba.

Continué hablando con las gemelas, pero ya no me podía concentrar. De vez en cuando

miraba a donde había ido Evan con sus padres, aunque no hubo señal de ellos hasta casi una hora después cuando llegó Evan como una tromba y me tomó de la mano.

—Tengo unas cosas que arreglar con Tim y Bob, te llevo a tu casa —sus ojos parecían una tormenta en el Mar del Norte. Turbios y oscuros.

Me despedí de las gemelas hasta la noche que nos veríamos en la fogata de mi despedida.

—¿Qué sucede? ¿Pasó algo malo? ¿Tus padres están molestos conmigo?

Evan no caminaba, daba zancadas que me hacían casi correr para alcanzarlo.

No me contestaba.

Le volví a preguntar qué sucedía.

Nada. Seguía caminando hacia el estacionamiento.

Me planté en el medio del camino al coche.

—¡Evan Scott! —Mi voz fue tan contundente que se detuvo en seco—. Si no me dices ahora mismo qué está sucediendo, te juro que no me monto contigo en el coche. Tú no me ignoras y menos me escondes eso tan importante que tienes que hacer con Tim y Bob.

Evan puso las manos en su cintura. Veía al suelo. No volteaba.

¿Tan grave era que ni me podía ver a la cara?

Ahora sí estaba segura que algo tenía que ver yo en todo eso y odiaba no saberlo.

—O me hablas ya, o no me hablas más.

Se llevó la mano al rostro. No supe si para pincharse el puente de la nariz, una costumbre en él cuando no podía explicarse, o para taparse la boca lo que era peor porque eso no lo hacía nunca.

Se dio vuelta y me miró. Su mirada estaba perdida, o mejor dicho, buscaba algo en la mía que no podía darle porque no sabía lo que quería.

Su hermoso rostro estaba deformado de preocupación.

Me entró un aire frío en mi espalda.

En dos pasos estuve frente a él.

Lo tomé de las manos y las entrelacé con las mías.

—Evan, sea lo que sea sabes que puedes decírmelo. Lo que sea que esté pasando vamos a resolverlo juntos.

Soltó mis manos y acunó mi rostro. Pegó su frente de la mía.

—No importa lo que pase Eli, quiero que sepas que tú eres la mujer de mis sueños —me dio un beso tan dulce como desesperado—. Desde que te vi esa tarde en la playa, fue como que una luz celestial te iluminara y me señalara que eras tú. Tú eras y eres la mujer de mi vida.

¿Qué-demonios-estaba-diciendo?

—¿Qué me quieres decir Evan? Me estás dando miedo. Todo esto suena a despedida.

Sacudió su cabeza en negación.

—¿Despedida? No me voy a despedir de ti otra vez Eli. Nunca más. Ese error que cometí todos estos años, no lo voy a repetir. Vas a tener que cargar conmigo como tu perro faldero por mucho tiempo —sonrió mas no estaba feliz.

—Si no es una despedida ¿Por qué hablas así?

Dio un paso hacia atrás y volvió a tomar mis manos.

—Te prometo que voy a resolver lo que te dije con Tim y Bob y te explico todo.

—No me gusta para nada ese plan, pero si no hay remedio, te creo. De igual manera tengo que terminar de arreglar mis cosas.

Antes de subirme al coche, Evan me dio otro beso.

—No te voy a dejar ir esta vez.

—Me tendrás que buscar en Dublín —reí.

—Por ti me voy nadando si es necesario, pero no te voy a dejar ir.

Solté una carcajada que hizo que Evan volviera a ser él por un segundo pero cuando se subió detrás del volante, el Evan preocupado había regresado.

El viaje a casa fue en silencio, por suerte eran unos pocos minutos en coche porque su silencio me mataba, me hacía querer saber más qué demonios estaba sucediendo y que tenía que ver Tim y Bob en todo esto.

Aparcamos frente a mi casa.

—¿Tim y Bob está bien?

—Tim está bien, Bob no lo estará por mucho tiempo.

—¿Qué demonios estás diciendo Evan? ¿Eso es una amenaza?

Él rio. Pero no me gustó su expresión.

—No tonta. No te preocupes —me dio un beso de despedida—, nos vemos esta noche. Paso por ti a las ocho.

Asentí y salí del coche.

Entré a la casa y agradecí que Day-day estuviese en sus 48 horas libres. Porque quería hablar y pasar, aunque fuese unas pocas horas, a solas con ella.

Teníamos casi cinco años viviendo juntas. Nunca tuvimos una discusión a parte de ella reclamándome mi relación de conformismo con Arthur, que dejara la estupidez y buscara a Evan o yo regañándola por las relaciones de mierda en las que se metía. Las típicas discusiones de amigas que las hubiésemos tenido viviendo juntas o separadas.

Mi amiga preparó un par de mojitos y nos sentamos en la pequeña terraza trasera de la casa. El día estaba nublado, como siempre, pero se sentía una brisa cálida que hacía agradable la estancia en la terraza.

—¿Vas a alquilar mi habitación? —Le dije bromeando mientras me tomaba un sorbo del mojito que parecía que lo había hecho para emborracharnos en dos tragos.

—¡Por supuesto que no! Esa habitación es tuya para cuando regreses o es que te piensas quedar en Dublín a vivir.

—Honestamente no sé que será de mi vida después que termine el máster, si no lo sabía antes, ahora que reapareció Evan en mi vida, terminó de trastocarme todo.

—Eli. No lo pierdas otra vez. Después que terminaste con él no fuiste la misma, perdiste parte de tu brillo como si se lo hubieses dejado a él. Además, que hiciste las peores elecciones sentimentales de tu vida.

—¿Otra vez vez me vas a sacar a Arthur? ¿No te cansas de detestarlo? —Pregunté divertida.

—Todavía me quita el sueño pensar qué demonios le viste tú a ese desabrido que se creía que sabía más que todo el mundo. Y mucho más que estuvieras casi un año con él. Y pensar que en algún momento me agradó.

Solté una carcajada.

—Que exagerada eres Day-day. Arthur era interesante y muy culto.

—Era un cretino que te alejó de nosotros.

—Me alejé yo sola porque fui una idiota. Jamás debí dejar que otra persona influyera así en mí y mucho menos elegirla antes que a ustedes, pero en mi defensa debo decir que ustedes eran insoportables con él.

—Porque era un cretino.

Otra carcajada.

Ver la cara de indignación de mi amiga con solo nombrar a Arthur me partía de la risa.

—No me has dicho si tienes, aunque sea una idea de regresar o quedarte en Dublín.

—Es que no tengo idea Day-day —suspiré—, quiero trabajar para un museo grande, ahí están las obras de arte importantes y los mejores expertos, pero tampoco quiero perderme en una gran ciudad. Estoy acostumbrada a la tranquilidad de aquí. A la vida sencilla. A ir y venir caminando al trabajo o saludar a todos en mi camino. Poder ir a visitar a mamá o al a tía Sage cualquier día o tarde que desee.

—Creo que tendrás que tomar grandes decisiones porque dudo que tengas todo lo que quieres en un solo lugar y si a eso le sumas a Evan en la ecuación, estás en aprietos.

—No voy a decidir mi futuro por Evan —tomé otro sorbo—. Aunque estoy derretida por él, estamos en proceso de conocernos. Al final lo nuestro fue un romance de veranos de una semana. No lo conozco ni él a mí.

Mi amiga torció los ojos —Ahí salió la Elina pragmática. Si no supiera que estas locamente enamorada de Evan, diría que no tiene sentimientos.

Ahora fue mi amiga la que soltó la carcajada al ver mi cara de estupefacción.

—Sí Eli, la única que cree que no está enamorada eres tú. La tía Sage, tu mamá y yo estuvimos hablando y llegamos a la conclusión que estás loca perdida por ese hombre.

—Puedo estar “loca perdida” pero no estoy enamorada de él.

—Ay Eli, “loca perdida” es un eufemismo para enamorada. Tú mamá ya empezó a comprar la ropita de bebé para sus nietos pelirrojos.

—¡¡¡¿¿¿Quéééééé???!!!—el trago de mojito que estaba tomando me salió por la nariz.

Daisy soltó una carcajada que casi también muere ahogada.

Nos iba a encontrar a las dos muertas como unas estúpidas atragantadas con mojitos. Una del susto y otra de la risa.

—Déjate de tonterías Day-day, no juegues con eso que me da pánico.

—¿Qué te da pánico? ¿Enamorarte? ¿Hacer una familia?

—No, me da pánico tomar la decisión equivocada y perder todo lo que he luchado en conseguir, por casarme y tener familia.

—¿Tú sabes que hay millones de mujeres en el mundo que hacen lo que les gusta hacer y también tienen familia, no?

—No es eso. Es que no quiero pensar en un futuro con un hombre que estoy conociendo ¿Enamorada? No sé si lo estoy...

—Sí lo estás.

Miré de reojo a mi amiga —No sé si lo estoy —repetí—, sin embargo, siento algo en el pecho que me dice que sí, que es Evan. Pero yo no me guío por “corazonadas”, me guío por hechos y el hecho es que Evan y yo nos estamos conociendo y no quiero ilusionarme.

—Más de lo que ya estás.

—Cállate.

Mi amiga soltó otra carcajada y ahí me di cuenta que la iba a extrañar, la iba a extrañar más que a ninguna otra persona en North Berwick a parte de mi mamá. Daisy era más que mi hermana y era la única persona que me hacía reír a pesar de tener la latente preocupación que algo sucedía con Evan.

Iba a extrañar sus bromas, sus locuras, aunque estaba bastante estable con el doctor, con mi amiga Day-day nada era estable. Ella era como un compuesto químico siempre a punto de estallar, manteniendo a los científicos a su alrededor en vilo, la diferencia entre Daisy y el compuesto inestable, es que ella disfrutaba mantener a la gente en vilo.

Por eso yo estaba convencida que su único gran amor era la enfermería. Mientras no movía un dedo por llamar al chico que le gustaba, podía dar la vida por un desconocido cuya salud peligrara.

Ella estaba un poco loca, sin embargo tenía el corazón más grande del mundo.

Sí. La iba a extrañar.

Evan pasó por mí a tiempo para ir a la barbacoa. Daisy dijo que iría más tarde, quería dormir un poco más.

Vi que tenía su ventanilla abajo y quise sorprenderlo, hablaba por el móvil y ni siquiera sintió mi presencia.

—...No tengo nada más que decirte... no hay vuelta atrás... siempre lo supiste, siempre. No te escondí nada... Lo lamento, de verdad lo lamento.

No sabía con quien hablaba pero sentí un pinchazo en el pecho que volví a ignorar, como antes.

Di la vuelta al coche y abrí la puerta.

Al sentir mi presencia. Terminó la comunicación con un “lo siento”.

Quise preguntarle si todo estaba bien pero apenas abrí la puerta del coche, vi su hermoso rostro y se me olvidó todo del impacto.

—¡Oh por Dios, Evan! ¿Qué te ha sucedido? —mis dedos de inmediato intentaron tocar el hematoma.

Su pómulo estaba tan hinchado que estaba a punto de rasgarse y por supuesto su ojo le cedía espacio a la hinchazón.

Era obvio que era la marca de una pelea, pero para cerciorarme miré sus nudillos. Quizá alguien le había pegado. Si sus nudillos tenían marcas, como efectivamente las tenía, era algo más.

—No es nada —reaccionó con dolor cuando mis dedos apenas lo rozaron—, me tropecé.

—¿Con tus nudillos? Porque los tienes igual de heridos —silencio—, si no me dices de inmediato lo que sucede Evan, vamos a tener un gran problema la noche antes de mi partida.

—Ya te enterarás, mi Eli, a su tiempo te enterarás —tomó mi mano y la apretó tan fuerte que pensé que iba a fracturar mis dedos. Pero ya sabía que esa era la señal para expresarme cosas que no podía decir en voz alta, el problema era que yo todavía no había encontrado el diccionario apretón-de-mano/español y no saber qué demonios me quería decir, me volvía loca.

El corto trayecto se hizo eterno por el silencio de Evan.

Quería gritarle que me hablara, pero para ser honesta, me daba miedo. Era mi última noche con él y quería que fuera perfecta o al menos en paz. Solo permití que el silencio nos arrojara y me concreté en sentir toda su pasión en ese apretón de mano que no aflojaba.

Llegamos al restaurante y ya Evan nos esperaba.

El restaurante había sido el restaurante italiano del pueblo de toda la vida, pocos años habían llegado franquicias, pero el señor Angelo se mantenía firme, abría todos los días del año y ahora que estaba un poco mayor y había enviudado pocos años atrás, sus hijos Angelo y Nina, que eran par de años mayores que yo, lo ayudaban.

Sus paredes blancas con litografías de sitios icónicos de Italia, sus sillas de madera y sus manteles blanco y rojos eran familiares para mí, de pequeña mamá siempre encontraba una razón para venir el fin de semana a comer pizza a D’Angelo.

Evan me saludó con un cálido beso en la comisura de mis labios que no duró mucho porque Day-day se le abalanzó para abrazarlo.

Él más que educado saludó a mi mamá y a la tía Sage.

Ordenamos nuestra comida y cuando ya llevábamos la segunda botella de vino mi mamá miró a Evan, luego a mí y sonrió.

—Sage ¿Sabes con qué nombre conozco yo a Evan? “El papá de mis nietos”.

Me llevé las manos a la cara.

Me iba a dejar en vergüenza frente a todos, porque una cosa era que lo hubiese dicho frente a Evan para salir del paso y otra muy diferente era que mi mamá lo ventilara a todos, pero ella era feliz haciéndolo ¿Y cómo no lo iba a estar? Si nombré a Evan en la misma oración que la palabra “nietos”.

Daisy casi escupe el vino que tomaba y la tía Sage soltó una carcajada.

—¿No sabes lo que significan esas palabras verdad?

Evan me miró entre divertido y confundido.

—No tía Sage definitivamente no tiene la menor idea —dijo Daisy todavía riéndose.

—Mi mamá se toma todo literal, le dije eso para que no se molestara porque iba a cancelar nuestros planes.

—Dos veces, con cuatro años de diferencia —me respondió mi mamá.

—¿Dos veces?

—Ok, esto es un chiste interno. No entiendo nada —Evan dijo riendo contagiado de la risa de Day-day.

—Te voy a explicar muchacho —la tía Sage le dio un apretón cariñoso en la muñeca a Evan—, no hay ilusión que supere la ilusión de mi querida amiga Rose de que Eli tenga mil hijos como una especie de conejo fértil. No tiene que estar casada ni siquiera, lo que Rose quiere son nietos, muchos.

—Y mi amiga abrió la caja de Pandora cuando para cancelar la comida con Rose usó de “excusa”, que se iría con el padre de sus nietos... dos veces.

Ahora la carcajada fue de Evan mientras yo me hundía de pena en la silla.

—Me pudo haber dicho que se iba con sus amigos o que había conocido a un chico guapísimo, yo la hubiese entendido porque eres guapísimo, —mamá miró a Evan y sonrió—, pero usó esas palabras textuales, y cito “Cancelado el plan, acabó de conocer al amor de mi vida. No

preguntas.” Cuando se dio cuenta que no entendía nada, acotó, vuelvo a citar: “No preguntes, confórmate con saber que tendrás unos nietos pelirrojos hermosos”. Cierro cita.

—¿Qué demonios má? No recuerdas que la semana pasada te dije que tenías que llamar al banco y recuerdas lo que te dije hace cuatro años.

—Textualmente —acotó Day-day.

—Todos siempre supimos que tú mamá sufre de “amnesia selectiva” —dijo tía Sage burlona.

—Yo no tengo ningún problema en darte nietos pelirrojos hermosos Rose —Evan uso el maldito tono *derrite-capas-polares* para dirigirse a mi mamá.

Ella por supuesto, se derritió.

—¿Tú entiendes que eso se lo dije para que no se molestara por cancelarle la cita y tú le sigues la corriente?

—Yo también se lo digo para que no se moleste —Evan se encogió de hombros haciéndose el inocente, pero le guiñó el ojo a mi mamá y ella soltó una risita tonta.

Mi mamá, mi tía y mi amiga soltaron sendas carcajadas.

—Yo solo quiero mis nietos pelirrojos, ustedes arreglan el resto.

—Ok mamá entiende que Evan y yo en días sumados sólo llevando que si ocho días saliendo.

—Pero eso me lo dijiste cuando tenían cero minutos saliendo así que si lo medimos en tiempo Elina-Evan, tienen como ocho años saliendo.

Ya a esas alturas sabía que mi mamá decía todo lo que decía para hacerme avergonzar, la cuestión era que lo estaba logrando.

Evan tomó mi mano.

Lo miré y esta vez me guiñó el ojo a mí.

Él también lo decía por bromear y cómo llevaba la conversación sabía que se había robado el corazón de mi familia, que no era difícil porque Evan con media sonrisa enamoraba hasta a un poste de luz.

La tía Sage se reía a carcajadas de las ocurrencias de Evan. Un Evan que yo también estaba conociendo porque no me faltaba razón cuando decía que no nos conocíamos a pesar de saber mucho de nosotros.

—Una relación a distancia es muy dura —le dijo la tía en un segundo de seriedad.

—Es menos dura si sabes que vas a volver a ver a la persona con quien quieres estar —Evan me miró y me tomó de la mano. Sonrió, pero no feliz—. O al menos saber su número de teléfono.

Otra vez me sentí horrible. Le había hecho pasar momentos terribles a ese maravilloso hombre y lo peor me los hice pasar a mí, lo único que hacía que no me arrepintiera de mi decisión era que él había logrado cumplir su sueño y yo estaba a punto de lograr el mío.

Esta vez fui yo quien apretó su mano.

—No solo tendrás mi número de teléfono, vas a saber donde vivo en Dublín—, dije en broma para alegrar el ambiente.

—Sin duda, es mil veces mejor —devolvió mi apretón, sus ojos seguían apagados.

Continuamos charlando hasta que terminamos la botella.

Evan miró su reloj.

—Nos tenemos que ir, quedamos con la familia de Evan reunirnos después de la cena —pedí la cuenta.

Mi mamá y la tía Sage se negaron a que pagáramos la cuenta, después de 20 minutos

discutiendo sobre el pago, Evan les hizo prometer que la próxima cena fuera cuando fuera, la pagaba él. Mamá y tía aceptaron encantadas.

—Dile a Mary que nos vemos en su fiesta el sábado —me gritó mi mamá mientras nos montábamos en el auto.

Pasamos por casa, empaqué una mochila y nos fuimos a la posada.

¿Estás bien? —le pregunté a Evan cuando caminábamos hacia las cabañas.

A lo lejos se escuchaba música y risas, su familia celebraba en grande el preaniversario de los señores Kerr.

Evan tenía las manos en los bolsillos de su vaquero y la mandíbula apretada.

—No, no estoy bien Eli, esta es tu penúltima noche aquí, conmigo y tengo ese maldito presentimiento que voy a tener que esperar cuatro años mas para volverte a tocar.

Me detuve frente a él. Acaricié su hermoso rostro.

Sus ojos no brillaban, estaban ensombrecidos de una mezcla de tristeza y frustración.

Quizá no conocía a Evan, pero podía adivinar cada una de sus expresiones.

—¿Por qué dices eso Evan? Si todo lo que hemos acordado gira en torno a vernos, a siempre vernos.

Tomó mi rostro entre sus manos.

—Tenemos tanto de qué hablar Eli, tengo que explicarte tantas cosas... quiero que mi familia conozca lo maravillosa que eres y a la vez no quiero compartirte con nadie —dijo un paso hacia atrás. Se pasó una mano por su cabello, lleno de frustración—. Estoy hablando como un loco, al final, nada de lo que he hecho desde que te conocí es de una persona cuerda.

—Evan, vamos a tener tiempo para todo, te lo prometo. Vamos a estar solos, vamos a estar encerrados por días solo teniendo sexo y comiendo porque no te voy a dejar dormir —Evan estiró sus labios. Al menos logré que sonriera—, vamos a poder estar con tu familia y vamos a poder compartir con la mía hasta a que mi mamá te vuelva loco preguntándote por sus nietos.

Esta vez si logré que sonriera.

—Qué más no quisiera yo mi hermosa Eli que darle esos nietos pelirrojos a tu mamá —me tomó por la cintura con una mano y acarició mi cabello con la otra—, pero antes hay mucho por hacer. Tienes que terminar tu máster, tienes que decidir qué quieres hacer, yo te voy a seguir donde quieras mi Eli, solo necesito mi ordenador y conexión a internet y si te quieres ir a vivir a una cueva, ni eso necesito.

¿Estaba enamorada de Evan Scott? Estaba enamorada de Evan Scott ¿Y como no iba a estarlo?

Por supuesto mi lado lógico se preguntaba cómo podía estar enamorada de un hombre que había visto menos de dos semanas y que de la primera a la segunda pasaron cuatro años.

Y mi parte lógica tenía razón, pero había cosas que no tenían explicación y para ser honesta, yo no quería encontrársela.

—Me da miedo que pienses así Evan, se supone que tú eres el adulto seguro y confiable de los dos.

—De eso no tengas la menor duda Eli, estoy seguro de los dos desde el primer minuto que te vi.

—Entonces, déjate de tonterías y vamos a compartir un rato con tu familia y después me tienes toda para ti —él sonrió a tiempo que le di un beso rápido y lo jalé para acercarnos donde estaba reunida su familia.

Por alguna razón él estaba apagado, no era el Evan del día anterior y mucho menos el de

cuatro años atrás. Cada vez me convencía más que no nos conocíamos, que habíamos cambiado. No éramos los mismos de cuatro años atrás. Teníamos más experiencias, más responsabilidades, éramos más complicados. Y a decir verdad a pesar de que hablamos de nosotros largo tiempo, yo no conocía la vida de Evan, su rutina, sus gustos, si era alérgico a algo o si le gustaban los animales.

Quizá al él ser quien iba a North Berwick conocía más mi entorno, mis amigos, ya conocía mi familia y mi casa. Sabía de mí por Tim y hasta supo de mi relación con Arthur, en cambio yo de él no sabía mucho más de lo que me había contado.

De alguna manera Evan me había contagiado su humor, con la diferencia que yo lo multiplicaba por diez y de inmediato lo primero que saltaba a mi cabeza era la duda de saber si lo que estaba haciendo al involucrarme con él, era lo adecuado.

De inmediato Ivy me exprimió la duda con un abrazo.

—Pensé que ya no venían —me tomó de la mano y me llevó al grupo de los primos.

Me tropecé con los papás de Tim y los saludé. Les dejé el mensaje de mi mamá y la mamá de Tim sonrió encantada de poder verlos a todo en su fiesta de aniversario oficial.

Llegamos donde estaban los “jóvenes” le di un abrazo a Tim, también estaban Bob y Dylane. Saludé a Iris que me dio un tierno abrazo nada igual al de Ivy y terminé de saludar al resto de la tropa de primos.

Miré hacia atrás porque no sabía en qué punto había dejado a Evan.

Su mamá y su papá hablaban con él, pero su lenguaje corporal no era amigable, el de ninguno de los tres.

Su papá le hablaba serio y su mamá estaba cruzada de brazos. Evan negaba con la cabeza y en algún momento interrumpió a su papá.

Deseé saber leer los labios porque lo que conversaban no era agradable y tuve la extraña sensación de que yo estaba involucrada.

Pero no podía estar segura, tenía esa vocecita paranoica en lo profundo de mi cabeza que inventaba miedos. Decidí no prestarle atención, estaba nerviosa por mi reencuentro con Evan, mi viaje, conocer nuestras familias, estaba desbordada de emociones y eso afectaba mi cabeza.

—Te falta solo una noche aquí Eli, me hubiese encantado compartir más contigo —Ivy me sacó de mis pensamientos y se lo agradecí ella miró a donde miraba—. No te asustes, mis papás son algo controladores y Evan nunca se ha dejado dominar. Esa escena que ves ahí ocurre por lo menos 4 veces por semana. Vas a ver que ahora mi hermano va a sacudir su mano y les va a dar la espalda, en realidad no discuten es solo que quieren que Evan haga lo que ellos creen que es correcto, desde comer hasta irse de fiesta.

Evan hizo tal cual Ivy había dicho pero su mamá dijo algo y él se devolvió y le clavó una mirada que hasta a mí me dio miedo.

Le respondió algo que dejó a Jazmine muda, se dio media vuelta y se dirigió donde estábamos. Tenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Estaba visiblemente molesto. Molesto no, furioso.

Ivy lo abrazó y logró que se relajara un poco pero su expresión era inquietante.

—Voy a buscar unas cervezas, sé que las necesitas.

Se sentó a mi lado.

—¿Estás bien? —lo tomé de la mano, se sentó a mi lado y entrelazó sus dedos con los míos—, ¿Hay algún problema Evan? Tu cara da miedo.

Me miró y estiró sus labios en un intento de sonrisa que falló porque sus ojos estaban opacos.

Negó con la cabeza.

—Sabes que siempre digo que no nos conocemos. Suena loco y es bastante impertinente de mi parte, pero me gusta conocer esta faceta tuya también, aunque me da un poco de miedo. Al menos ya sé que cuando estás más allá de lo cabreado, no hablas.

Esta vez estiró los labios y sus ojos brillaron.

—No sé de donde saliste Eli, pero repetiría cada segundo contigo, de lo único que me arrepiento en todo este tiempo es de haber respetado tu decisión y no haber venido a buscarte y convencerte a punta de besos que yo era la mejor opción.

Cubrí su mano con la mía.

—Tú siempre vas a ser mi mejor, mi única opción.

—Estoy loco por ti —acarició mi cabello—no me arrepiento de nada.

No quise pensar de qué se arrepentiría si pudiese, solo pensé que se refería a todas las decisiones de vida, en eso, yo estaba igual. No me arrepentía de nada, solo de haberlo dejado ir.

Miré otra vez a donde estaban los papás de Evan y esta vez era Ivy la que discutía con ellos. Al parecer el temperamento venía de familia.

—Quería saludar a tus padres, pero creo que no es buen momento.

Evan sacudió la cabeza.

Silencio.

Por suerte Dylane se acercó a nosotros para decirme que había quedado con los muchachos que como al otro día sería mi última noche en el pueblo se les había ocurrido hacer una fogata en la playa, como en los viejos tiempos.

Acepté sin dudar.

Quizá me iba solo por un año, pero después de ese tiempo no sabría que sería de mi vida.

—Perfecto, mañana compramos lo necesario y nos vemos a las ocho ¿te parece?

—Me parece perfecto. Yo le digo a Day-day y a Meghan.

No sabía si mis amigas irían, Day-day porque no sabía si tenía guardia y Meghan porque tenía una relación amor odio con Luca, que estaba segura de que iría. No podía ni verlo, pero cuando lo veía se desaparecía con él. Después que terminaron tres años atrás, su relación se había convertido en la relación más loca de North Berwick.

Dylane se fue a sentar con Bob y dos primas de Tim de Glasgow que quien sabe qué cuentos se estarían comiendo los pobres.

—Mañana es tu último día aquí —me dijo Evan en un susurro.

Su humor había cambiado, seguía apagado.

—Sí. Pasado mañana ya empiezo una nueva etapa en Dublín.

Mi corazón se aceleraba del solo hecho de pensar que en pocos días empezaría a estudiar lo que siempre había querido.

—En este par de días que he estado contigo se me han ocurrido mil y una forma de quedarme contigo, pero ninguna implica detenerte —esta vez fue él que cubrió mis manos con las de él—. Tus ojos se iluminan cuando piensas en tu máster en Dublín y primero me desaparezo antes de quitarte ese brillo de felicidad en tus ojos.

—Me hace feliz porque será diferente, casi perfecto. Estaré aprendiendo lo que me encanta, llegaré en la noche y te escribiré o te hablaré por video llamadas para contarte mis días, otros días te lo diré en persona y dormiré a tu lado. Será diferente y perfecto.

Él besó mi mano —Será diferente y perfecto.

Ivy nos dio las cervezas despotricando contra sus padres.

Evan le dio la razón y ahí comenzó un intercambio de opiniones de quien estaba más harto

de sus padres. Los miré y sonreí, yo nunca había tenido la experiencia de pelearme o aliarme con un hermano y pocos a mi alrededor tenían una familia numerosa así que ver a Ivy y a Evan indignados me pareció hilarante, lo que de inmediato me hizo pensar que Iris era la especie de “oveja negra” de la familia.

Miré al grupo de jóvenes y estaba hablando con el chico que jugaba fútbol en la playa, al parecer era un amigo de Harry.

Iris sonreía con su hermosa cara sonrojada. El chico le hablaba y sus manos remarcaban la intensidad con que lo decía, ella lo miraba a los ojos y él sonreía. Ella cada 30 segundos ponía un mechón de cabello detrás de su oreja. ¡Peligro! Señal universal que te gusta un chico. Quise bromear con Evan y Ivy pero estaban tan metidos en sus descargas que eran capaces de arruinar el bello momento que estaba teniendo su hermana.

En ese momento me recliné en mi silla a observar a todos a mi alrededor mientras tomaba mi cerveza. De vez en cuando veía a Tim que me hacía caras y yo le sacaba la lengua.

Iba a extrañar mi pueblo, así como me acostumbré a Edimburgo y su dinámica, fue aún más fácil acostumbrarme de vuelta a mi pueblo en estos cuatro años. Su tranquilidad, ver a las mismas personas de con las que me crié, encontrarme a mis amigos de toda la vida, North Berwick era mi familia.

Había ido par de veces a Dublín, y me encantaba y más todavía cuando supe que ahí podía hacer mi especialización.

Su gente era amigable como la mía, sin embargo el ritmo de vida era diez veces más agitado, estaba segura que me adaptaría también pero sin duda extrañaría mi pueblo.

—¿Cuándo nos vas a visitar a Edimburgo Eli? —Ivy me sacó de mis pensamientos.

Su sonrisa amplia y sincera justo cómo la de su hermano iluminaba su entorno.

—No lo sé, ahora estaré un poco ocupada pero estoy segura que en cualquier momento podré ir a darles una sorpresa.

—Me encantaría que nos dieras esa sorpresa.

—Cuando dice “darles” se refiere a mí, solo usó el plural para ser educada Iv—Evan bromeó.

—Estás loco —lo miró—, ve a buscar unas cervezas, que tengo que hablar algo con mi amiga Eli.

Evan abrió la boca asombrando. Sus cejas llegaban hasta el cielo, era obvio que iba a decir algo pero Ivy lo empujó y no tuvo otra opción que ir por las cervezas.

Ivy esperó que se hubiese alejado, se acercó a mí como si me fuese a decir el secreto más importante del mundo.

—Escucha. En tres meses cumpleaños Evan y queremos hacerle una fiesta de cumpleaños. Queremos que vayas de sorpresa —dío unas palmaditas de emoción—, Ev se va a morir.

¿Tres meses? Cumplía los mismos días que yo. Eso lo tenía que averiguar y lo averiguaría esa misma noche.

Solté una carcajada. Las cosas que tenía en común con Evan eran demasiadas como para que lo nuestro fuera casualidad.

—¿Estás segura que le gustará que me aparezca ahí sin invitación?

—¿Estás loca! Se hará pipí en los pantalones, además, yo te estoy invitando.

La sola idea de llegar a Edimburgo al cumpleaños de Evan para sorprenderlo me llenaba de ilusión. De inmediato mi cabeza empezó a maquinarse sobre su vida, su casa, su ambiente. Quería verlo ahí de inmediato.

Evan llegó con tres cervezas y en cuanto Ivy la tuvo en su mano, se levantó.

—Permiso, voy a ver qué jueguito es el que tiene mi hermana con ese tonto.

—Ya vas de bravucona a espantarle los chicos a Iris.

—¿Si yo no la cuido, quién? —tomó un largo trago y se fue en dirección de su pobre gemela que ignoraba el huracán que se le acercaba.

—Apenas nos terminemos esta cerveza nos vamos —Evan me habló al oído y todos los vellos de mi cuerpo se pusieron en estado de alerta—, ya es bastante lo que te he compartido hoy.

¿Sonaba como un troglodita? Sí. ¿Si hubiese sido otro hombre que me dice eso me le hubiese reído en la cara? También.

Pero era mi Evan. Y yo estaba tan ansiosa por estar a solas con él que entendía y compartía cada una de sus palabras.

Asentí y me tomé lo más rápido que pude la cerveza en mi mano.

El “a su tiempo llegó”. Y llegó como un tornado devastador llevándose todo.

Apenas puse un pie en la calzada del paseo de la playa donde era la fogata, estalló todo.

Tim y Bob estaban en el pequeño muro que separa la arena de la caminería, como esperando que Evan aparcará el coche.

Mi teléfono sonó. Y mientras lo buscaba en mi bolso por instinto miré a Evan y vi en sus ojos miedo no, pánico. No entendí lo que sucedía y busqué la mirada de Tim pero Bob apareció primero. Su rostro estaba desfigurado de lo hinchado pero una sonrisa de medio lado salía de sus labios rotos.

No tenía que ser física teórica para deducir que esos golpes se lo había dado Evan.

¿Pero por qué?

Pues me enteraría en segundos.

Miré la pantalla de mi móvil. Número desconocido, se leía “Edimburgo”.

—¿Sí?

—¿Elina? —la voz de una mujer pronunció mi nombre y yo sentí que mis rodillas fallaron. Algo en lo profundo de mi cabeza sabía que no era bueno. Ahí entendí cuando leí que la amígdala cerebral es el órgano que almacena la reacción al miedo y hay casos en la que el ser humano sabe cuando hay una situación de peligro antes de que llegue gracias a ese órgano. Como un sentido arácnido. Pues, mi sentido arácnido se activó y enviaba señales a mi corazón porque sentía que se me iba a salir.

—Si soy yo —respondí en un susurro.

Miré a Evan por segunda vez. Movía su cabeza de un lado a otro y pude leer sus labios que decían “no, no”. Pero no me miraba a mí. Miraba a Bob.

Había fuego en su mirada. Su expresión era tan fiera que creí que lo quería matar.

—Mi nombre es Mailen, soy la novia de Evan, bueno desde hace tres días, la ex.

Si hubiese estado en una película, la escena hubiese enfocado a Evan mirándome con ojos de pánico, y yo soltando el teléfono en cámara lenta mientras caía al suelo en shock.

Pero eso hubiese sido demasiado dramático y el drama no era muy lo mío.

Tomé el aire que no existía porque mi respiración se había paralizado mientras mi corazón bombeaba sangre como para hacer explotar mi cuerpo y mis manos temblaban como una hoja.

—Hola Mailen —fue lo único que pude decir. Mi voz flaqueó pero no me importaba ¿Cómo iba a tener la voz después de la bomba nuclear que se había estrellado en mi oído?

Mi cerebro me decía que iba a llorar. Que me preparara porque estaba a punto de soltar lágrimas que no se detendrían en dos días por lo menos.

Entendí por qué mi corazón bombeaba tan fuerte, porque estaba empezando a romperse. Podía sentir literalmente el dolor.

Mis ojos estaban en Evan, pero ya no lo veían porque estaban inundados de lágrimas que en pocos segundos no dejarían de salir.

—No me conoces. Pero yo sí sé de ti. Y te llamo porque quiero preguntarte qué se siente romperle el corazón a alguien que ni siquiera conoces. Quisiera saber si pensaste, aunque sea por

cinco segundos el daño que me hacías.

—No... no sé de qué me estás hablando.

—Pues ahora lo vas a saber. Evan y yo teníamos un año de novios, se había mudado conmigo dos semanas atrás y hasta habíamos hablado de casarnos en un futuro. Sabía de ti. Él te mencionaba, eras como una especie de unicornio en su fantasía y siempre pensé que te quedarías ahí, de hecho, mas que un unicornio, un fantasma.

Con cada palabra de Mailen mi corazón se rompía más y mis rodillas flaqueaban. Tuve que apoyarme del coche porque pensé que me caería. Y no era drama. Literalmente mis piernas no me sostenían.

—Yo... yo...

¿Qué demonios iba a decir, si todavía mi cerebro no procesaba lo que estaba sucediendo? Era como si cada parte de mí reaccionaba de manera independiente mi pecho, mis rodillas, mis manos, mi piel, yo todavía seguía sin entender nada.

—Hace tres días Evan me llamó para terminar conmigo porque se había encontrado contigo. Imagínate terminar una relación por teléfono, con tu novia con la que convives porque te encontraste a una aventura de verano de cuatro años atrás. Así terminó nuestra relación Elina, por teléfono, porque al parecer no soy más que eso y tú eres tan importante que siquiera pudo regresar a Edimburgo para decírmelo en la cara. Al parecer estaba muy apurado en revolcarse contigo.

La entendía ¿Cómo no la iba a entender? Entendía su reacción, su rabia, su frustración. Pero yo no tenía nada que ver, o al menos no tenía idea de lo que sucedía.

Me sentía tan engañada y traicionada como ella, pero ella no lo iba a entender.

Evan le había dicho la verdad a ella de una manera muy cruel y a mí me había mentido y mi corazón no pudo más.

Arranqué a llorar.

—Tus lágrimas poco me ayudan. ¿Sabes qué me ayudaría? Que te desaparecieras y tú y tu fantasma nos dejaran en paz. No eres tan inocente como crees que eres Elina.

Con esas crudas palabras Mailen terminó la llamada dejándome en el más profundo de los pozos. Sola, en la oscuridad.

Levanté mi mirada y vi a Evan. La expresión de terror ahora se mezclaba con una de profunda tristeza, pero en un segundo se recompuso y volvió a mirar a Bob con odio.

Antes de que pudiera reaccionar Evan se le abalanzó a Bob pero Tim lo detuvo.

—¡Esta me la vas a pagar Bob! —decía entre manotazos a su primo para que lo soltara—, ¡Te juro que me la vas a pagar!

Estaba en shock. Mis lágrimas no paraban de salir, nublaban mi vista y al parecer, mis pensamientos.

—¿Bob? — ¿Qué demonios pasa aquí? —¿Qué tenía que ver Bob en todo esto? —traté de hablar con seguridad. Entre mis lágrimas y las barbaridades que le salían a Evan por la boca.

Al parecer hizo efecto porque los tres cerraron la boca y voltearon a verme.

Lo que fue peor porque el silencio sepulcral solo roto por el sonido de las olas del mar me hizo caer en más realidades aún.

Me iba a Dublín en pocas horas. Mis amigos estaban a lo lejos celebrando que me iría a cumplir finalmente mi sueño. Esta sería una noche inolvidable. Con mis amigos, con Evan.

Y en cambio, ahí estaba. Con el corazón roto, llorando sin poder detenerme. Sin entender nada de lo que sucedía y sabiendo que las explicaciones iban a doler más, pero tenía que saber.

Los miré a los tres.

Me recompuse, enjuagué mis lágrimas y aproveché ese silencio asesino para tomar fuerzas

para hablar.

—¿Qué demonios pasa aquí? —dije más segura, aunque las lágrimas no paraban y sabía que no pararían en largo rato, así que me tenía que acostumbrar.

—¿Quieres saber qué pasa aquí Eli? —Bob dio un paso adelante—, que este maldito te engañó. Que tenía una novia en Edimburgo y estaba aquí contigo como si no pasara nada. Quién sabe si después volvería a Edimburgo y estaría con las dos sin que pasara nada. Engañándote.

Me iba a dar un infarto. Sí. Moriría ahí como una estúpida, sin poder ir a Dublín ni hacer mi postgrado. Sabía que moriría porque un dolor en el pecho de esa magnitud no podía ser otra cosa que un infarto.

—Eres un maldito —Evan se le volvió a abalanzar. Tim lo detuvo— ¿Quién demonios te crees que eres para hacer esto?

Miré a Evan y parecía un tigre lleno de ira. Sus rasgos casi habían cambiado de la rabia.

—¿Cómo sabes tú todo esto? ¿Cómo conoces a su novia?

—¡No es mi novia! —Evan redirigió la ira hacia mí—. Mailen, ya no es mi novia.

—Yo la contacté. Yo la llamé. Fui yo Eli. Escuché a Tim hablando con esta basura sobre la tal Mailen, en defensa de Tim debo decir que le decía que te hablara de ella antes de que te fueras, pero como yo sabía que él estaba muy cómodo en su posición, la busqué por las redes sociales, contacté con ella y le di tu teléfono. Sabía que si yo te lo decía no me ibas a creer, porque este maldito parece que te lavara el cerebro cuando estás con él. Era la única forma de que terminaras con él, sabiendo quien realmente es Evan Scott.

—¿Por qué Bob? ¿Por qué hiciste todo esto?

—¿No te das cuenta Eli? Porque estoy enamorado de ti. Porque siempre lo estuve. Porque te conozco desde la primaria y no recuerdo algún momento en el que no sintiera esto por ti. Yo siempre estuve ahí, pero tú nunca me veías. Me hice el mejor amigo de Tim porque al parecer él era el único chico que notabas que existía y si quizá estaba siempre a su lado, me verías a mí también.

¿Qué. Demonios. Estaba. Pasando? Mi vida había pasado de una novela romántica a una película de terror.

¿Qué diablos ocurría?

En mi cabeza pasaron diapositivas de todos los momentos en los que Bob estaba ahí, y era verdad. Siempre lo estuvo. Pero era mi amigo, quizá no como Tim que era como mi hermano, aunque nos hubiésemos distanciado, pero como a Tim, yo nunca hubiese visto a Bob como algo más que eso.

—Tú... tú eres... eras mi amigo... —no podía hablar. No podía ni formar un pensamiento coherente después de la bomba que Bob me lanzaba y al parecer se la lanzaba a todos porque Tim estaba boquiabierto, pero Evan no. Su rostro era todavía de asesino y no le extrañaba nada de lo que decía Bob.

Ahí entendí de dónde venían los golpes y porqué.

—Nunca me dijiste nada. Bob, yo no sabía nada. ¿Todos estos años me usaste solo para estar cerca de Eli? —Tim dijo en un susurro. Estaba tan anonadado y confundido como yo.

—¿Y qué ibas a hacer si te decía Tim? ¿Servir de celestino como lo haces con tu primo?

—Yo no soy un objeto para que negocien conmigo Bob, Tim no tuvo que “servir de celestino” de nadie.

—¿Por qué hiciste todo esto Bob? —volvió a preguntar mi amigo —¿Crees que Eli mágicamente se enamorará de ti por haberle dicho sobre Mailen?

—¿Por qué tú no me dijiste nada? Tú eres como mi hermano Tim —le reclamé.

—Porque no tenía que salir de mi parte Eli. Yo hablé con Evan, él tiene mucho que explicarte y lo tienes que escuchar porque no es como lo pinta Bob y mucho menos Mailen.

—¿Ves? Por eso no te dije nunca nada, porque ahí estás intercediendo por el imbécil de Scott otra vez.

—Al menos Evan es mi primo de verdad y no un falso amigo. Eres patético Robert.

Tim por primera vez en toda la vida que llevaba conociéndolo llamó a Bob por su nombre. Y el tono en que lo dijo me congeló la sangre.

—Yo no sé a qué juegan ustedes. Como si yo fuese un trofeo para poner en una repisa, todo esto me da náuseas. No tienen idea de lo que han hecho, y de cómo me han partido el corazón. Tú Bob, autoproclamándote un vengador, destruiste todo. Me destruiste a mí y tu amistad con Tim — miré a Tim—, Tú con tu silencio me heriste profundamente, y tú —cuando miré a Evan pude sentir mi corazón romperse. El dolor era tan intenso que solo podía demostrarlo con lágrima como una válvula de escape—, tú me rompiste el corazón.

—Eli. Tenemos que hablar. Te tengo que explicar todo. Por favor no le creas al miserable de Bob. Por favor —su rostro pasó de la más intensa furia al más profundo dolor al verme.

—Eli déjame decirte toda la verdad de este estafador —Bob dio dos pasos más hacia mí y yo retrocedí pegando la espalda del coche, pero en un parpadeo Evan estaba sobre él.

—Tú no te le acercas a Eli —lo tomó por el cuello de la camisa —No te atrevas ni siquiera a hablarle— le dijo entre dientes y yo pensé que lo iba a matar.

La escena era tan intensa que me dio miedo lo que Evan podía hacerle a Bob. Su rostro era tan amenazante que Bob ni se defendió. Solo trataba de que Evan lo soltara.

Tim intercedió otra vez. Esta vez trató de negociar.

—Evan suéltalo, no vale la pena. Vamos por favor suéltalo —Evan parecía un pitbull, no soltaba a Bob.

—Suéltalo —dije en un susurro—, déjalo que se vaya. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

Esas fueron las palabras mágicas para Evan soltara a Bob de un empujón.

—Yo no me pienso ir de aquí.

—No hay problema —le respondí—, la playa es bastante grande, la que me voy soy yo y si te atreves a seguirme te lo juro llamo a la policía.

Empecé a alejarme.

—¡Eli! ¿Resulta que soy el que te dice la verdad y desenmascaro a este desgraciado y así me pagas?

Las palabras de Bob me revolviéron la bilis. Porque si había algo que odiaba en la vida eran los pseudo-héroes. De esos que creen que te hacen un favor destruyéndote la vida.

Me devolví como una tromba hasta que quedé a centímetros de su rostro.

—¡No eres ningún héroe, estúpido! ¡No eres ni siquiera un buen amigo! ¡Eres un maldito manipulador! Y si crees que lo que supuestamente sientes por mí te daba derecho a hacer todo esto, pues no, no Bob, no tenías derecho —la rabia otra vez se disolvió en el mar de tristeza que era mi interior al saber que había perdido a dos amigos y al que creía el amor de mi vida en una sola noche— Si tu técnica era que si yo no era feliz contigo, no lo sería con otro, pues te felicito porque funcionó. Esta noche destruiste todo, todo —la última frase me salió en un susurro porque ya no podía hablar. La tristeza era mucha.

Di media vuelta y caminé por algunos minutos sin parar de llorar, la voz de esa mujer retumbaba en mi cabeza. La declaración de Bob. La incertidumbre de no saber hasta donde era verdad lo que me decían. No di más, mis rodillas flaquearon otra vez. Colapsé. Pero no llegué al

suelo. Evan me atajó antes de tocarlo.

Todo ese tiempo había estado detrás de mí y yo no me había dado cuenta.

—No te voy a dejar ir Eli, te lo dije hace unos días y te lo repito. No te voy a volver a dejar.

Sus palabras eran dulces, como la caricia que necesitaba para aliviar mi dolor. Pero eran toallitas de agua caliente porque unas palabras dulces no lo calmarían, lo sabía.

Pero también sabía que teníamos que hablar. Tenía que escuchar su verdad, aunque ya yo había tomado una decisión. Y esa decisión dolía tanto como el momento que estaba viviendo.

Evan me tomó entre sus brazos y me llevó a unas tumbonas dispuestas en la arena. Ya no se veían mis amigos en la fogata. Solo nos iluminaba el reflejo de los postes de luz del paseo marítimo.

Se sentó a mi lado y me envolvió en sus brazos en total silencio, solo con el ruido de las olas acompañándonos, ahí me hundí en su pecho y lloré como nunca lo hice en mi vida.

Evan me apretó contra su pecho como evitando que nos rompiéramos a pedazos.

No sé cuánto tiempo estuve ahí escuchando su corazón acelerando. Su respiración entrecortada y el sonido de las olas, hasta que rompió el silencio.

—Conocí a Mailen hace un poco más de un año.

De inmediato supe el camino que tomarían sus palabras.

Mi espalda se puso tensa y quise llevarme las manos a los oídos y no escuchar nada. De hecho, quise salir corriendo y huir. Al fin y al cabo, era lo que mejor sabía hacer y aunque había tomado mi decisión, decidí escucharlo. Confrontarlo.

—Es irónico —continuó—, la conocí por Eli, mi app. Estaba en una reunión de conocidos en común. Me la presentaron porque tenía la idea para una app y mi amigo me recomendó. Iniciamos la conversación porque ella usó Eli, con su antigua pareja. Y ahí empezamos a hablar. Nos reuníamos para conversar sobre el diseño de su app y ahí empezó todo. Ella siempre supo de ti Eli, desde que me preguntó porqué había elegido ese nombre para mi app. Siempre supo quien eras tú y lo que significabas en mi vida.

Limpié mis lágrimas. Tomé aire, todo el que pudo entrar en mis pulmones y me separé de él para sentarme en la silla de al lado. Necesitaba distancia para organizar mis ideas, para confrontarlo.

—¿Por qué me mentiste? ¿Por qué no me contaste todo cuando hablamos? Yo te dije mi verdad Evan, tú me traicionaste. Estabas conmigo mientras eras novio de esa mujer. Soy la aventura de verano otra vez.

—¡Nunca fuiste una aventura de verano para mí Eli! ¡Nunca! Yo me enamoré de ti desde que te vi esa tarde tumbada en la arena con tus amigas. Desde el segundo que puse los ojos sobre ti supe que tú eras la mujer de mi vida y esta vez no iba a perderte, no otra vez

—¿Pero por qué no me lo dijiste Evan?

—Porque te conozco Eli, te conozco más de lo que piensas y no ibas a querer estar conmigo si te decía la verdad. Te oculté la verdad, pero no te mentí.

—Es lo mismo Evan.

—No lo es, porque el día que te volví a encontrar, cuando me ausenté casi dos horas fue porque fui a llamarla, la llamé para terminar con ella.

—¡Terminaste con ella por teléfono! —me levanté de la silla y mi voz subió varios tonos. Quería gritarle a toda voz.

—Y no me arrepiento. Si quieres que me sienta mal por eso, no lo voy a hacer. Esa noche elegí estar contigo, te elegí a ti y lo más digno que pude hacer con lo que tenía a la mano, fue terminar con ella así. No la iba a engañar, le dije la verdad. Le dije que te había encontrado y no pensaba dejarte ir otra vez.

—Pero me engañaste a mí.

—Y es lo único que lamento mi Eli —también se puso de pie hizo el ademán de tomar mi mano, pero él mismo se detuvo—. No quería hacerte daño, te lo juro que te lo iba a decir. Cuando estuvieras en Dublín ya asentada. Pero no iba a perderte otra vez, no iba a desperdiciar estos días

que me los regaló el destino, y si eso me hace un bastardo egoísta, lo soy.

—¡Terminaste con ella cuando se acababan de mudar juntos!

—¡Y lo volvería a hacer mil veces Elina! ¡Mil veces! —esta vez fue él el que levantó la voz desesperado—. Si tengo que mentirle a quien sea, si tengo que terminar con quien sea y si tengo que abandonar lo que sea por ti, lo hago mil veces sin una pizca de arrepentimiento. Y no vivía con ella, había llevado mis cosas casi un mes antes, pero cuando me enteré de que vendríamos a North Berwick, no me mudé, ni siquiera me quedaba en las noches, sentía algo en mis entrañas. Había algo que me decía que no lo hiciera. Sabía que te iba a volver a encontrar.

—Yo no te conozco Evan. No sé quién eres. No sé lo que eres capaz de hacer.

—No hice nada que un hombre enamorado no haría.

—Un hombre enamorado no miente.

—No es verdad. Una persona enamorada miente por estar con el ser que ama. No cometí ningún crimen. No le arruiné la vida a nadie Eli. Mi relación con Mailen tuvo fecha de vencimiento el día que te encontré. Fue una relación que tuvo que terminar y te repito, no me arrepiento de haberlo hecho por estar contigo porque siempre te voy a elegir a ti.

Esta vez sí se acercó, tomó mi rostro entre sus manos.

Sus ojos azules brillantes buscaban desesperados mi mirada.

Quizá otra mujer hubiese estado orgullosa de que un hombre fuese capaz de todo por ella, peor yo solo podía ver que Evan me había mentido.

Tenía una relación que me ocultó y aunque hubiese terminado con ella antes de estar conmigo, me hirió.

No lo conocía. Quién sabe cuántas cosas más de él ignoraba.

—Necesito irme a casa. Mañana salgo al mediodía y tengo que prepararme.

—Eli —su frente tocó la mía—. Perdóname por haberte herido. Perdóname porque al final de todo esto, estás bañada en lágrimas con el corazón roto y yo no lo puedo evitar y sobre todo perdóname porque terminaría una y otra vez con Mailen o con quien fuera por estar contigo. Es tu dolor el que me mata.

Encontré su mirada. Mi mano fue a su rostro en un acto inconsciente. Lo acaricié.

—¿Cómo me puedes amar así si no hemos estado ni dos semanas juntos en más de cuatro años Evan? ¿Cómo sabes que vale la pena hacer todo esto por mí?

—Porque si hubiese sentido con alguien, la mitad de lo que siento cuando estoy contigo quizá lo hubiese pensado. Porque quiero ser mejor persona con el solo hecho de pensar en ti, así la cague en la realidad —asomó una sonrisa por lo certera de su frase—. Porque con nadie he estado convencido de que estoy haciendo lo correcto. Solo cuando estoy contigo. Tú eres todo lo que está bien en este mundo para mí, Eli. Tú eres suficiente para mí y me sobra felicidad para ofrecer.

—Te voy a perdonar Evan, no hoy, no mañana, pero lo haré. Porque eres tú, pero no me pidas que lo haga hoy. Tengo el corazón roto porque me ocultaste una verdad del tamaño del sol, pero no puedo no perdonarte porque eres tú Evan, mi Evan. Mi amor de verano del que todavía estoy enamorada —tenía una batalla interna porque en realidad sabía que lo perdonaría, estaba herida, me sentía traicionada porque al final de todo, no lo conocía. No sabía cómo era su vida en Edimburgo, no sabía si era un mujeriego o si me decía la verdad esta vez, pero era Evan, quizá lo que me había hecho no se lo hubiese perdonado a otra persona, pero otra persona no era Evan. Mi dulce y amable escultura, de la que me enamoré esa tarde en la playa.

Evan me abrazó tan fuerte que creí que nos fundiríamos en el abrazo.

—Te oculté la verdad Eli, y no me perdonaré por hacerte pasar por esto, tampoco

perdonaré al maldito de Bob por hacernos esto, por esas lágrimas que no dejan de salir de tus ojos. Mis promesas son tan ciertas como el amor que siento por ti, Eli. Solo te puedo jurar que nunca volverá a pasar, que fui un idiota al querer suavizar las cosas como si fueras una niña de cristal y no mi chica fuerte que puede tomarse cinco pintas de cervezas más rápido que cualquier hombre y seguir igual de perfecta.

Debo aceptar que sonreí. Porque en realidad yo sí era esa chica, era esa mujer. Nunca entendía por qué alguien querría “suavizar” una información de la cual dependía el futuro de la relación.

No tenía 12 años.

Y también era cierto que me podía tomar no 5, hasta 8 pintas y la única consecuencia era las ganas de ir al baño cada 5 minutos.

Lo abracé más fuerte.

Porque a pesar de sus hermosas palabras, de saber que todo fue decisión de mierda en un mal momento y de estar segura de que Evan era el amor de mi vida, necesitaba tiempo.

En las últimas horas todo se había convertido en un caos. Tres hombres importantes en mi vida me habían mentido, me habían traicionado, me habían ocultado la verdad y uno hasta me declaró su amor de años. Si eso no era un caos, no sabía que era.

Necesitaba tiempo. Mucho tiempo.

Muy a mi pesar me separé de Evan.

—¿Podrías llevarme a casa? —le pregunté limpiando mi cara lo mejor que pude—, como podrás ver, no estoy de muchos ánimos para una fogata.

Evan suspiró.

—Lo siento tanto Eli.

—Ya no podemos hacer nada —me encogí de hombros.

Evan me tomó de la mano y caminamos hasta el coche.

Aproveché y le envié un texto a Day-day. Necesitaba hablar con alguien, desahogarme.

*No voy a la fogata. Voy a casa.

No pasaron ni treinta segundos cuando mi teléfono vibró.

*¿Qué sucedió? Salí un rato pero ya voy de regreso a casa.

Mi amiga Daisy a veces necesitaba explicaciones para muchas cosas, pero si había algo que no le fallaba era su instinto. Quizá la enfermería se lo había agudizado o simplemente era una buena amiga, la mejor.

El viaje de regreso fue de total silencio, en el exterior porque en mi cabeza el ruido, no paraba. Veía la pelea de Evan y Bob, el rostro de decepción de Tim cuando Bob le dijo que lo había utilizado para estar cerca de mí, el pánico en los ojos de Evan cuando sonó mi teléfono y luego Bob terminando de inyectar el veneno. Yo peleando conmigo misma. Tenía un pandemonio en la cabeza.

Llegamos a casa. Aparcó en el pequeño garaje al lado de la entrada lateral y apagó el coche.

Evan hizo el ademán de salir.

—No —lo detuve en seco—. No te preocupes, no tienes que abrir mi puerta siempre.

—Me gusta hacerlo.

—Hoy no.

—¿No quieres que te acompañe a casa?

Negué con la cabeza. Evitaba mirar sus ojos llenos de ansiedad y hasta miedo.

—Hoy no. Mi cabeza está hecha un desastre y necesito organizarme para mañana. Sabes,

el gran día.

—Un gran día. Estoy muy orgulloso de ti, que vayas directo a cumplir tu sueño y agradecido que la vida me haya dejado reencontrarte antes de irte.

—Fueron los mejores días de mi vida Evan —acaricié su rostro—, justo como los días juntos hace cuatro años.

—Y los que faltan mi Eli.

Asentí aunque no lo miré a los ojos.

Él no lo sabía, pero esta era una despedida. Tenía que alejarme, tenía que asimilar todo lo que había pasado, tenía que sanar mi corazón y perdonarlo de verdad, pero sobre todo, tenía que enfocarme en mí. En mi nueva vida, en mis estudios y en mi futuro.

Me acerqué a él y mis labios se posaron en los suyos. Siempre tan suaves, tan ávidos de los míos.

Como siempre el dulce beso escaló a uno lleno de desesperación. Donde sabíamos en silencio que esa noche nuestra relación había cambiado y nosotros también.

Mi corazón latía como si se hubiese sanado, porque los besos de Evan me sanaban el alma.

Sus manos recorrían mi cuerpo y yo lo atraía más a mí empuñando su camisa. Nuestra respiración acelerada marcaba el ritmo.

No pasaron ni cinco minutos cuando yo estaba a horcajadas sobre él con mis piernas buscando acomodo dentro del pequeño espacio, como siempre adaptándome a él. Y el beso había pasado a otro nivel. La desesperación de nuestras manos por encontrar piel nos hacía torpes. Como si fuésemos adolescentes en el coche de sus padres.

No queríamos juegos previos ni romance. Queríamos pertenecer uno al otro, tomar lo que nos daba el tiempo que nos había dado el destino.

Evan deslizó sus manos por mis muslos, con sus dedos apartó mis bragas. Yo había bajado su cremallera y solo esperaba ese movimiento exacto para sentir a Evan dentro de mí.

—Mi Eli, eres tú, siempre has sido tú —la voz de Evan era un susurro ronco, como un ronroneo delicioso que acariciaba ese espacio justo detrás de mi oreja.

Hizo un movimiento —no el esperado por mí—, y tomó su billetera de un compartimiento del coche. Sacó un preservativo y no sé como se lo puso, porque entre el espacio y nuestra desesperación, era casi una hazaña. Pero agradecí su responsabilidad porque yo no pensaba, solo quería sentirlo. Quería tenerlo dentro de mí y olvidar todo lo que había sucedido.

¿Irresponsable? Sí. ¿Descuidada? También. ¿Permisiva y memoria corta? Culpable. Y no me importaba, en ese momento como en todos los momentos en los que estaba con él. Nada me importaba.

Cuando sentí como entraba en mí, ahogué un grito con su nombre.

Él con una mano empuñaba mi pelo y con la otra rodeaba mi cintura marcando el ritmo.

Ya habíamos pasado la etapa de desesperación. Ahora que estábamos unidos los movimientos eran lentos pero intensos, casi imperceptibles, pero con una energía que podía hacer encender el coche.

—Eli —Evan susurró interrumpiendo nuestro beso—, sea lo que sea que pase de aquí en adelante, nunca olvides lo que siento por ti. Nunca.

Era como si ya sabía mis intenciones.

Siempre sospeché que Evan leía mis pensamientos, que estaba tan dentro de mí que podía sentir mis emociones y hasta mis intenciones. No entendía como en tan poco tiempo, me podía conocer también.

No lo entendía cuatro años atrás, no lo entendía en ese momento.

—Nunca lo olvidaré.

Con esas palabras mi orgasmo llegó como una bola de nieve que toma fuerzas a medida que rueda montaña abajo. Sin nada que la detenga.

Él no tardó mucho más.

Con su cara escondida en mi cuello, un profundo gemido y su cuerpo tenso, dejó saber que él también había alcanzado ese momento.

—Esta no era la despedida que había planeado para ti.

Despedida. La palabra que no quería escuchar. La que me activó todas las emociones, que el sexo con ese hombre que no conocía me había hecho olvidar.

—Está bien mi Evan. Todo contigo en cualquier lado, está bien.

Lo abracé y él a mí. Me recompuse en mi asiento justo a tiempo para sentir que un coche aparcaba al frente de la casa. Daisy.

—Me tengo que ir —dije con mi mejor cara de “todo está bien” pero no lo estaba—, quedé con Daisy para que me ayudara a terminar de hacer mis maletas y tener el último momento de chicas en largo tiempo.

—Seguro. Lo entiendo —me dijo asintiendo con una sonrisa diplomática.

Podía jurar que conocía mis intenciones. Que podía ver en mis ojos todo lo que pensaba. Por eso evité mirarlo.

Le di un beso y abrí la puerta.

—¿A qué hora sale tu avión mañana?

—A las 12.

—Estoy aquí a las 10.

Asentí y salí casi corriendo sin mirar para esconderme en mi casa.

Vi el reloj. Era casi medianoche. Sentía que habían pasado mil horas desde el incidente en la playa con Bob y me sentía como que había pasado días llorando. Solo estaba empezando.

Apenas crucé el umbral de la puerta mis lágrimas salieron otra vez.

—¿Qué mosca te picó? ¿Qué sucedió? —Day-day me interceptó.

Déjame hacer algo antes y luego te cuento.

Pronunció mi nombre, pero ya yo estaba subiendo las escaleras.

Encendí mi laptop y abrí la página de la aerolínea.

Pude cambiar mi boleto con un vuelo que salía dos horas antes. Me costo un dinero que no tenía planeado, pero todo era mejor que ver a Evan otra vez.

Lo que sucedió en su coche fue nuestra despedida.

Una triste y desesperada, como yo en ese momento.

Bajé las escaleras y mi amiga estaba en el sofá esperándome con una taza de té. Apenas la vi rompí a llorar y como pude le conté todo.

Ella solo me sostuvo y lo único que repetía una y mil veces hasta que me dormí en su regazo era “dale tiempo”

Llamé a mi mamá a primera hora de la mañana y le dije los cambios de planes con una excusa absurda de que la persona que me daría las llaves en Dublín tenía un asunto personal urgente y yo tenía que llegar antes.

Mi mamá me creyó. Mi mami siempre ingenua creyéndolo todo.

Mamá fue con la tía Sage al aeropuerto, yo fui con Day-Day que me ayudaba con mis dos maletas grandes y la de mano sin incluir la mochila de mi laptop.

—¿Por qué Evan no está contigo? —me preguntó mi tía siempre suspicaz.

Si mi mamá era ingenua, mi tía Sage olía las situaciones a kilómetros de distancia.

Y yo, de idiota, nunca pensé en la respuesta.

—Nos despedimos anoche. Él tenía mucho que hacer hoy y yo no me quería despedir de él aquí—, me encogí de hombros como restándole importancia a todo.

—Ok —mi tía me miró con sus ojos oscuros entrecerrados—, entonces no te molestará que lo llame para invitarlo a almorzar. Quiero hablar con él.

¡Maldita sea el instinto de mi tía! No se le escapaba una, y supuse que mi cara fue un poema porque mi tía susurró “lo sabía”, cuando mi mamá se descuidó para abrazarme.

Llamaron para embarcar mi vuelo. Me despedí de mi familia entre lágrimas y risas.

La última fue Day-day.

—Date tiempo Eli, dale tiempo —me dijo que un abrazo apretado que duró menos de lo que hubiese querido.

Tomé mi teléfono, le saqué el chip y se lo di a mi amiga.

—Por ahora no necesito esto. Voy a una nueva vida. Cuando llegue a Dublín me compro una nueva línea y les envío mi número.

Day-day suspiró derrotada y asintió.

Pasé por todo el protocolo de seguridad. Subí al avión. Despegamos unos 15 minutos después.

El destino quiso que no viajara nadie a mi lado porque apenas el avión despegó, mis lágrimas empezaron a salir y no se detuvieron hasta que pisamos Dublín.

Dublín

Los tres meses más surreales de mi vida fueron mis primeros tres meses en Dublín.

Llegué al pequeño apartamento que había rentado por medio de la universidad y que quedaba a 10 minutos de la facultad de arte.

Era una caja de fósforo, pero limpia que era lo que más me interesaba. Tenía un “salón-comedor-cocina”, donde solo había una pequeña mesa pegada a la pared con dos sillas desiguales que le daban cierta personalidad al espacio.

Un sofá negro con grandes flores blancas y toques verdes que parecía se le había quedado olvidado a 1972, una pequeña mesa de metal pintada de negro. No había Tv, porque era costoso el permiso y el impuesto para tener uno en casa, pero no me importaba, igual no tendría mucho tiempo para verla y en tal caso, tenía mi ordenador de querer ver cualquier cosa en Netflix.

El baño lo acababan de remodelar, por suerte. En la ducha había a duras penas una persona, pero estaba nuevo y muy limpio al igual que la cocina que era básicamente cuatro pequeñas hornillas, un espacio y unos cuando gabinetes, pero no necesitaba más.

La habitación, también era pequeña. Una cama doble y un armario de principios del siglo pasado que le daban un toque “*vintage*”.

Era pequeño, pero era lo que necesitaba y era lo que podía pagar. Si alguien me visitaba tendría que pagar un hotel o dormir en el sofá, que para mí sorpresa no era tan incómodo como parecía. Lo comprobaba cada vez que me quedaba en vela estudiando o pensando estupideces, área en la que ya me había vuelto experta.

La universidad o el *Trinity College* de Dublín se había fundado en 1592, y su edificio era simplemente maravilloso.

Cada vez que caminaba por él, me olvidaba de mi corazón roto y mis tristezas, de hecho, el pecho se me llenaba de felicidad y orgullo. Pensaba en todos los ilustres personajes que caminaron por esos pasillos y yo había logrado caminar también por ellos. Cumplir mi sueño.

No había tristeza que opacara esa felicidad.

¿Pensaba en Evan? Cada día de mi vida. Pensaba que le hubiese encantado caminar Dublín conmigo. Ir al temple bar o viajar por Irlanda buscando montañas para escalar.

¿Lloraba? Sí y mucho, pero necesitaba ese tiempo. Necesitaba sentir mi logro como un triunfo y no como que escapé de North Berwick, que en cierta forma lo hice.

Pasé de tener un novio –que duró tres días– y dos buenos amigos. A perderlos a los tres. A pesar de que Tim me escribía correos electrónicos porque nadie le había dado mi teléfono, lo que agradecía.

De igual manera yo se los respondía, pero no era lo mismo. Algo se había roto.

Me dolió tanto que no me dijera la verdad sobre Evan, o al menos me advirtiera.

Entendía que él tenía que ser leal a su primo, que quizá no le correspondía decirme, pero yo era su amiga, su más antigua amiga.

Esperaba que con el tiempo volviéramos a ser los de antes, pero por ahora necesitaba alejarme

Fue lo que también le dije a la tía Sage una vez que llegué a Dublín, me asenté, compré una

línea telefónica y me comuniqué con Daisy, mamá y ella. Me dijo que había hablado con Evan y estaba destruido. Decía que respetaba mi decisión y me daba la razón pero que el dolor que sentía era brutal.

Igual me sentí yo, pero no morí y él tampoco lo haría.

Habían pasado tres meses y no sabía de él. Estaba en la típica coyuntura de “no quiero que me busque” y “¿por qué no me busca?”.

Day-day también me dijo que, en la fiesta de aniversario de los papás de Tim, Evan era una sombra. El hombre de sonrisa fácil y ojos brillantes parecía un hoyo negro. También sabía que Daisy tenía debilidad por Evan y me diría lo que fuera para que yo lo llamara.

Pero no, todavía no era el momento.

Este era mi momento y lo estaba disfrutando.

La guinda del pastel, que hacían más alegres los días que se empezaban a tornar grises por el otoño, era mi compañera de proyecto, Nora.

Nora tenía 40 años, se había casado muy joven y había sido madre a los 20, abandonó su carrera y sus aspiraciones, pero ahora divorciada y con su hija estudiando en Alemania, Nora vivía su segunda juventud.

Era inteligente y perspicaz. Y lo mejor de todo era que cocinaba como los dioses y me trataba como su protegida.

Me consiguió un trabajo de medio tiempo en una tienda de antigüedades, yo me sentía en el paraíso. Reparando y restaurando piezas de uno o dos siglos atrás.

Aunque mi meta era trabajar para un museo, también me podía ver con una tienda de antigüedades en Dublín, o North Berwick.

—Eli ¿qué vas a hacer esta noche? —era la pregunta de todos los viernes de Nora.

—Voy a estudiar —era mi respuesta.

—¿Estás loca? ¿Hoy viernes? Ni lo sueñes. Hoy nos vamos de farra. En dos semanas empiezan los parciales y no vamos a tener tiempo ni de respirar.

—Por eso estoy estudiando desde ahora, Nora.

—Pues hoy no. Nos vamos con los chicos y nos olvidamos de parciales, finales y responsabilidades.

Nora estaba viviendo una especie de segunda juventud, aunque todavía era joven, pero me decía que se había casado tan joven que sintió que no vivió lo que una mujer debía vivir en sus veintes. Nunca fue a un bar con amigos a tomar cerveza o a un club a bailar hasta el amanecer. Todas las cosas que ya yo estaba cansada de hacer.

Y que a decir verdad no estaba de ánimos para revivirlas.

Sentía que quería disfrutar Dublín de otra manera. Me encantaba caminar por sus calles, deambular sin ningún propósito mas que sentir su energía.

Pasaba largas horas en la biblioteca de la universidad, igual de antigua que ella. Y uno de mis compañeros me había recomendado visitar, Marsh’s Library por mi fascinación con los libros antiguos, y no se equivocó. Cuando entré ahí era como si hubiese entrado a un cuento de hadas. Sus grandes estanterías y sus libros tan viejos como históricos me hacían olvidar mis tristezas.

Había aprendido a amar a Dublín en el poco tiempo que tenía ahí. Su gente era amable y cálida y su cultura infinita.

Sus colores me curaban el alma y lo que estudiaba, lo que al fin había logrado con esfuerzo, me recompensaba todo el dolor.

Ese sábado decidí tomar unas cervezas con Nora, Anika y Brett, quien amablemente se ofreció a ser el caballero que resguardaría a tres damiselas solas en una ciudad.

Hasta él mismo se rio cuando dijo eso.

Al día siguiente me desperté de buen ánimo, tan bueno que busqué un tour para ir a las afueras de Dublín el domingo. Ya la semana después empezaban los parciales y no tendría tiempo de nada. Y yo quería conocer todo

Ese día me quedé en casa. Tenía un proyecto que presentar.

Estaba haciéndole el estudio a una pieza que nos había dado el profesor de restauración clásica. Tenía que buscar los materiales originales y entregar opciones de materiales modernos que se pudieran utilizar para sustituirlos.

También tenía ese proyecto de historia del arte que no quería tocar porque tenía tanta suerte que me tocó analizar el impacto del arte en Edimburgo en el siglo XVIII. Solo pensar en esa ciudad, detonaba una serie de emociones y sentimientos que no quería confrontar.

Porque para mí Edimburgo ya no eran mis estudios y cuatro años de mi vida, para mí Edimburgo era Evan y la vida que no conocía.

Miré el calendario solo para calcular cuál era mi fecha límite para empezar a hacerlo, mientras menos tiempo pasara investigando sobre Edimburgo, menos tiempo mi cabeza iría a sitios a las que mi corazón no quería ir.

Vi la fecha.

¡Cumpliría años en una semana! Cumpliría 30 años en una ciudad extraña para mí, en un país que no era el mío.

Y luego, tres días después cumpliría Evan.

Como siempre sucedía mi cabeza me traicionó.

¡No, no, no Eli! No vayas a ese lugar. Ese lugar es el Mordor de tu cabeza al que solo tienes que ir es a destruir el anillo.

Pero yo era el Gollum del libro. Me había hecho adicta a ese anillo, sabía que no era bueno para mí, pero era mi tesoro. Pensar en Evan y en todos los momentos que vivimos juntos, era mi tesoro.

Me daba pánico pensar que me había hecho dependiente de una relación tóxica. De que quizá Evan sí era un mentiroso empedernido. La primera vez que lo conocí no me dijo que había roto una relación pocos meses antes de conocerme y la segunda vez, literalmente terminó la relación estando conmigo.

Me daba miedo pensar que lo estaba excusando cuando la Elina lógica me decía “Él no tenía que hablar de su pasado, había terminado con una novia meses antes, no tenía el deber de hacerlo” o “No terminó su relación estando contigo. Terminó su relación para poder estar contigo que no es lo mismo”.

Era cierto. Era lógico. Era coherente. Como siempre lo fue Evan. Pero para mí no fue ético.

“Así como tampoco fue ético que desaparecieras de su vida por cuatro años solo porque tú consideraste que no cumplirían sus metas si seguían juntos o tuviste sexo con él en un coche como despedida sin él saber nada. Siempre tú tomando las decisiones. Eso tampoco es ético.”.

¡Cállate Elina lógica!

A veces odiaba a esa Elina que me decía las cosas a la cara, o bueno, a la cabeza, sin ningún filtro ni delicadeza.

Nos habíamos hecho daño, y yo no quería una relación así, en especial porque en mi corazón sabía que Evan no era un hombre mentiroso, solo había tomado una decisión de mierda, pero yo no podía enfocarme en el drama en estos momentos de mi vida.

Yo quería enfocarme en la felicidad que me daba permanecer sentada por horas quitándole

el óxido a una pieza o buscando el tono exacto de la pintura de una obra de finales del siglo XVII que encontraron en el sótano de algún castillo.

Solo tenía que ponerme mis audífonos y el mundo desaparecía para mí.

Eso era lo que quería.

También quería compartir con mi nuevo grupo de amigos. Ir a casa de Nora que se había quedado con la casa después del divorcio y ahí pedíamos pizza y veíamos películas hasta el amanecer.

¿Extrañaba a Evan?

Como en cada segundo que lo extrañé durante cuatro años y los días que vivimos juntos fueron el mayor regalo del destino.

No había nada, absolutamente nada que pudiera hacer para que no amara a Evan Scott, pero por ahora me amaba más a mí y estaba en paz con eso.

—Sé que cumples años en par de días, Elina Ferguson —me dijo Nora en un susurro cuando salíamos de la clase de restauración clásica—, cumples 30 y no pienso permitir que pasen por debajo de la mesa.

—No van a pasar por debajo de la mesa. Solo que no los voy a celebrar como tú quieres.

Mi amiga soltó una carcajada —¿Y cómo es eso?

—Montada en una mesa con un *gin-tonic* en una mano y un chupito de tequila en otro.

Esta vez la carcajada fue más alta.

—¿Si así no se celebra un cumpleaños, cómo se celebra?

—Esto de tu “segunda” juventud se está saliendo de control.

Mi compañera no paraba de reír.

—Déjame disfrutar mi libertad —de la carcajada pasó a un suspiro—, no sé cómo me pude perder de todo esto.

—Estabas enamorada.

—Estaba joven e inmadura. Creía que Craig era lo mejor que me podía pasar en mi vida, pero al parecer no —se recompuso y sonrió— ¿Entonces, vamos a celebrar?

—No. Vamos a trabajar. Tengo que ir a la tienda el señor O’Malley me pidió que hiciera unas horas extras hoy porque tiene que ir al doctor y de ahí voy a tu casa a seguir trabajando en la composición.

—¿No te cansas de ser la niña buena?

—Ya tuve mi época de ser la niña mala —me encogí de hombros.

—Me hubiese encantado conocerte en esa época

—Estabas casada.

—Cállate.

Ahora la de la carcajada fui yo.

Llegué a casa cerca de las diez de la noche, tan cansada que ni hambre tenía. Nora, como buena madre, me había dado un tupper con comida, pero no tenía ni la más mínima energía de calentarla en el micro.

Estaba en el sofá psicodélico en el momento en que no estaba dormida pero tampoco despierta cuando a lo lejos escuché mi teléfono y cuando decía “a lo lejos” quería decir, al alcance de mi mano en la mesita, incluso así, necesitaba una energía titánica, que, por supuesto no tenía, para tomarlo, pero lo tuve que hacer por la insistencia.

Gracias al cielo lo hice.

En la pantalla uno cabellos dorados y una sonrisa gigante me saludaba.

—Day-day —le quise decir emocionada pero todavía estaba dormida.

—Eli, te ves como la mierda. Como se ve que vives en una capital.

—Ay cállate, hoy tuve un día duro.

—Se te nota —mi amiga se burlo de mí.

—Tonta.

—Cambiando el tema ¡Ya pronto cumplés años! Lamento que no lo pueda pasar contigo, tú mamá me dijo que tampoco podía ir porque tenía que cubrir una guardia de una compañera.

—Sí, todo un asco. Imaginé mis 30 diferente. Con amigos, en la playa, todos congelándonos y borrachos.

Las dos reímos.

—No importa, será diferente.

—Seguro que sí, al menos no tengo clases y mi jefe me dio la tarde libre.

—¿O sea, que vas a estar en casa todo el día?

—Todo el día no lo sé. Mi compañera Nora quiere llevarme a bailar, aunque yo prefiero ir a comer y en tal caso ir a un bar pero no más de medianoche, porque el día lo tengo libre pero el siguiente no.

—Bueno, yo te envié mi regalo de cumpleaños y creo que te va a gustar.

—¡Sí? ¿Qué me compraste esta vez? —le pregunté con sincera curiosidad, los regalos de mi amiga eran los más originales del mundo.

En mis cumpleaños recibía de su parte, desde una sesión de masajes en una cabaña con vista al mar hasta la primera edición de algún libro clásico que debió costar una pasta.

Ella rio triunfante.

Cada año era como un juego entre las dos, yo tratando de sacarle información y ella evitando hablar.

—¿Sigues saliendo con el médico? —Cambié la conversación para distraerla.

—Sí, aunque no lo creas ni tú ni yo y para más sorpresa, no es casado, ni un vago ni un sinvergüenza, de hecho, Erik es un hombre decente.

—Pues te lo merecer Day-day porque, tú eres la mejor persona del mundo mundial.

En otro momento pudimos haber pasado horas hablando de Erik, pero esta vez fue diferente. Yo hice silencio porque ver su cara, hablar como si no me hubiese ido de North Berwick, me trajo recuerdos de mi última noche en mi pueblo.

—Vamos, pregunta —mi amiga me conocía más de lo que yo misma deseaba que me conociera.

Suspiré derrotada. No me iba a hacer la interesante respondiéndole “¿Pregunta qué?” Las dos sabíamos a qué se refería.

—¿Has sabido algo de él? —le pregunté casi en un susurro.

—¿De quién?

—¿En serio Day-day, me vas a hacer decirlo?

—No es que estás invocando al demonio ¿De cuando acá no puedes decir el nombre de Evan?

Quise responderle “desde que me duele pronunciar su nombre y no tenerlo cerca de mí”. Pero mi amiga no necesitaba saber esa información, o a lo mejor ya la sabía.

Suspiré derrotada.

—De Evan, ¿Has sabido algo de Evan?

—Sé todo de Evan, desde que parecía un fantasma en la fiesta de los Kerr, hasta que regresó a Edimburgo, terminó formalmente con la víbora de la ex y está empezando un segundo proyecto para una App. ¿Quieres saber más?

—Sí. No. Sí. Ay no sé Daisy. Esa fue demasiada información.

—Tú me preguntaste.

—No quería saber tanto... ¿Ya es seguro que terminó con ella?

—No quieres saber tanto —mi amiga, lanzó la vista hacia atrás de su pantalla—, si

quieres saber más pregúntale personalmente. Adiós.

—¿Cómo demonios le voy a preguntar personalmente...?

Cuando quise seguir hablando con mi amiga, ella simplemente bajó la pantalla de su laptop y la cerró.

A los 30 segundos recibí un texto.

*Tengo un increíble médico invitándome a ducharme con él y no pienso perder el tiempo escuchando tus lloriqueos cuando tienes la solución en la mano. Literalmente.

No lo iba a llamar por teléfono. Tenía tres meses sin saber de él. No iba a llamarlo. No iba a saber de él. Si había podido mantenerlo alejado por cuatro años, podía mantenerlo lejos más de tres meses.

Caí tendida otra vez en el sofá hasta quedarme dormida pensando en Evan.

Tenia clases tarde así que me pude dar el lujo de despertarme con la espalda destruida por el sofá psicodélico, darme una ducha, repasar un poco de los apuntes de la semana, desayunar con la calma que me podía dar tener en mi cabeza a Evan.

Usualmente, bueno no, siempre pensaba en él, pero tenía par de días con él en mi cabeza sin dejarme en paz.

Salí a la biblioteca. Tenía que buscar una forma de distraerme para dejar la tontería de Evan.

Pensé en que quizá debería llamar a Ivy o a Iris que era más prudente para saber si todo estaba bien, pero las dos me debían odiar en esos momentos, y no es que era creyente de esos “lazos” psíquicos entre personas. Si pensaba en él era porque me había enamorado como una idiota y lo extrañaba. Punto final.

Me metí dentro del maravilloso mundo de la restauración de piezas con métodos clásicos, unos siete libros y unos cuantos manuales. Traté de apagar el *switch* de mi cerebro y me dejé llevar.

Miré el reloj.

Había estado casi siete horas en la biblioteca investigando.

Mis ojos me ardían y el estómago me sonaba como un dinosaurio.

¡El estómago!

Había quedado en comer con Nora y Anika hacía media hora.

Busqué mi mochila. Tenía mil millones de mensajes y llamadas perdidas, pero uno llamó mi atención.

Ivy.

¡Evan! ¿Había sucedido algo?

¿Quizá después de todo las conexiones psíquicas si existían? Mi corazón empezó a latir con fuerza, pero cuando leí las primeras líneas me alivié.

*Te escribo para desearte feliz cumpleaños hoy, aunque sé perfectamente que es mañana, pero no te lo envió mañana porque no quiero que sientas este mensaje especial.

Mi querida Ivy, no sabía cuán especial eran sus palabras.

*Estoy muy molesta contigo —continuó—, por lo que le hiciste a mi hermano y a nosotras, te fuiste sin despedirte y ahora dejaste a un tipo que no conocemos porque ni ríe, pero también estoy muy molesta con él por no decirte la verdad, fue un estúpido, pero yo fui una de las que le dijo que no lo hiciera en ese momento, Iris me apoyó. Las grandes consejeras románticas. Le dijimos que ya tendrían muchos momentos más para que él te lo dijera (también puedes odiarme a mí), él te tenía ahí. A “su Eli” finalmente. Mi mamá quería decirte pero no sé lo permitimos, por

eso la discusión en la reunión. Espero que puedas perdonarnos, en especial a mi hermano porque nunca lo había visto así, ni siquiera en los cuatro años que no se vieron. Espero que pases un día especial.

Saludos.

P.D: Iris también te envía feliz cumpleaños, pero no tiene los cojones de escribirte porque dice que te traicionó como mujer. Le dije que se fuera a la mierda y que te escribiera como mujer. (Perdona mi francés)

P.D2: Mi hermano no te busca no porque ya no te quiere sino porque respeta tu decisión, y esta soy yo metiéndome en lo que no me importa otra vez. Por cierto, está diseñando otra de sus apps cursis que tú le inspiras

P.D3: Estoy muy molesta contigo, pero sigues siendo la chica más *cool* de North Berwick.

Era el mensaje de texto más honesto, hermoso y real que había recibido en mi vida.

Ivy era especial y tenía la habilidad de hacerme sentir la chica más *cool* no de North Berwick sino del mundo, justo como me hacía sentir su hermano.

Tomé aire. El mensaje me había descolocado.

Le escribí a Nora para explicarle que me había distraído en la biblioteca y que pronto estaría con ellas.

Salí de la biblioteca y por primera vez el aire templado del otoño me pegó en la cara.

Tomé la bufanda ligera que tenía en mi mochila y la até alrededor de mi cuello.

Ví mi teléfono y tomé fuerzas para contestarle a Ivy.

*Querida Ivy. Gracias por tus felicitaciones, aunque no hayas tenido la intención, con tu mensaje ya haz hecho que este día y mañana sean especiales. No te culpo por estar molesta conmigo, no estoy orgullosa de lo que hice, necesitaba tiempo. Por supuesto entiendo tus razones como hermana, tú deber es proteger y respaldar a tu hermano. Yo estaría orgullosa de tener una hermana tan protectora como tú. Espero algún día puedas perdonarme que me fui sin despedirme de ustedes, igual, estoy segura de que nos volveremos a ver. Gracias por tu sinceridad. Yo también extraño a tu hermano, mas creo que ahora no es el momento de estar juntos, por favor, encárgate de hacerlo feliz.

P.D: Iris me puede escribir cuando quiera, ella no me traicionó como mujer, ella como tú, apoyó a su hermano.

P.D2: Agradezco a Evan que respete mi decisión. Sé que es un gran hombre. Siéntete orgullosa de ser su hermana.

P.D3: Todos los días trabajo para seguir siendo *cool*, pero últimamente se me hace difícil. Quizás tú puedes ser mi sucesora.

Gracias por escribirme. Eres muy especial para mí Ivy.

Envié el mensaje y cerré los ojos para que no se me escaparan lágrimas de sentimiento. El mensaje de Ivy me había tocado una fibra en mi corazón. Esa que añoraba una familia. Esa parte de mí a la que le hubiese encantado viajar a Edimburgo en unos días y celebrar el cumpleaños de Evan.

Sacudí mi cabeza.

No. No. No.

Sal de ahí Eli. Ese terreno es peligroso.

Me repetí mil veces mientras subía al autobús para encontrarme con mis compañeras.

Pero los sentimientos son traicioneros.

En cambio de esconder mi teléfono porque sabía que me vería tentada a escribirle a Evan con cualquier estúpida excusa, lo volví a tomar. Esta vez abrí la app de Evan. ELI. Y decidí abrir

el apartado que compartíamos él y yo.

Unos pocos mensajes estaban ahí esperando ser aceptados.

Había fotos de unos chocolates, mi marca favorita con la leyenda “los vi y me acordé de ti. Me los llevo a casa por si en algún momento me visitas”. También había una foto de una taza con la imagen del “*Cristo de Borja*” la famosa imagen de Cristo restaurada por una mujer que la destruyó y fue material para miles de bromas a nivel mundial. La leyenda de la foto de la taza decía “Espero no sea esto lo que estés estudiando”, te extraño. para mí estas en muchos sitios Eli”.

Se suponía que la app era para que dos personas que estuviesen lejos por cualquier circunstancia, compartieran cosas de su día a día para sentirse más cerca.

Pero para mí sus fotos y sus mensajes me partían más el corazón.

No iba a llorar. No iba a hacerlo, pero el dolor en mi pecho se adentraba cada vez que recordaba a Evan.

Llegué al restaurante y agradecí que mis amigas estaban esperándome con media botella de vino en la cabeza y con sendas sonrisas cada una.

—¡Eli! —Me saludó Anika en un tono más alto que el nivel de ruido del lugar—, que bueno que viniste, pensando que otra vez nos ibas a abandonar por hacer cosas de gente responsable. Ven que estamos planeando qué vamos a hacer mañana. Yo voto por ir a un club a bailar. ¿Qué dices tú, Nora?

Mi compañera asintió no tan emocionada como Anika.

—¿Qué te sucede? No tienes cara de mucha felicidad. ¿Has estado llorando? —Nora, como buena madre, conocía las expresiones de mi cara y no disimulaba su malestar.

—No. Solo que recibí un mensaje que me emocionó mucho y me puse nostálgica, nada más.

—¿Segura que nada más? —Nora insistió.

—¿Te escribió el escocés? —salió Anika atrás más que interesada.

—No, él no me escribió, fue otra persona. Nada malo —miré a Nora—. Pero no es nada más, solo un mensaje emotivo y ya.

—Más te vale que solo sea eso porque mañana te quiero de buen humor porque vamos a bailar.

—¿Saben qué? Como ustedes no me van a dejar en paz, quiero lo mismo que ustedes están tomando.

—Tampoco es que eres una osada, estamos tomando solo vino tinto.

—Bueno lo que sea.

Esa noche nos tomamos dos botellas de vino y brindamos por cualquier cosa, desde graduarnos rápido, conseguir el trabajo de nuestros sueños hasta ganarnos la lotería, pasando por que Nora encontrara el amor de su vida y comer sin engordar.

Llegué a casa con una sonrisa en la cara. Oficialmente cumplía treinta años, estaba donde quería, aunque no con quien quería, pero estaba bien. Cerré los ojos y me dormí con ese pensamiento y muy buen humor por el mensaje de Ivy. La familia Scott tenía un extraño efecto en mí.

Se me había olvidado lo mal que me sentaba el vino, mejor dicho, esa cantidad de vino. Por eso mi bebida era la cerveza.

Me levanté de la cama y me di una ducha para ver si se me quitaba el olor a alcohol que sentía que salía por mis poros. Me hice una coleta alta, me puse mis pijamas de peluche más cómodas. Quería pasar la mañana en paz en casa.

Me hice un café y me instalé a leer los mensajes.

Había tres personas que me escribían pasadas las 12 de la noche y de esas tres, solo una tenía mi número de teléfono.

Day-day me escribió un testamento explicándome las razones por las que me quería y lamentándose que no estaría conmigo hoy. Terminó su mensaje pidiéndome que no saliera que mi regalo llegaría al mediodía.

Revisé mi mail porque la segunda persona que me felicitaba después de las 12 no tenía mi teléfono.

Mi amigo Tim no falló. En el buzón tenía su mensaje. Corto pero emotivo.

Me escribió como si no hubiese pasado nada entre nosotros y remató con un “tú siempre serás la hermana que nunca tuve y como todos los hermanos, la cagamos. Pero como todos los hermanos, nos volvemos a querer”.

Me fulminó. No sabía si era por mi cumple o quizá era porque estaba lejos de mis seres queridos que los mensajes me ponían tan emotiva que las lágrimas me salían como cascada.

Estúpida Eli. Estás emocional.

La tercera persona que me felicitaba en la madrugada era Bob y siempre preguntaba ¿Fui el primero esta vez? Obviamente, este año no me escribiría.

Ahora entendía la intención con la que me escribía.

Era todo tan absurdo. Robert, mi amigo de toda la vida.

Bufé. Decidí dejar de pensar en él porque el único recuerdo que podía venirme a la mente era esa noche tres meses atrás. Había tanto resentimiento en su mirada hacia Tim, tanto odio hacia Evan, que daba miedo.

Miré la hora. Casi mediodía. Mi regalo estaba por llegar. Porque si había algo en lo que yo podía poner las manos en el fuego era que cuando Day-day daba un regalo, lo hacía puntual.

Hablé con varios de los chicos que me enviaron correos electrónicos para felicitarme, Luca, Dylan, Oliver y Meghan. Hablamos del desastre de la noche de la fogata del que todo el mundo se enteró, como buen pueblo. Nadie le hablaba a Bob, de hecho, decían que estaba buscando mudarse porque nadie del grupo quería saber de él. No solo por lo que me había hecho a mí y a Evan sino como usó a Tim para estar cerca de mí. A Tim que era más bueno que el pan.

Mi tía Sage me envió un mensaje que me llamaba más tarde y sabía que mi mamá no me llamaría hasta las 9:35 de la noche que fue la hora en la que nació.

Así era mi madre de sentimental.

Vi la hora otra vez y no había rastros de mi paquete ni llamada de ningún mensajero.

Decidí vestirme y comer en el pequeño restaurante griego cerca de casa, de manera que si

me llamaban podía salir corriendo. Lo que sí estaba segura era que no pensaba quedarme el día de mi cumpleaños a cocinar en casa. No, no. No.

Me puse mis vaqueros, unas botas, una camiseta negra y mi suéter favorito. Un poco de maquillaje y *voilà*. No necesitaba más.

Me miré en el espejo. Tenía 30 años. Tenía tantos planes al terminar mi carrera. Estaba haciendo justo lo que quería hacer. Lo único que lamentaba era no tener a Evan a mi lado para compartir esa parte de mi vida que me hacía feliz.

¿Estaba repetitiva con el drama de Evan? Sí lo estaba, tanto que yo misma me regañaba, pero no podía —ni quería—, hacer nada.

Tiempo. Solo necesitaba tiempo.

El timbre de mi puerta sonó.

¡Mi regalo! Corrí a abrir. Me detuve en seco. Revisé mi móvil. No había llamadas de ningún mensajero, pero sí un mensaje de la loca de Day-day.

*Está en camino.

Qué locura me habría enviado que ni un mensajero común puedo entregarlo.

¡Oh Dios! Era un nudista. Era un tipo de esos vestidos de policía que me diría “has sido una chica mala” y empezaría a menearse como un saco de patatas guindando de una cuerda.

Nooooooo.

Respiré profundo y abrí la puerta roja de la vergüenza de ver a un hombre disfrazado de policía que se desnudaría en mi salón.

Me quería morir.

Cuando la puerta se abrió. Mi pensamiento pasó de “No quiero que ningún policía se quite la ropa” a olvidar quien era, donde estaba y qué hacía ahí. Mi cerebro se puso en blanco. Tan en blanco que luego, no podía recordar nada de ese momento, solo la persona que estaba frente a mí. Pude jurar que sentí mi sangre irse a mis pies. Junto con mi mandíbula.

Frente a mí y en todo su esplendor estaba Evan.

Estaba más delgado y su cabello un poco más corto, pero su cara era hermosa como siempre. Sus ojos igual de brillantes cuando me veía y su sonrisa, aunque nerviosa esta vez, todavía podía hacer mis huesos gelatina. No había perdido ni un poco de encanto.

En sus manos tenía una maceta con una orquídea en flor. Casi diez flores de un color fucsia tan vivo que parecían fosforescente.

—No tenía tu teléfono, aunque sí sabía dónde vivías —se encogió de hombro como si hubiese pasado a visitarme después de vernos el día anterior.

—Evan.

Yo y la elocuencia que me caracterizaba cuando lo veía.

Su rostro cambió.

Estaba de vuelta esa mirada intensa de cuando deseaba con todas sus ganas que yo le creyera.

—Un día te prometí que no importaba donde estuvieras, ni cual fuera la situación, pasaría contigo tu cumpleaños. Solo espero que después de todo, quieras hacerlo.

Tenía los brazos extendidos como entregándome la flor como una ofrenda de paz.

La acepté. ¿Cómo no iba a aceptar una flor de Evan el día de mi cumpleaños?

—Es hermosa.

—Hace mucho tiempo me dijiste que te gustaban las flores, pero no las cortadas, te gustaban las que tuvieses que cuidar. Feliz cumpleaños.

Se lo dije. Se lo dije el día que nos dimos nuestro primer beso.

¿Por qué? ¿Por quéééééé? ¿Por qué la vida me hacía esto? ¿Por qué me enfrentaba a este tipo de decisiones emocionales si sabía que yo odiaba el drama? Yo le huía a todo lo que tuviese que ver con drama.

Yo solía ser descomplicada y cualquier decisión que tuviese que ver con el corazón era fácil. Cortaba todo de raíz y lo dejaba morir, valiera la analogía de la planta.

¿Por qué me enfrentaba a Evan? ¿Qué me quería decir la vida cuando me hacía encontrarme con Evan una y otra vez y seguía sin conocerlo? No sabía si lo que había hecho era una simple mala decisión o si era un mentiroso compulsivo o me usaba como su descarga sexual del momento.

¿Por qué?

Respiré profundo.

Tenía dos opciones cerrarle la puerta en la cara, acabar con esto y largarme a llorar o aceptar las flores hablar un rato con él, al fin y al cabo había cumplido su promesa, y terminar la fiesta en paz.

Era mi cumpleaños. Así de opté por la paz.

—Gracias —acepté las flores y las puse en la mesita del salón.

Las orquídeas iluminaban la sala como si hubiese puesto otra lámpara.

Miré a Evan y sonreí. Con sinceridad. No podía negar que las flores me hacían feliz y que él me las entregara, más.

Él no se movía del umbral de la puerta, parecía un vampiro esperando ser invitado a la casa.

Nos miramos por unos segundos.

Él con sus ojos brillantes y sus labios estirados en una sonrisa nerviosa, yo, solo concentrada en que mi baba no cayera al suelo.

Ver a Evan siempre me hacía babear. Sí, literalmente babeaba, salivaba más de lo normal. En especial ahora que estaba vestido con un suéter negro y unos vaqueros que parecían hechos solo para él.

Nunca lo había visto con ropa “normal”, siempre nos veíamos en verano, de bermudas y camisetas.

Ahora vestido así, parecía un actor de películas de los años 50, de esos guapos y varoniles y yaaaaaa Elina. *Basta por favor. Deja de torturarte.*

Vamos enfócate.

¿Qué ibas a hacer antes de que Evan sacara la pistolita de Hombres de Negro y ye hiciera olvidar todo lo que tenía planeado?

Ok. Ok. Iba a comer.

Eso Elina. Dile que vas a comer, que gracias por el regalo y que se ven por ahí.

—Iba a comer a un restaurante griego cerca de aquí ¿Quieres venir?

Noooooo. Maldicióóóóón. Te odio Evan Scott.

—¿Estás segura? No quiero interrumpirte en tus planes con tus amigos.

—Iba sola —me encogí de hombros para restarle importancia al hecho patético de que no tenía a nadie con quien almorzar en mi cumpleaños.

—No quiero molestarte Eli. Aparecí de la nada después de tres meses, porque en mi cabeza era coherente cumplir la promesa que te había hecho, pero te entiendo si te sientes incómoda.

—Yo nunca me siento incómoda contigo Evan.

Ya que mierda. Era mi cumpleaños. Tenía 30 años. El hombre frente a mí había viajado

desde Escocia y simplemente me daba la gana de estar con él, punto.

Él asintió y sonrió. Una sonrisa más cauta que cualquier cosa.

Era extraño caminar con Evan en las calles de Dublín y más extraño era que no me tomara de la mano mientras lo hacíamos.

Llegamos al pequeño restaurante.

Un pequeño salón con mesas de manteles blancos y sillas de madera clara, algunas fotos en blanco y negro de los dueños con personas relevantes adornaban algunas paredes y en otras plantas colgantes artificiales le daban color al pequeño restaurante.

Al fondo una gran bandera de Grecia te dejaba saber el origen de los dueños.

Una chica nos recibió la orden. Evan quiso pedir una botella de vino, lo detuve. Mi resaca se encontraba en el fondo de mi cerebro abrumada por la presencia de Evan, pero todavía estaba ahí.

Así se lo expliqué. Solo soltó una carcajada y pedimos dos refrescos.

Algo que siempre me sucedió con Evan era que no tenía problemas en hablar con sinceridad de lo que fuera. Siempre pensé que era reciproco hasta ese día, tres meses atrás.

—¿Cómo has estado? Estás hermosa, radiante. Dublín te sienta bien.

Sonreí algo avergonzada. Evan no perdía la oportunidad de hacerme sonrojar.

—No sé si es Dublín, pero estoy haciendo lo que me gusta, creo que eso es lo que notas.

—Sin duda es eso. ¿Qué tal tus clases? ¿Te está gustando tu postgrado?

—Estoy enamorada de él. Es justo lo que explican en el programa. Cada materia es más interesante que la otra. Tenemos clases prácticas de restauración y creo que no me equivoqué en lo que deseo hacer en mi vida.

Hice silencio. Otra vez me sentí como en ese día que subimos a North Berwick Law, donde no paré de hablar, pero miré su rostro y tenía exactamente la misma mirada de hacia 4 años. Enfocado en mí, en lo que decía. Como si nada más a su alrededor importara.

—Estoy seguro de que donde encuentres poner en práctica todo lo que estás aprendiendo, serás la mejor. Los museos se pelearán por ti.

Reí.

Era una estampa maravillosa.

—Con que me den trabajo seré feliz.

Un señor de pelo abundante muy negro y los ojos del mismo color, nos trajo lo que ordenamos.

Una ensalada de la casa y unas costillas de cordero que se veían y olían para chuparse los dedos. De contorno nos trajeron un humus también de la casa con pan pita.

Evan miraba la mesa y casi casi le brillaban tanto los ojos como cuando me miraba a mí.

—Siempre tuviste buen gusto para escoger comida. Todas las comidas que he comido contigo, son deliciosas.

Sacó su teléfono y tomó unas cuantas fotos.

—¿Para las redes sociales? —sonreí.

—En parte. Pero más que todo para evaluar el sitio y para mí nuevo proyecto.

—¿Evaluar el sitio?

—Sí. No lo he probado, pero solo por presentación se merece cinco estrellas. No sabes cuánto ayudamos a estos pequeños restaurantes dándole una buena evaluación.

Nunca lo había pensado, pero tenía razón. Esa era la única forma en que los pequeños restaurantes se daban a conocer. Decidí hacer lo mismo de ahora en adelante. Al fin y al cabo sí

tenía buen ojo para la comida.

—Me alegra que te guste el sitio y la comida.

—Y la compañía —levantó su caso de refresco—, feliz cumpleaños Eli.

—Gracias —levanté mi vaso y lo choqué con el de él—, ahora, a comer.

La situación no era incómoda. Era extraña.

Unos meses atrás hubiese jurado que pasaría mi cumpleaños enredada con Evan en la cama. Comiéndonos a besos y teniendo sexo como adolescentes, en cambio estábamos en un restaurante modesto, comiendo comida deliciosa y conversando como dos buenos amigos.

—¿Tienes un nuevo proyecto? —le pregunté en medio de la comida para buscar algo de conversación y que le gente no pensara que éramos dos trogloditas muertos de hambre que no socializaban.

—Tengo varios. Estoy desarrollando varias apps para distintos clientes y estoy desarrollando una segunda propia.

—¿Qué tal va ELI? —era gracioso preguntar por algo que tenía mi nombre pero a la vez me encantaba que lo tuviese.

—Una locura. Las descargas se han quintuplicado. En su actualización agregué algunas opciones pagas y es una locura. Parezco un loco riendo cada vez que veo las compras en la app.

—No sabe cuán feliz me hace eso Evan. Siempre supe que tus proyectos serían un éxito —estiré mi mano y toqué su brazo para reafirmar mi emoción.

Ni siquiera tuve que tocar su piel. Así mi mano estuviera separada de su piel por mil capas de cualquier material, yo iba a sentirlo. Ese corrientazo que iba directo a mi abdomen pasando primero por mi pecho.

Los dos retiramos las manos como si hubiésemos tocado algo prohibido.

Él sonrió diplomático y yo lo imité.

—¿Puedes hablar de tu nuevo proyecto? —le pregunté lo primero que me pasó por la mente para evitar que ese extraño momento se convirtiera en incómodo.

—Por supuesto Eli, contigo puedo hablar de cualquiera de mis proyectos —esta vez su sonrisa fue sincera—, como ELI está teniendo tanto éxito estoy desarrollando una app de *match* por comida.

—¿*Match* por comida?

—Sí —se encogió de hombros—, como una especie de *Tinder*, pero con comida. La gente hace “match” por la comida que publica en la app y las personas interesadas pueden escribirle. Tienen mayor o menor porcentaje de compatibilidad por las comidas que les gustan y solo pueden ver el perfil de la persona con la que hace “match” si tienes más de 80% de compatibilidad.

Solté una carcajada apenas Evan terminó de hablar.

Su rostro era cambió de inmediato. La incertidumbre se apoderó de su hermoso rostro.

—Es una estupidez —miró su plato vacío. Su ceño se frunció haciendo el gesto más adorable del mundo.

—Eres un maldito genio. Me encanta. Me encanta tu nueva app.

Fue como si yo le hubiese dado un regalo a él, el mejor regalo del mundo. Su rostro se fue aclarando y sus ojos volvieron a brillar junto con su sonrisa.

—¿Te parece buena idea?

—Es la mejor aplicación del mundo para encontrar pareja. Si no tienen afinidad con lo que comen, ¿para que perder el tiempo? Me encanta.

Evan lanzó una de esas sonrisas que podían hacer que los vaqueros se me bajaran por cuenta propia.

—¿Ya tiene nombre?
—Tengo varias opciones “Cómeme” o “Como pareja”
—Quizá puede ser algo como “Come conmigo”, parece una invitación. No es tan directa como “Cómeme”, es un poco más sugerente.
—Entonces se llamará así. “Come conmigo”.
—No, no, no. Esto no es una tormenta de ideas, asesórate con alguien de marketing. Yo solo soy una restauradora.
—Eli. Tú me hiciste trabajar por lo que quería. Por ti hice a ELI. Por esa aplicación está entrando un dinero absurdo a mi cuenta ¿y no voy a prestarte atención cuando me das el nombre de mi próxima app? Sería un idiota si no te hago caso. Y ya de idiota tengo bastante.
—El dinero absurdo entrando en tu cuenta demuestra que no tienes nada de idiota.
—El hecho que esté aquí visitándote en tu cumpleaños y no despertándome contigo demuestra lo idiota que soy.
—Evan... —susurré. Por un lado, quería decirle que sí, que era el idiota más grande de la galaxia, pero por el otro no podía juzgarlo, todos tomamos decisiones de mierda que han herido al otro.

La chica sacó nuestros platos vacíos, limpio nuestra mesa y nos ofreció el postre de la casa.

Los dos asentimos sin tener que mediar palabra. Nunca se le dice que no al postre.
—No quiero hacer este momento incómodo Eli. Yo estoy en paz con tu decisión como traté de estarlo hace cuatro años —se acomodó en su silla y saco dos pequeñas cajas de sus bolsillos. Las deslizó en la mesa hacia mí. Una verde y otra negra.
—Este es el regalo de Daisy —sonrió.
—¿Ella envió su regalo contigo?
La iba a matar o la iba a abrazar hasta partirla en dos. Todavía no lo sabía.
—El otro es mi regalo.
—Pensé que tu regalo había sido la flor.
—La flor era uno de ellos. No te iba a regalar una flor por tu cumpleaños Eli, no soy tan básico.

—Para mí era suficiente.
—Para mí no. Ábrelo, si no lo quieres, lo entenderé. Es un regalo con una historia divertida.
—¿Puedo abrir primero el de Day-day? Es una tradición.
—Por supuesto, es tu cumpleaños. Tú haces lo que quieras.
Intercambiamos sonrisas cómplices. Porque sabía que sus palabras tenían otro sentido.
Abrí la caja verde.
Había una tablita de madera, de esas que se ponen sobre alguna mesita, con una chapa de metal que decía:

*“El tiempo es el mejor autor; siempre encuentra un final perfecto”
(Charles Chaplin)*

Mi amiga y yo compartíamos el gusto por Charles Chaplin. Y siempre ella me hacía referencias de sus películas que solo yo entendía. Era como nuestra clave.
Debajo de la tablita había una tarjeta pequeñita, escrita con su letra:
“Frente a ti tienes tu final perfecto Eli, el tiempo es el autor, pero tú eres el personaje principal.” — te quiero. Day-day.

Leí esas líneas con su voz y pude sentir su abrazo. La escuché decirme “¿puedes dejar ya

la estupidez y sé feliz con quien quieres estar?”.

Miré a Evan que sonreía ignorando lo que decía ese pequeño papel. Mis ojos se llenaron de lágrimas por las palabras de mi amiga.

Nunca dudé que Evan fuese mi final feliz, pero teníamos que conocernos. Teníamos que saber quiénes éramos.

—¿Estás bien Eli? —su rostro pasó de emoción a preocupación.

Asentí varias veces para asegurarle que estaba bien. Que todo estaba bien.

—Si no quieres abrir mi regalo lo entenderé.

—No —dije enjugando mis lágrimas—, es mi cumple y me encantaría abrir tu regalo.

Evan volvió a ser el Evan de sonrisa amplia y me acercó la otra caja.

Un brazalete de plata se mostraba apenas abrí la caja.

No era gigante pero tampoco pequeño.

También decía algo.

Tomé aire porque si decía algo parecido a lo de Daisy me iba a ahogar en mis propias lágrimas.

En el brazalete decía “ELI 1Mill.”.

Miré a Evan confusa.

—La plataforma donde tengo a Eli, me envió una pequeña placa de plata con el reconocimiento de que mi app tenía un millón de descargas.

¿Un millón de descargas?! Sentí mis ojos salirse de sus órbitas. Cuando Evan me habló de que le iba bien con las descargas me imaginé que si 10mil descargas.

No hablé. No podía hacerlo.

—Claro la placa tenía otra cantidad de texto. Pero apenas vi esas palabras, supe que tenían que ser tuyas. No hay nada que describa mejor todo esto que me pasa, que siento como esas pocas palabras. Así que mandé a fundir la placa solo dejando esa parte original y de ahí salió tu regalo porque para mí eres un millón de todo lo bueno—otra vez se encogió de hombros como si me estuviese diciendo que compró el brazalete en Amazon, en las rebajas de otoño.

No me pude aguantar.

—¿Fundiste la placa de reconocimiento?! ¿Un millón de descargas?! —sentí que grité, a esas alturas no me importaba.

Era tan loco todo lo que me decía que parecía una broma. Incluso ignoré sus hermosas palabras, es que ¿Un millón?

—De hecho, voy por 2 millones 300 mil 55, pero nadie está contando —me guiñó un ojo y yo me derretí. Ese era Evan. Mi Evan—, además, esa placa era un pedazo de plata sin sentido si no hacía esto. Creo que se ve mil veces más interesante como un brazalete.

—¿Qué más de dos millones de descargas?! ¿Qué demonios Evan?

—Qué te puedo decir, aparentemente hay mucha gente que quiere compartir su vida con solo una persona, no exhibirlo en las redes sociales.

—Sin duda es más íntimo.

—Así es...

La joven nos interrumpió para preguntar no si queríamos algo más y ahí cuando nos dimos cuenta de que teníamos cerca de tres horas hablando.

Pedí la cuenta y cuando fui a pagar Evan casi se ofende.

—La última vez que comimos te prometí que pagaría yo.

—Y eso sigue en pie, solo que los cumpleaños están excluidos del trato.

Pagó, le agradecí y nos dirigimos a casa.

¿Eso sería todo? ¿Qué pasaría después?

—¿Quieres tomarte un café en la *Grafton Street*? Conozco una cafetería donde hacen un café excelente y té también en caso de que no quieras café.

No me arrepentí. No me arrepentí en lo más mínimo. No iba a poner de excusas, era mi cumpleaños y tenía derecho a antojarme hacer lo que me diera la gana.

La verdad era que me gustaba lo que estaba sucediendo esa tarde nublada en Dublín.

Hablábamos como amigos o por lo menos como dos personas dispuestas a conocerse.

Desde que conocí a Evan por primera vez, el deseo me envolvió como un huracán. Desde el minuto uno en que lo vi, quise acostarme con él. Lo deseé.

No me importaba nada más que estar con él, sentirlo dentro de mí. Sentir su piel sudada en la mía, arañar su espalda mientras llegaba al éxtasis, pero por primera vez no sucedía así. Y no era porque no lo deseara. Estaba segura de que mi deseo por Evan Scott no se acabaría nunca.

Solo mirarlo me daban escalofríos.

Pero por primera vez también quería sólo caminar con él y conversar.

No sabía si esos meses sola me habían hecho madurar un poco o quizá lo que sucedió entre nosotros de alguna manera me había “cambiado el *switch*”. Lo que sí estaba segura era que quería seguir hablando con él.

—Me encantaría Eli.

—¿No te molesta ir caminando? No está tan lejos de aquí. Quizá unos 25 minutos.

—No me molesta para nada, yo voy a donde me lleves, vine a verte a ti.

Sonreí

Él no lo sabía, pero con él yo también iría a cualquier lugar.

—Entonces vamos —metí las manos en el bolsillo de mis vaqueros para evitar la tentación de tomarlo de la mano y me dispuse a seguir disfrutando de mi cumpleaños.

La cafetería estaba llena. El centro de Dublín era muy diferente a la zona donde vivía. Era como si el tiempo se aceleraba y todo sucediera más rápido.

La gente pululaba de un sitio a otro sin importar que estaba empezando a llover.

El hombre del clima no se había equivocado, empezó a llover justo a la hora que diría y si continuaba en lo correcto, en par de horas ya pasaría todo.

Por suerte la lluvia nos tomó dentro de la cafetería sentados frente a frente en una mesa pegada al vidrio de la entrada.

Evan pidió un *macchiato*, yo un café con leche y unas galletas para compartir.

—Llegamos a tiempo antes de la lluvia.

Las gotas afuera se empezaron a hacer más fuertes. Las lluvias de otoño eran inevitables.

—Gracias por el regalo —miré mi brazaletes—, creo que nadie me había regalado nunca nada tan único y valioso, ni Day-day que es la reina de los regalos originales.

—Solo es valioso porque está en tu muñeca en forma de brazaletes, del resto era una placa sin sentido.

—Tenía el sentido de reconocer tu trabajo.

—No necesito que reconozcan mi trabajo con una placa, con lo que veo en el banco me hace suficientemente feliz.

Los dos reímos.

En un corto silencio, donde cada uno tomó un sorbo de su café, Evan habló.

—Eli. Quiero decirte que tenías razón.

Fruncí el ceño confundida.

—¿Razón?

—Sí —él asintió—, cuando regresé a Edimburgo me sentí el ser más miserable del mundo. Me tomó par de días ir a hablar con Mailen.

Solo con escuchar su nombre, el estómago me dio un brinco tan violento que por un momento creí que se me había volteado.

—No tenemos que hablar de eso Evan...

—Sí, si tenemos que hablar porque no sé si tendré la oportunidad de hacerlo otra vez.

—No digas eso.

Evan me tomó de la mano y me miró con tanta intensidad que me dejó paralizada.

¿De verdad pensaba que no iba a tener la oportunidad de hablarme más? ¿Para eso había venido? ¿Era una despedida?

—Solo quiero decirte que siempre tuviste razón y entiendo por qué te fuiste de la manera como lo hiciste, yo hubiese hecho lo mismo, pero menos elegante. Yo me hubiese dado un par de cachetadas, me hubiese insultado y no te faltaría razón.

—Yo nunca te hubiese insultado Evan...

—Pues no merecía menos —Evan miró su café como si el líquido le diera las fuerzas necesarias para seguir hablando—. Después de dos días fui a hablar con Mailen y esperé dos días no por miedo, sino por fuerzas. Sentía que ya no tenía fuerzas para hacer nada, como si tú te las

hubieses traído contigo.

—Le pedí perdón por la forma en que terminé con ella, sin embargo le dejé claro que no lo hubiese hecho diferente. Era la única herramienta que tenía y la usé porque no estar contigo nunca fue una opción. Y lo volvería a hacer una y mil veces.

—Pero para eso vine, porque si a ella le pedí disculpa por haberle dicho una verdad lapidaria, a ti te pido perdón por ocultártela. Sé que te lo dije en la playa, lo que no asimilé en la playa fue la magnitud con la que te herí. Nunca, nunca te debí haber mentido, no solo porque te hice daño sino porque ese no soy yo. Yo soy el que se enfrentó a Mailen con una verdad cruel, no el que te ocultó la verdad para no hacerte daño.

—Evan... —quise decir algo, pero él me hizo una seña que me detuviera. Al parecer quería soltarlo todo de una vez.

—Me tomó dos días asumirlo, así de idiota soy, y lo peor es que después que caí en cuenta el desastre que hice, no podía de dejar de caer en cuenta de cada una de las consecuencias de mis actos. Era como si al hueco en el que había caído, se le desbloqueara un nuevo nivel de profundidad del que solo me sacó el hecho de que cumplirías años pronto y yo te había hecho una promesa que no pensaba romper, ya había traicionado demasiado tu confianza para destrozarla más.

—Para ser sincera, nunca esperé que vinieras hoy. Las cosas entre nosotros no quedaron como para cumplir promesas —sonreí porque no sabía qué más hacer.

—Solo quiero decirte que me hace feliz que estés bien haciendo lo que te gusta y cumpliendo la promesa que tú misma te hiciste.

Había un tono en sus palabras que no me gustaba. Que me daba miedo.

—¿Tú te estás despidiendo de mí, Evan?

—Jamás, una vez te dije que ya me tenías para siempre —esta vez fue él el que sonrió—, solo quiero despedirme de esta etapa entre nosotros.

—No te entiendo. Y me da miedo entenderte.

—Eli —Evan me tomó de la mano—, tienes razón al decir que no nos conocemos, que no me conoces porque a diferencia de mí, que, en estos cuatro años separados, quise saber todo de ti, tú no sabías nada de mí, aún no lo sabes. Solo sabes que soy el primo de Tim que diseña aplicaciones, pero no sabes nada de mi vida. No sabes cómo vivo en Edimburgo o quienes son mis amigos, y no sé porqué yo no entendía eso porque para mí tú sabías todo lo que había que saber y soy tan idiota que me costó todos estos meses entenderlo. No me conoces.

Miré mi café. Si él buscaba las respuestas en el suyo, quizá el mío también tendría algunas.

—Gracias —me encogí de hombros—. Gracias por ponerte en mi lugar. Gracias por entender cuánto me habías herido y gracias por tener la valentía de decírmelo frente a frente.

—No merecías menos. Fui un idiota al no entender cuán fuerte eres, que en mi ego pensé que te protegía cuando en realidad te hacía más daño y te lo iba a hacer así te dijera la verdad meses o años después. Haberte ocultado mi relación con Mailen no tiene perdón y menos excusarla con una falsa sensación de protección.

—Lo entendiste —sonreí sincera—, eso era lo único que quería que entendieras esa noche. Y fue lo que más me dolió, que creyeras que me protegías cuando en realidad me hacías más daño.

—Soy un idiota.

—Ya eres menos idiota que hace tres meses.

Los dos sonreímos y por primera vez lo hicimos relajados, como si hubiésemos botado toneladas de peso.

—No quiero perderte Eli. Eres lo mejor que me pasa en la vida. Y habló en presente porque todavía me pasas. Tú eres mi musa. Nunca pensé que en la tecnología había una fuente de inspiración, tú eres la mía. Me la paso pensando proyectos para encontrarte, para estar más cerca de ti en la distancia. No sé ya qué app diseñar para estar juntos.

—No me has perdido Evan, ni lo harás, no lo hiciste en cuatro años que no supe de ti, no lo harás en tres meses —le dije recordando las palabras que le dije los días que nos reencontramos—, solo creo que nuestra relación tiene que cambiar. Nos tenemos que conocer. Tú has cambiado y yo también y tenemos que adaptarnos a los nuevos “nosotros”.

—Todavía ni entiendo como estudiaste arte si eres tan pragmática.

—Recuerda que el arte también son fórmulas.

—Eres increíble Eli —me dijo sacudiendo la cabeza.

—¿Entonces estás de acuerdo en comenzar de cero?

—Sé que empiezo en negativo, pero estoy de acuerdo. Vas a decir que te prometo mucho, pero te prometo nunca más mentirte ni ocultarte la verdad y mucho menos con la tonta excusa de protegerte. Me has demostrado que te sabes cuidar sola y no eres ninguna damisela en apuros.

—No me molesta que sientas la necesidad de protegerme Evan, lo que no puedo soportar es que me mientas para protegerme. No lo vuelvas a hacer por favor, aunque sientas que la verdad puede dolerte, créeme que la mentira me duele más.

—Trato hecho —Evan extendió su mano y yo le ofrecí la mía y así cerramos el trato.

Esa tarde caminamos por la *Grafton Street*, paseamos por el Temple Bar y nos tomamos una cerveza en uno de sus tantos *pubs*. Mientras contestaba los correos y mensajes de amigos que me escribían.

Le escribí a Daisy sin saber si la mataba o la besaba. Estaba segura de que la besaría porque no solo su regalo fue hermoso pero el mensajero fue un golpe certero.

Hablamos de todo un poco, de mis clases, de los planes de mis amigas para mí esa noche y de proyectos futuros.

Llegamos a mi edificio. Evan me acompañó hasta la puerta de mi apartamento.

A estas alturas lo único que quería era que me besara y arrastrarlo hasta mi cama.

Él me dio un beso en cada mejilla.

No podía creerlo ¿En serio? ¿Así terminaría nuestra velada?

—¿No me vas a besar? —lo tuve que decir, no podía creer que no me besara. Teníamos tres meses sin vernos y bueno, ya habíamos limado las asperezas.

Para decir verdad me avergonzaba saber que tenía tan poco orgullo cuando de Evan se trataba.

—No te voy a besar en nuestra primera cita.

—¿Nuestra primera cita? —dije un tono más alto de lo normal.

—Sí Eli, en el café me pediste empezar de cero. Pues lo voy a cumplir, porque no pienso cometer los mismos errores que las veces anteriores. Había venido con la intención de entregarte tu regalo y decirte que eras libre, que no me verías más y que siempre tuviste razón en todo, pero no pude, no pude porque eres lo más importante para mí y si me estás dando una segunda oportunidad pienso ir con pie de plomo y eso incluye, no besarte en la primera cita, así me muera por hacerlo.

—Te odio, porque tienes razón y me odio por no haber propuesto algunas enmiendas a ese acuerdo como “se vale besarse en la primera cita” y también “se vale pasar la noche juntos solo y solo si alguno de los dos involucrados cumple años”.

Evan soltó una carcajada. Ese era mi Evan.

—Pues, es tarde, ya el tratado está firmado y no hay enmiendas. Disfruta con tus amigas esta noche. Yo tengo un avión que tomar en par de horas.

—¿Ni siquiera duermes aquí?

—No. Te dije que mi plan era muy corto, pero agradezco al cielo que se haya alargado — me volvió a dar un beso en cada mejilla, esta vez se quedó un segundo más de lo necesario y yo agradecí ese corto espacio de tiempo.

—Te prometo usar más tu app y compartir mi día a día contigo para que veas mis avances en mis clases y que no soy como la restauradora del “*Cristo de Borja*”.

Evan rio otra vez.

—No olvides hacerme llegar tu nueva app para cuando la estrenes y por favor no vuelvas a fundir otra placa.

—Está bien Eli —me dijo ya alejándose de mi puerta—, las próximas placas las tendremos sobre la chimenea de nuestra casa —con un guiño de ojos, desapareció de mi vista justo a tiempo para no ver la baba que se me cayó al solo escuchar la tontería que dijo.

Las placas sobre la chimenea de nuestra casa ¡Ja! Estaba loco. Era obvio que los reconocimientos irían en el estudio.

La videollamada de mi mamá me tomó con la risita boba en mi cara.

Le conté lo que acababa de pasar.

—Hija, tú siempre has sido la que toma las mejores decisiones de las dos y confío plenamente que esta no será la excepción solo puedo decir lo feliz que estoy de que vuelvan los planes de mis nietos pelirrojos.

Nunca le conté a mamá lo sucedido con Eva, solo le dije unas semanas atrás que le había pedido un tiempo, ella no me preguntó nada más, pero era obvio que la noticia le había afectado.

Solté una carcajada que se escuchó en Cork.

Mi mamá no perdía las esperanzas.

—Como hoy ha sido un día de acuerdos, yo te voy a proponer algo, yo vuelvo al plan de darte los nietos pelirrojos si tú vuelves al plan de darme un padrastro, en especial si es George, para ahorrar camino.

Mi mamá había vuelto a salir par de veces con el hombre que estuvo enamorado de ella por muchos años, luego de que le garantizara que se había divorciado, vivía lejos de su exmujer y se había mudado a Edimburgo, es decir a una hora de mi mamá, pero mi madre era un hueso duro de roer más por pánico que por otra cosa así que yo me encargaba de recordarle que ella merecía una vida y un hombre que la quisiera, no porque fuese una ley, sino porque mi mamá era una romántica y en el fondo era lo que quería. Un buen hombre que la respetara y la hiciera feliz.

Y a mí no me podría alegrar más si eso pasaba.

—Me invitó a pasar un fin de semana en Kenmore, en una posada.

Hubo un corto silencio que yo rompí con una carcajada gigantesca.

—Mamá, si no vas, olvídate de los nietos pelirrojos y te lo digo en serio. No puedes seguir viviendo la vida con miedo a todo. Eres joven, eres bellísima y divertida, cualquier hombre estaría orgulloso de estar contigo, además George me gusta porque se parece a Pierce Brosnan. Má, un James Bond está enamorado de ti. No sé que más quieres de la vida.

Mi mamá rio con sus cachetes colorados de la vergüenza.

—Lo voy a pensar.

—No posada, no nietos. Tú elíges.

—Ok ok. Le diré que sí, y ya te contaré. No sé en qué momento te llamé para felicitarte y salí con una cita con George.

—En el momento que decidí que, si yo quería ser feliz, pues tú también lo serías.

—Te quiero hija. Aquí tienes tu regalo de parte de tu tía Sage y mío —mi mamá desvió la cámara a la mesa del comedor y la acercó.

En la mesa estaba una colección original de Las hermanas Brontë, Jane Austen y F. Scott Fitzgerald. Casi me muero de un infarto.

—¿Dónde consiguieron eso mamá?! —grité. Sí grité porque era la colección más hermosa del mundo y la había deseado desde que tenía 15 años.

—Tu tía Sage tiene contactos con librerías. No te los quisimos enviar porque hasta que no sepas qué vas a hacer con tu vida, no quiero enviarte nada que te pese si tienes que mudarte, y estos libros son muy valiosos para que estén dando tumbos por Europa. Así que, hasta que te no asientes, los libros permanecerán aquí resguardados.

—Me parece justo madre. Gracias por ese súper regalo. Ya le escribo a tía Sage. Ahora me voy porque he decidido ir a celebrar mis 30 años en grande porque hoy estoy feliz.

—Te quiero mucho, hija. Celébralos porque no siempre se tienen 30 y se es bella e inteligente como tú.

—Te quiero.

Terminé de hablar con mi mamá, me vestí y llamé a mis amigas.

Esa noche la pasé en un karaoke, cantando canciones de los 80s, tomando cerveza y riendo a carcajadas.

Fue uno de los mejores cumpleaños de mi vida a pesar de que me faltó la gente más importante a mi lado, lo vi como el comienzo de una nueva vida con nueva gente querida a mi alrededor. Ese día fue el día que decidí terminar una etapa y comenzar otra muy importante y Evan tenía mucho que ver en todo eso.

Lo último que hice esa noche, con mil copas demás, fue enviarle todas las fotos de mi celebración al apartado privado que compartía con Evan en ELI, para luego dormir como los ángeles aunque roncara como poseída.

—¿Ya se reconciliaron?

—Estamos dándonos una segunda oportunidad, estamos empezando de cero.

—Ok, pero ya están bien.

—Sí. Estamos bien.

—Y la hermana te había invitado a su fiesta sorpresa de cumpleaños ¿No?

—Si Nora, antes que pasara todo este desastre, su hermana me había invitado.

—La misma hermana que te escribió el mensaje de feliz “no” cumpleaños que en realidad fue una especie de ofrenda de paz.

Volteé los ojos. Nora me estaba colmando la paciencia con sus preguntas más que obvias para hacerme ir al cumpleaños de Evan.

Faltaban dos días y por mucha invitación que tuviese, no quería ir.

¿Me encantaría ir? Sí.

¿Quisiera pasar su cumpleaños con él así como él lo pasó conmigo? También.

Pero las cosas no eran así de simple. Para mí Edimburgo era terreno peligroso, era más que obvio que su mamá no me quería y me podía morir si por mala suerte me encontrara con su ex. Me moriría.

No. Evan y yo estábamos bien así. Dando pasos de bebés.

—¿Por qué tú insistencia, Nora? Parece que quisieras que me estrellara.

—No digas eso Eli —me dijo mi nueva amiga. Tomó un sorbo de su té para hacer una pausa—. Yo me casé muy joven y hay mil cosas que dejé de hacer porque en ese momento me parecieron inapropiadas, y en el fondo era solo miedo a hacerlas, y no sabes cuánto me arrepiento hoy.

—Tampoco es que eres una anciana.

—No lo soy, y cada día me siento más joven. Hasta tengo una lista de cosas por hacer antes de morir. Pero no quiero que tú tengas esa lista, quiero que hagas todo lo que quieras hacer, así te arrepientas, así digas que no debiste haberlo hecho. En estos pocos meses te he tomado mucho cariño Eli, y no quiero que sufras por algo que tiene solución. Que tú tienes la solución.

Bufé.

No hacía falta mucha insistencia para convencerme. En realidad, moría por ir a Edimburgo y pasar aunque fuesen par de horas con él, pero me daba miedo muchas cosas. Que él pensara que me había dado alas para llegarme hasta la puerta de su casa cuando ni siquiera me dio un beso. Que su madre me dijera algo horrible. Que todos se lo tomaran a mal y yo estuviera en el medio de una fiesta, sola y con Evan evitándome o peor, tratándome bien solo por compromiso. Porque al fin y al cabo nunca me había invitado a su casa en Edimburgo.

Volví a soltar aire.

Necesitaba una señal. Algo que facilitara mi decisión.

Sí, sí. Era cómodo e irresponsable, pero necesitaba algo que me dijera que lo que quería hacer era lo correcto.

—Ok Nora. Voy a hacer algo. Voy a pedir una señal.

—¿Qué?! —mi amiga levantó la voz— ¿Una señal? ¿Qué te pasa Eli? Tienes 30 años, no tienes 15. Toma una maldita decisión.

—Mi decisión es que mi señal tiene 6 horas para aparecer. Para que me de tiempo a comprar el boleto de avión.

Nora gruñó frustrada. No pude evitar reírme porque esa sí fue una reacción de adolescente.

—Haz lo que quieras Eli —se levantó de la mesa—. Nos vemos esta noche en la casa para terminar el maldito proyecto —se fue y me dejó en el cafetín de la universidad, sola y riéndome de su ataque de frustración.

Vi mi reloj.

Habían pasado 5 horas y 59 minutos. Respiré relajada. La mejor decisión fue esperar una señal porque la verdad era que me daba pánico viajar.

Recogí mis cosas, cerré la tienda y fui a tomar mi autobús para ir a casa de Nora para terminar el “maldito proyecto”.

Caminé unos 5 minutos de la parada de bus hasta su casa. Toqué el timbre.

—¿Dónde demonios has estado? —fue la cálida bienvenida que me dio Nora. No estaba molesta, más bien preocupada.

—En la tienda y luego en el bus ¿por qué? —pregunté extrañada.

—Porque tengo casi una hora escribiéndote para que trajeras bebidas porque encargué unas pizzas y no te llegan los mensajes. Pensamos que te había pasado algo porque siempre respondes los mensajes de inmediato por muy ocupada que estés.

Miré mi teléfono extrañada.

—Que raro. Mi teléfono está perfecto.

—Pues no lo está, reinícialo porque debes tener como 20 mensajes por cualquier red social de Anika y míos.

Me encogí de hombros. Reinicié mi teléfono y pasamos al estudio de Nora, que era básicamente una habitación blanca, con una ventana corredera de pared a pared que daba a su bello jardín. Una gran mesa en el medio y una pequeña en una esquina con su ordenador. De un lado algunos cajones con todo nuestro material.

A esas alturas ya parecíamos pareja. Yo tenía mis propios cajones.

Agradecí al cielo que me tocara una compañera con mucho espacio en su casa y no una que viviera en un espacio más pequeño que mi apartamento. Porque en mi casa no cabía ni un alfiler.

Me estaba sentando, para instalarme a trabajar cuando escuché mi teléfono vibrar unas 30 veces corridas

—Sabía que a ese traste le había pasado algo —dijo Anika entrando al estudio. Se acercó, me dio un beso en cada mejilla y se sentó a mi lado—, básicamente los mensajes son míos rogando que trajeras mi refresco. Por suerte, Nora me dio el plan B. Un pequeño super que reparte a domicilio.

¡Maldición! Se había quedado congelado.

Miré la pantalla. En efecto, había unos 25 mensajes de Anika para que le comprara su gaseosa.

Pero lo que más llamó mi atención fueron los otros 5.

Dos eran de Evan. El primero una foto y el segundo un mensaje que decía *“la interfaz de ‘Come conmigo’, espero te guste. Ya te iré dando avances. Este es un boceto, quiero compartir contigo todo el proceso.”*

No entendía mucho la foto. Eran algunos botones y comandos, pero me hacía ilusión que compartiera conmigo hasta la primera etapa de su interfaz.

Suspiré como una adolescente enamorada.

Los otros tres mensajes fueron los que me dejaron fría, tanto su remitente como la hora. A las 5:59 minutos. Faltando un minuto para que se acabara el tiempo para mi señal divina.

Ivy me escribía un texto que, si hubiese sido supersticiosa, diría que era una brujería... o una verdadera señal.

*¡Hola Eli! Ayer hablé con mi hermano, me contó que se habían reconciliado (o algo así), estoy más feliz que él porque ahora no tienes a excusas para no venir a su cumple. Le va a dar un infarto cuando te vea. No sabes lo feliz que está, gracias por perdonarlo. Mi hermano es un buen tipo Eli, estoy segura de que te hará feliz como tú lo haces a él. El brillo de sus ojos no tiene descripción. Por favor confírmame sí o sí. Te espero en tres días.

Tomé aire.

Qué demonios. ¿Si esto no era una señal, qué era?

Quería estar con Evan en su cumpleaños. Pedí una señal y el cielo me mandó una del tamaño de un piano de cola.

Y como diría el dicho moderno. El que tenga miedo a morir que no nazca.

Levanté mi mirada y vi a mis dos amigas mirándome con los ojos como cuatro platos.

—¡Qué carajos! Me voy a Edimburgo este fin de semana.

Mis amigas celebraron como si me hubiese ganado la lotería mientras yo hacía los arreglos con Ivy para darle la gran sorpresa a Evan.

Me iría el mismo sábado y regresaría el domingo así no perdería clases.

Ivy me consiguió un apartamento pequeño y muy económico y a los dos días estaba montándome en un avión y aterrizando en Edimburgo.

Edimburgo era como una ciudad de un cuento de hadas. Sus fachadas antiguas, su castillo a lo alto de la colina, el río atravesando la ciudad.

Era como un cuento.

Para mí la ciudad significaba mi época de universidad, las fiestas de universitaria y los compañeros de clases, que aunque tuve muchas amistades, no hice grandes amigos porque los días de fiestas o los puentes donde mis compañeros se quedaban para salir a clubes, yo me iba a casa a compartir con mis amigos de la infancia.

Y no me arrepentía ni un poco.

Pero ahora Edimburgo era Evan y todos los miedos que implicaba estar enamorada.

Tenía la ridícula idea de encontrarme a Mailen y que me dijera cosas horribles y ciertas sobre Evan. Era como una pesadilla recurrente, pero estando despierta.

Cuando llamé a Day-day contándole de mí loco plan, casi hizo una fiesta. Me consoló diciendo que solo estaba en mi cabeza y que debía afrontar mis miedos, como había hecho con todo.

Solo que todos mis miedos que tenían que ver con Evan, me hacían más vulnerable.

Llegué al pequeño apartamento que Ivy me había encontrado. Era, como ya existía en muchas ciudades, un edificio reformado para hacer muchos pequeños apartamentos.

Era perfecto para una noche o unas cuantas. En realidad, viviría en ese lugar feliz.

Estaba ubicado en un sector de clase media alta, cerca de la casa de los padres de Evan, según la dirección que me había dado Ivy. Porque ahí sería la fiesta.

Doble miedo.

Tener que tocar la puerta y que me abriera su madre. Podría morir de pena y miedo.

Me metí a la ducha.

Me autoconvencía que era una mujer segura, independiente y todas esas chorradas que uno se dice cuando está hecha caca en los pantalones.

¿Le agrada la sorpresa? ¿Tendría tantas ganas de verme como yo a él? ¿Su madre me asesinaría con la mirada?

Salí de la ducha. Sequé mi pelo que no tardó mucho por cómo lo había cortado.

Me vestí. Un suéter cuello de tortuga y unos pantalones negros de lana con líneas grises que hacían cuadrados muy sutiles, ajustados, pero no apretados. Zapatos cerrados a los tobillos, no botas, no botines y un maquillaje ligero tratando de resaltar mis ojos.

Como tenía el pulso, me costó Dios y su ayuda para que la línea del delineador me saliera más o menos decente, pero lo logré.

Tomé mi abrigo, mi cartera, su regalo y me fui caminando.

El otoño en Edimburgo era más que hermoso, era una lástima no poder disfrutar de sus colores por más tiempo.

El frío formaba parte de todo ese encanto.

Caminé por veinte minutos hasta que la app de mi móvil me señaló que había llegado al lugar.

De igual manera lo hubiese sabido por los coches aparcados afuera.

La casa era una casa típica de clase media-alta. De dos plantas. Su fachada era blanca, clásica.

Tenía un jardín amplio y sabía que su patio trasero sería más grande aún, y que ahí sería la fiesta que al parecer no era una “simple reunión familiar” como me lo dijo Ivy. Al menos que tuvieran una familia gigante.

Me paré en la calzada frente a la casa en cuestión y una idea muy loca me cruzó por la cabeza.

Vi mi reloj. Estaba a tiempo.

Le tomé una foto a la fachada de la casa y la subí al apartado privado de Evan y mío en ELI, con la leyenda “¡Sorpresa!”.

Me arrepentí de inmediato. Mis miedos volvieron igual de rápidos que la loca idea de enviarle una foto de la fachada de la casa de sus padres, pero ya lo había hecho y tenía que correr con las consecuencias de mis actos, desde subir una foto hasta viajar a otro país para ir al cumpleaños sorpresa de un “amigo”.

Repetí mi mantra.

Le escribí a Ivy un mensaje.

*Estoy afuera

Después de mil emojis de felicidad, me respondió.

*¡PERFECTO! Le diré a Evan que abra. Se va a hacer pipí en los pantalones. No sabes cuán feliz lo vas a hacer Eli.

*Eso espero.

Esperé un minuto, lo suficiente para que Ivy le dijera a su hermano que abriera la puerta, y toqué el timbre.

No pasaron cinco segundos cuando unos ojos azules me dieron la bienvenida, solo que no era la que me esperaba, o quizá sí.

Tenía el ceño fruncido en una mezcla de molestia e incredulidad. Tenía el móvil en su mano donde pude ver la foto que le acababa de enviar.

Evan la miró confuso y me miró a mí.

—Sorpresa. Feliz cumpleaños —le dije como el *emoji* de la chica con los hombros levantados en señal de “esto es lo que hay”.

Su rostro fue un poema. Su rostro siempre lo era, pero cuando cambiaba sus expresiones era digno de ser filmado.

No tuve tiempo de reaccionar.

Evan acunó mi rostro entre sus manos y me dio el beso más delicioso que había recibido desde... pues, desde que me besó por última vez.

Me tomó de la mano y llevó justo al lado opuesto de la fiesta

—¿Qué pasó con la ley de no besarme en las primeras citas? —pregunté todavía atontada por el beso.

—Está no es una cita. Es mi prerrogativa de cumpleañosero —besó mi mano sin parar de caminar rápido—, huyamos de aquí.

Caminamos hasta su coche por un minuto en el que mis neuronas trataban de hacer sinapsis de tratar de dilucidar lo que estaba ocurriendo.

Vamos Eli. Tú puedes.

Llegué de sorpresa a la fiesta de Evan. Me da un beso que me dejó atontada. Me lleva casi que corriendo a su coche. Quiere huir de ahí.

Evan abrió la puerta del copiloto para que yo me subiera, pero yo la cerré.

En un segundo que mis neuronas volvieron a la vida. Volví a ser yo.

—¿Qué demonios Evan Scott? Vengo a darte una sorpresa de cumpleaños y tú me arrastras hasta tu coche para alejarme lo más posible de tu fiesta. ¿Tanta vergüenza te doy? —Con la misma actitud le extendí la pequeña caja envuelta en un papel de perritos soplando una tarta de cumpleaños—. Feliz cumpleaños, por cierto.

—No lo quiero. Esto no era lo que yo quería.

¿Qué? ¿Qué estaba escuchando? ¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Evan no quería mi regalo y tampoco que atuviese ahí?

Pude jurar que escuché mi corazón agrietarse. Cuando por fin los pedazos empezaban a sanar, Evan me los rompía otra vez.

Estoy segura de que Evan pudo ver como poco a poco se iba el color de mi rostro y mi cara de descompuesta tomaba posesión.

Quería vomitar.

—Eli, no —volvió a tomar mi rostro entre sus frías manos—. No, no es lo que quiero decir. No quiero que me des tu regalo aquí, vamos a otro sitio. Que estés aquí hoy ha sido lo mejor que me ha podido ocurrir desde que fui a Dublín.

—¿Entonces qué sucede? —dije todavía mareada mientras sus dulces palabras hacían que me sintiera mejor.

—Te prometí que no te mentiría más, y no lo haré —abrió otra vez la puerta y yo entré sin chistar, en parte porque quería la explicación, en parte porque necesitaba sentarme.

—¿Qué sucede? —le pregunté cuando él se sentó en su asiento.

—Mailen está en la fiesta.

—¡¿Quéééééé?! —grité. Esta vez si iba a vomitar, pero bilis.

Hice el ademán de abrir la puerta. Ya estaba harta de tanto drama. Me iba a casa.

Evan pasó los seguros al coche.

Me agarró la mano.

—Eli —su tono de voz era diferente. Pausado pero firme —te prometí que nunca más te

mentiría y no lo haré, pero tú me tienes que prometer que me escucharás.

Lo miré a los ojos.

Los ojos de Evan eran las ventanas de sus emociones. Sabía que me decía la verdad porque me miraba a los ojos con una intensidad abrumadora.

Asentí.

—Pero no te lo voy a explicar aquí —continuó—, vamos a donde realmente quería estar en mi cumpleaños y ahora contigo aquí, no hay cumpleaños más perfecto.

Estiré mis labios precavidos, porque, aunque sus palabras eran dulces y parecían sinceras, yo había aprendido a desconfiar de todo. Así que la explicación tenía que ser malditamente buena.

Llegamos a un pequeño bar más hacia el centro de la ciudad. Nada diferente a otros. Las clásicas mesas en el centro y butacas pegadas a la pared.

La mitad de la pared enchapada en madera y la parte superior con un papel tapiz de ornamentos marrón oscuro con finos bordes dorados.

Sonaba una canción de *The Smiths* al fondo.

Había gente, mas no estaba lleno.

Un joven se nos acercó. Evan le habló primero.

—Tengo una mesa reservada a nombre de Evan Scott, pero no sé si es posible que nos cambies para una más pequeña.

—¿Tenías una reservación? —Le pregunté extrañada.

—Sí —asintió—, como te dije en el coche aquí era donde quería pasar mi cumpleaños, pero mi familia me quiso dar la “gran sorpresa”.

Nos dieron una butaca en una esquina. Nos sentamos y pedimos una pinta de la cerveza de la casa cada uno.

Nos miramos por unos segundos.

Él tenía esa sonrisa de medio lado que me derretía. Esa que parecía que quisiera evitar reírse, pero le salía el gesto más adorable del mundo.

Me tomó de la mano.

—Estás aquí —acarició mi rostro. Sus ojos recorrían toda mi cara mientras seguía luchando contra esa sonrisa inevitable.

Mi corazón latía al mil por ciento, quería hundirme en esa caricia, quería quedarme toda la noche saboreando ese beso, pero mi cabeza se mantuvo en control.

La explicación.

—No vas a estar bien hasta que no te explique ¿verdad?

—*Mmmhmm* —asentí.

—No sabía que ella iba a estar ahí Eli. Como te dije, la fiesta fue sorpresa y la hubiese disfrutado incluso cuando tenía otros planes.

—¿Y que hacía ahí entonces? No es que sienta que tenga más derecho que ella de estar contigo en tu cumpleaños Evan, solo que quiero estar clara de donde estoy pisando. No quiero más drama en mi vida y mucho menos contigo. Yo sé que no viviremos la vida felices como esa semana juntos hace cuatro años, pero estoy exhausta de tanto conflicto.

—¿Y crees que a mí me gusta esta situación Eli? —me preguntó casi con hastío en su tono. Yo sacudí mi cabeza. Si había algo que podía decir que conocía a Evan era su desprecio por el drama al igual que yo, y por evitarlo era que habíamos tenido tantos problemas—. ¿Sabes cuál hubiese sido mi cumpleaños perfecto? Volar hasta Dublín y pasar este fin de semana contigo. Haciéndote el amor todo el día y solo saliendo de la habitación a comer.

Casualmente, bueno, no tan casual, esa era la forma como quería pasar mi cumpleaños y hubiese sido perfecto

Tuve que cruzar mis piernas. El solo pensar en esa situación con las palabras saliendo de

la boca de Evan, hacía que mi abdomen se contrajera de excitación.

—Y lo haría porque hubiese usado mi enmienda de cumpleaños y a la mierda las leyes.

Apreté los labios evitando sonreír, porque vamos, estábamos hablando algo serio.

Tomé un trago de mi cerveza para rescatar mi compostura.

—Pero en cambio estamos aquí.

—Y es suficiente para mí.

—Evan tu familia está en su casa celebrando tu cumpleaños sin ti y yo entiendo que no estén cómodos conmigo porque es obvio que no soy santo de devoción de tu madre y yo no estaré muy feliz de que estés con tu ex ahí, pero es tu familia. Yo puedo regresar a mi apartamento, nos podemos ver en la mañana, igual yo me voy al mediodía.

—La única manera que yo te vea en la mañana es que abra los ojos y tú estés a mi lado. Y te voy a explicar por qué está Mailen ahí. Después de que terminamos, estaba claro que mis cosas estarían en la puerta de su casa. Era aceptable. Ella nunca fue del tipo pasivo, más bien bastante impulsiva, pero todo murió ahí porque era obvio que no esperaba que fuésemos amigos después de lo que hice.

—Está bien Evan, no me tienes que explicar todo lo que haces.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Te prometí no más secretos y no pienso incumplir esa promesa.

Asentí y dejé que continuara. Que se descargara.

—Desde unas semanas para acá no me habla a mí, llama a mi mamá. Y como te dije antes, mi mamá vivió mi corazón roto por casi cuatro años y vio en Mailen mi tabla de salvación. De alguna manera no confía en ti. Y hace tres meses cuando volvimos a reencontrarnos, te vio en persona, no como el ser mitológico que parecías ser y yo terminé con Mailen para luego volver a tener el corazón roto. Bueno...

—Evan —lo interrumpí—, tú mamá cree que soy la clásica mujer tóxica que te toma y te suelta a su conveniencia y estoy empezando a pensar que tiene razón.

—No Eli —tomó mi mano y la apretó—, te lo dije una vez y te lo diré mil veces si hace falta, tú eres el amor de mi vida, desde que te vi lo supe, y por cosas de la vida no hemos podido estar juntos de una vez por todas, pero la única vez que me has hecho infeliz fue cuando yo te hice infeliz a ti.

—Entiendo que aprecie a Mailen, lo que no entiendo es porque habría de invitarla a la fiesta sabiendo en los términos en que se separaron.

—Conociendo a Mailen, sabría de mi fiesta por algún amigo en común, se apareció en casa de mis padres y mamá nunca la trataría mal ni haría nada por sacarla de la casa.

—¿Incluso sabiendo que su hijo la estaría pasando mal en su cumpleaños?

Evan se encogió de hombros.

—Mi papá estaba tratando de mediar conmigo cuando sonó el timbre que me salvó —estiró su mano y la entrelazó con la mía—. Tú siempre me salvas Eli.

Envolví su mano con mi otra mano —Y al parece también te meto en problemas —los dos sonreímos cómplices—, ¿Qué trataba de mediar tú papá? Sé que estoy preguntando mucho Evan, pero estoy tratando de entender, de encajar las piezas para saber que papel juego yo aquí.

—Tú sabes el papel que juegas Eli. Tú lo sabes. Mi papá siempre ha sido el mediador. Mi mamá es la mano dura y él el mediador.

—Policía malo, policía bueno.

Evan asintió —Y hacen un maldito buen equipo, toda la vida han sido así. Un equipo, por eso Ivy y yo hicimos alianza.

—¿E Iris?

—Ella es como Suiza. Es tan buena que no se mete en esos juegos de poder, no lo necesita. Creo que al final ella es la más inteligente de todos y la mente maestra que nos manipula.

Reí.

—Mi mamá no te odia —continuó—, odia el hecho de que tuvieses planes, prioridades y que su pimpollo no fuera lo más importante para ti y su pimpollo como siempre se salía con la suya y esa vez no pudo, pasó cuatro años con el corazón roto porque al final, hasta yo odiaba no ser tu prioridad, pero a la vez, es lo que más admiro de ti.

El teléfono de Evan vibró sobre la mesa. Los dos desviamos la mirada a la pantalla.

“Mamá”, se leía y aparecía una foto de Jazmine siendo apapachada por sus tres hijos. Se veía feliz, su risa suavizaba sus facciones. Se veía más hermosa de lo que se veía cuando estaba seria y eso ya era bastante qué decir.

Mi corazón se aceleró porque sabía lo que venía no era bueno.

Evan no se movía. Miraba su móvil como si fuese una cucaracha muerta sobre la mesa.

—¿No vas a atender?

—No pienso hacerlo.

—¡Evan! Contesta el maldito teléfono, aunque se sea por mí. No le des más razones a tu mamá para odiarme.

—Mi mamá no te odia y no es estúpida. Ella sabe por qué me fui de la fiesta.

—¡Contesta o lo hago yo!

Sus labios se estiraron y una risa de niño malo apareció en su rostro.

—Me encantaría ver eso.

—¡Evan!

—Ok, ok —apretó el maldito botón verde—, Hola mamá. Estás en altavoz así que cuida lo que vas a decir.

Yo puse mi mano en mi cara justo como el emoji.

A Evan le encantaba buscar problemas.

—Evan. No hagamos un drama de todo esto —la voz de Jazmine era calma, pero podría decir amenazante.

—Mamá, no estoy haciendo un drama. Es mi cumpleaños y lo quiero pasar con la gente que me hace feliz y todo estaba perfecto hasta que Mailen llegó.

—Evan, amor —su voz se suavizó y sabía que venía la parte de la negociación. Todas las madres son iguales—. No sé quién invitó a Mailen o como ella se enteró que teníamos la fiesta para ti, pero entiende que no puedo echarla de la fiesta.

—Yo te ofrecí a hablar con ella y que se fuera.

—Yo conozco tus métodos.

Evan soltó una carcajada y por alguna razón sentí que el ambiente se había relajado. Al fondo se escuchaba una voz, una mujer. Por un segundo pensé que era Mailen haciendo un espectáculo, pero Jazmine aclaró mi duda.

—¡Por Dios Ivy! Estamos hablando algo serio.

Ivy decía algo a lo lejos. Decía no, gritaba.

Traté de afinar mi oído. Tuve que ponerme las dos manos en la boca para no soltar la carcajada.

Ivy gritaba al fondo.

—Hermano, dime que te gustó mi regalo. Dime que te gustó mi regalo. Dime que te gustó mi regalo.

Repetía lo mismo una y otra vez.

Jazmine era una santa, porque yo le hubiese lanzado un zapato.

—Evan por favor regresa a tu fiesta. Tus hermanas se esforzaron mucho para organizar todo...

—Si estás feliz con Eli —otra vez Ivy la interrumpió—, no regreseeeeeees.

Se escuchó una especie de golpe y luego un “ouch”. Supuse que Jazmine le había dado su merecido a Ivy pero no dejaba de ser gracioso.

—Mamá. Sabes que estoy con Eli y sabes que si vuelvo y Mailen está ahí va a haber un espectáculo porque prudente Mailen no es, y regresar sin Eli no es negociable. Hizo es esfuerzo de venir en mi cumpleaños y no voy a dejar que se vaya.

Jazmine suspiró —Tienes razón hijo, es tu cumpleaños y son tus reglas. No puedo imponerte nada, nunca lo he podido. Voy a hablar con Mailen para que se vaya. Te escribo en un minuto para confirmarte y puedas venir.

—Gracias mamá. Te amo.

El amor que sentían mutuamente Evan y Jazmine nunca estuvo en duda, pero los dos tenían el carácter tan fuerte que vivían en una constante lucha y no había que ser un adivino para saberlo.

—Antes de irnos —le extendí la bendita caja que ya parecía una piñata golpeada—, tu regalo.

Evan miró la caja, me miró a mí y sonrió.

—No es ninguna placa derretida. Es un poco cursi, pero creo que te gustará. Espero porque...

—Eli —me interrumpió—, déjame abrir el regalo y te lo digo.

—Perdón.

Evan abrió la caja y sacó de ella una cámara de fotos instantáneas, un bolígrafo y un pequeño libro. Frunció el ceño confuso.

Abrió el libro. En realidad, era una especie de “*scrapbook*”, y en la primera pagina se leía “El álbum de los recuerdos por venir”.

La idea me la dio Anika que se la había dado al que ahora era su prometido en su primer cumpleaños juntos, y entre Nora y ella me ayudaron a armarlo. De algo había servido 12 años de estudios de artes sumados entre las tres.

Me pareció cursi, pero a la vez se parecía a Evan y a mí. Además, no tuve tiempo de comprarle algo diferente, tenía que terminar mi proyecto.

Ví como la cara de Evan se transformaba. Una luz especial iluminaba sus ojos.

—Me dí cuenta de que no teníamos una foto juntos. Solo par de fotos que Daisy pudo rescatar de hace cuatro años en la piscina con los chicos.

La primera foto del álbum era una panorámica de la playa de North Berwick que tenía en mi móvil porque siempre le tomaba fotos a la playa. De un lado de la foto decía “El flechazo. Aquí nos conocimos, aquí me enamoré de ti”.

Las dos fotos que me dio Day-day venían justo después, ahí decía “la noche en la que NO me besaste”. Luego puse una foto de la fachada del café de Tina y una nota que decía “nuestro primer desayuno”, después una de *North Berwick Law* esta nota decía “Aquí SÍ. Nuestro primer beso”. Y en pocas páginas describí nuestra relación, porque en todas las páginas en blanco siguientes, quería construir nuestros nuevos recuerdos. Quería que cada espacio se llenara de sonrisas y que creáramos mil álbumes de ese tipo.

Yo creía que era una idea hermosa y romántica casi como fundir una placa de plata, pero de mucho más bajo presupuesto y tiempo.

—Espero te gust...

No terminé de hablar porque Evan se me abalanzó para darme un segundo beso sorpresa, esta vez se dedicó a él.

Su lengua deliciosa acariciaba el interior de mi boca como si se estuviese comiendo un manjar y su respiración controlada pero intensa estaba a punto de volverme loca.

Cuando se separó de mí y yo pude recordar quien era, sentí su caricia en mi rostro.

—Es un tesoro Eli, me estás regalando un tesoro. Gracias.

Sonreí porque no tenía sangre en el cerebro para responder algo coherente.

Tomé el álbum. Señalé algunos espacios en blanco en las primeras páginas.

—Son mis recuerdos Evan, pero estos espacios son para que escribas los tuyos y espero coincidan porque yo solo recuerdo ser feliz.

—Fue la semana más feliz de mi vida Eli.

Tomé su mano —Ahora vamos a casa de tus padres que ya he acumulado puntos suficientes para que me odien.

—Están lejos de odiarte Eli, cuando vean lo feliz que soy contigo, te van a querer casi tanto como yo o como te ama tu mejor relacionista pública...

—Ivy —dijimos al mismo tiempo y reímos.

Iris le envió el mensaje.

*Mailen se acaba de ir. (No muy feliz).

*Vamos saliendo para allá. (Muy felices)

Le di un golpecito en el brazo. Su humor era cruel, pero lo entendía. A mí tampoco me importaría un bledo con el humor con el que se fuera mi ex de mi fiesta de cumpleaños.

Evan pagó las dos cervezas y nos fuimos al coche tomados de la mano.

Mi cuerpo vibraba de emoción. Sentía tantas cosas en ese instante que no sabía describir qué sentía exactamente.

Era como la certeza de que Evan me pertenecía y yo a él, que el cuento ese de las almas gemelas o del hilo rojo era verdad y él y yo estábamos unidos por esa fuerza que nos hacía imposible luchar en contra.

Estaba feliz, excitada, emocionada, preocupada, nerviosa, pero de algo estaba segura, que haría lo que fuera para hacer feliz al hombre a mi lado.

Evan abrió la puerta del coche para mí y esta vez fui yo la que lo tomó por sorpresa.

Aproveché la soledad de la calle para poder besarlo como quería y que él me besara como lo deseaba.

Lo tomé de la mano y lo acerqué hacia mí, él no opuso resistencia ninguna y en un segundo ahí estaba yo, atrapada entre el cuerpo gigante de Evan y el coche.

Mis manos enredadas en su cabello y las de él recorriendo mi cuerpo en un beso que nos quitaba el aliento a los dos.

Su mano se deslizó por debajo de mi suéter y acunó mi seno.

Jadeé su nombre, mientras él mordisqueaba mis labios. Estaba segura de que de haber llevado falda en ese momento, no nos hubiésemos detenido y nos hubiesen tenido que ir a buscar a la policía por realizar actos lascivos en la vía pública.

Pero en nuestra defensa debía decir que los besos que me daba Evan siempre eran lascivos.

La vibración de su teléfono nos devolvió a la realidad.

Esta vez Evan lo ignoró.

Aprovechamos en inciso para tomar aire y recomponernos.

—Quédate esta noche conmigo Eli. No quiero perder ni un segundo más contigo. Quiero llenar ese álbum de recuerdos.

—Por alguna razón que desconozco y que realmente no me importa, nunca puedo decirte que no.

—Dilo. Di que te quieres quedar esta noche conmigo —pegó su frente de la mía. Su voz era un susurro carrasposo que aterrizaba justo en mi abdomen.

Si no hubiese tenido tanto miedo de Jazmine y de Evan padre, le diría a Evan “a la mierda la fiesta, llévame a mi apartamento y fóllame hasta que quedemos sin energía”.

Pero yo era un poco más decente y en realidad quería que su madre me dejara de odiar. Quería demostrarle que mis sentimientos por Evan eran reales y que de ahora en adelante éramos un equipo. Yo no tomaría decisiones por los dos y él tampoco.

—Sí Evan Scott. Esta noche me quedo contigo.

Volvió a besarme. No como minutos atrás porque estaba segura no nos hubiésemos detenido. Fue un beso feliz y hasta juguetón.

Así me subí al coche. Con una sonrisa en la boca y la certeza de que todo sería diferente.

Salimos del coche.

Evan tomó mi mano y nos dirigimos a la casa de sus padres, pero a los tres pasos, una mujer alta, de pelo rubio lacio, ojos azules y un maquillaje que parecía de concurso de belleza, con pestañas postizas y todo, nos interceptó.

—Mierda —gruñó Evan.

No tenía que ser psíquica para saber de quien se trataba.

Mi miedo a Edimburgo, se hizo realidad. Me sentí mareada cuando vi a la exnovia de Evan frente a nosotros.

Era como una pesadilla hecha realidad.

—Evan —dijo la mujer, pronunció el nombre de Evan, pero me miró a mí de arriba a abajo y luego de vuelta.

—Mailen.

—Vine para desearte feliz cumpleaños, pero al parecer no soy bien recibida en esta casa. Veo que prefieres ser la sobra en la vida de otra antes de ser la prioridad en la mía.

—Quien yo prefiera ser ya no te incumbe, y lamento que nuestra relación terminara tan mal, fui el peor contigo, sin embargo, eso no te da derecho a venir a casa de mis padres sin previa notificación.

—Entonces al parecer algunas sorpresas son buenas, otras no tanto.

—Exactamente.

El porte de Evan era intimidante, había dado un paso al frente como protegiéndome.

—Cuando te aburras de él otra vez lo vas a dejar hecho un trapo —esta vez el ataque fue a mí—, cuando tengas “cosas más importantes que hacer” o le digas que te quieres “desarrollar como profesional” lo vas a volver a dejar y bueno, me tocará a mí recoger la sobra.

Di un paso adelante.

Yo odiaba el drama, odiaba el confrontamiento pero mucho más odiaba a los *bullies*.

Después di otro. Evan trató de detenerme, no lo logró.

Nadie podía hacerlo cuando me proponía algo.

—Sé que estás dolida y sé que te hicimos daño, no obstante, no pienso pasar el resto de mis días esperando tu perdón y mucho menos aguantando tus ataques y tus acosos. Así como te arruiné la vida, tú también me la arruinaste a mí, la diferencia fue que Evan decidió buscar el perdón de quien realmente amaba y yo decidí perdonarlo y perdonarme. A quien sí no voy a perdonar es a ti que al parecer te hace feliz hacerme daño, la mala noticia es que ya no tienes poder sobre mí. Muérdete la lengua y trágate tu propio veneno.

—Solo eres una aventura de verano, solo eres buena porque su tiempo es corto y efímero, tú no podrías tener una relación con Evan porque él lo entrega todo y tú siempre tienes “otras prioridades” sobre él. Él no lo aguantará y tú menos.

—Lo que aguantemos no es tu problema. Y si tengo otras prioridades es porque yo me amo a mí antes que a cualquiera, yo soy mi prioridad y no estoy haciendo el ridículo en la puerta de la casa de los padres de mi ex, dando un discurso patético de cómo llevar una relación.

Una lágrima salió de los ojos de Mailen, pero no fue una lágrima de tristeza o dolor, se le notaba en la cara. Fue una lagrima de frustración al ver que no podía ofenderme ni herirme.

Apenas cerré la boca me di cuenta de que media fiesta había salido al jardín frontal de la casa.

No había gritado, de hecho, había sido bastante decente para lo que merecía la rubia, pero igual sentía una vergüenza gigante al ver el rostro de los padres de Evan estupefactos.

No estaba mejorando mi imagen frente a ellos en absoluto.

—Esto no se queda aquí Evan —dijo Mailen mirando a Evan con un desprecio tal que parecía que nunca hubiese habido amor—, todos nuestros amigos sabrán quién eres, te voy a destruir frente a todos. No podrás vivir en Edimburgo.

—Esto quedó aquí hace tres meses Mailen, puedes hablar lo que quieras, nuestros amigos saben quien soy yo y quien eres tú —Evan tomó mi mano y la apretó—. Y no te preocupes no tengo muchos planes de vivir en Edimburgo por mucho tiempo.

Yo asentí segura demostrándole a Evan todo mi apoyo, pero en medio segundo mi cerebro me dijo *¿Tú estás escuchando lo que tu escultura dice o además de tonta eres sorda?* Abrí tanto los ojos que pensé que le iban a pegar a Mailen en la cara.

¿No tenía planes de vivir aquí mucho tiempo más? ¿Cuánto tiempo? ¿A dónde se iría? ¿Conmigo? ¿A otro lado?

Nota mental: recordarme de preguntarle a Evan qué quería decir con esas palabras.

No supe qué pasó en esos segundos que discutía conmigo misma, pero vi a Mailen voltear como si supiera que tenía al diablo atrás.

Bueno, tenía a la mamá de Evan.

—¡Mailen! —Jasmine levantó un tono su suave voz y hasta yo casi me hago pipí en mis lindos pantalones. Admiraba a Evan y a Ivy por enfrentársele porque si a mí me llegase a gritar, me pongo a llorar como niña de 3 años.

—¿Tu estás escuchando todo esto Jasmine? ¿Todo lo que esta mujer ha dicho?

Evan fue a hablar, pero Jasmine levantó su mano usando su poder Jedi para detenerlo y él se detuvo. Por supuesto.

—He escuchado todo. Los he escuchado a ellos y te he escuchado a ti —dio dos pasos hacia ella—. Evan ya te pidió más veces perdón de las que puedo contar, y tú no solo no lo perdonabas, sino que cada vez que podías lo hacías sentir culpable, por el solo hecho de amar a otra persona. Y no digo que estuviese bien como actuó, pero yo no soy nadie para juzgarlo y tú tampoco. Hoy te apareciste aquí y permití que entrarás a mi casa porque te aprecio. Pero de ahí a que insultes a mi hijo y a su novia en mi puerta, hay una larga distancia.

—¿Su novia Jasmine? ¿Ahora resulta que esta mujer es su novia?

—Si Mailen, es su novia. Lo es desde que terminó contigo, de hecho, por ella terminó contigo —Jasmine aclaró, y pude ver el gesto de amargura de Mailen—, quizá no estoy de acuerdo con su forma de actuar, pero no voy a permitir que le hables así a él ni a Elina en mi propiedad, así que te agradezco te retires.

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer, no estoy en tu casa.

—Estás en nuestra propiedad —la voz de tenor de Evan padre se escuchó. Levantó su voz que hasta yo me asusté, y Mailen no escapó del miedo porque dio un paso atrás—, y si no te vas ya, llamo a la policía Mailen, vete, no sigas avergonzándote.

Mailen abrió la boca para decir algo, la volvió a cerrar.

Miró a Evan con un desprecio que me estremeció. Dio media vuelta y se alejó.

—En un rato llamo a su madre para saber si llegó bien —Evan apretó suavemente mi mano

—, por suerte Dorothy entendió lo que sucedió y es un poco más receptiva que su hija.

—No te olvides de hacerlo Evan, una persona con el corazón roto puede cometer muchas estupideces.

—Ni me lo digas —besó mi mano con una sonrisa triste en sus labios.

Era claro que los dos habíamos tenido el corazón roto y las decisiones no habían sido las mejores.

—Hola Eli —Evan padre se acercó a nosotros con una sonrisa amable y diplomática. Él era el policía bueno—, ven pasa. Déjame invitarte algo. Olvidemos este mal rato.

Asentí devolviéndole la sonrisa.

Me tomó del brazo y lo enganchó en el suyo. Todos fueron entrando a casa con murmullos.

Vi como la mamá de Evan hizo lo propio con él, mientras le decía algo. Quise tratar de escuchar lo que decía hasta que sentí que algo me embistió.

Era Ivy con un abrazo que hasta me levantó.

—Gracias, gracias por venir Eli.

Iris se me acercó y me dio un cálido abrazo que le devolví.

Entramos a la casa y Evan me presentó a toda su familia y sus amigos.

Pensé en Tim. Me preguntaba como no había venido al cumpleaños de su primo. Sentí un dolorcito en el pecho, extrañaba a mi amigo, sin duda las cosas entre nosotros habían cambiado.

En un segundo que Evan me dejó sola para servir un trago, Jazmine se me acercó.

Hice el viejo truco de mirar mi móvil, pero en realidad no veía nada porque solo podía estar pendiente de que la mamá de Evan se acercaba a mí. Estuve a punto de usar la patética excusa de fingir una llamada, pero como decía Day-day, yo siempre afrontaba mis miedos.

No sabía de donde había sacado eso, pero no hacía mal creerlo.

—Hola Eli, no habíamos tenido tiempo de conversar —su sonrisa siempre diplomática, esta vez la sentía sincera, me extendió el trago que se suponía Evan traería.

—Ser la anfitriona de una fiesta no te deja tiempo a nada —imité su sonrisa y lo acepté.

—Vamos al grano Eli, eres inteligente y como yo, no debes tener el tiempo para tontería. Yo soy terrible disculpándome, aunque últimamente he mejorado con la práctica. Pedirle disculpas a un hijo es una de las cosas más difíciles porque se supone que nosotros los padres sabemos más, pero Evan me dio una lección de amor y perdón, y tú una de amor propio. Te ofrezco mis disculpas Eli. Te juzgué mal desde que te conocí y fueron Ivy e Iris quienes me hicieron cambiar la forma de verte porque Evan no quería casi ni hablarme.

—No hay nada que disculpar Jazmine. Toda madre quiere proteger a sus hijos y es normal que odies a quien haga sufrir a alguno de ellos.

Jazmine sonrió —Yo no te odio Elina, solo que no soportaba ver a Evan sufriendo. Evan siempre fue un buen muchacho, inteligente y perseverante, terco como él solo pero no hay nada que lo desanime. No había nada, hasta que te conocí —quise interrumpirla, me hacía sentir otra vez como la mujer tóxica. Pero ella volvió a hacer uso de su poder Jedi con su mano, y me hizo cerrar la boca—. No entendía porque alguna mujer no querría estar con mi hijo, como alguien a quien todo el mundo apreciaba, no quería estar con Evan. Sucedió que no conocía tu versión. No sabía que querías ir a estudiar tu máster y no querías distracciones, y si hay algo que es seguro, es que el amor distrae.

—Nunca quise hacerle daño a Evan, Jazmine, pero yo tenía mis planes. Nunca pensé que un romance de verano se convertiría en esto. No sabía que con el pasar de los años me arrepentiría de mi decisión, pero cuando entré a la universidad de Dublín, todo había valido la pena. Sé que suena horrible porque todo eso fue a costa del sufrimiento de Evan, pero era mi

sueño y...

—Te entiendo, no sabes cuanto Elina. No todas las mujeres tienen la fortaleza de cumplir sus sueños. De dejar el amor o la familia con tal de alcanzar lo que se proponen, eso es admirable. Ya entiendo como Ivy, que no soporta a ningún ser humano, te admira tanto.

—Es una gran chica, las dos lo son.

Como si las hubiese invocado, las dos se pararon al lado de su madre.

De pronto me vi rodeada por las mujeres Scott.

—Eli —Ivy le dio un empujocito a su hermana en el hombro—, Iris quiere decirte algo.

Yo miré a Jazmine y ella asintió con una media sonrisa.

—Por supuesto Iris.

—Quiero pedirte perdón por todos estos meses en que no te escribí después del altercado con Evan. Yo estaba de tu parte, pero Evan...

—Es tu hermano y a él es que le debes lealtad —completé su frase.

—No Eli, él debió decirte la verdad, esos días en North Berwick eran una sola pelea campal entre mamá y papá, Evan y Ivy. Yo no lo podía aguantar quería correr y decírtelo.

Tomé su mano —No te correspondía a ti hacerlo. No asumas esa responsabilidad. No quieres limpiar los errores de otros, esa carga es muy pesada.

—Gracias Eli —me dio un abrazo que le devolví con todo el cariño del mundo.

—¿Ves? No era tan difícil —Ivy volteó los ojos—, me tenía mareada con su discurso de solidaridad y quería que yo hablara por ti, ¡ja! Yo, la reina de la diplomacia.

Todas reímos. Ivy, como su hermano, tenía la habilidad casi mágica de relajar el ambiente. Como un súperpoder.

—Mamá, por cierto, a Evan lo secuestró el tío Mike, lo tiene amenazado con que va a contar todas sus aventuras de niño a Eli.

Ahora fue Jazmine las que volteó los ojos en un gesto idéntico al de su hija.

—Voy a rescatarlo. Mike no tiene límites cuando toma.

—Y menos acompañado del tío James y la tía Mary.

Justo en ese momento se escucharon carcajadas que venían del patio. Imaginé que eran los tíos bromeando con Evan.

En ese momento, sentí que estaba en una fiesta por primera vez en la noche.

—Eli —Jazmine sonrió y me sentí, también por primera vez, cómoda frente a ella—, estás en tu casa, eres bienvenida hoy y cuando quieras. Una persona a la que Evan, Ivy e Iris quieren tanto es imposible que sea mala persona.

—Gracias Jazmine —tomé a las gemelas de las manos—, gracias chicas por la confianza.

Jazmine fue a tratar de rescatar a Evan.

Ivy me hizo el interrogatorio de rigor sobre Dublín y la universidad, pero esta vez yo no me quedé atrás. Les pregunté a ella y a Iris sobre sus estudios. Ivy habló rápido, como el terremoto que era, pero Iris, a ella daba placer escucharla hablar de sus planes y de todo lo que quería hacer una vez graduada, hasta su hermana se quedaba embelesada escuchándola.

No sé cuanto tiempo había pasado, cuando un hombre alto y delgado, con el pelo de fuego, más rojo que el de Evan se acercó a nosotras.

Ya muchos invitados se habían marchado y solo quedaba un pequeño grupo familiar, reunido afuera.

—Vengo a llevarlas al patio —era el tío Mike. Su voz era fuerte y su acento marcado, pero su rostro era amable—, estamos en la ronda de desastres de Evan padre y pronto pasaremos a la ronda de desastres de Evan hijo y eso querida Eli, no querrás perdértelo por nada del mundo.

Me extendió su mano y yo la acepté. Qué demonios, era el cumpleaños de Evan, mi Evan y nada me encantaba más que conocer su vida, saber quien era y sus “desastres” de juventud.

Llegamos afuera, las chicas y yo, fuimos recibidas con un aplauso. El clásico aplauso de adultos que se habían tomado cualquier cantidad de botellas de whisky o cualquier otra bebida espirituosa.

Evan se levantó de pequeño sofá donde estaba sentado. Me cedió el asiento y él se sentó en el posabrazos del mueble.

El patio como lo imaginé era más grande que el frontal, pero solo una pequeña parte estaba cubierta con un pequeño toldo blanco, a media luz con algunos sofás en tonos oscuros que hacían contraste con lo claro de la decoración, y un bar del que se habían apoderado los tíos de Evan.

No se sentía el frío de la noche porque había calefactores verticales alrededor del toldo. De hecho, se sentía más que acogedor el ambiente.

—Eli perdóname. Tengo mil horas tratando de escapar de aquí y no me dejan, envié a Ivy a buscarte y la muy traidora te secuestró a ti.

Solté una carcajada. Era muy de Ivy la estrategia.

—Está bien. Puede hablar con tu madre y...

—¿Qué? ¿Todo bien? Dime que no hizo una de las de ella.

—No sé cual es “una de las de ella” pero conversamos muy bien, aclaramos muchas cosas y decidimos empezar de cero.

—Como conmigo.

—Tú empezaste en negativo, pero has remontado de manera magistral.

Evan sonrió y besó mi mano —Eres increíble Eli.

Cuando los tíos de Evan dijeron que iban a contar historias de los desastres de Evan padre e hijo no imaginé que fueran tantas y tan divertidas, desde el día que Evan padre dejó a las gemelas en el supermercado como garantía porque se le quedó la billetera y Jazmine lo iba a matar, hasta cuando Evan “vendió” el coche de su papá a un vecino para comprarse un mejor ordenador. Tenía 9 años.

La luz del día nos recibió riéndonos a carcajadas de los cuentos familiares.

Me di cuenta de que era de mañana porque la mamá de Evan se apareció con el desayuno y mucho té y café.

—¿En qué momento amaneció?

—El tiempo pasa volando cuando uno la está pasando bien —Evan se acercó a mi oído—, te pedí que pasaras la noche conmigo, pero esta no era la idea.

Solté una carcajada —Lo imagino, pero me encanta pasarlo así. Me encantó conocer a tu familia y tu pasado de vendedor de coches.

—Nunca van a olvidar ese cuento. Nunca van a dejar de avergonzarme, por suerte ya no lo van a repetir a nadie más.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque después de ti no hay nadie más Eli. Bueno, solo lo repetirán a nuestros hermosos hijos pelirrojos que le prometiste a tu mamá.

Evan nunca había perdido el poder de hacerme sonrojar y enamorarme con una frase.

Y rogaba al cielo porque nunca dejara de hacerlo porque era la sensación más deliciosa que podía sentir... después de los orgasmos que él me daba, claro.

Luego de un delicioso desayuno y muchas fotografías, porque Evan no quiso esperar un minuto para usar su regalo, me despedí de toooda la familia de Evan que siguieron la fiesta como si de otra celebración se trataba.

Caminamos hasta mi pequeño apartamento, Evan insistió en llevarme en coche, pero era absurdo solo eran par de calles y después de una noche sin dormir con unos cuantos tragos encima, no era muy recomendable hacerlo.

El aire de la mañana nos sentó bien. Caminábamos relajados por la calle tomados de la mano como si no pasara nada, lo extraño era que no pasaba nada. Por primera vez no pasaba nada.

Esperaba que el drama se hubiese quedado atrás con Mailen y que las despedidas definitivas que hubiesen quedado aquella noche en North Berwick.

—Eli —Evan interrumpió nuestro silencio—, acerca de esa noche en North Berwick. La noche que Mailen te llamó.

¿Qué demonios? Empezaba a creer seriamente que Evan leía mis pensamientos.

—Quería hablarte de Tim —continuó mientras yo lo veía con el ceño fruncido ¿Ahora qué con Tim? No soportaría otra noticia bomba—. Él no está bien, a pesar de que ustedes siguen en contacto, es obvio que su relación cambió, él siente que perdió una hermana y es justo que, si me perdonaste a mí también lo hagas con él que al final no hizo nada.

—Es verdad que en ese momento me sentí traicionada por todos Evan, pero yo no le guardo resentimiento a Tim. No podría hacerlo, él es mi amigo de toda la vida, nos criamos juntos. Esa noche pasó todo tan rápido y fue tan horrible que la quise olvidar y aunque me he comunicado con él, es cierto, nuestra relación cambio, pero no por rencor, he estado tan ocupada con todo el cambio de vida que no quizá no le he prestado la atención que merecía y por eso debe sentirse así, pero nada más lejos de la realidad. Por él te conocí a ti y por eso le perdono todo.

Evan me atrajo hacia él en un abrazo y me dio un dulce beso en la coronilla.

Llegamos a la puerta del edificio.

Evan se detuvo.

—Te conozco Evan Scott. No vas a hacer ninguna movida y yo me voy a quedar aquí con las manos como una tetera preguntándote si me vas a besar, vas a subir conmigo o qué.

Evan lanzó una carcajada deliciosa.

Acarició mi rostro, lo que era ya una acción familiar.

—Creo que es la primera vez que me dices que me conoces y me encanta —me dio un beso que me dejó sin aliento, como todos los que Evan me daba—, si subo contigo y tú tienes otras intenciones que no sea dormir, voy a quedar en ridículo porque dudo que pueda aguantar levantado dos minutos por mucho que te desee.

—Yo no tengo otra intención que dormir porque no sé cuándo fue la última vez que dormí —saqué la llave de mi bolso—, pero podemos hacer esto. Subimos, me doy una ducha, me pongo mi ropa para viajar en —vi mi reloj—, cuatro horas, tú haces dos tazas de té y nos quedamos en el sofá conversando o besándonos. Lo que quieras.

Sonreí y puse los ojos como el gato de *Shrek*, pero ya conocía la respuesta, Evan era tan

duro como yo a la hora de estar juntos.

—¿Cómo te voy a decir que no?

—De la misma manera que yo no puedo decirte que no a ti.

Con otro beso, abrimos la puerta y subimos a tratar de cumplir con lo acordados.

Con todo el dolor de mi alma, cumplí lo prometido. Tomé una ducha, me vestí. Arreglé mi pequeña maleta y la puse en el salón.

Evan me esperaba con una taza de Earl Grey humeante.

Nos sentamos en el pequeño sofá. Él me arropó en un abrazo y yo me acurrugué en su costado.

—El mejor cumpleaños en años —suspiró mientras tomaba un sorbo del té.

—No me arrepiento un segundo haber venido, a pesar del mal rato con Mailen.

—No hablemos de eso Eli, que vinieras fue el mejor regalo que me has podido dar y que te quedaras escuchando las tonterías de mi familia es un recuerdo que no voy a borrar de mi cabeza —me volvió a besar en la coronilla—, el mejor regalo del mundo. No pido más.

Hubo un corto silencio mientras saboreábamos el té.

—¿Cuándo te vuelvo a ver?

—Cuando quieras Eli. Tú dime cuando y yo vuelo a verte.

—Ahora me esperan finales, pero en pocas semanas, estaré libre. Destruida pero libre. Aunque todavía tengo que trabajar, el horario no es tan fuerte. Pero quizá podemos vernos en las fiestas ¿Qué tal si nos vemos en North Berwick?

—Me encantaría Eli.

—La tienda cierra para Navidad y año nuevo y en la universidad estaré de vacaciones, así que puedo viajar. No puedo esperar.

—Ni yo tampoco. Ya te extraño, aunque espero conocer mejor tu vida en Dublín, me encantaría ver donde trabajas, me has hablado tan bien de esa tienda que me da curiosidad. Siempre me hablabas de trabajar en un gran museo, pero también estás feliz con la pequeña tienda en donde trabajas.

—Es cierto. Creo que al final todos cambiamos. Desde que me gradué, he ahorrado para estudiar este máster, y he soñado con trabajar en algún gran museo de Europa o en Nueva York, pero Dublín cambió mi forma de pensar, o quizá fue la tienda del señor O'Malley. Cada vez que llego y hay una cosa nueva que restaurar, me emociono, así sea una tonta mesita de noche o una lámpara. Hasta he imaginado abrir una tienda en North Berwick, con antigüedades de Escocia.

—Sin duda todo cambia Eli, nosotros hemos cambiado por qué no nuestras prioridades. Yo antes quería que mi empresa fuera una gran corporación de diseño y programación, ahora solo quiero estar en paz. Puedo expandirme sin grandes infraestructuras y puedo tener una sede aquí con mis diseñadores y programadores.

—A veces me burlo de mí misma porque no importa donde viva, siempre quiero volver a mi pueblo.

—Yo también quiero volver a tu pueblo, al final uno siempre quiere volver a donde fue feliz.

—Fuimos felices en North Berwick, sin importar los momentos amargos o las despedidas, yo solo puedo recordar lo feliz que he sido en mi pueblo.

—Hmmm... —Evan ahogó un bostezo—, puedo diseñar una app para comprar y vender antigüedades, quizá puedes encontrar uno que otro tesoro. Puedes montar tu pequeña tienda de antigüedades en la que puedas restaurar y yo tener un estudio en casa para trabajar —lo que hablaba parecía un sueño, quizá era porque estábamos más dormidos que despiertos—, podemos

tener un perro que rescatemos o quizá dos y cuando estemos estables, darle esos nietos a tu mamá.
Sonreí.

—Tienes todo planeado —me reacomodé para quedar más pegada a él.

—Solo tienes que decir que sí Eli.

—¿Cómo puedo decirte que no?

—De la misma manera que yo no puedo decirte que no a ti —Evan repitió mis mismas palabras.

Así creímos cerrar un trato que no supimos muy bien de qué se trataba porque caímos rendidos par de horas hasta que sonó el teléfono avisando que mi taxi estaba abajo.

Obligué a Evan a quedarse, quería acompañarme al aeropuerto, pero era absurdo, no habíamos casi dormido y él estaba tan o más destruido que yo.

Y fue mejor así, en realidad no quería despedirme de él en el aeropuerto. Ya de por sí, no me quería despedir de él, el aeropuerto lo haría más difícil.

Lo primero que hice al llegar a casa fue escribirle que había llegado bien y tirarme en la cama a dormir sin ni siquiera esperar su respuesta.

Dormí como un bebé.

Lo que hice de inmediato al despertarme, incluso antes de comer, fue hacer una llamada telefónica.

—Hola.

—¿Hola? —la voz de Tim sonaba confusa y no lo culpaba.

—¿No hablamos por pocos meses y ya se te olvida mi voz?

—¿Eli? ¡Eli! —de confuso pasó a emocionado y luego hubo un gran silencio.

—Tim, quiero ofrecerte mis disculpas. He sido la peor amiga, pero he estado tan liada con todo este cambio que nunca se me ocurrió que pudieras sentirte mal por lo que ocurrió esa noche en North Berwick.

—¿Evan te dijo que me llamas?

—No. Me dijo que te sentías mal y hasta culpable por lo que sucedió. Te quise llamar para decirte que eres un tonto y que estabas atrapado en una situación incómoda y que con Bob fuiste tan o más víctima que yo.

—Fui un idiota.

—¿Has sabido algo de él? Me da miedo ir al pueblo y encontrarlo, mas porque creo que le podría dar una patada en la entrepierna.

—Hace par de meses consiguió un trabajo en Glasgow y se largó. Todo el grupo cortó comunicación con él después de lo que me hizo, de los que nos hizo.

—Lamento tanto todo Tim. Espero no me guardes resentimiento, yo nunca podría molestarte contigo.

—Gracias Eli. Eres mi amiga desde preescolar. Sentía que te había traicionado pero no podía decirte sobre Mailen, no tenía que ser yo.

—Lo sé. Y sí, estuve molesta con todos en algún momento, nunca podía estarlo contigo, tú también saliste dolido esa noche con todas las cosas terribles que dijo Bob.

—Bastardo —hubo un corto silencio y mi amigo suspiró como poniéndole punto y fin a algún pensamiento—. Pero ya no importa Eli. ¿Cuándo nos vemos? ¿Vienes para las fiestas? ¿Qué tal tu máster?

—Me encanta. Es justo lo que soñé, ahora, los planes para ponerlo en práctica están cambiando casi a diario.

—¿Para poner en práctica lo que estás estudiando? ¿Y qué de los grandes a museos en los que quieres trabajar?

Ahora fui yo la que suspiré.

—Estoy trabajando en una pequeña tienda de antigüedades y me dedico a restaurar pequeñas piezas de personas que llegan queriéndolas vender, me cuentan sus historias y me encanta —volví a suspirar derrotada.

Tim soltó una carcajada clásica de él. Ciertamente extrañaba esa risa.

—Eli, es clásico de ti. Grandes planes y al final eres feliz con algo pequeñito.

La frase me pegó como una patada en el estómago, porque era cierto.

Estudié en Edimburgo, pero realmente era feliz en North Berwick. Mi mamá me ofreció ayudarme a comprar cualquier coche que quisiera, pero yo era feliz caminando y ahora luego de grandes planes de aplicar como restauradora en grandes museos, me estaba planteando seriamente tener mi propia tiendita de antigüedades.

—Sabes que a veces no me caes bien Timothy.

Otra carcajada de parte de mi amigo.

—Es bueno tenerte de vuelta en mi vida Eli. Ahora tengo que ir al taller, pero lo de la tienda no suena nada mal. Piénsalo en serio.

—Te detesto.

Terminé la llamada escuchando la risa de Tim y con mi cabeza más enredada que antes.

De inmediato llamé a mi mamá para contarle mi aventura de Edimburgo. Por supuesto que sabía que Evan y yo nos habíamos alejado, pero nunca le dije el porqué, en ese momento no quería hablar del tema y luego que lo pensé bien, era mejor. Yo no quería que mi mamá lo odiara... o lo excusara porque conociéndola, ya Evan la había comprado con eso de los nietos.

Hablamos de ella y George, de cómo la relación había “ido a otro nivel”. ¡Al fin mi mamá tenía sexo!

A muchos hijos pensar en eso le da grima, pero yo necesitaba que mi mamá tuviera a una persona a su lado, que la acompañara y que la hiciera feliz, no era que ella no fuese feliz sola, pero en mi cabeza siempre quise que tuviese a alguien con quien pasar su vejez. Mi mamá era de las mejores personas del mundo y merecía ser feliz.

Por suerte, George había entendido lo genial que era y al parecer su relación iba viento en popa.

Y yo era feliz cuando ella lo era.

Day-day fue mi última llamada, bueno, video llamada porque con mi amiga no podía tener solo una conversación telefónica.

Y con ella no había secretos ni edición de información.

Hablamos por horas, le conté mis planes, lo que había hablado con Evan y mi loca idea de la tienda de antigüedades.

Sabía que ella sería feliz si yo me mudaba de regreso a North Berwick y me daría todos los “pros” de regresarme, pero sus palabras fueron tan maduras, tan sinceras que me estremecieron.

—Eli, sabes que me encantaría que regresaras, pero eso lo debes decidir tú, tienes que saber donde serás feliz o haciendo qué o con quien. Tu idea no es alocada, todos cambiamos, todos queremos cosas diferentes que hace años atrás. Lo que sí puedo decirte es que siempre te gustó el mar, siempre te gustó caminar por la playa y sentarte con tu silla a leer un libro. Siempre te gustó la vida simple, sin grandes complicaciones. Eso siempre lo admiré de ti.

—Day-day, es que es absurdo. Hasta hace cuatro meses mi sueño era trabajar en un gran

museo, pasar horas entregada a una pieza historia invaluable y ahora abro esa pequeña tienda y me siento en paz, escuchar que el espejo de alguien perteneció a su bisabuela o la pequeña caja de música de 1930 que la mamá de alguien se encontró en un viejo almacén y quiere que vuelva a funcionar. Me emociona tanto.

—¿En realidad quieres mi opinión?

—Por supuesto tonta, siempre te he contado todo y siempre quiero saber lo que piensas.

—Bueno, pienso que esa restauradora que quiere reparar ese espejo o la caja de música que hará inmensamente feliz a una persona es más tú que la que va a restaurar la pieza invaluable que colgarán en una pared para ser admirada. Pero si de verdad no tienes idea de lo que quieres, puedes probar lo del museo, quién sabe si eso es de verdad lo tuyo y lo de la tienda es solo una sensación de alegría porque estás feliz en Dublín cumpliendo tu sueño.

Bufé.

Mi amiga era más sabia de lo que ella misma creía

Las semanas pasaron volando, una semana se transformó en un mes. Anika y yo casi vivíamos en casa de Nora. Los proyectos grupales los hacíamos juntas y los individuales también, para darnos ánimos.

Consumíamos grandes cantidades de cafeína, pero el resultado de cada proyecto valía la pena.

Mi vida en Dublín era todo lo contrario a mi vida en North Berwick. Me despertaba a primera hora de la mañana, salía corriendo a la universidad, ahí pasaba toda la mañana, luego iba a la tienda trabajaba hasta las seis o siete, luego salía corriendo otra vez a la casa de Nora a estudiar.

Extrañaba mi vida tranquila en mi pueblo cuando solo me despertaba para caminar hasta mi trabajo en el Ayuntamiento y de ahí regresar a casa, irme a casa de mi mamá o simplemente quedarme en la playa leyendo un libro sin importar cuanto frío hiciera.

La idea de la pequeña tienda se me hacía cada vez más real, pero estaba segura que en gran parte se trataba a la vida agitaba que estaba llevando, en especial los días de finales y entrega de proyecto.

En las noches mi cerebro se escapaba a su lugar feliz. La playa de mi pequeña ciudad.

Hablaba con Evan todos los días, a veces solo por mensajes de texto, otras, cuando no tenía que ir a casa de Nora, hablábamos largo rato por video llamadas.

Sentía que las semanas se hacían eternas y sin embargo, a la vez los días pasaban más rápido de lo que podía controlar.

En la tienda hablaba con el señor O'Malley que me enseñaba miles de trucos con diferentes materiales. Esas clases eran invaluable, era el tipo de experiencia que aprendes en la práctica y no en la universidad.

Me enseñaba como reconocer trabajos de un siglo o de otro, y no hablábamos de una pintura o una escultura. Hablábamos de una mesa o un pomo de una puerta. Sentía mi cerebro trabajar a mil por segundo y cada día amaba más trabajar en esa tienda.

—¿Cómo llegó a montar esta tienda señor O'Malley?

Tuve que preguntarle, tenía que saber si quizá esa sería mi vida, él tenía más de 30 años con ese negocio y yo nunca me había visto haciendo algo por tanto tiempo hasta que conocí al señor O'Malley y empecé a aprender de su sabiduría.

Él rio. Luego su mirada se perdió, sus ojos brillaron como solo podían brillar unos ojos con recuerdos felices.

—Siempre me gustó reparar cosas. Siempre creí que las cosas no se botan, se arreglan. Quizá porque mi generación creció en una época complicada o quizá era porque simplemente le tenía fe a las cosas —me miró y volvió a reír—, cada objeto tiene una historia que contar y guarda una energía de lo vivido, o así me gusta pensar. La gente hace conexiones con este tipo de objetos por emoción, porque le recuerdan a algo o a alguien que usualmente le traía alegría. Cuando los clientes toman una muñeca es porque le recuerda a la que le regaló su madre o se llevan una brújula es porque le recuerda a una que tenía su abuelo en su casa cuando lo visitaba los domingos ¿Quién va a necesitar ahora una brújula con los GPS?

Los dos reímos.

—Es lo que más me gusta de este trabajo, ver a la gente sonreír porque algún objeto le recordó a su infancia, bueno, además de todo lo que me está enseñando sobre materiales y restauración, eso no lo veo en la universidad.

—Ni lo verás —el señor O'Malley volvió a reír—, sabes que antes de ti tuve a una empleada que estuvo conmigo casi 20 años ¿Y sabes por qué se fue? —Negué con la cabeza—, porque su hijo, que se crió entre estos trastes viejos, montó su propia tienda de antigüedades en Cork y se la llevó. La competencia me robó a mi empleada —soltó una carcajada—. Y ahora intercambiamos objetos o nos damos datos de donde hay buenas audiciones.

—Sin duda este trabajo tiene un no sé qué que te enamora. Pero todavía espero poder ir a trabajar a un museo cuando termine mi máster.

—Trabajar en un museo tiene su atractivo, vas a tocar cosas no con años, sino con siglos de antigüedad, pero es muy impersonal, son solo un montón de objetos sin emociones, sin la felicidad de recordarle a alguien una etapa feliz de su vida.

—Eso tampoco tiene precio.

—Eso querida Eli, es lo más costoso del mundo.

Entre toda la vorágine de mis decisiones de vida, estaba Evan, es decir, no estaba, pero estaba.

Él era parte de mi vida y sin duda iba a estar incluido en mis decisiones.

Evan y yo terminaríamos juntos, eso era indiscutible. Él era el amor de mi vida y no tenía dudas en mi cabeza de que tendríamos nuestro final feliz.

El problema era yo. Estaba en un momento de mi vida que sentía, era decisivo. Cualquier decisión que tomará definiría mi rumbo de vida.

Y sabía que no podía hacer feliz a Evan si yo no era feliz. ¿Pero qué me hacía feliz?

Me di cuenta de que me hacían felices muchas cosas y a la vez nada. Quería todo y al final nada me satisfacía. Quería más pero nunca sabía qué más.

Todavía faltaban dos tercios para terminar mi máster, tenía unos cuantos meses para decidirme, para fijarme un rumbo.

Agradecí a Santa que las fiestas llegaron y después de una noche de fiesta con mis amigas para desearnos felices fiestas, volé a Edimburgo.

Aquí me encontraría con Evan y nos iríamos a North Berwick.

Estaba tan feliz que al fin lo vería, que esa noche no pude dormir.

Revisé unas dieciocho veces mi equipaje, solo por ansiedad, tenía un mes y un poco más que no veía a Evan y cuatro que no veía a mi mamá y a mis amigos.

Tenía una semana y media de vacaciones y pensaba disfrutarlas al máximo.

Esperé en la cama con los ojos abiertos a que sonara la alarma para despertarme. Me di una ducha y vestí en tres minutos. Tomé el tren al aeropuerto.

El vuelo se me hizo eterno, mas todo cambió cuando la más hermosa sonrisa me recibió en el aeropuerto de Edimburgo.

Fue lo más cursi que cualquier ser humano pudo presenciar, pero no me importó.

Corrí hacia él y lo abracé. Rodeé su cintura con mis piernas y lo besé como si no hubiese mañana.

Por primera vez sentía que éramos una pareja normal, reencontrándose después de un tiempo sin verse.

Lo que me hizo pensar que no iba a permitir que él se quedara en casa de Tim y yo en casa con Day-day.

Se quedaría conmigo.

—Mi Eli, cuanto te extrañé —acarició mi cabello, sus ojos recorrían mi rostro como analizando cada facción—, no puedo creer que ya te tenga conmigo.

—Yo tampoco lo creo —después que puse los pies en el suelo, rodeé su cintura con mis brazos—, es la primera vez que nos encontramos y ni es una situación incómoda, ni tenemos que reconciliarnos por nada.

Un brillo que ya conocía aparición en sus ojos. Era como en esos dibujos japoneses donde le aparece una estrellita en los ojos al personaje, así era el brillo en los ojos de Evan.

—Pero podemos tener sexo de reconciliación de igual manera, si quieres.

—Tenemos que salir a North Berwick en un rato, pero ni yo estoy apurada ni te voy a decir

que no. Si quieres hasta me saca una pelea bajo la manga para reconciliarnos.

—¡No! No más peleas, inventadas o verdaderas —con una mano tomó la mía y con la otra mi maleta—, ven vamos a reconciliarnos sin haber peleado, lo que también es un motivo de celebración.

—Al parecer estos días vamos a tener mucho que celebrar.

—No sabes cuanto —me miró y volvió a sonreír con esas estrellitas en los ojos.

¿Qué se traía entre manos Evan Scott?

—Estaba pensando —Evan interrumpió el cómodo silencio en el coche—, quizá salir un poco más tarde a North Berwick, podemos ir a cenar y de ahí salir.

—No es mala idea, si tú no estás cansado, no tengo problemas, pero creo que necesitare darme otra ducha y cambiarme.

—Por supuesto Eli. Vamos a casa y te duchas.

—¿Voy a conocer tu casa? —dije asombrada.

Evan soltó una carcajada.

—Si Eli, vas a conocer mi casa. Por primera vez somos una pareja normal y eso es lo que hacen las parejas normales.

—Tienes razón. No lo había pensado de esa forma.

Volvió a reír.

Mi cabeza empezó a dar vueltas como siempre. Éramos una pareja normal. Conocería su casa, conocí a su familia y él ya la mía.

Estaba emocionada y asustada. Evan era mi amor y me daba pánico no hacerlo feliz porque yo no lo era, y no lo era porque no sabía qué demonios hacer con mi vida.

Mi sueño de trabajar en un museo se había convertido en algo secundario, al lado del anhelo real de estar en un sitio tranquilo, en paz, de tener mi tienda de antigüedades y sentar cabeza.

Era como que mi sueño, y mi anhelo por estar en paz chocaban.

Llegamos a casa de Evan.

Estaba muy cerca del centro de la ciudad, no supe cuántas veces pasé frente a ese edificio cuando estudiaba. ¿Cuántas veces me había pasado por el lado o caminaría detrás de mí?

Aparcamos cerca del edificio ya que este no tenía aparcamiento. Casi ninguno de los edificios del centro lo tiene.

Subimos por las escaleras al primer piso.

Todavía estaba metida en mis pensamientos por lo cerca que en algún momento pudimos estar.

Pero cuando crucé el umbral, se me olvidó todo.

No había manera de describir lo hermoso que era el apartamento de Evan.

Parecía uno de esos apartamentos modelo que te muestran para que te enamores y quieras comprar todo el edificio.

El salón era tres veces mi apartamento de Dublín. Unas ventanas gigantes cerradas con unas cortinas pesadas de color azul y negro eran lo que más llamaba la atención del salón.

Las paredes eran de un gris muy claro y dos sofás gigantes eran el centro de la sala.

Miré a mi derecha y tenía una chimenea, ¡Una maldita chimenea! Y sobre ella un televisor como de mil pulgadas.

—Evan, tu casa es... preciosa. Jamás imaginé que vivieras en un sitio así.

—¿Pensaste que vivía en un sótano oscuro con siete ordenadores y un refrigerador lleno de

Coca-Colas? —divertido.

—Bueno, no tanto, pero en algo más modesto sí.

—No es tan grande como parece. Esta muy bien distribuido.

—¿Bien distribuido? Esto es diez veces más grande que mi cuchitril de Dublín. Si yo viviera aquí no saldría ni a hacer la compra.

—Puedes venir cuando quieras Eli. Esta es tu casa. Pero debo decir que hoy ha venido la señora de limpieza a limpiar mi desastre y lo ha dejado immaculado.

—Tú no eres nada desordenado Evan, eso se nota a leguas —llegué hasta la ventana y miré por ella. Muy cerca de veía la catedral de San Giles. Una vista maravillosa—. Tú casa es de ensueño.

—Mi abuelo me la vendió por 15 mil libras.

—¿Qué?! —grité. Tenía que gritar. ¿15 mil libras?

Él soltó una carcajada.

—Mi abuelo era arquitecto y por las remodelaciones que hacía a los edificios pedía de pago metros cuadrados. Hace 50 años ser arquitecto no era muy común así que él aprovechó una muy buena época y compró muchos metros cuadrados. Este edificio era un desastre, luego que mi abuelo lo remodeló todo, pidió este apartamento. Y bueno, cuando me quise independizar, me lo vendió por esa burla de dinero, tuve que trabajar por un año sin gastar un penique demás para pagarle.

—No te deshagas nunca de él, es el trabajo de tu abuelo y el tuyo. Es hermoso.

—Lo es —Evan miró a su alrededor y soltó un suspiro nostálgico.

Por supuesto que noté la emoción en ese suspiro.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué? —me dijo con pretendida inocencia.

—Evan, suspiraste y te salió nostalgia en el aliento ¿qué sucede?

Él se acercó a mí, tomó mis manos y las pasó alrededor de su cuello, me tomó por la cintura y pegó su frente de la mía.

—Es que te veo aquí y no lo puedo creer —sonrió, pero la nostalgia no salía de su rostro —, cuatro años soñé con el día en que conocerías mi casa, en el que te acostarías en mi cama, en el que te besaría en cada esquina —me besó suave y dulce—, esa fue la razón por la que fui yo el que se llevó sus cosas a casa de Mailen, no me imaginé vivir aquí con nadie más. Estuve cuatro años añorando este día.

—Aquí estoy Evan, y hoy duermo en tu cama, ya saldremos mañana en la mañana a North Berwick, hoy me quedo contigo aquí.

Esta vez fui yo la que lo besé, y de dulce el beso, no tuvo nada.

Él era mi final feliz, cada día estaba más segura de eso. Yo tendría que definirme. Tendría que saber lo que quería hacer porque sabía que el hombre que me besaba me apoyaría en todo.

Los abrigos cayeron al suelo.

Me separé de él por un segundo.

—Vamos a recoger esto, me da lastima desordenar tu casa.

Él rio otra vez.

—Eli, ¿crees que en este momento me molesta que desordenes mi casa? Pero si tenemos que desordenar algo, vamos a mi habitación. Porque voy a aprovechar cada segundo de hoy.

Me tomó de la mano y me llevó hasta la segunda puerta del amplio pasillo.

La habitación era una broma.

¡Era del tamaño de mi apartamento! Podía vivir en la maldita habitación de Evan, feliz.

Bueno, no era de ese tamaño, pero era gigante, con una cama que parecía tres camas pegadas.

Otro televisor tamaño pantalla de cine en la pared de al frente. Debajo de él una cómoda con retratos de su familia y para mi sorpresa una foto de los dos, mas grande que el resto de los portarretratos.

Era totalmente improvisada, los dos nos mirábamos y reíamos. Yo tenía una taza de café en mi mano y él un cruasán. Nuestras risas eran sinceras y la iluminación de la foto parecía de estudio. Era obvio que había sido la mañana de su cumpleaños.

Recuerdo claramente ese momento. Su tío estaba contando otra de sus travesuras y él me decía que no le creyera, que estaba exagerando toda la historia.

La foto hizo saltar lágrimas de emoción de mis ojos. Todas las emociones vinieron a mí.

El desamor, la tristeza, el dolor, la soledad y también la alegría, las risas, la ilusión y sobre todo el amor, el amor que sentía por ese hombre a mi lado, y el que él sentía por mí desde el primer momento que nos conocimos.

No sabía si era que al fin estaba con él, que estaba de vacaciones, que estaría pronto en mi pueblo pasando Navidad con mi familia o todo junto.

Sus manos rodearon mi cintura y yo me di la vuelta. Quería besarlo. Quería tocarlo y por primera vez lo haría, sin límite de tiempo.

—Hoy te prometo que no te vas a quejar de que no te voy a besar— Evan buscó mi boca, mientras sus manos subían por mi dorso.

Nuestros labios chocaron, y nuestras lenguas se enredaron en un beso que nos hacía jadear de deseo.

De inmediato le quité su suéter y su camiseta. No pensaba esperar un segundo más para tocarlo. Con Evan yo no necesitaba juegos previos, para mí verlo, tenerlo frente a mí, era mi juego previo.

Besé su pecho. Podía escuchar su corazón latir a mil por hora.

Él me quitó mi suéter y se dedicó a zafar cada botón de mi blusa lentamente. Podía ver el gusto en sus ojos, como si estuviese abriendo el chocolate más delicioso. Yo quería que me rasgara la ropa, pero le permití el placer de hacerlo a la velocidad que él quería. Sus dedos rozaban mi piel y sentía como me quemaba su toque.

—Te extrañé tanto mi Eli —su voz era un susurro, como si sus pensamientos lo traicionaran y salieran por su boca sin importarle nada.

Decidí que también lo tocaría. También me regodearía en recorrer a mi escultura con mis dedos. Su pecho, su abdomen. Recorrí el borde de su pantalón con mis dedos y lo escuché sisear.

—¿Me vas a quitar toda la ropa o tengo que hacerlo yo por mi cuenta?

Él rio en mi piel. Sus labios recorrían mi mandíbula y mi cuello.

Estaba húmeda, más que preparada para él, pero al parecer Evan quería extender el momento a nivel de tortura.

Sus dedos fueron al botón de mi pantalón y su boca bajó junto con mi pantalón. Sus besos eran húmedos y su lengua recorría mi piel ansiosa.

Me apoyé de sus hombros cuando me sacó los pantalones, él se quedó ahí, a mis pies. Sus manos subían y bajaban por mis muslos y su lengua delineaba la línea de mi braga.

Subió sus manos otra vez hasta que sus pulgares se colaron debajo de mi panty, acariciando mi centro.

—¡Evan! —Exhalé su nombre.

Solo eran dos dedos, dos dedos que ni siquiera había introducido en mí y yo sentía que me

corría.

De un movimiento bajó mis bragas y hundió su rostro en mí. Su lengua hacía estragos y sus dedos jugaban con mi centro.

Yo seguía apoyada de sus hombros. Era imposible permanecer de pie por mí misma.

Evan me devoraba con su boca deliciosa y yo la más codiciosa, quería más. Enredaba mis manos en su hermoso pelo rojo queriendo más y más.

De repente, vacío. Su boca se separó de mí y yo sentí el vacío de su ausencia en mi cuerpo.

Noooooooooo.

—No te vas a correr Eli, porque tu orgasmo será conmigo dentro de ti. Quiero ver tu hermosa cara mientras gritas mi nombre.

Se puso de pie, dio dos pasos hacia atrás y me miró. Ahí estaba yo, otra vez desnuda ante él, vulnerable y a la vez sintiéndome poderosa, como siempre me sentía cuando estaba frente a Evan así.

Me tomó de la mano y caminamos hasta la cama.

Él se quitó sus pantalones y sus calzones ¡Finalmente!

Se puso el preservativo que sacó del cajón de su mesa de noche y se sentó al borde de la cama.

Yo miré cada uno de sus movimientos. Era espléndido.

Tomó mi mano y me atrajo hacia él otra vez.

Puso mis manos al rededor de su cuello, luego con las suyas recorrió mi cuerpo hasta que llegó a mis muslos. Los atrajo hacia él hasta que mis rodillas quedaron a ambos costados de su cuerpo.

Solo tenía que descender un centímetro para sentirlo dentro de mí, pero era codiciosa, quería que el momento durara más y más, así que solo bajé lo suficiente para sentir su erección en mi entrada. Lo tomé con mi mano y me di placer con él.

Evan no me tocaba. Solo me miraba como jugaba con él, como me complacía. Empuñaba tenso las sábanas, como obligado a no tocarme. Parte de su juego, pero yo decidí que era suficiente, quería sentirlo dentro de mí y yo tenía él poder así que con un solo movimiento de mi mano lo hice.

Los dos ahogamos un grito de placer.

Sus manos lo traicionaron y fueron a mis glúteos. Yo no necesitaba que me dirigiera. Yo sabía perfectamente la velocidad, la presión y cada uno de los movimientos que lo volvían loco, que nos volvían locos.

No hizo falta mucho más para que yo sintiera la deliciosa sensación de hormigueo en los dedos de mis pies y en los de mis manos, característicos del inminente orgasmo.

Mi abdomen se contrajo y mis músculos internos con él.

—¡Oh Dios Eli! Te siento. No te detengas.

No pensaba hacerlo.

Su boca se deleitaba con mis pechos en una doble tortura deliciosa.

Ahora me tocó a mí sentirlo. Sentí como su miembro se expandió por un segundo para luego dar paso a esa sensación indescriptible de sentirlo correrse incluso a través de un preservativo.

No dejé de moverme, mis movimientos esta vez más lentos y pausados, pero igual de intensos. No paré hasta que sentí nuestros cuerpos volver de la estratosfera.

Evan rodeó mi cintura y yo me mantuve colgada a su cuello. Él se dejó caer y yo con él.

—Te amo tanto que no entiendo como pude separarme de ti por tantos años, por tantos meses.

Reí. A veces eso es lo único que necesita una mujer después de hacer el amor con el amor de su vida.

Un “te amo” y un recordatorio de lo imbécil que fue.

Lo besé lento. Me di mi tiempo sintiendo sus labios tan hinchados como los míos de tanto besarnos.

—Te separaste de mí mucho tiempo porque soy una idiota, pero también te amo y espero me perdones esos cuatro años, prometo compensártelos.

—Te perdono y tomo tu palabra como una promesa.

El fuego en la mirada de Evan se había calmado, volvía su mirada dulce, sus caricias en mi cabello y su sonrisa traviesa.

Así estuvimos varios minutos.

—¿Recuerdas que habíamos venido a que me diera una ducha y salir a comer? — Interrumpí el momento, él asintió— Bueno todo fue una excusa para terminar así.

—Tenía el presentimiento que tenías segundas intenciones, y me sentiría usado si no hubiese tenido el orgasmo más brutal del mundo.

Solté una carcajada.

—Bueno, ahora sí necesito ese baño.

—¿Dónde quieres comer? Debes conocer Edimburgo como la palma de tu mano.

—Sí, lo conozco bastante bien, pero si tengo que elegir la comida y el lugar diría que quiero comer unas pizzas aquí en tu cama, pero como quizá eres de los que no comen en la cama, me conformo con comer esas pizzas en tu cocina.

—Si quieres comer en *nuestra* cama —sentí que me dio otro corrientazo en mi vientre cuando escuché la palabra “nuestra”—, comeremos aquí. Vamos a darnos esa ducha y pedimos las pizzas.

—¿Vamos?

—Por supuesto Elina Margherite, por supuesto *vamos* a tomar esa ducha.

La “inocente” ducha duró unos 45 minutos porque terminé con mi espalda pegada a la pared, con mis piernas al rededor de la cintura de Evan con él dándome un orgasmo mojado y monumental.

El viaje a North Berwick pasó como pasan los viajes en carretera de una pareja feliz.

Hablando tonterías y yo cantando con mi agraciada voz de un camello ahogado los grandes éxitos de todas las bandas de rock, arruinando cada una de sus canciones, pero haciendo reír a carcajadas a Evan.

Al final, valieron la pena cada una de las letras y acordes equivocados.

A unos cinco minutos después de entrar al pueblo, Evan aparcó en una calle paralela a la playa. Tenía tiempo que no pasaba por ahí porque mi vida en North Berwick era más hacia el centro. Estas casas eran más nuevas y tenían una de las ubicaciones más privilegiadas de la zona, por estar frente al comienzo de la extensión del paseo marítimo.

Apagó el coche y se dio vuelta para verme.

Lo miré con el ceño fruncido. Algo pasaba.

—Eli. Esto iba a ser una sorpresa, pero no sé si te va a gustar porque en realidad no conozco tus planes.

—¿De qué estás hablando Evan?

—Bueno, alquilé esta casa para nosotros.

Me di yo la vuelta para mirar la casa por la ventanilla del coche.

Sentí la puerta abrirse.

Evan salió del coche y yo hice lo propio.

Él abrió la puerta. ¿Ya tenía la llave?

Entré con él. La casa era amplia, una clásica casa británica con algunos toques modernos. No tenía grandes cosas, un sofá, unas mesitas en ambos lados, un comedor de cuatro personas, con la mesa de madera oscura y sillas blancas de cuero. Una cocina amplia pero no gigante como la brutalidad de cocina de la casa de Evan en Edimburgo y hasta un pequeño árbol de Navidad en una esquina que era un clásico de Evan, siempre pendiente de ese tipo de detalles que me encantaban. La casa tenía lo básico y todo con muy buen gusto, incluyendo la pequeña chimenea frente al sofá.

Evan caminó hacia el ventanal del salón y abrió las cortinas y las puertas, un viento helado entró, no me importó, el patio valía todo y más, porque básicamente el patio era la playa de North Berwick. Hacía frío, mucho frío. Vamos, que era finales de diciembre, pero la playa, su olor, su brisa, me daba vida.

Cerré los ojos y respiré el aroma a salitre.

—Es hermoso Evan, así me hubieses dicho que habías alquilado este pedacito de patio, yo hubiese sido feliz.

—¿Quieres ver el resto?

Asentí.

Subimos a la segunda planta. El cuarto principal era muy amplio con un pequeño balcón que miraba al mar. Si se dejaba abierta la puerta, toda la brisa marina entraba a la habitación. En verano debía ser un ensueño estar en esa casa.

La habitación tenía un baño igual de amplio con una bañera, nada diferente a cualquier otra

casa. Del otro lado del pasillo, otras dos pequeñas habitaciones y un baño completaban la planta superior.

—¿Te gusta?

—Es hermosa Evan, pero no tenías que alquilar nada. Nos podíamos quedar en casa de Day-day, en mi habitación, es solo un poco más de una semana, pero agradezco que pensaras en los dos —lo abracé.

—No estás entendiendo Eli o quizá no me expliqué bien—me tomó por los hombros para ubicarme frente a él y otra vez fruncí el ceño porque de verdad no entendía nada—. Alquilé esta casa a largo plazo. Voy a venir a vivir aquí.

—¿Qué?!

Mil pensamientos atacaron mi cabeza. ¿Vivir en North Berwick? ¿Por qué? ¿Y su casa? ¿Para qué quería mudarse aquí? ¿Qué demonios estaba pasando?

Mi cara debió ser un poema porque él tomó mi mano, bajamos hasta el patio-playa.

—Tengo semanas pensándolo. No importa lo que tú quieras hacer, ya sea trabajar en un gran museo o montar tu pequeña tienda, eventualmente vendrás para acá, a ver a tu familia, a tus amigos, a recordar lo feliz que has sido... y yo quiero estar aquí para vivirlo contigo. No quiero estar en Edimburgo y que tú te dividas entre tu familia, tus amigos, tu trabajo y yo. Pensé que eso quizá haría tu vida un poco más fácil a la hora de volver de cualquier ciudad donde te encuentres. Que tengas un sitio donde llegar, un sitio tuyo y mío. No en casa de tu amiga o tu mamá, que sé que siempre serán tuyas, pero quiero que llegues a tu hogar.

—¿Pe-pero, qué estás diciendo? —traté de formar una oración coherente pero no salía nada. Mi cerebro trataba de procesar lo que estaba escuchando.

Evan quería mudarse de una de las ciudades más bellas del Reino Unido a un pueblo como cualquier otro. Quería dejar su casa de ensueño por esa casa normal... bueno ok, tenía de patio la playa. Pero su casa era de cuentos de hadas.

—Eso Eli. Somos una pareja ahora y tomamos decisiones juntos, pero también cada uno es un ente individual y toma decisiones como tal. Yo he decidido no vivir más en Edimburgo y mudarme a la playa —Evan se encogió de hombros como el que dice “he decidido cambiarme de la Pepsi a la Coca-Cola” como si nada.

—¿Cómo que te vas a venir a vivir aquí? ¿Y tú empresa? ¿Tu familia? ¿Tu casa? ¡Oh por Dios! ¡Tu casa! ¿Cómo vas a dejar tu casa? ¿Y que vas a hacer aquí Evan? Esto es un pueblo, no tiene nada que brindarte.

Evan se acercó a mí y me tomó de la mano. Estaba calmado y de alguna manera con sus manos apretando las mías, me transmitió algo de su calma, aunque debía admitir que estaba todavía un poco histérica.

—Yo no quiero vivir en Edimburgo Eli. Esa ciudad me recuerda a todas las decisiones de mierda que he tomado en mi vida. Mi familia estará más que feliz en venir a visitarme o yo iré a visitarlos a ellos. Edimburgo queda a una hora, tampoco es que me voy a Australia. Mi casa, que tanto te preocupa, he hablado con una agencia y la van a alquilar por temporadas, ya hasta tienen reservaciones. Con lo que me paga ese alquiler, pago esta casa y me sobra una buena tajada. Y para responder tu última pregunta, puedo trabajar remoto desde cualquier parte del mundo. Voy a ir a la oficina de Edimburgo dos veces por semanas para reuniones específicas. Del resto, tengo todo aquí incluso una pequeña habitación aquí abajo donde será mi oficina.

—Yo... yo no entiendo. Tomas la decisión y luego la consultas conmigo y luego me dices que yo tome la decisión que quiera.

—Con respecto a ti, sí. Yo no puedo tomar ninguna decisión con respecto a tu vida. La

estoy tomando por la mía. Me mudo de ciudad porque quiero estar aquí, porque esta ciudad me trae alegrías y porque quiero que cuando vengas, te quedes conmigo.

—Evan, es víspera de Navidad. Se supone que vamos a casa de mi madre para ayudarla para la comida de mañana, íbamos a envolver regalos y hacer todas esas cosas divertidas que se hacen en las fiestas ¿y tú me dices que te vienes a mudar para North Berwick para que cuando yo venga me quedé contigo? ¿Y así va a ser siempre? ¿Y si decido quedarme en Dublín o irme a Londres tendré que venir aquí a verte? Pensé que en algún momento estaríamos juntos.

—No me has entendido mi Eli, ya te lo he dicho más de una vez, yo voy a donde tú estés. Pero no puedo estar en una cuerda floja esperando que te decidas donde estar, y no te estoy presionando, para nada. Quiero que tomes la decisión de tu futuro pensando en que tú vas a ser feliz, y cuando lo hayas decidido, yo agarro el primer avión y voy contigo, te seguiré a donde tú quieras que yo esté. Pero mientras tú te decides, estaré aquí.

—No sé que decirte Evan —me senté en el pequeño sofá del salón—, me tomas por sorpresa, no sé qué voy a hacer con mi vida, no tengo nada claro. Me encantaría ser como tú, tomar una decisión y cambiar mi vida, pero el problema es que no sé lo que quiero —vi como Evan frunció el ceño de inmediato, acaricié su rostro para reafirmar lo que iba a decir—, no me malinterpretes. Quiero estar contigo y sé que tú y yo vamos a terminar juntos, lo siento en mis entrañas, pero no sé dónde. Dices que me seguirías a donde fuese, el problema es que no sé a donde ir. No sé qué voy a hacer.

—Eli, amor, lo único que tienes que hacer por ahora es concentrarte en terminar tu máster, faltan todavía unos cuantos meses para que apliques a trabajos en los museos que desees, de aquí a allá pueden pasar miles de cosas. Tú dedícate a ser feliz haciendo lo que desees, yo estaré aquí esperándote con una maleta preparada para salir corriendo apenas me llames.

Los dos sonreímos o al menos tratamos de hacerlo.

Pero de inmediato lo abracé.

—Te amo tanto Evan Scott. Estás loco, pero eres el loco perfecto para mí.

—Estoy loco por ti Elina Ferguson. Solo acepta quedarte conmigo aquí estos días y luego iremos resolviendo los días que nos quedan.

—Sabes que no puedo decirte que no.

—De la misma manera que yo no puedo decirte que no.

Lo primero que hicimos fue ir a casa de mi mamá que ya estaba sacando todos los ingredientes de la comida de Navidad, para nuestra sorpresa George la estaba acompañando, los dos en pijamas navideñas a juego.

Me dio un cálido abrazo y se ruborizó.

Nunca había visto a un hombre de más de 50 años ruborizarse de esa manera.

Miré a mi mamá y subí y bajé las cejas varias veces.

George le extendió la mano a Evan quien lo saludó con una amplia sonrisa.

—Disculpa el abuso Eli, tú mamá me invitó a pasar estos días con ella, y como estoy libre...

—No te invité a pasar unos días George te invité a que te mudaras conmigo —le respondió mi mamá sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

Evan y yo levantamos las cejas hasta el techo.

George lanzó una sonrisita nerviosa.

—Le he dicho que lo pensara bien, que mudarnos juntos era una decisión seria que debía pensarse detenidamente, yo tengo compromisos y bueno...

La respuesta de George fue el detonante que esperaba mi madre.

Rose era la mujer más dulce y hasta ingenua pero también era directa y bueno, de diplomacia no había aprendido mucho.

Mi mamá puso las bandejas sobre la mesa, se dio media vuelta con los puños en su cintura.

La posición de súper heroína, la más temida por mí en mi adolescencia, y la que adopté también.

—Una decisión que debe tener pensarse detenidamente ¿Tú crees que yo ando por toda Escocia invitando hombres a vivir conmigo?

—Rose... —George osó interrumpirla.

Ella levantó su dedo índice —Shhhh. Shhhh —con su poder Jedi de madre, justo como Jazmine, hizo que todos calláramos—. He llevado este tema con mucha calma y paciencia, pero si tú quieres conversarlo aquí frente a mi hija y su novio, con mucho gusto —ahora sus manos se apoyaron en la mesa—, estoy muy vieja ya para estar perdiendo el tiempo “pensándolo”, ya lo he perdido estando sola ¿Tú crees que no sé qué tienes compromisos y trabajo? Simplemente te pedí que mudes tu maldita ropa de tu apartamento para acá. No te estoy pidiendo que abandones tu vida ni que nos casemos, solo te ofrecí que cuando llegues de tus viajes no llegues a un apartamento sólo sino a un hogar aquí conmigo.

Lo que le decía mi mamá a George fue una bofetada para mí, una bofetada con una silla de madera Luis XV. De hecho, hubiese preferido que me dieran la bofetada con la silla.

Mi mamá le ofrecía a George un hogar, igual que lo que Evan me ofrecía a mí, un hogar donde llegar, solo que Evan me lo dijo de la manera más dulce que alguien puede proponer un plan que el otro cree que es una locura, en cambio mi mamá...

Miré a Evan y él todavía miraba la escena de mi mamá y George con las cejas pegadas del techo. Rogué porque no entendiera el símil.

—No es tan fácil Rose.

—No es tan difícil George. Tú te mudas, no funciona te vas, yo también tengo planes, también trabajo, también voy a cambiar mi vida, pero para mí mi prioridad es estar contigo, por eso adapto mis planes. Y sí consideras que tu trabajo o tus planes son más importantes, está bien lo entiendo, pero dímelo y no me hagas perder más el tiempo.

George se acercó a mi mamá despacio, yo hacía lo mismo de adolescente, siempre pensé que mi mamá me arrojaría lo primero que alcanzara con su mano, pero nunca lo hizo, por eso sabía que no lo haría con George, pero él no lo sabía y por eso su precaución.

Se plantó frente a ella. Sujetó sus brazos con suavidad y los acarició de arriba abajo.

—Rose, sabes que quiero estar contigo, esa es mi prioridad. Llevo 40 años enamorado de ti y ahora que te tengo no voy a permitir que pienses que hay cosas más importantes. Pensé que tu propuesta era solo eso, una propuesta. Me cambié hasta de ciudad para estar más cerca de ti y por supuesto que puedo adaptar mi vida, ya lo hecho. Perdona porque pensé que no era tan importante para ti.

Ver la metamorfosis en el rostro de mi mamá fue un espectáculo. De un estado de ira y frustración pasó a pura dulzura, su verdadero yo.

Esa era mi mamá, ese rostro lleno de amor y esos ojos verdes brillantes.

—Eres un tonto George, te tengo que armar este espectáculo con público para que entendieras.

—Rosie, fui un tonto hace 40 años cuando no te dije que estaba enamorado de ti ¿qué te hace pensar que he cambiado?

Mi mamá lo abrazó y con su mano nos espantó, solo me quedó hacer la seña de que pasaba

más tarde.

Tomé a Evan de la mano y salimos disparados de la casa, no quise ver a mi mamá y a George “reconciliándose”, no quise ni imaginármelo.

Evan todavía estaba con las cejas levantadas y la boca abierta.

—Wow —exhaló. Yo cerré los ojos para escuchar algo como “es lo que te he estado proponiendo Eli” —Si así es la víspera, no puedo esperar por la Navidad.

Sonreí y respiré aliviada.

—Vamos a casa de Day-day, nos debe estar esperando para comer —le dije de inmediato para evitar hablar del tema de mi mamá y George y de lo mucho que se parecía su situación a la nuestra.

La casa de Daisy quedaba a 10 minutos caminando de la de mi mamá por eso nunca sentí que me mudé del todo cuando vivía con ella, porque en un salto estaba en casa de mi madre, aunque para ser sincera todos vivamos cerca porque North Berwick era un botón. Quizá el que vivía un poco más retirado era Oliver porque vivía en la enorme casa que sus padres construyeron en el terreno heredado de sus abuelos.

Mi amiga nos recibió con un abrazo gigante a los dos. Estaba tan feliz que había preparado la lasaña que yo solía hacerle, respetando la receta. Quise llorar de la emoción.

Comimos y tomamos vino. Daisy quiso llamar a la pandilla, yo preferí quedarme conversando con ella, mas cuando Evan se fue a casa de Tim a saludar a su familia.

Daisy y yo conversamos por horas, le conté sobre la universidad. Sobre Nora y Anika, sobre el viaje del cumpleaños de Evan —ya se lo había contado, pero teníamos que conversarlo de tú a tú—, y la primicia de la casa que había alquilado Evan en el pueblo. Ella me contó cómo iba su relación con Eric, el famoso doctor que al fin la había hecho sentar cabeza.

Ella estaba en una de sus eternas crisis de no saber qué sentía y Doctor Paciencia, ahí seguía, perseverante.

Traté de convencerla que no tenía ninguna crisis, que se estaba enamorando y eso le daba pánico, que la entendía pero que tenía que decidirse.

—Eres una descarada —me respondió con una carcajada, para luego tomar un sorbo de vino. Estábamos en el salón, una al lado de la otra en el sofá que tantas historias había escuchado, con los pies apoyados en la mesita de té—, me dices que lo que tengo es miedo ¿y tú Eli? Tienes un hombre maravilloso del que estás enamorada desde el día uno, desde el minuto uno mejor dicho, y miles de años después todavía no sabes lo que quieres. Pues lo mismo te digo, lo que tienes es miedo, porque nunca habías sido tan vulnerable con nadie, y nunca te habías enamorado de alguien ¡ja! Si hasta decías que el sexo estaba sobrevalorado.

—Estás jugando mis cartas Daisy, pero te voy a decir, yo sí tengo miedo, pero no de enamorarme, tengo miedo de no ser feliz yo y no poderlo hacer feliz a él porque todavía no sé qué hacer con mi maldita vida.

—Pues yo lo veo claro como el agua Eli. Todas las señales apuntan para un lado, tienes flechas fosforescentes, carteles de luces LED y una cartelera gigante que dice “aquí”, pero tú insistes en ver para otro lado y como te conozco desde hace mil años y eres tan transparente que todo se te nota, puedo jurar que te estás autosaboteando. Ahora mi pregunta es ¿por qué?

—¿Ahora eres psicóloga? No me estoy autosaboteando, solo quiero estar segura de los pasos que doy y de equilibrar lo que amo, con lo que tengo y con lo que sueño hacer.

—Pues te recomiendo que en encuentres ese equilibrio rápido porque lo que amas y lo que tienes, se te puede ir de las manos como agua, por andar persiguiendo un sueño que quizá ya ni lo es, es solo la nostalgia de perseguir algo que ya no se adapta a tu realidad —mi amiga se

reacomodó en el sofá para estar frente a mí. Me tomó de la mano y me miró a los ojos con su rostro de ángel—. Reinvéntate Eli, busca nuevos proyectos. Si ya dudas de lo de buscar trabajo en un museo, quizá ese ya no es tu sueño, porque los sueños no se dudan.

—¿Desde cuando eres la madura de las dos?

—Pffff desde siempre, solo te hacía creer que eras tú.

—Pues actuaste muy bien por 25 años.

—Para que veas lo buena actriz que soy.

—Ven —mi amiga se reincorporó—, ayúdame a envolver los regalos.

—Pero voy a saber qué me vas a regalar.

—No, no lo sabrás porque tu regalo está en movimiento.

Abrí mis ojos como platos.

—¿Es como lo que me enviaste a tocarme la puerta en mi cumple?

—Algo asíííí.

Mi amiga se fue a la habitación arrastrando todas las “íes” que sus pulmones pudieron aguantar dejándome a mí como siempre que pensaba en uno de sus regalos. Con ansias, felicidad, miedo y expectativa.

Esa noche Evan y yo nos sentamos en el mueble del patio-playa envueltos en dos nórdicos gigantes y tomando una taza de té.

Era la noche de víspera Navidad y no hubiese cambiado por nada ese momento. Había tenido vísperas de Navidad de fiestas hasta el amanecer para ir con una resaca brutal a la comida de Navidad de la familia y amigos, pero ese momento, ahí con Evan abrazándome, los dos sorbiendo una taza de té hirviendo, sintiendo la brisa helada del mar y enredados entre las mantas, no tenía precio. Era mi Navidad más feliz.

En ese momento se me olvidó que quería trabajar en grandes museos, que no tenía ni idea de qué hacer con mi vida o sin saber si Evan soportaría mi indecisión. En ese momento éramos sólo los dos y para mí era invaluable.

—¿Quieres abrir tu regalo de Navidad? —me dijo en un susurro.

Me reacomodé para verlo a la cara a pesar de estar hundida cómoda en su pecho tibio, él sonrió de medio lado al ver mis ojos como platos.

No podía ocultarlo. Me encantaban los regalos. No podía evitarlo y toda la culpa era de Day-day, ella había hecho que me encantaran las sorpresas con sus regalos originales.

Asentí más emocionada de lo que quise parecer —Ok. Pero vamos a entrar que no estamos esperando a Santa aquí afuera.

—De igual manera ya vino —dijo y los dos reímos.

Recogimos las mantas y entramos.

Sentí la diferencia del cambio de temperatura de inmediato. Con la calefacción encendida, sentí que la casa me daba la bienvenida, o quizá era la sensación de estar en un hogar.

Evan se dirigió a las escaleras.

—¿A dónde vas? ¿No íbamos a abrir los regalos?

—Voy a buscar tu regalo.

—¿Y este no es mi regalo? Señalé la caja bajo el pequeño árbol.

—Es uno de ellos. En realidad, voy a buscar el regalo a de Day-day.

—Pero ella me dijo que estaba en camino.

—Estoy seguro de que te dijo “está en movimiento”, pero no te puedo explicar porque de su regalo, viene el mío.

—¿Qué demonios estás diciendo Evan Scott?

El mostró esa sonrisa que me derretía y sus ojos brillaron como zafiros.

—No te puedo explicar —subió las escaleras de dos en dos escalones y bajó a los dos segundos con una caja considerablemente grande.

Lo miraba tan feliz que no me fijaba en la caja. Evan se veía feliz y yo era feliz con solo verlo así.

Me tomó de la mano y me guió para que nos sentáramos en el suelo, cuando lo hicimos me dio la caja. Todo pasó tan rápido y a la vez en cámara lenta que podía describir cada una de mis emociones.

La tapa de la caja se movió, yo salté de la sorpresa, al segundo un pequeño hocico negro

se asomó de ella.

Creí que me moría. Un cachorro de labrador negro asomaba su hermoso rostro en la caja para saltar de ella directo a mi pecho.

Lo abracé y él me llenó de lamidos la cara.

—Un cachorro, me regalaste un cachorro.

—En realidad ese es el regalo de Daisy. Mi regalo es...

¿Cómo demonios no me di cuenta de que Evan tenía un cachorro en la casa? Estaba segura de que lo tendría en una de las habitaciones secundarias porque me hubiese dado cuenta de tenerlo en la nuestra.

El cachorro volvió a saltar sobre mí y fue cuando sentí lo que colgaba en su collar.

Un pequeño sobre que decía “ábreme”.

Lo tomé, y al abrirlo lo supe.

El anillo de oro con una hermosa piedra blanca relucía en la penumbra del salón.

Lo miré anonadada. Sabía lo que pasaba y a la vez no entendía nada. El cachorro dio dos pasitos a los brazos de Evan.

Y ahí estaba él, con una rodilla en el suelo cargando al pequeño cachorro que no dejaba de mover la cola de emoción.

—¿Elina Margherite Ferguson, nos darías el honor de casarte con nosotros? No importa cuando, no importa donde, solo quiero la certeza de que seremos una familia. Puedo soportar estar separado de ti, pero no volver a perderte. No importa lo que decidas hacer, solo pedimos que nos incluyas en tus planes, Law y yo te seguiremos donde tú quieras estar.

Mis lágrimas estaban a punto de salir de la emoción, mis manos temblaban sin saber qué hacer, pero el nombre del cachorro logró traerme a la realidad.

—¿Law? —pregunté confundida.

—Sí como *North Berwick Law*, donde nos dimos nuestro primer beso —me respondió Evan como que fuese la más lógica de las respuestas. Luego hizo un corto silencio—, ¿En serio que después de todo lo que te acabo de decir solo escuchaste el nombre del cachorro?

Sacudí mi cabeza. ¿Qué le iba a responder cuando ya una lágrima de felicidad recorría mi rostro?

—¿Qué te voy a decir Evan? ¿Cuándo he podido decirte que no? ¿Cómo te voy a decir que no con todo este amor que siento por ti? ¿Cómo voy a decir que no con esta certeza de que seremos felices? Tú eres mi final feliz Evan Scott. Tú y Law— me puse el anillo que por supuesto, me quedó perfecto porque así era mi amor por él, por ellos.

Evan se acercó a mí, acunó mi rostro con su mano como ya era su costumbre y me besó, sus labios cálidos rodearon los míos, el beso no era lleno de pasión como en otros momentos, era uno lleno de paz, de amor.

Después de años separados, de conflictos internos e internos —que todavía no acababan—, ese beso era la confirmación que él era mi final feliz y yo el suyo.

No sabíamos cómo sería porque yo todavía tenía que terminar mi máster, pero estar ahí en esa casa, con Evan, con nuestro cachorro supe que eso era lo que quería.

El sueño de trabajar en una gran ciudad se esfumó con ese beso lleno paz.

Day-day tenía razón, los sueños no se dudaban y no permitiría que un sueño efímero me arrebatara mi realidad perfecta. No volvería a cometer el mismo error.

—Te amo Eli, te prometo que te haré feliz. Te prometo llenarte de alegrías y risas, te prometo que te sentirás en un hogar cuando regreses y anhelaras regresar, así tenga que diseñar mil apps para no sentirnos separados. Te prometo que Law y yo cuidaremos de la casa y...

—No me voy a ningún lado Evan.

Evan cerró la boca, la abrió y la cerró otra vez. Frunció el ceño confuso —No entiendo —, solo pudo decir.

—Es fácil, no me voy a ningún lado. Si me faltaba una mínima razón para mover la balanza para un lado, tú me la acabas de dar. Estar aquí contigo y ahora con él —miramos al pequeño rufián que mordía la tapa de la caja—, lo es todo. No necesito grandes museos, ni grandes ciudades. Necesito tener mi tienda en mi pueblo y descubrir la historia de las cosas que restauro. Necesito estar contigo, con mi familia y el mar. No necesito vivir contigo por años para saber que voy a ser feliz, solo necesito este momento. No necesito más.

—Eli, mi Eli —Evan acarició mi rostro y mi pelo—, no quiero que interrumpas tus planes de vida por mí. Yo estaré aquí y cuando te sientas preparada, iré contigo a donde quieras... iremos.

—No interrumpo nada Evan, de hecho, por primera vez no sueño con algo, por primera vez en... mi vida, tengo un plan que solo tardó cinco minutos y los regalos de Navidad mas hermosos para aclarar el panorama.

—Falta mucho tiempo Eli, una vez que termines tu máster, quizá estés más clara y cambies de opinión.

—Evan Scott, tarde cuatro años y medio para darme cuenta de que quería estar contigo, que quería esto que me estás ofreciendo ¿y ahora me dices que cuando termine el máster estaré más clara? Pues no lo estaré. Terminaré mi máster y empezaré el proyecto de mi tienda.

La sonrisa de Evan fue la guinda del pastel de mi regalo de Navidad. Su rostro de felicidad era mi mayor alegría, saber que esa sonrisa era por mí y que sus ojos brillaban para mí, era mi definición de felicidad.

Me puse de pie y fui al pequeño árbol de Navidad. Tomé pequeña la caja plana, casi como un sobre y se la di.

—Después de tu regalo, el mío es una burla —reí.

Evan lo abrió con la emoción de un niño, aunque para mí había perdido la gracia. Evan me había ganado de mano.

Otra vez la cara de confusión se apoderó de él. Sacó los billetes de avión a su nombre en trayectos de Edimburgo a Dublín y un llavero de un *Claddagh* con dos llaves.

—Uno para el día de San Valentín, el otro para San Patricio, el tercero para el día de mi graduación. Quería que esos días estuvieras conmigo y te compré boletos de avión para asegurar que lo estarías —me encogí de hombros.

—¿Y las llaves?

—De mi casa, quería que tuvieras las llaves para que supieras que era tu casa también y que podías llegar a ella cuando quisieras, pero después de todo lo que me has regalado hoy, este regalo da risa.

—Eli, me estabas dando las llaves de tu apartamento sin saber lo que yo te daría. Querías que estuviese contigo y eso no tiene precio para mí, además me quedan unos cuantos meses para aprovecharlos.

—Cuando quieras.

—Creo que no voy a aguantar a San Valentín para verte.

Me arrojé a sus brazos y lo besé como me encantaba besarlos, sin la más mínima reserva. Evan me recibió en sus brazos y se tumbó en el suelo, lo que fue la señal perfecta para que Law corriera a nosotros a lamernos la cara.

Me hubiese encantado decir que esa noche hicimos es amor hasta el amanecer, pero en

realidad nos quedamos cuidando a Law que lloró casi toda la noche hasta que los tres caímos rendidos.

El día de Navidad siempre era ajetreado, pero esta vez lo disfruté.

Dejé a Evan durmiendo mientras Day-day pasó por mí. La abracé fuerte y le agradecí haberme regalado a Law, era lo que necesitaba para saber lo que quería en la vida y la muy arrogante me respondió con un “lo sabía, te conozco más que tú misma”. No le contesté porque tenía razón, luego estuvo 15 minutos analizando mi anillo y dándome ideas de lo que sería una boda perfecta para ella.

Llegamos a casa de mi mamá para terminarla de ayudar con los preparativos. Este año tendríamos dos sillas más, George y Evan.

Apenas llegué mi mamá me abrazó y me pidió ver el anillo.

—¿Qué demonios, todo el mundo lo sabía?

—Evan pasó ayer, como buen muchacho que es, mientras tú estabas con Daisy, me pidió tu mano y me contó sus planes.

—¿Evan hizo eso?

—Sí —mi mamá me regaló la sonrisa más amplia que podía haber visto en años—, ahora yo lo único que puedo pensar es que esos nietos pelirrojos están más cerca.

—¡Mamá! —de verdad a veces sentía que era una batalla perdida con mi mamá y sus ganas casi obsesivas de ser abuela.

Ella y Daisy soltaron la carcajada.

—¿Qué? Una futura abuela tiene derecho a soñar.

—Ay no, no puedo contigo.

—¿Daisy y tu novio no viene?

—No Rose, se tomó unos días para visitar a su familia en Manchester.

—Una lástima, es un buen chico ese Eric.

—Es un santo —acoté yo.

—Tonta —mi amiga me dio una palmada en el brazo—, ven vamos a organizar el salón.

Pasamos casi toda la mañana organizando el salón y terminando los toques necesarios para la comida. Day-day me llevó a casa donde estaba Tim hablando con Evan, apenas me vio me dio un abrazo gigante. Debía reconocer que extrañaba los abrazos de Tim.

—Es obvio que seré el padrino.

—Timothy, tú serás padrino hasta de Law.

—Pues más les vale —se despidió de Evan y luego de mí—, los dejó para que se preparen, pero mañana, comida con la familia y luego todos a casa de Oliver, tenemos que celebrar ese compromiso.

Era absurdo que le dijera que no, en realidad quería compartir con mis amigos, al fin y al cabo eran como de mi familia y parte importante de mi vida.

Tim se fue y corrí a ducharme, teníamos poco tiempo para la comida en la casa y mi mamá detestaba la impuntualidad, con lo que no conté fue con que Evan también se metería en la ducha con la vieja excusa de que así terminaríamos antes.

¡Ja! Que inocente.

Mi parte favorita de nuestro baño rápido fue cuando le pedí que me ayudara a enjabonarme la espalda con toda la mala intención que una solicitud de ese tipo podía conllevar.

Su mano jabonosa se paseó por mi espalda, pero no se detuvo ahí, también enjabonó mi trasero, mi entrepierna, luego pasó a mi abdomen y bajó con lentitud y para asegurarse que haría

un excelente trabajo de limpieza introdujo dos dedos en mí mientras su otra mano masajeaba mis pechos y jugaba con mis pezones.

—Eli, déjame entrar en ti.

Su susurro carrasposo se hacía más sexi por la situación. Su pecho mojado contra mi espalda. Su erección punzando en mi trasero y sus dedos entrando y saliendo de mí mientras su pulgar jugaba con mi clítoris.

Solo tuve que poner mis manos en la pared y echar mi dorso hacia adelante, no hizo falta palabras porque con Evan sobran.

Sus manos de inmediato me tomaron de las caderas. Sentí cada milímetro de él entrar en mí lentamente. Era como un mar de sensaciones, el agua caliente cayendo en mi espalda, sus manos tomándome con fuerza, él encontrando el ritmo dentro de mí siempre tan seguro.

No hizo falta mucho para que yo me corriera, él en cambio estaba disfrutando tanto el momento que cada vez que estaba a punto de correrse se detenía.

—No quiero que termine.

Era lo único que repetía. Pero en un momento que sentí esa sensación de cosquilleo en mi otra vez, empecé a mover mis caderas para seguir su ritmo.

Esta vez no se pudo detener. Sus movimientos eran cada vez más rápidos y su respiración más acelerada.

—¡Evan, no te detengas, por favor no te detengas!

Sus investidas eran cada vez más fuertes y yo sentía que moría de placer.

—¡Maldición Eli! Te deseo tanto.

Sentí cada una de sus pulsaciones mientras llegaba al éxtasis. Sus manos antes firmes en mis caderas ahora acariciaban mi espalda y mi cabello.

Mis piernas eran de gelatina, mejor dicho, todo mi cuerpo lo era.

Evan me atrajo hacia él y levantó mi rostro para darme un beso lento y perezoso. Sus manos recorrían mi abdomen y mi pecho.

—Si te tengo que enjabonar así todos los días de mi vida, sería feliz.

—Si me tuvieras que enjabonar así todos los días de mi vida, me ducharía unas cinco veces al día.

Su risa iluminaba mi día. Quería que se riera de mis bromas post-sexo toda la vida.

Quería muchas cosas con él por toda la vida.

El sonido de mi teléfono nos sacó de nuestra burbuja y nos trajo a la realidad y la realidad era que era Navidad y teníamos unos 10 minutos para llegar a casa de mi mamá.

Nos mataría

Terminamos de ducharnos como debe ser y salimos como torpedos a vestirnos.

Mi vestido era de lana, cuello de tortuga con unas medias pantis negras gruesas y botas altas, así que me vestí en cinco minutos Evan vestía un suéter cuello de tortuga negro, con pantalones de gabardina y una chaqueta de corderoy verde oliva que cuando li vi, me dejó como el *emoji* de ojos de corazoncitos.

Hice una nota mental. Tener sexo con él con ese suéter y esa chaqueta puesta.

Tomamos al pequeño Law con su pequeño bolso y su mantita, cortesía del “tío” Tim y salimos a toda velocidad a casa de mi mamá.

Nos abrió la puerta la tía Sage que nos recibió con un gran abrazo, las lágrimas inundaban sus ojos.

—Estoy tan feliz por ti Eli, eres como mi hija y verte así de feliz después de haberte visto por muchos años tan triste, me llena de alegría —la abracé con mis ojos inundados—. No me

hagas caso, uno mientras mas viejo, mas sensible.

Seguimos hasta el salón, Daisy de inmediato me quitó a Law de las manos para caerle a besos.

Mi mamá salió de la cocina y abrazó a Evan, luego me miró a mí y me abrazó como si no me hubiese visto en años. Pero acepté su abrazo porque estaba feliz. Por primera vez en mucho tiempo en casa de mi mamá se respiraba felicidad y al contrario del día anterior lleno de emociones, ese día solo hubo una, felicidad.

La comida estuvo deliciosa, pasamos al postre y luego a los regalos. Nos quedamos conversando hasta tarde. No quise hablar con nadie sobre mi decisión de regresar a North Berwick y Evan como siempre leyó mi mente y tampoco hizo ningún comentario.

Nos fuimos a casa con esa sensación de que todo saldría bien. Sentía que había tomado la decisión correcta y si mis días eran la mitad de felices como ese día de Navidad. Sería la mujer más feliz del mundo.

La semana en North Berwick pasó tan rápido como llena de emociones. Al día siguiente antes de comer en casa de Tim, Evan y yo fuimos a hablar con mi madre sobre mi decisión de regresar. Casualmente la tía Sage estaba ahí y para mí fue un alivio porque tía Sage siempre era la válvula estabilizadora entre mi mamá y yo.

—¿Estás segura de la decisión que estas tomando Eli? —mi mamá quiso parecer preocupada pero no podía ocultar la sonrisa que salía de su rostro.

—Sí mamá, es algo que ya llevo meses pensando y ya tomé la decisión, no puedo pasarme la vida soñando cosas. Lo que estoy viviendo me hace feliz y así lo quiero.

—Eli, estás tomando la decisión más importante de tu vida —dijo Tía Sage con más seriedad—, sé que siempre te comprometes con tu palabra, pero a medida que maduramos las decisiones son cada vez más permanentes en nuestras vidas y la afectan más.

—Lo sé tía, pero por primera vez no quiero tomar una decisión basada solo en mi futuro, ya lo hice unas cuantas veces y no fue lo más adecuado. Esta vez estoy pesando como un equipo, Evan y yo ahora lo somos y créeme que no lo hago por él, lo hago por nosotros, por mí. Y estoy muy emocionada con lo que está por venir.

—Perfecto —la tía Sage dio una palmada—, entonces llamaré a Freddy Shwartz, tiene un local perfecto para tu proyecto, estoy segura de que nos lo va a vender a muy buen precio.

—¿Qué?! ¿Tía Sage?! ¿Comprar? ¿Ya? —me fui a levantar, pero Evan tomó mi mano. Me miró y con solo su mirada me calmé—, yo tengo que terminar mi máster, tengo que pedir un crédito, no tengo dinero para comprar, yo pensaba quizá alquilar algo para empezar

—Querida Eli, por supuesto que tienes que terminar tu máster. Sacrificaste muchas cosas por él —tía Sage miró a Evan. Sin faltarle razón. Él fue mi más grande sacrificio—, pero tenemos que ir empezando a organizar todo, las remodelaciones tardan mucho y tenemos que empezar a buscar los contactos y...

—Un momento, un momento —la interrumpí—, ¿Vamos? ¿Tenemos?

—Sí Elina Margherite, vamos y tenemos ¿o crees que te vamos a dejar sola en esta aventura? Después de lo que hiciste por mí, de lo que sacrificaste por la librería ¿Te voy a dejar solo en esto?

—Nunca te pedí que me pagaras tía, no quiero que lo hagas por lo que yo hice.

—Lo hago porque quiero y confío en tu proyecto, no es ninguna retribución. Yo te doy el aval del banco, que necesitarás y el dinero entre tú mamá y yo, para que empieces mientras el banco aprueba todo.

—Tía Sage, no puedo permitir que ustedes pongan de su dinero, son sus ahorros...

—Elina —esta vez fue Evan que tomó de mi mano—, cuando uno está empezando un nuevo proyecto debe aceptar la mayor cantidad de ayuda posible, en especial si es desinteresada ¿Y quién mejor para ayudarte que tu mamá y tu tía?

—Además no te vamos a regalar el dinero, será un préstamo. Así se empieza Eli.

—Yo, yo no sé qué decir.

—Puedes empezar diciendo gracias —mi mamá me abrazó y yo solté una lágrima de emoción—, gracias por regresar Eli. Yo te apoyaría en todo, pero nada me hace más feliz que tenerte cerca.

—Lo sé má. Te quiero.

—Y yo a ti hija.

La cena en casa de Tim fue, como siempre, placentera.

Sus papás me trataron como que no hubiese pasado un segundo desde que salimos del instituto.

La señora Kerr me abrazó feliz.

—Bienvenida a la familia Eli, aunque tú siempre fuiste familia.

—Gracias señora Kerr.

Ella miró a Evan y también lo abrazó —La paciencia siempre tiene sus frutos.

—Evan se graduó de Dalai Lama —soltó Tim en una carcajada.

Estuvimos largo rato conversando hasta que Tim nos achuchó para irnos a casa de Oliver.

Por supuesto Law fue la atracción del grupo antes que mi anillo. Los comentarios de “él mejor regalo de compromiso” “Cómo iba a decir que no después de un cachorro”, eran las bromas de mis amigos.

Extrañaba reunirme con ellos, incluso viviendo en North Berwick, no me reunía tanto con ellos porque me recordaban a Evan.

Esas fiestas, las risas, las fogatas en la playa, me recordaba a la semana más feliz de mi vida.

Pero ahora esa sería mi vida y no pensaba desaprovechar un segundo de ella, con mi prometido y mi perro.

La semana se pasó tan rápido que no supe qué pasó con ella.

De un día para otro era Año Nuevo. Celebramos toda la familia en casa de Tim, los padres de Evan apenas se enteraron del compromiso, o mejor dicho, que había dicho que sí, se fueron disparados a North Berwick. Quisieron celebrar con mi familia un nuevo año de unión familiar.

Estaba abrumada.

Sentía tanta felicidad que no pensaba que fuese real.

El cambio de Jazmine conmigo fue de 180°, luego del cumpleaños de Evan, era otra persona y ahora entendía porqué Evan la amaba tanto.

Ivy y Iris me abrazaron e Ivy no tomó con agrado que no sería la madrina de mi boda, pero la nombré a ella y a Iris mis damas de honor.

Iris lloró, jamás nadie la había nombrado nada. Mientras su hermana gemela era la chica popular, ella se escondía en los libros.

Los padres de Evan conocieron a mi mamá y por supuesto, quedaron prendados. Mi mamá uso ese *charm* que usaba cuando quería agradecerle a alguien, era como un polvo mágico que soltaba y los hipnotizaba. Todos cayeron.

George y Evan padre pasaron la noche hablando de rugby, para mí sorpresa fue Iris quien

se instaló con Day-day a “organizar” la boda. Pobres, no sabían que ya yo tenía lo que quería en mi cabeza, pero las dejé soñar.

Ivy se sentó con la tía Sage a escuchar todas sus aventuras, los ojos de Ivy brillaban de ilusión. Quizá estaba viendo el presente y el futuro de una misma persona al mejor estilo de una serie distópica. Tim, Evan y yo conversamos de los viejos tiempos, en especial Tim por ser él quien había vivido la infancia de Evan y la mía. Se desternillaba de risa recordando nuestras aventuras.

Pero como siempre todo lo bueno tiene que terminar.

En la tarde del primer día de Año Nuevo y con un frío gélido, Evan y yo estábamos hundidos en mantas en el mueble del patio viendo el mar. Esta vez, con una pequeña estufa cerca de nosotros y aún así yo estaba enrollada entre sus brazos. Tampoco era que necesitara tener mucho frío para hacerlo.

—No me quiero ir. Quiero quedarme aquí contigo —acaricié su hermosa cara.

Él me miró y sonrió —Tienes que terminar tu máster, y tienes que recibir muchos consejos de tu jefe. Si tu idea es montar esa tienda, él te puede ayudar. Además, dentro de muy poco estaré allá contigo. Quizá adelante uno de esos boletos que me regalaste.

—Te voy a extrañar tanto que no podré concentrarme.

—Concéntrate en terminar pronto, para que estés con Law y conmigo lo más rápido posible.

Suspiré

—¿A qué se debe eso?

—A veces pienso lo tonta que fui al no querer tener contacto contigo, creo que perdí tanto tiempo de felicidad que siento que nunca voy a poder recuperarlo.

—Eli —Evan tomó mi barbilla e hizo que lo mirara—, todos cometemos errores, yo fui un imbécil al ocultarte mi situación con Mailen, fui un tonto en hacerte caso cuando me dijiste que no querías nada conmigo. Pero no perdimos el tiempo, aprendimos y aprendimos mucho.

—Yo aprendí a que no te voy a dejar ir nunca más y tú nunca permitas que yo cometa otra estupidez de ese tamaño.

Evan sonrió —Y yo aprendí que el verdadero amor no cambia. Tus sueños cambian, tus expectativas, también pero el amor, nunca lo hace.

—Siempre dijiste las cosas más hermosas Evan Scott, desde el primer día que te vi me enamoraste con tus palabras.

—Desde el primer momento que te vi solo te pedí que te quedarás conmigo.

—Y tuve que esperar cuatro años, muchas experiencias y muchas lágrimas para entender que siempre tuve que hacer lo que hice ese día, mandar todo al diablo y quedarme contigo —lo atraje hacia mí. Y lo besé como adoraba besarlo. Lento, con todo el tiempo del mundo para que mi lengua lo saboreara y sus labios me devoraran—. No sé lo que nos espera la vida Evan, pero sea lo que sea, estoy lista para compartirla contigo, no me pienso volver a separar de ti nunca más.

—Y yo estoy listo para diseñar las apps que sean necesarias para estar contigo y hacerte feliz Eli, al fin y al cabo, sería la app más sencilla porque para mí siempre fue fácil amarte.

Evan siempre me enamoró con sus palabras, pero eran sus actos los que me robaban el aliento, y ahí en un pequeño porche con vista a la playa de mi pueblo, escribí el primer capítulo de lo que sería nuestro final feliz, el que siempre supe que tendríamos, desde que vi a esa escultura pelirroja sonreírme en esa misma playa cuatro años atrás.

¿Fin?

Epílogo.

5 años después.

—¡Evan! ¡Lili! —la deliciosa risa de mi amada Eli se escuchaba a lo lejos de la playa mientras llamaba a dos pillos de cabello rojo que correteaban alrededor de su abuela Rose para que vinieran a comer.

Era una fresca tarde de verano justo como aquella en que conocí a mi Eli, nueve años atrás.

Esa tarde haríamos una barbacoa como en los viejos tiempos, vendrían los viejos amigos de Eli, Ivy e Iris, que habían venido a pasar una semana para compartir con sus sobrinos.

Mucha agua había pasado durante todo el ese tiempo, pero a la vez, parecía que ayer estábamos sentados en el sofá haciendo planes para el futuro.

Y el futuro se había convertido en presente.

Eli, como era de esperarse, se graduó con honores en su máster. Yo iba a visitarla constantemente y muchas veces me quedaba hasta un mes con ella, vivir en Dublín con Eli era fácil, así su vida fuese un eterno caos, entre sus estudios y su trabajo, había días que nos veíamos dos hora mientras yo me quedaba en casa trabajando en aplicaciones para mis clientes, ella llegaba exhausta pero nunca abatida, de hecho, ver su sonrisa cuando llegaba y yo la recibía, me llenaba a mí de energía. Y dormir juntos así muchas veces ni habláramos, era el paraíso para mí.

Sus compañeras Nora y Anika la ayudaron hasta el final y todavía uno que otro fin de semana nos visitan, Anika con su esposo y su pequeño Ivan. Y Nora con su novio Gianni.

El señor O'Malley, le enseñó a Eli hasta el último truco para llevar la tienda de antigüedades y apenas llegó aquí, ella, Rose y Sage se pusieron manos a la obra de una manera tan intensa que, en cuatro meses, estábamos inaugurando E&E Antigüedades y restauraciones. Mi Eli iluminaba todo a su paso de felicidad al ver su meta alcanzada. Y por supuesto, la tienda fue un éxito desde el día uno, todo el pueblo la conocía y más aún a Rose y Sage, y en temporada alta es uno de los sitios más visitados en North Berwick por gente buscando recuerdos verdaderos del pueblo.

Mi vida no cambió mucho. Mi empresa siguió creciendo, pero siempre nos mantuvimos informales, nada de grandes edificios de oficinas. Cada uno en su casa y dos veces por semana la respectiva reunión para actualizar data y organizar clientes, trabajo administrativo y uno que otro chisme. Lo mejor de mi vida sin grandes cambios era que podía ver como Eli evolucionaba como profesional y como nuestra relación se hacía más y más fuerte, era como un espectador VIP.

Nuestra boda, después de que todo el mundo opinó dónde y cómo hacerla, Eli y yo hicimos lo que nos dio la gana, y logramos casarnos una tarde de verano en la playa, justo en el punto donde nos conocimos. Ahí instalamos un arco de flores, Law llevó nuestros anillos y vi a la mujer de mis sueños caminar hacia mí, tomada de la mano de su madre. Eli estaba más hermosa que nunca con su vestido blanco de algodón y las flores rojas en su pelo que había dejado crecer otra vez.

No recuerdo nada más de ese momento, solo verla acercarse a mí con sus ojos verdes

brillantes y su sonrisa dulce solo para mí, me dejó sin aliento.

Esa misma noche nos fuimos a Edimburgo porque saldríamos al día siguiente a Santorini por diez días en los que solo hicimos el amor, comimos y de vez en cuando bajábamos a la playa.

No había día que no deseara a Eli y no había día que ella no sintiera lo mismo por mí y me lo demostraba. Incluso los días más frustrantes en el trabajo, Eli me tomaba de la mano, me llevaba al cuarto de baño, me desnudaba y luego lo hacía ella, y me metía en la ducha con agua tibia. Ahí terminábamos con sus piernas en mi cintura y yo dentro de ella, corriéndome y gritando su nombre.

Mis días favoritos eran los días en que nos dedicábamos a hacer nada y a ver televisión, pero nuestro deseo por el otro hacía que termináramos desnudos con Eli a horcajadas sobre mí. Mis dedos se hundían en sus caderas para marcar el compás, pero era ella quien tenía el poder. Yo sólo podía mirarla disfrutar, sentir sus dedos enredados en mi cabello y escucharla gemir mi nombre mientras sus músculos se contraían. Esas noches, me podía quedar horas admirando a mi hermosa Eli, con sus mejillas ruborizadas y sus ojos brillantes.

La costumbre no era problema para nosotros, cada día anhelábamos estar así, sentados en el sofá, hacer el amor y comer pizza. Sin dudas eran mis días favoritos.

Una de esas noches Eli sintió un olor “poco común”, me preguntó si había dejado la estufa encendida porque algo se quemaba. Me extrañó tanto que tuve que levantarme a buscar qué demonios pasaba.

Me asomé a la playa y vi que, a unos metros, bastante alejados de nosotros, unos jóvenes hacían una fogata.

Solté una carcajada.

Volteé a mirarla.

—Por Dios Eli, es una fogata que están haciendo a lo lejos, tú sentido del olfato está demasiado agudo, te estás convirtiendo en mujer lobo o...

—Estoy embarazada.

Sus palabras fueron más que una duda, la confirmación de una sospecha.

Sus ojos se agrandaron y se quedó pasmada.

Mi cerebro se quedó en blanco, como si las palabras que acababa de pronunciar se hubiesen quedado en algún sitio entre mis oídos y mi cerebro.

Luego que nos miramos por quien sabe cuanto tiempo, me acerqué a ella.

—Tengo varios días de retraso, no lo tomé en serio porque puede pasar.

—Voy a la farmacia y voy a traer cuanto prueba de embarazo encuentre —modulé mis palabras para que Eli entendiera que lo que iba a hacer podía cambiar nuestras vidas.

Ella asintió y se sentó en el sofá, envuelta en la manta y mirando la TV, pero realmente no miraba nada.

Apenas nos dio el positivo. Después de abrazarnos por minutos, empezamos a hacer lo s arreglos de rigor.

Al otro día llamamos al doctor y ahí empezó nuestra siguiente aventura.

Decidimos esperar unos meses hasta dar la noticia, en especial porque el ecusonograma nos hizo escuchar los dos corazones que latían acelerados.

Tendríamos gemelos.

Cuando Rose se enteró, creí que le daría un infarto y cuando fuimos a Edimburgo a decirle a mi familia, mi madre lloró. Creo que nunca la había visto llorar de alegría.

Los gemelos nacieron el primer día de verano. El día más feliz de mi vida.

De ahí en adelante, además de los trasnochos y una que otra preocupación, mi vida, nuestra

vida ha sido la vida más feliz que alguien podría anhelar.

Nuestra casera nos dio la opción de comprar la casa y no dudamos ni un segundo. Mis hijos se criarían frente al mar, como su madre.

La casa era nuestra y en la chimenea se acumulaban los reconocimientos de mis apps, justo como se lo prometí a Eli alguna vez.

Y tal y como Eli se lo prometió a su madre, desde el primer día que nos conocimos, no le dimos uno, sino dos hermosos nietos pelirrojos. Gemelos no idénticos, a diferencia de Ivy y Iris.

Llamamos a nuestra pequeña Lili porque al parecer nuestras vidas siempre estuvieron rodeadas de flores, de mi parte, Jazmine, Ivy e Iris, de parte de Elina, su segundo nombre Marguerite, Rose, Sage, Daisy. Mi Lili la más hermosa de todas, tenía los ojos azules como yo, pero su rostro era de su madre, era mi muñeca. Mi pequeño tesoro. El pequeño Evan, continuando con la tradición, lo nombramos como su abuelo –y su padre–, pero mi papá no cabía del orgullo cuando se enteró cual sería el nombre de su primer nieto. Evan tenía los ojos de Eli y podría decir que se parecía a mí, pero los dos tenían el carácter de su madre. Persistentes, alegres y algo tercos.

Ellos eran mi alegría y mi Eli, mi felicidad.

Quizá cometimos un error al separarnos esos años, sin embargo cada día vivido con Eli me encargaba de recuperar esos días perdidos y ella también.

La vida nos había cambiado por completo pero ese cambio de vida era lo que queríamos, al fin y al cabo, Eli siempre lo supo.

Ella era mi final feliz y yo el de ella y ahora además de diseñar apps para mantener parejas unidas, diseñaba apps infantiles para mantener a niños tranquilos y distraídos.

FIN.

Agradecimientos

Como ustedes saben siempre agradezco a mi esposo por apoyarme en todos mis proyectos, a mi madre por inculcarme el amor por la escritura y la lectura, pero esta vez quiero darle las gracias infinitas a mis queridas lectoras, siempre pendientes de mí, siempre leales y siempre dispuestas a leerme, sin ustedes no existo.

A mis compañeras escritoras que me apoyan y animan a seguir por este camino lleno de retos y también lleno de alegrías.

Gracias, por ser parte de mi tribu y dejarme ser parte de la de ustedes.

Playlist

Este playlist es especial porque me dediqué a descubrir música nueva, ya sean originales o versiones y encontré más de un tesoro que me inspiraron a lo largo de la historia de Eli y Evan. Espero disfruten de la música.

All I want - Kodakone
Penny - Gavriel
Sci-fy - The Symposium
With a little help from my friends - Wallows
Somewhere only we know - Lilly Allen
Mardy Bum - Arctic Monkeys
Dreams - Fleetwood Mac
Dirty old town - Craig Cardiff
Front porch - Joy Williams
Girl Crush - Harry Styles
Marry me - Train
I will follow you into the dark - Dead cab for cutie
Free Fallin' - John Mayer
First day of my life - Bright eyes
The heart of life - John Mayer
The blower's daughter - Damien Rice

La Autora

Helena nació en Venezuela en una hermosa ciudad a la orilla del mar. A los 18 años decide irse a estudiar a la capital de su país a estudiar diseño. Por cosas de la vida tiene una oportunidad de ir Inglaterra a estudiar por un año, por supuesto se va, y se enamora perdidamente de ese país, que es su “musa” en muchos de sus libros.

Autora de *Café y Martinis*, *La chica de Los deportivos* y dos series románticas (*Rosas y Encaje* y *Cuatro estaciones*), escribe para la prestigiosa página *Escribe Romántica*.

Sus historias ya sean románticas o fantásticas están llenas de humor y de esa cotidianidad que hace que el lector se conecte con ellas de manera casi inmediata.

Actualmente reside en su país con su paciente esposo. El hombre que la mantiene con los pies sobre la tierra mientras ella tiene la cabeza en las estrellas. Compradora compulsiva de libros. Antisocial que ama a sus amigos. Malhumorada que disfruta reír. Y no puede vivir un día sin música ni letras en su vida.

Querido Lector:

Gracias por leer mis libros y apoyarme, significa mucho para mí que hayas comprado mi libro por también es importante para cualquier autor autopublicado que te puedas tomar un minutito o dos para dejar un comentario en amazon, de igual manera si no quieres hacerlo siempre me hace feliz que te comuniques conmigo para cualquier observación. Nosotros aprendemos de ustedes.

Me encanta interactuar con mis lectores por redes sociales aquí te dejo como puedes contactarme.

www.helenamoranhayes.com

Su blog: <http://letrasmusicayamor.blogspot.com/>

Twitter: @HMoranHayes

IG: @OhHelenita

<https://www.facebook.com/HelenaMoranHayes>

Otros títulos que puedes conseguir en amazon:

[Café y Martinis](#)

[La Chica de los Deportivos](#)

[Volver a ti](#)

[Caín - Libro 1](#)

Serie Rosas y Encaje

[Eres Real](#)

[Junto a ti](#)

Serie Cuatro Estaciones

[Un escocés en primavera](#)

[Un inglés en verano](#)

[Un galés en otoño](#)

[Un irlandés en invierno](#)

Inglés

[A Scot in Springtime](#)

Mi pagina de autora en amazon.

[Helena Moran-Hayes](#)